



**¡Alerta los  
pueblos!**

**Vicente  
Rojo**



# Vicente Rojo

## **¡Alerta los pueblos!**

*¡Alerta los pueblos!* es, un estudio político-militar del periodo final de la guerra española, desde el 23 de diciembre de 1938 hasta el 10 de febrero de 1939, que es sin duda, como escribe el autor, «el más dramático de nuestra lucha y también el de más trágicas consecuencias. En él hacen quiebra un ejército abrumadoramente dominado por su adversario y un Estado viciado profundamente en su moral y en su organización, viniendo al suelo, estrepitosamente, todo un edificio social... La bondad de la masa, la excelsitud del sacrificio de los hombres buenos, quedan sumergidas en la hecatombe, pero no llegan a perecer ni a envilecerse; es, por ello, de notoria justicia deslindar lo que merece repulsa de lo que ganó el aplauso del mundo; lo que hubo de justificarse o, simplemente de lógica sanción de las armas, de lo que ha sido para los buenos españoles una adversidad inmerecida».

Así, el libro, que se centra en la campaña militar de Cataluña y en el derrumbamiento político del Estado español republicano termina con un análisis de las causas del triunfo de Franco.

Estudio político-militar del periodo final de la guerra española

Título original: *¡Alerta los pueblos!*

Vicente Rojo, 1939



1. El general Vicente Rojo Lluich (1894-1966).

# INTRODUCCIÓN (I): LA OPINIÓN DE UN MILITAR REPUBLICANO

... Quiero añadir que mis ideas no van a estar respaldadas con abundantes citas eruditas. Me basta demostrarlas como expresiones de una fe y una convicción afianzadas en el estudio. Ellas me han permitido eludir el camino de la insensibilidad e indiferencia, tan frecuentado en nuestros días por los escépticos. Pretendo llevar al lector a la persuasión, y, por ello, mi fe no será la del fanático que pretende imponer un dogma, sino la del creyente que sabe que defiende una verdad sin misterios.

VICENTE ROJO, *El Ejército como Institución social*

Muchos españoles tuvimos la honra de luchar bajo las órdenes del general don Vicente Rojo Lluich; yo tuve, además, el honor de servir como su ayudante en los momentos cruciales de nuestra guerra. Y todos pudimos sentir lo que él mismo dice sin énfasis y sin falsa modestia: su falta absoluta de fanatismo, su fe profunda en sus actitudes, su total convicción de defender verdades evidentes horras de todo misterio. Porque el general Rojo fue, ante todo y por encima de todo, un Hombre, con mayúscula; con entrañable humanidad, con firme humanidad también; un hombre que eligió —y heredó— la carrera de las armas y a ella se entregó en alma y vida, haciendo de ella un ideal, respetando su contenido y su significado y exigiendo de los demás —de sus subordinados, de sus jefes, de sus compañeros— el mismo respeto y la misma dignidad que para él eran la base de su existencia misma.

La enseñanza y el ejemplo que a todos nos ha dejado el general Rojo a lo largo de sus 71 años de vida han sido la hombría de bien, la lealtad, la prudencia y un sentido profundo de que el hombre, la vida humana, la familia, son las bases sobre las

que descansa y se desarrolla toda empresa. Quizás porque el general Rojo no llegó a conocer a su padre —militar, enfermo de campañas, fallecido meses antes de nacer Vicente— y porque perdió a su madre cuando apenas contaba trece años, su concepción de la familia, su profundo sentido de esos lazos tejidos de cariño y de firmeza que presidían —que presiden aún— las relaciones entre su esposa, sus hijos, sus amigos íntimos —que no fueron muchos— fueron su guía y su norte, y los aplicó en todo momento a sus subordinados, que vimos en él siempre a un padre, a un consejero más que a un jefe inaccesible. Lo que no quiere decir que, cuando fue menester, el general Rojo no ordenase con firmeza y sin vacilación lo que en su concepto fuera adecuado y necesario.

Don Vicente Rojo Lluch nació en Fuente la Higuera (Valencia) el 8 de octubre de 1894. Comienza, pues, a vivir, y a vivir difícilmente, en pleno desastre del 98. Hijo de militar, cursa sus estudios en el Colegio de Huérfanos del Ejército, en Toledo; de sus tierras levantinas, en la linde de los páramos de Albacete, pasa a Castilla, a la Toledo de los cigarrales, del conde de Orgaz y del Alcázar de Covarrubias con su maravilloso patio donde campeaba el Carlos V de Leoni. Como a tantos españoles, el trasplante a las recias Castillas le servirá de argamasa de su concepción de España: una España austera —nunca una España triste ni ceñuda—, una España variopinta y llena de matices, con vocación de maestra y, por lo tanto, abierta a todos los vientos y respetuosa de todas las honestidades. En la misma Toledo don Vicente Rojo es alumno de la Academia de Infantería; el subteniente Rojo —obtiene el grado en 1914— conservará siempre durante toda su carrera el espíritu andariego del infante y se gozará en pasear, deteniéndose para admirar gentes y paisajes, pensando mientras camina, caminando incansable en su propio hogar; yo lo recuerdo en su casa de Cochabamba, en Bolivia, devorando metros y kilómetros alrededor de la mesa familiar, en un amplio come-

dor, las manos en la espalda, mirando de vez en cuando a su familia reunida y extasiándose con la maravilla del Tunari nevado; cavilando al mismo tiempo la arquitectura de sus libros de ciencia militar —textos ya clásicos algunos— o de sus obras de historia verídica, objetiva pero ardiente, de nuestra guerra.

En 1931, don Vicente Rojo es jefe de Estudios de la Academia de Infantería de Toledo; ha viajado por España, ha creado una familia; sus hijos nacen en diversos lugares de su España eterna. Y en 1936, cuando la guerra civil estalla, se encuentra en Madrid adscrito al Estado Mayor Central. El comandante Rojo, diplomado de Estado Mayor, toma el mando de una columna de milicianos, de hombres de buena voluntad, de hombres cualesquiera, en el frente de la Sierra. Pero don Vicente Rojo, que no había tenido aún oportunidad de manifestar sus profundos conocimientos militares, sus dotes de estrategia y de jefe, quería y podía hacer mucho más que conducir a un puñado de patriotas por las breñas serranas; en noviembre de 1936 se hace cargo de la Jefatura del Estado Mayor de la Junta de Defensa de Madrid; sus experiencias, sus anhelos, sus esperanzas y sus decepciones han sido relatadas, por él mismo en uno de sus mejores libros, *Así fue la defensa de Madrid*, en el que reivindica el casticismo total de la resistencia y rinde homenaje al soldado, al miliciano de la República que, sin armas y casi sin mandos, sin otro bagaje que su fe, contuvo en Usera, en la Casa de Campo, en la Ciudad Universitaria a fuerzas muy superiores y mejor organizadas y encuadradas. En esa su *Defensa* puede apreciarse mejor que en ningún otro lugar la admiración y el respeto que el general Rojo sentía por la materia prima del ejército: el soldado; el soldado que rehúsa, como una ofensa, los posibles refuerzos ofrecidos; refuerzos que el general Rojo sabía que no eran sino un puñado de viejos sin armas. Respeto y admiración más valiosos puesto que van firmados por el verdadero artífi-

ce de aquella página heroica de la historia de España.

Madrid resiste; Madrid se consolida gracias a las dotes de organizador del general Rojo. Era forzoso, pues, que sus cualidades hubieran de emplearse en más altos y más arriesgados destinos, y así es nombrado jefe del Estado Mayor Central del Ejército de la República, puesto que ocupará hasta el final de la guerra y en el que demostrará todo su valor y su ciencia de estrategia.

Fue durante esa última etapa cuando me cupo el honor de combatir a sus órdenes inmediatas. Podría relatar mil rasgos de su carácter; esos pequeños rasgos que dicen mucho más que toda una biografía detallada: el haber albergado en su casa —bien humilde— a familiares de amigos en desgracia, el haber compartido con ellos su magro pan; el no haber criticado jamás cuán flaca puede ser la memoria de los hombres en los que él tanto fiaba. Podría contar cómo, en tanto que jefe del Estado Mayor Central, debía recibir y escuchar a políticos nacionales y extranjeros, y cómo fue siempre ajeno a querellas de partidos y supo imponer sus opiniones técnicas, al margen de toda política, por el simple peso de su personalidad y de su ciencia. Cómo se divertía viendo a uno de sus subordinados —militar de carrera, un tantico conservador en ideas y costumbres— cuadrarse reglamentariamente cuando hablaba por teléfono con sus superiores. Cómo acompañaba a sus soldados durmiendo donde cuadraba, comiendo lo que buenamente caía. Cómo se opuso a que su familia, su mujer y sus hijos que siempre le acompañaron, se beneficiara de una situación que pudo ser privilegiada y que nunca fue otra cosa que un sacrificado servicio. Podría decir cómo en el Estado Mayor Móvil —en las campañas de Belchite, de Teruel, del Ebro, por ejemplo— jamás faltó un crucifijo sobre la cabecera de su camastro. Podría contaros cómo, al final ya de la guerra, el general Rojo salió del territorio español por El Perthus cuando los tanques enemigos habían llegado ya al

villorrio fronterizo...

Fuera de España, pero con España dentro del corazón, en un exilio que jamás fue dorado para él, don Vicente Rojo dedicó todos sus esfuerzos a mantener a su familia, a educar a sus siete hijos. Jamás aceptó una ayuda, jamás pidió una prebenda —él que las merecía todas—. Fue comentarista de guerra en Buenos Aires mientras sus hijos mayores estudiaban y trabajaban para allegar su soldada al peculio familiar. Y fue invitado, en 1942, para ocupar las principales cátedras técnicas de la Escuela Superior de Guerra de Bolivia.

El general Rojo nunca dejó de pensar en España, en una España lejana, enferma, que a él le dolía en lo más profundo de su ser; por eso, cuando su salud se degradó, don Vicente Rojo deseó regresar a la patria para descansar en ella. Para Bolivia, que le había otorgado el rango de general de su ejército con todos los derechos inherentes, incluso los de retiro, fue una pérdida irreparable; para todos nosotros fue una tragedia. Y un motivo de emoción y de orgullo el acompañar al general enfermo y asistir, en las estaciones del ferrocarril perdidas en el Altiplano, a cuatro mil metros de altura, traspasadas de vientos helados, al adiós entrañable de las guarniciones, al homenaje silencioso de un ejército despidiendo a uno de sus jefes más admirados y respetados; al llanto viril de muchos de los oficiales que habían sido sus alumnos y que nunca, ellos tampoco, podrán olvidarle.

Es 1957; el general don Vicente Rojo Lluch ha sido autorizado y se encuentra ya en España, en su España, en la España que siempre ha llevado dentro, por la que ha luchado y por la que ha sufrido. A poco de su llegada a Madrid es sometido a un consejo de guerra y condenado a cadena perpetua; una cadena que, por su estado de salud, no podía ser demasiado larga, desgraciadamente. Las autoridades militares suspenden la ejecución de la sentencia, evitándosele pasar sus últimos años en una prisión. Sin embargo, durante varios años tuvo



que presentarse regularmente, y personalmente, a la policía. Fue la época más penosa de su vida; más dolorosa que el exilio durante el que encontró amigos y respeto; en España tuvo que vivir aislado, sin poder viajar, sin que ninguno de cuantos lo conocían y probablemente lo admiraban se atreviese a confraternizar con el vencido, condenado y perdonado. Ni siquiera muchos que le debían innumerables favores de tiempos que ya eran historia.

Don Vicente Rojo se refugió en su familia y en sí mismo. El ejemplo que supo dar a sus hijos había fructificado; su figura señera seguía siendo guía para un puñado de amigos, de subordinados en sus mismas circunstancias. Fue en esa época en la que produjo el más vibrante homenaje al valor del soldado español, al valor del hombre de la España eterna, el ya aludido *Así fue la defensa de Madrid*, y también el más sangrante grito de emoción por una heroicidad sin límites, y sin éxito: la segunda edición de *España heroica*, ambas obras publicadas en México.

El general don Vicente Rojo Lluch tuvo la fuerza de sobrevivir, tuvo la voluntad de sobreponerse a su enfermedad, tuvo la esperanza de entrever un mundo mejor. Murió, rodeado de su esposa, de sus hijos y de unos pocos amigos, el 15 de junio de 1966. No dejó fortuna material de ninguna clase. Dejó tras sí un ejemplo, una enseñanza, una familia creada y criada por él con la fuerza de sus brazos y con la reciedumbre de su espíritu; una familia a la que muchos pertenecemos y a la que nos esforzamos en honrar.

Esta semblanza escrita a vuelapluma podría terminar con ese clamor de orgullo de haber conocido, de haber convivido, de haber aprendido algo del general Rojo. Es natural, sin embargo, que la semblanza de un hombre, en el más profundo y en el más alto sentido de la palabra, no pueda ser objetiva. Ni yo aspiro a que lo sea. Por eso quisiera terminar con palabras llenas también de emoción dichas por un hijo a la memoria de

su padre, y que parecen haber sido escritas para don Vicente Rojo:

*Amigo de sus amigos  
¡qué señor para criados e parientes!  
¡qué enemigo de enemigos!  
¡qué maestro de esforzados y valientes!  
Por su gran habilidad,  
por méritos e ancianía  
bien gastada,  
alcanzó la dignidad  
de la gran caballería  
del Espada.  
El vivir qu'es perdurable  
non se gana con estados  
mundanales,  
ni con vida delectable  
donde moran los pecados  
infernales;  
mas los buenos religiosos  
gánanlo con oraciones  
e con lloros;  
los caballeros famosos,  
con trabajos y aflicciones  
contra moros.*

JAIME RENART  
Capitán de Milicias

## INTRODUCCIÓN (II): LA OPINIÓN DE UN MILITAR NACIONALISTA

*¡Alerta los pueblos!* es, tal vez, la primera obra importante que se escribió sobre nuestra contienda civil. Apareció poco después de terminada ésta y fue escrita antes de que principiara la segunda guerra mundial. Quiere esto decir que le falta suficiente perspectiva para constituir un fundamentado estudio histórico, aunque resulta, sin duda, un aporte imprescindible para hacer la historia.

Dice su autor que es un libro sincero y explícito y el lector comprobará que así es, pero para adentrarse en la sugestiva exposición de Vicente Rojo Lluich bueno será que antes tenga un conocimiento previo de quién fue y qué supuso en nuestra historia contemporánea.

Considero necesaria esta introducción, pues la personalidad del que fue jefe del Estado Mayor Central del Ejército Popular de la República es muy poco conocida en nuestro país pese a la enorme importancia de su participación en nuestra guerra civil. Cuando ésta empezó era un comandante de Infantería recién ascendido, de 41 años de edad, pero, pese a su modesto empleo, gozaba ya en las filas del ejército de un amplio y merecido prestigio. Vicente Rojo era huérfano de militar e ingresó en la Academia de Infantería el día 30 de agosto de 1911 antes de cumplir los 17 años; formó parte de una nutrida promoción constituida por 390 cadetes que recibieron el despacho de 2.º tenientes el 25 de junio de 1914. Alumno modelo, obtuvo el número 4 de su promoción en la que sólo le precedieron Alfredo San Juan Colomer, Juan Bautista Sánchez González y Lorenzo Domínguez Cerviño. San Juan, que ocupó el número 1, sirvió también en las filas republicanas y, precisamente, a las inmediatas órdenes de Rojo como jefe de

la sección de operaciones. Juan Bautista Sánchez González fue uno de los jefes más destacados del bando nacionalista en el que mandó con gran acierto y maestría la 5.<sup>a</sup> División de Navarra; Lorenzo Domínguez desapareció muy pronto de las filas del ejército, según creo víctima del desastre del 21. De esa misma promoción fueron algunos otros jefes muy destacados: Carlos Asensio Cavanillas, jefe de la 12 División nacionalista; Antonio Alcubilla, hoy teniente general en reserva; el coronel don Joaquín Ortiz de Zárate; el teniente coronel don Ramón Franco Bahamonde, y el comandante don Joaquín López Tienda, muertos los tres al mando de importantes fuerzas nacionales. También pertenecieron a esa promoción Blas Piñar Arnedo, defensor del Alcázar toledano, y los hermanos Alamán Ortega, muy unidos a nuestro personaje en fechas anteriores a la contienda. En las filas gubernamentales y, por lo tanto, a las órdenes de su antiguo compañero de promoción, figuraron Luis Barceló Jové, que alcanzó a mandar el II Cuerpo de Ejército con el que se sublevó contra el coronel Casado cuando éste lo hizo contra Negrín y que murió fusilado en Madrid pocos días antes de terminar la guerra; Alejandro Sáez de San Pedro Albarellos, que en la fase final de la guerra mandaba el VIII Cuerpo de Ejército; Germán Ollero Morente, Ignacio Grau Altés, Ricardo Fresno Urzaiz, Manuel Checha Almohalla, Alejandro Sánchez Cabezudo y Luis Jiménez Pajarero, que mandaron división o brigada; Eduardo Reyes Sanz, que ocupó importantes puestos de mando, y los jefes del Cuerpo de Estado Mayor Arturo del Agua Güell y Manuel Quesado del Pino, de los cuales el primero fue dado de baja del ejército para reingresar en su fase final en la que se puso al servicio del coronel Casado y el segundo mandaba las fuerzas de Asalto en La Coruña donde se resistió al alzamiento y murió fusilado. Otro miembro destacado de la promoción fue Miguel López Bravo Giraldo, muy destacado africanista de significación izquierdista que murió poco antes de empezar la guerra.

Vicente Rojo tuvo su primer destino en Ceuta en el Batallón de Cazadores de Arapiles núm. 9 al que perteneció hasta su ascenso a primer teniente que se produjo el día 25 de julio de 1916 en que pasó al grupo de Fuerzas Regulares Indígenas Ceuta núm. 3 que mandaba el teniente coronel don José Sanjurjo Sacanell que, por aquellas fechas, ascendió a coronel; mandaban los tabores el comandante don Antonio Camacho Benítez, que durante la guerra fue subsecretario del Aire y jefe de las Fuerzas Aéreas de la Región Centro Sur en el bando republicano; el comandante don Mariano Álvarez Mayor, que se retiró acogiéndose a la Ley de Azaña; el comandante don Santiago González Tablas, héroe legendario de la campaña marroquí en la que encontró la muerte, y el comandante Ángel Prats Sousa.

En el mismo grupo formaban como capitanes Francisco del Rosal Rizo y Jaime Bosch Grassi, ambos figuras destacadas en zona republicana, y José Vierna Trápaga que tuvo mandos destacados en la Legión y hoy vive aún con el empleo de teniente general. Con el mismo empleo de teniente servían Agustín Muñoz Grandes, que sería vicepresidente del Gobierno y capitán general del Ejército; Pablo Martín Alonso, de su misma promoción, que moriría de ministro del Ejército, y Armando Álvarez Álvarez, que en zona republicana llegó a mandar Cuerpo de Ejército y al final de la guerra las Fuerzas del Cuerpo de Seguridad, con las que constituyó la agrupación republicana que se enfrentó dura y tenazmente en las calles de Madrid con las fuerzas comunistas que mandaba su también compañero de promoción Luis Barceló.

Permaneció Rojo en Regulares hasta poco antes de su ascenso a capitán, que se produjo el día 2 de diciembre de 1919 cuando se encontraba destinado en el regimiento Vergara núm. 57 y desde el que pasó al de Cazadores de Alfonso XII, 5.º de Montaña, aquél de guarnición en Barcelona y éste en Seo de Urgel. En 1923 se le destina a la Academia de Infantería co-

mo profesor de táctica y en estas tareas docentes continúa hasta 1932 en que pasa a la Escuela Superior de Guerra para efectuar el curso de Estado Mayor y en la que permanece hasta que en 1936, ya terminados sus estudios y prácticas de Estado Mayor, ingresa en los cuadros de este servicio, siendo destinado a la Plana Mayor de la 16 Brigada de Infantería de donde pasa agregado al Estado Mayor Central. Ascendió a comandante el 25 de febrero de 1936, pocos días después de las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular.

Hasta entonces la carrera de Vicente Rojo había sido destacada, pero poco brillante; cuando ascendió a comandante ya eran coroneles los de su promoción Pablo Martín Alonso, Juan Bautista Sánchez González, Pablo Martínez Zaldívar y Joaquín Ortiz de Zárate. Carlos Asensio y Antonio Alcubilla eran tenientes coroneles y buen número de sus compañeros de promoción le precedían en varios años en el empleo de comandante; sus cinco años de África no le habían dado oportunidad de sobresalir, sin embargo sus nueve años de academia sí le dieron ocasión de destacar como un profesional conocedor de su oficio, con vocación para el estudio y la enseñanza; en este período creó, en colaboración de su compañero de promoción Emilio Alamán Ortega, la Colección Bibliográfica Militar que en el período comprendido entre 1928 y 1936 publicó 89 volúmenes dedicados a los más diversos aspectos de la profesión militar y de los que fueron autores los mejores especialistas españoles y extranjeros. Bajo la dirección de Rojo se dio a conocer a los militares españoles lo más importante del pensamiento militar entonces imperante y entre sus colaboradores se contaron los más distinguidos de la familia militar. De entre ellos destacan López Muñiz, Díaz de Villegas, García Navarro, Carrasco Verde, Mantilla, <sup>4</sup> Vicario, Marín de Bernardo y Martínez Campos entre los que militaron en las filas nacionales, y San Juan, Gacueña, Lamas, Reyes Sanz, García Orcasitas, Sánchez de Erostarbe y Plaza Or-

tiz entre los que lo hicieron en el Ejército Popular.

Este hombre, apartado de las luchas políticas, profesional puro, católico practicante, estudioso, de gran rectitud de conducta y que contaba con el aprecio de sus compañeros que veían en él uno de los más sólidos prestigios de nuestro ejército de preguerra, al llegar la fecha crucial del 18 de julio de 1936 se mantuvo fiel a las autoridades frentepopulistas en el poder y puso su talento al servicio del Gobierno.

En el clima de desconfianza reinante no es de extrañar que Vicente Rojo tardara en salir del anonimato en que se mantuvo inicialmente a cuantos militares no pertenecieran previamente a la unión militar republicana antifascista; sin embargo, Rojo no era hombre para permanecer inactivo y desde los primeros momentos actúa en el frente de Somosierra; una vez depurado por el comité de información y control, es destinado el día 15 de agosto al Estado Mayor del ministerio, destino en el que se le confirma el 11 de septiembre después de cambiar al titular de la cartera y el jefe de su Estado Mayor, puestos en los que Largo Caballero sustituyó a Hernández Saravia y Estrada a Federico de la Iglesia. El 20 de octubre, al tomar Largo Caballero el mando de los Ejércitos, se reorganiza el EM, y Vicente Rojo pasa a ocupar la 2.<sup>a</sup> Jefatura del mismo; el día 25 de ese mes se publica en el *Diario Oficial* su ascenso a teniente coronel por lealtad, empleo en el que se le da la antigüedad de 19 de julio.

Por esos días Rojo había mandado circunstancialmente en el sector de Illescas una de las columnas de la agrupación que entonces tenía por jefe al coronel don Ramiro Otal. Son los días en que las fuerzas que conducía el general Varela se acercaban peligrosamente a Madrid en una acción que en zona nacional creyeron decisiva.

Cuando las tropas nacionales alcanzaron los arrabales de Madrid, el Gobierno decidió abandonar la capital y dejar en ella al general Miaja al mando de las que se llamaron Fuerzas de

Defensa de Madrid, subordinadas al Ejército de Operaciones del centro de España que mandaba el general Pozas. Para que auxiliaran a Miaja dejó Largo Caballero en Madrid una parte de su EM que incluía a los tenientes coroneles Rojo, Matallana y Fontán y a los comandantes García Viñals y Suárez Inclán. Con estos hombres y el cuartel general de la 1.<sup>a</sup> División orgánica, debía Miaja constituir su propio EM. Fue la gran oportunidad profesional de Vicente Rojo que se vio nombrado jefe del EM de las Fuerzas de Defensa, organismo en el que Fontán se encargaría de la Sección de Operaciones y Matallana de la de Información. El éxito espectacular de la defensa eleva el prestigio de Rojo que en unión de Miaja pasan a ser los héroes militares de la República.

Estos dos hombres, unidos en la acción del mando, logran los notables éxitos defensivos del invierno 1936-1937 y juntos permanecen en las batallas de la carretera de La Coruña, el Jarama y Guadalajara, a través de los sucesivos mandos que fueron confiriéndose al general Miaja.

Durante este tiempo, el coronel Villalba le ofreció la Jefatura del EM de Andalucía cuando fue enviado a aquel teatro de operaciones, pero Rojo, con muy buen sentido, rehusó el ofrecimiento; poco después, cuando el general Martínez Cabrera fue destituido del puesto de jefe del EM en el que había sustituido a Estrada y del que se le apartaba como consecuencia del desastre malagueño, Vicente Rojo fue nombrado jefe del EMC. Su nombramiento se publicó el día 13 de marzo, en los momentos más graves de la batalla de Guadalajara y por esta causa quedó sin efecto al día siguiente. La situación y la exigencia de Miaja pospusieron la elevación de Rojo al más alto nivel del Ejército Popular. Pocos días más tarde, el día 20, ascendía a coronel manteniéndosele en su puesto de jefe de EM del Ejército del Centro.

En mayo cae del poder Largo Caballero y se constituye el Gobierno de Negrín que reorganiza el ejército estableciendo



el mando único de las Fuerzas Armadas con la creación del Ministerio de Defensa Nacional, en cuyo titular confluía el mando de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire. Se establece el EMC de las Fuerzas Armadas y para su Jefatura se designa al coronel Rojo, que a su vez era nombrado jefe del EM del Ejército de Tierra. Desde este puesto Vicente Rojo dirige la expansión del Ejército Popular que halla su expresión más cabal en el Ejército de Maniobra que, a fin de año, estaría compuesto por cinco Cuerpos de Ejército y que debía constituir el ariete ofensivo con el que el Ejército Popular habría de buscar la decisión a su favor de la contienda. Con él y sus precedentes, Rojo lanzaría una serie de acciones ofensivas: Huesca, Segovia, Brunete, Belchite, Zaragoza y Teruel, que sucesivamente fracasaron en sus designios estratégicos, pese a algunos éxitos iniciales pasajeros que alcanzaron su mayor esplendor cuando las tropas republicanas consiguieron ocupar Teruel, única ocasión, aunque fugaz, en que lograron poner su pie en una capital de provincia ocupada por sus adversarios. Para entonces Vicente Rojo era ya general del Ejército y alcanzaba así la máxima jerarquía militar entonces existente en el Ejército Popular. El decreto es de fecha 21 de octubre de 1937 y se publicó en la *Gaceta* de la República del día siguiente. Decía así en su parte expositiva: «Los méritos contraídos durante la actual campaña por el coronel don Vicente Rojo Lluch le hacen acreedor de una alta recompensa. Antes como jefe del EM del Ejército del Centro y ahora como jefe del EMC, ha acreditado suficiente amor al trabajo y entusiasmo verdaderamente singulares. A sus planes estudiados concienzudamente y a su asesoramiento del mando mientras aquéllos se desarrollaban, cabe atribuir buena parte de los éxitos obtenidos por nuestras armas en la defensa de Madrid durante el pasado invierno y en las operaciones que el verano último tuvieron por teatros las cercanías de aquella capital y las proximidades de Zaragoza. Pero donde más vienen sobresaliendo las dotes del coronel Rojo es en la organización del

Ejército del pueblo, ardua empresa, frecuentemente encomiada por los técnicos militares extranjeros que enfocan su atención hacia nuestra lucha guerrera».

En la conquista de Teruel, ocasión en la que Vicente Rojo ocupó el mando de las fuerzas atacantes por delegación personal de Indalecio Prieto, su actuación fue premiada con la más alta distinción entonces existente: la Placa Laureada de Madrid, equivalente en zona gubernamental a la Cruz Laureada de San Fernando que de antiguo es la más alta condecoración que se otorga en el ejército español. La concesión se efectuó por un decreto de 1938 que en su artículo 1.º decía: «Se concede la Placa Laureada de Madrid al general don Vicente Rojo Lluch que, como jefe del Ejército, dirigió las operaciones por él ideadas para la conquista de Teruel, y en las que, acreditando sabiduría, pericia y valor, logró resultados francamente beneficiosos para el triunfo de la República haciendo variar la faz de la guerra». Salvo el último párrafo claramente hiperbólico, pues el incidente de Teruel no hizo variar, en modo alguno, el cariz de la contienda, el decreto definía una realidad.

Después de estos tiempos, que fueron los más dichosos, o menos desgraciados del Ejército Popular, vendrían los durísimos de la campaña de Aragón que pondrían a prueba el temple de Vicente Rojo que, sacando fuerzas de flaqueza, logró rehacer su maltrecho ejército en una labor reorganizadora verdaderamente ingente que procuró a los Grupos de Ejércitos entonces formados la posibilidad de frenar el avance de las fuerzas nacionales por Levante y crear en Cataluña la delicada situación posterior al paso del Ebro.

El Ejército Popular, maltrecho y molido en todas estas ocasiones, llegó a la que es objeto del libro que prologamos en un acusado estado de extenuación e inferioridad debido a la doble causa de las severas pérdidas sufridas con anterioridad y de su desfavorable situación estratégica, consecuencia del

corte al mar que había dividido sus fuerzas en dos fracciones aisladas, ninguna de las cuales tenía potencia suficiente como para oponerse al grueso de las fuerzas enemigas que podía operar, a su voluntad, contra cualquiera de ellas en un plano de manifiesta supremacía.

Rojo hace frente con entereza a esta adversa situación y preside desde su alto puesto, sin dar muestras de desaliento, la destrucción del instrumento bélico que tan laboriosamente había forjado. Al caer Cataluña, permanece en Francia y no sigue a Negrín en su aventura por la zona central, que terminaría con el dramático episodio de la sublevación de Casado. Para entonces ya se habían restablecido en el Ejército Popular las jerarquías de general de División y teniente general, suprimidas por Largo Caballero y Azaña como innecesarias y antidemocráticas, y Rojo recibe, ya expatriado, los más altos honores militares. La *Gaceta* de la República del 12 de febrero de 1939 publica su ascenso a teniente general del Ejército. En la distinción le acompaña Miaja, el general que entonces mandaba en la zona centro-sur como generalísimo de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire con poderes delegados del Gobierno, y que había extraído a Vicente Rojo del anonimato de la sección de Movilización y Organización de la subsecretaría, cargo para el que fue destinado el 2 de noviembre de 1936 y que ocupaba cuando el Gobierno abandonó la capital de España.

Los aspectos positivos y negativos de la personalidad del general Rojo, así como mis apreciaciones sobre sus habilidades como organizador, estratega y conductor de grandes unidades, fueron ampliamente analizados en mi libro *Historia del Ejército Popular de la República* al que remito al lector interesado en mayor información. En dicha obra, he dicho de Rojo, sin el menor acento peyorativo, que le consideraba personaje contradictorio y acomodaticio, y creo que es ésta ocasión para explicarme. Contradictorio porque las circunstan-

cias hicieron que este hombre, ferviente católico, se encontrara alineado con hombres en cuyo programa entraba la destrucción de la Iglesia y la prohibición de su culto; porque hombre de espíritu liberal y opuesto a cualquier extremismo totalitario —doctrinas que creía que no podían echar raíces profundas en nuestro pueblo—, resultó un firme apoyo de la penetración comunista en el ejército, al poner su confianza en militares del partido; porque militar, enemigo por sistema de la promoción por méritos, en la que veía el peligro de que se impusiera el favoritismo y la arbitrariedad, fomentadas por la adulación y la ambición —punto de vista que defendió incluso en sus primeros tiempos de jefe del EMC—, acabó siendo ferviente partidario de un sistema en el que encontró el más sólido apoyo para el mantenimiento de la moral del combatiente y del que él mismo fue máximo beneficiario al alcanzar cinco empleos en cuatro ascensos por méritos que le hicieron general al año y medio de ascender a comandante y teniente general a los 44 años, meteórica carrera sin parangón en el siglo XX español.

Acomodaticio porque se adaptó perfectamente a las cambiantes circunstancias políticas de la zona republicana, lo que le permitió ser sucesivamente jefe de EM de Miaja, Prieto y Negrín sin que las diferencias entre los jefes a cuyas órdenes estuvo sucesivamente le impidieran desarrollar su labor. Aquí más bien podríamos decir que fueron sus jefes los que se adaptaron a él más que él a ellos; sin embargo no era fácil servir la política de Prieto con dedicación y entusiasmo y hacer lo mismo con su sucesor Negrín. Con éste tuvo, al parecer, diferencias muy especialmente a última hora, diferencias que motivaron su práctico divorcio al finalizar la campaña de Cataluña, pero entonces la guerra ya estaba prácticamente terminada.

Éste es el hombre, y éste es su libro. Libro importante, como ya dijimos, y de lectura imprescindible para todos los aman-

tes de la historia que encontrarán en él datos, referencias y sugerencias del mayor interés. No es éste el momento ni el lugar de hacer un estudio crítico del mismo que dejamos al discreto lector, pero sí creo oportuno aclarar que no comparto su opinión, que respeto siempre, en muchos de sus extremos y muy especialmente cuando afirma que fueron vencidos por media España y dos de los países más fuertes de Europa que «han enviado sin regateos sus aviones, su artillería, sus bombas, sus proyectiles, sus técnicos y parte de sus soldados, los que de éstos eran necesarios y suficientes para vencer; si más hubieran sido precisos, más hubieran dado, porque en la partida ya no se ventilaba en los últimos tiempos que mandase en España la derecha o la izquierda política, sino que fuese libre o esclava». Ni es cierto que Italia y Alemania tuvieran su límite en lo preciso para que venciera el bando de sus amigos, ni mucho menos que éstos admitirán nunca ser esclavos de nadie. La historia ha sancionado suficientemente este hecho.

RAMÓN SALAS

Coronel de Aviación

## **PRÓLOGO**

*No busques, lector, en esta obra, nada truculento; tampoco motivos de propaganda, como han tenido tantas otras de las que se han escrito con ocasión de la guerra de España. Este libro quiere ilustrar a la opinión con oportunidad y ser útil a la historia. Es un libro sincero y explícito y además hemos querido hacerlo justo. Es preciso que así sea, porque se han escrito y se han dicho bastantes ligerezas y algunas falsedades sobre la contienda española y, últimamente, se han enjuiciado con demasiada acrimonia la campaña de Cataluña y las cualidades del combatiente español.*

*Aunque en algunas de las afirmaciones que recientemente se han hecho hemos podido ver la influencia de un virus político, de una pasión sectaria o de una errónea visión de los hechos, y las hayamos despreciado por descubrir en ellas los móviles perversos que las inspiraban, no podemos dejar correr en silencio ciertos juicios manifiestamente injustos. Por ello, sin pretender entablar polémicas, vamos a contribuir con nuestro trabajo al más perfecto conocimiento de la verdad.*

*Creemos poder escribir con autoridad bastante para exponer los hechos de que hemos sido testigos, coautores o dirigentes. Si procedimos bien o mal lo juzgará la historia; nosotros, en todo caso, no hacemos más que decir cómo y por qué se produjeron, fijando, en cuanto nos sea posible, cuáles fueron sus causas y consecuencias. Al hacerlo así está muy lejos de nuestro ánimo atacar personas, partidos ni instituciones. Nuestro propósito va a desenvolverse de manera correcta, sin pasión y con el desinterés con que puede hacerlo quien no va a pedir a la opinión votos, ni aplausos, ni homenajes; es decir, como puede y debe hacerlo un ciudadano, militar español*

*y patriota, que puso, sin ambiciones, su voluntad y su deber en la lucha, y que, extinguida ésta, sin renunciar a ninguno de los ideales que defendió y conservando sus creencias y la fe en los destinos de su pueblo, vuelve a la calidad de trabajador anónimo y honesto en el imperio universal de la verdad y de la justicia.*

*El período que corre en la historia de la guerra de España desde el 23 de diciembre de 1938 hasta el 10 de febrero de 1939 es, sin duda, el más dramático de nuestra lucha y también el de más trágicas consecuencias. En él hacen quiebra un ejército, abrumadoramente dominado por su adversario, y un Estado viciado profundamente en su moral y en su organización, viniendo al suelo, estrepitosamente, todo un edificio social minado por las concupiscencias colectivas y los personales egoísmos. La bondad de la masa, la excelsitud del sacrificio de los hombres buenos, quedan sumergidas en la hecatombe, pero no llegan a perecer ni a envilecerse; es, por ello, de notoria justicia deslindar lo que merece repulsa de lo que ganó el aplauso del mundo; lo que hubo de justiciara o, simplemente, lógica sanción de las armas, de lo que ha sido para los buenos españoles una adversidad inmerecida.*

*Hace muchos años, en un pueblecito de la provincia de Valencia, dejó de existir mi madre. De las imágenes imborrables de aquel triste suceso guardo vivo este recuerdo: habían transcurrido muy pocos días de mi tragedia familiar cuando se celebraban en el pueblo unas fiestas tradicionales. Mientras la multitud, gozosa, iba y venía con júbilo y desconcierto, y todo era en las puertas de mi modesta vivienda bulla, griterío, jarana; en el interior de la casa, recludos por imperativo de la costumbre, unos jóvenes, casi niños, no sabían ni podían sobreponerse a su dolor; una desgracia natural, pero terrible: habían quedado totalmente huérfanos de padres, de hacienda, de cariño; y el mundo que les rodeaba era ajeno a su dolor y a su pobreza. Necesitarían vencerle para abrirse*

*paso en la vida sólo con su voluntad, como lo hicieron. Esa misma imagen, aún incompleta, se reproduce hoy, de manera gigantesca, en esta gran familia de unos cientos de miles de españoles que, absolutamente huérfanos, sin patria y sin hacienda, permanecen reclusos en los campos de concentración —eufemismo con que ya se encubren en todos los pueblos las nuevas cárceles de la sociedad moderna— y en refugios y viviendas miserables pobremente sostenidos. Han perdido su patria sin merecerlo y, en su derredor, las multitudes, el ambiente, la radio, la prensa, el noventa por ciento de los cerebros directores de los países, no sólo se mantienen ajenos a su dolor sino que les son manifiestamente hostiles. Su terrible delito ha sido querer a su patria libre de toda clase de servidumbres. ¡Qué tremenda resurrección de la voluntad será precisa para que no se abata la fortaleza de su fe patriótica, para que no sea explotada su miseria por los egoísmos del mundo, para que sus tutores no les lleven por derroteros infecundos y puedan nuevamente abrir un cauce digno a su vida y a su ideal!*

*Es lo corriente que a la hora de la liquidación de una guerra hable y se imponga el vencedor, no sólo por el derecho que le da la victoria, sino porque las muchedumbres anodinas inclinadas al miedo se unen fácilmente al carro del triunfo y aumentan ruidosamente la pompa y el estruendo del éxito. Cierito es que el fenómeno se reproduce hoy con verdadero bullicio; pero tanto ruido, y mucho más, no podrá ahogar las voces que claman justicia para los vencidos.*

*Comprendemos que sería burdo querer ganar con los libros lo que se ha perdido con las armas. Nos conformamos con hacer uso del derecho de hablar; no sólo con la esperanza de que algún día se imponga la razón, sino por el deber de mostrar, pues es educativo hacerlo, cómo en ese breve período, menor de tres meses, que corre desde el 23 de diciembre al 10 de febrero, ha podido quedar deshecho un Estado y pasar*



*sus defensores —los hombres que llevaban por bandera el culto a la libertad y ala independencia de su pueblo— a la peor de las servidumbres: la del hombre sin ninguna clase de derechos, la del paria.*

*Cerrado el proceso bélico de la tragedia española, el lejano espectador de ella vuelve a hallarse en un remanso de paz sólo conturbada por la exaltación de los victoriosos y la pesadumbre de los vencidos; mas, el telón que cubre el escenario donde se montan los dramas guerreros no tardará en volverse a alzar para la representación de uno nuevo, quizá menos original que el vivido por nosotros, pero seguramente más confuso y voluminoso. Antes de que esto ocurra, vamos a dar al espectador una versión de la obra ya representada, seguros de que puede serle útil, pues es muy posible que por no haber conocido a los personajes de la tragedia, ni haberse adentrado en la mentalidad de los autores, los cuadros observados han podido ser para muchos algo incomprensible. Elegimos para ello el último período, por ser en el que más vigorosamente concurren todos los motivos que han hecho de nuestro conflicto un drama universal por su esencia y por sus fines, aunque las consecuencias materiales y morales del desenlace hayamos de padecerlas solamente los españoles.*

*En el estudio que minos a emprender, dos matices diversos se ofrecen a la meditación: la campaña militar de Cataluña y el derrumbamiento político del Estado español republicano. Puede parecer extemporáneo que abordemos un estudio de nuestra guerra comenzando por el final del gran problema político, social y militar que en ella se ha planteado; pero hemos creído conveniente hacerlo así, no sólo por la mayor actualidad de los sucesos, sino para llevar la verdad de la solución de estos tres años de lucha al plano exacto en que debe situarse, y, finalmente, porque procediendo de este modo podremos reforzar la moral de los hombres que honradamente hicieron la guerra combatiendo y que se hallan hoy*

*abrumados por el dolor de un fracaso que no han merecido.*

*Todo ello es conveniente y oportuno. Fío en el conocimiento que tengo de los hechos y en la ecuanimidad con que me propongo desarrollar el trabajo para prometer al lector, amigo o enemigo, que si mis fuerzas no me permiten darle una gran obra, en cambio, sí puedo ofrecerle un libro honrado, cuya composición, con la ayuda de Dios, voy a comenzar.*

**VICENTE ROJO**

## **Primera parte**

# **ANTECEDENTES GENERALES**

## Capítulo 1

### LA SITUACIÓN POLÍTICA

Puesto en el umbral de mi trabajo una primera reflexión turba mi ánimo. ¿Seré suficientemente imparcial y ecléctico para exponer y enjuiciar los hechos de nuestra guerra sin dejarme arrastrar por la pasión o la amargura, sin inclinarme hacia personas o banderías determinadas, sin buscar, antes que la verdad histórica y simple, el sofisma que enmascare o enturbie la claridad que debe hacerse sobre las personas y los sucesos? ¿Estamos ya suficientemente lejos de ellos para poderlos ver a través de un prisma transparente y no con la opacidad y la confusión de las catástrofes morales?

Los tres meses que en el momento de comenzar este trabajo han transcurrido desde el final de la campaña de Cataluña, son ciertamente, en el tiempo, un período asaz breve para que quienes han vivido la tragedia puedan sentirse ya libres de sus cargas y ofuscaciones; sin embargo han actuado como un sedante suficientemente eficaz para que la voluntad y la inteligencia se desenvuelvan sin trabas. Además, hemos aprendido mucho estos tres meses y nuestra dolorosa experiencia nos ha situado moralmente tan lejos de ciertas miserias humanas y tan distantes de los acontecimientos, que nos parece poder contemplarlos desde una altura inmensa, a través de una atmósfera diáfana y con la sensación de no hallarnos contaminados por nada ni por nadie.

En verdad escapan a mis observaciones algunos detalles que ningún valor tienen en el conjunto; pero los rasgos firmes del cuadro, su trabazón, su armonía, su colorido, los veo tan fuertemente, tienen ante mis ojos tanta vida las formas y los sucesos representados en el panorama, que creo poder penetrar

hasta la esencia misma de la tragedia vivida.

Bosquejemos, antes de analizar los hechos, el ambiente en que nos debatíamos los republicanos españoles en el segundo semestre de 1938.

La situación política de la España republicana en el período que precedió a la maniobra de Cataluña carecía de estabilidad; faltaba cohesión y unidad en el Gobierno porque los ministros no dejaban de estar influidos por los respectivos comités de los partidos cuya representación encarnaban; la autoridad del jefe del Gabinete sobre los ministros era completa en el orden personal, pero no así en el político, porque, debido a aquellas influencias, no mandaba realmente el Gobierno, sino los comités, sin cuyo conocimiento y aprobación nada importante podía prosperar y a veces ni siquiera los problemas secundarios lograban abrirse paso. Por otra parte, la intervención de la Presidencia de la República en los problemas nacionales, y concretamente en los que atañían a la guerra, quedaba constreñida al aspecto formal de conocimiento, y en cuanto a las Cortes, nada hacían sino cubrir el precepto constitucional de reunirse en las fechas obligadas y despachar, en pocas horas y con unos discursos más o menos breves, los graves problemas que tenía planteados el país.

Los intentos de provocación de crisis, aunque dos veces fracasados, antes y después de la maniobra del Ebro, habían debilitado la autoridad del Gobierno, o cuando menos la confianza que en él tenía depositada la opinión, por la crítica que a la obra de aquél hacían diversos sectores políticos.

La lucha sorda que en todo tiempo habían mantenido entre sí los partidos, se extendía y agudizaba dentro del ejército, apoyándose, aquéllos, para desenvolverla, en las influencias que sobre los jefes y unidades militares ejercían y cuya influencia era muy difícil neutralizar por el origen eminentemente político de muchas unidades y porque gran número de jefes militares y comisarios eran al propio tiempo miembros de los or-

ganismos dirigentes de los partidos políticos o sindicales. No obstante, hagamos la justicia de consignar que la inmensa mayoría de dichos jefes y comisarios se esforzaron por subordinar al deber militar los intereses políticos.

En el proceso de nuestra guerra es curioso observar cómo los reveses, especialmente los grandes reveses, provocaban, quizá por instinto de conservación, la cohesión de los partidos, mientras que los éxitos, por insignificantes que fuesen, una vez pasada la satisfacción inicial, se traducían en discordias; parecía como si la posibilidad de que se avecinase el triunfo desatara los particulares apetitos disponiéndose unos y otros a imponer sus aspiraciones. Por eso, pasada la euforia que produjo el éxito inicial de la maniobra del Ebro y la paralización de la batalla de Levante, reaparecieron los plasmadores de celos e intrigas; y aquella pugna que de largo tiempo venían sosteniendo los partidos, celosos del predominio que en el ejército tenían los comunistas, se recrudeció, llegando a manifestarse en forma difamatoria.

Y es porque a los españoles nos cuesta trabajo ponernos de acuerdo para enaltecer las personas o los sucesos; queremos actuar solos, para no compartir la gratitud con nadie o porque nos domina un espíritu crítico negativo; mas, cuando se trata de desprestigiar a las personas o desacreditar los hechos, nos agrupamos instintivamente para hundir lo que ante nuestros egoísmos es un objetivo común. Por eso era para mí un fenómeno natural, aunque despreciable, que los partidos políticos que sostenían al jefe del Gobierno trabajasen sorda, cuando no mancomunadamente contra él; y que quienes en la prensa jaleaban con tópicos de todas clases los éxitos del Ebro, montasen solapadamente un artificioso tinglado de descrédito, armado de malicias, recelos e imputaciones diversas contra el ejército que allí se batía y especialmente contra sus más destacados jefes. Para algunos resultaba intolerable que se proclamase su sólida moral y valor. Esta verdad, compro-

bada en cuatro meses de resistencia, era especialmente molesta para los espíritus sectarios, cuya ceguera mental les lleva frecuentemente a practicar esa fórmula lamentablemente demagógica que busca la anulación de la personalidad.

El incidente de la muerte violenta de un comisario de Brigada ocurrido en los últimos días de octubre, ponía una vez más de relieve el efecto de aquellas pugnas y el relajamiento de la disciplina en algunas unidades, debido principalmente a la acción política. Con motivo de tal suceso practiqué directamente una información en una reunión de jefes superiores y comisarios: He aquí el final del informe elevado al ministro:

lo ocurrido, como cuanto pueda ocurrir, tiene su explicación natural en la propaganda y educación política de los hombres de la citada unidad y de otras similares, de lo que es buena prueba el periódico que le adjunto y que fue recogido en el lugar del suceso<sup>1</sup>. Merced a esa educación, posiblemente resultará ineficaz la actuación de los jefes militares y del comisariado.

Este suceso, como otros similares, no eran ninguna novedad, si bien ya se producían de manera excepcional; solían recrudescer paralelamente al despertar de las influencias políticas en las unidades del ejército. Contra ellas veníamos luchando incesantemente, como incesantemente también señalamos al mando superior los terribles inconvenientes que de tal estado de cosas podía derivarse, llegando a precisar, de manera terminante, que provocarían el derrumbamiento de nuestro ejército y la pérdida de la guerra. La experiencia sufrida con la caída de Bilbao, Santander y Asturias era para nosotros tan concluyente que no necesitaba reiteración. De las numerosas citas que para testimoniario podrían extractarse de documen-

---

<sup>1</sup> Un periódico disolvente, cuyo título no recuerdo, pero en el que los temas favoritos eran los ataques al Gobierno, al mando militar y a la autoridad, y la exaltación de la indisciplina.

tos oficiales vamos a consignar solamente una, que tiene fecha 23 de noviembre de 1938, por la oportunidad que el recordarla tiene en relación con los sucesos posteriormente desarrollados; ese texto forma parte de un informe general presentado con dicha fecha al ministro y dice así:

La moral de guerra sólida y firme, necesaria para llevar las unidades a operaciones activas, se cuarteaba por las luchas políticas y divergencias entre unos y otros combatientes, y por ello es conveniente que se tenga en cuenta ese estado de moral antes de que comiencen las operaciones, y más si éstas van a tener alguna trascendencia. Los combatientes constituyen hoy, a pesar de todo, el puntal más firme de la República; pero por los derrotados que están llevando a la opinión pública quienes no tienen la responsabilidad del Gobierno y de la dirección de la guerra, es posible, si no es seguro, que esa fortaleza se quebrará si pronto no se pone remedio a un estado de cosas cuyo inmediato perjuicio va a ser, desde luego, el fracaso de cuantas operaciones militares vayan a intentarse.

Una de las formas en que cristalizaba la lucha entre los partidos era la disputa por el predominio en el número de altos mandos militares que a cada uno de aquéllos podía corresponder. El cese de algunos jefes, si contaban con protección política, llevaba consigo un extenso expediente de reclamaciones, denuncias, influencias, etc., etc.; algo similar ocurría para colocarlos; en general no preocupaba a algunos partidos cuál fuera la moralidad ni la capacidad del sujeto; interesaba principalmente la posesión de un puesto. Es natural que con ello no ganase nada la disciplina ni la eficiencia del ejército.

El Comisariado también se hallaba dividido por la conquista de puestos y adheridos; la lucha intestina en esta institución era quizá más aguda que en el campo político y en el militar; se cubrían vacantes políticas más que vacantes de comisarios, aunque la inepticia de los nombrados fuese patente, con lo que el prestigio de la institución se venía al suelo y la buena vo-



luntad y la eficacia del trabajo de muchos hombres que en el Comisariado habían comprendido sabiamente su deber, caía en el vacío. Para bastantes gentes el Comisariado era lisa y llanamente un órgano de actividad política, desde el cual podían captarse voluntades para su partido, no para la causa popular y la obra del Gobierno.

En la retaguardia la moral carecía de solidez. Se presentía el peligro y se esperaban medidas de rigor, porque todo el mundo las consideraba necesarias, indispensables, para sostener la nave del Estado a flote; sin embargo, las primeras disposiciones para sacar de su puesto a los emboscados, lejos de merecer el aplauso, encontraron enormes resistencias: altos funcionarios, hasta ministros, no dudaban en intrigar para asegurar exclusiones de parientes o amigos, dando un lamentable ejemplo. Era explicable que no hubiera una sana moral de guerra, pues se acentuaban las privaciones y peligros y no se corregía el desorden en la distribución de los abastecimientos y en la administración; por ello latía un disgusto manifiesto y la masa del pueblo acusaba, de manera efectiva, un verdadero cansancio de guerra. Cuando alguna vez se provocaban reacciones favorables en la moral, como con ocasión de la retirada de voluntarios, el efecto beneficioso quedaba muy localizado o se extinguía prontamente porque la verdadera causa de depresión no desaparecía.

Había decrecido el ritmo de la producción en las industrias por penuria de materias primas, por el mayor rigor del bloqueo y por la intensidad de la acción aérea enemiga sobre la retaguardia; y el rendimiento en los recursos agrícolas había sufrido también un descenso por la falta de brazos y por el acaparamiento.

Existía una resistencia política evidente a cuantas propuestas se hacían para mejorar los resortes del mando militar, estableciendo de manera efectiva el mando único y el mejor aprovechamiento de los institutos armados y de los hombres

en edad militar; la declaración del estado de guerra, tantas veces pedida, no llegaba nunca, dándose la inexplicable paradoja de que, salvo los últimos quince días, hayamos sostenido una guerra que alcanzaba en sus fines, en sus medios y en sus procedimientos a la misma entraña del país y éste no se hallase en estado de guerra, posiblemente por un temor tan secreto como inexplicable de dar al mando militar todas las facultades que en tal situación le corresponden.

Por el contrario se trabajaba al margen del ejército para dar un mayor carácter civil a las instituciones militares: así vio la luz esa monstruosidad orgánica que fueron las disposiciones sustrayendo a la jurisdicción del Estado Mayor los servicios de Sanidad y de Intendencia, sin conocimiento del EMC<sup>2</sup> y a pesar de la oposición y protesta de ese organismo. Con ocasión de la maniobra enemiga sobre Barcelona iban a verse las consecuencias funestísimas: un ejército medio desnudo, mientras se perdían por imprevisión 200.000 equipos; unas tropas cargadas de privaciones, cuando se abandonaban 10.000 toneladas de víveres.

La actividad de los partidos tenía manifestaciones diversas: el más viejo de éstos y el más numeroso en elementos representativos, como era el Socialista, intervenía desde los puestos directivos las principales actividades: gobiernos, policía, SIM<sup>3</sup>, frontera, industrias, abastecimientos...; el más joven y dinámico, el Comunista, velaba más por la cuestión militar y ejercía una efectiva influencia sobre el mayor número de unidades y jefes, trabajaba más por los problemas de guerra y manejaba la juventud; los demás, unos, con limitada influencia, como los republicanos; otros, activos y luchadores, como la FAI<sup>4</sup>, prestaban una colaboración política que servía de contrapeso o de resistencia y que en definitiva resentía la

---

<sup>2</sup> Estado Mayor Central

<sup>3</sup> Servicio de Investigación Militar

<sup>4</sup> Federación Anarquista Ibérica

cohesión.

El temor a una dictadura se había acentuado. Alguien había dicho que las guerras civiles terminan en una dictadura militar, y todos velaban fieramente porque esto no ocurriese en el campo republicano. Cada partido debía tener sus motivos para temer a un dictador, castrense o civil: ¿preferían, antes que esto, el triunfo de Franco? Hagámosles la justicia de reconocer que su trabajo ha sido bien encauzado para evitar una dictadura interna y quizá por ello no se declaraba el estado de guerra; pero en verdad, como dirigentes de una masa social que se batía y sacrificaba, debieron pensar que la guerra no se hace con tópicos sino con medidas de rigor y con sacrificios de todas clases. Señalemos, sin culpar a las personas, pero imputándoselo a las doctrinas, este gran error de nuestros dirigentes; no supieron nunca comprender que el sacrificio de la masa no se hacía por uno u otro partido, sino por unas libertades populares superiores a toda doctrina; por eso no mostraban políticamente la misma abnegación que ponía el combatiente en el frente y fueron incapaces de llegar a un ideario común y sacrificarse por él: ni ideario, ni sacrificio; así, los trece puntos de Negrín dormitaban en las páginas de cientos de miles de folletos sin ninguna eficacia.

Aquella grave preocupación de la dictadura tenía una secuela: el horror al caudillismo. Los fieros defensores del fuero civil, constantemente preocupados de una temida dictadura y para que ningún jefe militar se revelase brillantemente, extremaron de tal modo su celo en este segundo semestre de 1938 que apenas dejaban hablar de aquéllos a los periódicos, ni que se escribiesen cosas elementales para halagar o enaltecer a quienes diariamente se sacrificaban por su pueblo; ese santo horror al caudillismo era la obsesión de muchos irresponsables; en su celoso empeño, llegaron los edecanes de la censura hasta prohibir una orden de felicitación dada a un ejército de orden del ministro de Defensa por el jefe del EMC.

Mas, no se piense, por el tono del ambiente que estamos bosquejando, que todo era defectuoso o estaba viciado. En los partidos y organizaciones, en el propio Gobierno, destacando en su presidente, en los organismos oficiales y privados de retaguardia, en los establecimientos industriales, en la prensa, en la masa popular anónima, en el obrero como en la mujer, existía el ansia efectiva de trabajo y de sacrificio, una fiebre de lucha puesta a prueba en la abnegación con que soportaban las privaciones y los ataques aéreos, un deseo ferviente de colaborar al triunfo y que éste fuese pronto y decisivo. Sin embargo, las prevaricaciones de las minorías derrotistas, los malos ejemplos de los débiles y de los escépticos, los juegos y exageraciones contraproducentes de la prensa y de la propaganda, las recriminaciones de los pesimistas, los errores por ignorancia o sectarismo de gentes de mayor o menor responsabilidad, los vicios y egoísmos políticos y los desafueros, irregularidades o concupiscencias de algunos privilegiados, eran los que iban sembrando con ritmo creciente el disgusto en la masa y creando un ambiente cada vez más denso de desconfianza y de apagamiento que atacaba la buena moral de guerra latente en cuantos sentían en conciencia los graves problemas que con la guerra se ventilaban. El hecho cierto es que como consecuencia de todo ello gravitaba sobre la sociedad republicana española un proceso de descomposición y que en los momentos que son objeto de nuestro análisis no se aplicaban los necesarios remedios.

Internacionalmente nuestra situación no era más sólida que la interior. Habíamos mejorado mucho, pero no todo lo debido, desde el comienzo de la guerra. Íbamos ganando simpatizantes; teníamos el apoyo espiritual de México, de parte de Norteamérica y de algunos grupos de amigos franceses e ingleses y de gran parte de las repúblicas hispanoamericanas. El mejor aliado lo teníamos en la URSS, tanto en el orden espiritual como en el material; pero sea por dificultades del Gobierno,

financieras o de trámite, o por otras causas, el apoyo material solía llegar tarde o con pobreza.

En nuestras altas esferas se comprendió mal el gran volumen y la duración larga de nuestra guerra y se administraron los recursos arbitrariamente al margen de la dirección militar. Se fiaba mucho en la política, en el apoyo exterior, en el levantamiento de la retaguardia de Franco. En cambio se dudaba de la eficacia de la acción militar; se creía que los hombres que estábamos al frente de ella, quizá porque no habíamos suscrito ningún carnet político, no sentíamos profundamente la causa popular (¡cuando precisamente la sentíamos por no ser profesionales de la política!) y, naturalmente, unos sólo inspiraban confianza en el orden técnico, y otros, por su improvisación, eran considerados poco aptos. No pensaban que la guerra había que hacerla batiéndose y que el ejército debía ser el punto de concurrencia de todas las miradas y de todos los esfuerzos. Les costaba trabajo comprender que si en nuestra contienda había de cuando en cuando algún momento de tranquilidad y de satisfacción moral era principalmente motivado por algún éxito militar, casi todos pequeños, pero limpios de miserias humanas, de criminalidad, de reprobación; era natural que tales verdades no se apreciaran, pues el ambiente formado por las normas políticas imperantes, aunque externamente no lo pareciese, era eminentemente antimilitarista; y aquellos sectores donde se había adentrado más esta preocupación no podían o no sabían comprender tales cosas y sólo pensaban ansiosamente en el apoyo exterior, en el levantamiento de la retaguardia de Franco...

La guerra la perdimos definitivamente, en el terreno internacional, en la última decena de septiembre, cuando la diplomacia fraguara el pacto de Munich.

Nunca he podido seguir con detalle, aunque me ha preocupado siempre, el derrotero de nuestra política exterior. Veía nuestro problema situado —mal situado— en la órbita de los

países llamados democráticos; pero aunque alguna vez hice observaciones y presenté informes, jamás llevé mi intervención a extremos que no me incumbían. Podía seguir la actividad diplomática con mayor detalle que un observador vulgar y nada más.

Preocupado con la situación internacional en los días que precedieron al pacto de Munich, y por las repercusiones que en relación con nuestro conflicto tuviese, presenté al ministro el 20 de septiembre un informe redactado con bastante amplitud, a base de la situación exterior e interior, y en el que analizaba concretamente el caso en que las naciones democráticas, ante el problema de Checoslovaquia, «... optasen por el sistema de la transigencia, dejando a esta nación aislada y satisfechas las ambiciones de Alemania sobre dicho país». Es decir, el caso concreto, en la situación internacional que en tales momentos estaba planteada, de que Francia e Inglaterra no fuesen a la guerra.

En dicho informe, que no estimamos necesario reproducir íntegro, decíamos textualmente lo siguiente:

A pesar de lo expuesto y de la grave situación que nos puede crear la situación internacional que estamos comentando, se considera posible una resolución favorable de nuestro conflicto, quedando condicionada por dos factores principales: el primero, la posibilidad de obtener abastecimientos de boca y guerra; el segundo, la posibilidad de conservar una moral exaltada y una organización cada vez más perfecta de nuestro ejército. Ambas cosas son realizables y constituyen esencialmente problemas de Gobierno.

Pero para lograr de una manera eficaz la realización de esas posibilidades se requiere fundamentalmente una orientación política clara y firme. Orientación política que lleva aparejada la resolución de una serie de problemas que reiteradamente han sido planteados. Siempre se ha considerado necesaria y urgente su resolución, pero en los momentos actuales se con-

sidera urgentísima...

Se trata de una cuestión vital para la guerra y sería conveniente, si no imperioso, que el Gobierno los afrontase poniendo en ejecución las soluciones en un plazo de pocos días. Tales problemas son los siguientes:

**PRIMERO:** Purificación de los organismos del Estado, y especialmente de los que actúan en la zona del interior efectuando una rigurosa selección del personal dirigente que trabaja en los mismos e imponiéndoles una verdadera actuación de guerra por su austeridad y por el interés de todo momento en la resolución de los problemas que les competen. A esta medida van aparejadas una mejor organización del trabajo, de la producción y de la distribución de abastecimientos, aspectos éstos seguramente desarticulados y mal atendidos por falta de una sana moral en los organismos del Estado, políticos, sindicales y militares.

**SEGUNDO:** Persecución del emboscamiento en la retaguardia. Son muchos los millares de ciudadanos útiles para todo servicio que no prestan éste por su carácter de indispensables en los organismos donde trabajan. Todo el mundo puede ser indispensable en el cometido que tiene, pero todos los cometidos han de abandonarse cuando el deber llama al ciudadano al servicio de las armas. Esta medida se considera urgente y radical porque las tolerancias crean un evidente estado de desmoralización en los que empuñan las armas.

**TERCERO:** Crear un solo ejército. Ahora hay cinco: ejército de Tierra, Aviación, Marina, Carabineros y Seguridad. Todos completamente autónomos, con administración y medios propios, ofreciendo una manifiesta desigualdad en cuanto a relación de derechos y deberes se refiere, y fomentando antagonismos, pugnas, celos y rivalidades entre unidades que tienen por única, común y exclusiva finalidad la de luchar para

ganar la guerra. Es necesario llegar al ejército único, con el mando único. Las tropas de Carabineros y de Seguridad que sean estrictamente indispensables para funciones fiscales o de orden público, que se organicen y se mantengan en retaguardia con una plantilla fija y conocida, con unos servicios fijos y perfectamente determinados y, sobre todo, con personal que por su edad no reste combatientes al frente. Todo ello puede hacerse sin detrimento alguno de la consideración y la autoridad de que deben gozar tales institutos y con ello ganarían prestigio. Para lograrlo no será preciso reducirlos y en cambio se ganarán efectivos para las unidades combatientes.

**CUARTO:** Crear una sola Industria (ponerlas todas bajo una sola dirección) para evitar el derroche de medios, el mal empleo de los obreros y la mala administración imperante en la producción y distribución.

**QUINTO:** Crear unos solos Transportes (ponerlos todos bajo una Sola dirección militar) terminando con el derroche y desatenciones que reinan en este servicio.

**SEXTO:** Llegar a la unidad política y de Gobierno para evitar la existencia de tres de éstos en la capital actual de la República y una enorme variedad de partidos, periódicos y organizaciones, con las pugnas, rozamientos y violencias de todos conocidos y que tan mal repercuten en la moral de las gentes. Si esta unidad no se logra se irá conllevando la guerra y alargando un conflicto que, afrontado en forma de verdadera unidad y por decisión interior y exterior, aun en las condiciones desfavorables del caso que estamos analizando, puede resolverse de una manera satisfactoria para nuestro pueblo.

**SÉPTIMO:** Asegurar el mantenimiento de la lucha procurando los abastecimientos desde América y la URSS en forma regular o mediante acciones de contrabando organizado en gran escala. Esta medida es fundamental para la prosecución de la guerra. Se verá favorecida en el interior por la aplicación de las medidas 4.<sup>a</sup> (que puede dar mayor rendimiento a



la producción) y 5.<sup>a</sup> (que puede conducir a una economía en el consumo).

Como consecuencia del anterior informe se entregaron al ministro, con la misma fecha, las propuestas de reorganización correspondientes. Fueron aprobadas y puestas inmediatamente en práctica las que afectaban a cuestiones de detalle en el ejército de Tierra; pero los puntos esenciales que abarcaba el informe y que mayor interés ofrecían, tales como fijación de derechos y deberes del Comisariado y reorganización de esta institución; Transportes-Industrias-Abastecimientos; reorganización del mando superior para llegar al ejército y al mando único efectivo; subordinación del ejército del Aire al de Tierra; medidas para revalorizar la moral y anular los privilegios de ciertos Institutos, todas ellas quedaron pendientes de estudio y resolución del Gobierno por la trascendencia que tenían, y una vez más, y pese a la gravedad de las circunstancias, la obra resultaba incompleta; ¡qué pronto íbamos a tocar las consecuencias!

Por el conocimiento que tenía de la situación exterior en relación con nuestro conflicto, comprendí que sólo con nuestros medios habríamos de ganar la guerra: si era posible realizando un gran esfuerzo antes de fin de año, y si ese gran esfuerzo no podía llevarse a cabo, habríamos de terminarla dignamente con una fórmula política en virtud de la cual no pudiera nuestro pueblo abochornarse de su proceder. Esta creencia arraigaba en mí (a pesar de los optimismos de nuestro ministro de Estado, que fácilmente se dejaba influenciar por sus amigos personales del exterior, los cuales le daban ánimos) cuando examinaba los dos factores fundamentales de la guerra: los morales y los materiales. De los primeros me preocupaba la moral de nuestra retaguardia, en descenso; de los segundos, bastaba medir: del lado enemigo, una corriente de abastecimientos de guerra intensa e ininterrumpida; mientras, del lado

propio, el vacío; la conclusión a que llegaba no podía ser halagüeña.

Mi moral no por ello se resentía; quizá se afirmaba más ante el peligro de que, conjugadas unas y otras circunstancias, pudiésemos llegar a una catástrofe interna. Ésta me había preocupado siempre, incluso cuando desempeñé funciones de muy limitada responsabilidad: fue mi obsesión los primeros días de la defensa de Madrid; lo fue también con ocasión del incidente de la disolución del Consejo de Aragón, y, finalmente, en marzo y abril de 1938, al producirse el desastre de Aragón y la penetración enemiga hacia el mar. Pensaba yo que si todos los españoles apreciaban aquella grave situación de desequilibrio interno y externo, material y moral, podía acentuarse el relajamiento y con ello la renuncia a seguir la lucha, y el planteamiento de un caos interno. Contra él me previne pulsando constantemente el estado de moral y la obediencia de las unidades del ejército, mientras paralelamente se adoptaban las medidas necesarias para afrontar aquel gran esfuerzo militar que estimábamos necesario y que era lo que mantenía nuestra fe en el triunfo.

A mediados de noviembre, antes del repliegue del Ebro, marché a Valencia. Iba muy mal predispuesto por el ambiente político y social de Cataluña; la impresión que allí recogí no fue más satisfactoria; es más, la situación parecía más grave, como lo ponía de relieve una reciente sedición del Comisariado del Ejército del Centro, a la que no eran ajenos algunos partidos y la cual puede considerarse como acto precursor de los graves sucesos que han precedido al fin de la guerra.

La calma que a la sazón reinaba en los frentes, a excepción de los del Ebro y Segre, y la amenaza latente de grandes acontecimientos guerreros consentían, por una parte, pulsar el problema de conjunto, y aconsejaban, por otra parte, presentar al mando superior la situación con toda la crudeza que tenía. Yo apreciaba que la situación interna a que habíamos llegado era

el fermento lógico de la desarticulación social y política existente en nuestro Estado y la cual solamente era tratada con la terapéutica del tiempo, pues cuando un problema social o político encontraba resistencia en las sindicales o en los partidos, se aplicaba la fórmula de dejarlo dormir.

Si aquella desarticulación derivaba en crisis violenta, creía yo que habría de resultar incontenible, pues el órgano de fuerza encargado de evitarla o cortarla sería el que la acentuase por ser su primera víctima; y pensaba que, en el caos que podía sobrevenir, serían arrollados los organismos dirigentes, los partidos políticos, las unidades armadas, porque el ambiente morboso que estaba fraguándose lo alcanzaba todo, desde los jefes de mayor responsabilidad militar, por ser apolíticos, y por cuyo preciso motivo se concertaban contra ellos muchos odios, hasta el soldado indiferente; desde el jefe del Gobierno, de cuya honrada intención como gobernante no podía dudarse, hasta el último secretario de comité. Sólo un esfuerzo de unidad, de sometimiento de las voluntades, de disciplina y organización podía poner remedio. Pero, para lograrlo, solamente la subordinación estricta a un partido o a un ideario común a todos ellos podía abrir el cauce a la solución.

¿Tenía el partido comunista, el más fuerte y joven, disciplinado y dinámico, fuerza, organización y cabeza para asumir las riendas de la dirección del Estado? No; la oposición que se le hacía era muy viva. ¿Las tenía el partido más viejo, el Socialista? Tampoco, con la agravante de que carecía de ambiente en el ejército. ¿La podía tener un grupo de partidos u organizaciones de verdadera afinidad política? Menos; además, con tal solución volveríamos a la misma fórmula que padecíamos de autoridad compartida, absurda para dirigir una guerra y salir de la grave situación en que estábamos.

La conclusión simplista a que llegaba no era muy consoladora: si no hay un partido, una organización política o sindical, o simplemente un jefe político capaz de imponerse por su

autoridad y asumir y dominar la situación, ésta no se podrá sostener y hará una crisis de bancarrota. Por esto era preciso llegar, a toda costa, a la unidad política o buscar la fórmula de liquidar la guerra; de lo contrario sobrevendría el caos.

De tal dilema aceptábamos el primer término, pues la guerra aún no estaba perdida y nuestros medios no eran despreciables: no era justo, ni humano, ni patriótico que se tirasen por la borda dos años y medio de sacrificios de la masa popular por incompreensión política y por no saber poner coto los dirigentes a intereses partidistas. La guerra aún era posible afrontarla y ganarla; pero, para mi punto de vista, eran indispensables, además de la unidad política absoluta en la dirección del país y de la guerra, una disciplina social y militar también absolutas en el frente y en la retaguardia; una organización austera y eficaz de los abastecimientos, garantizando que tendríamos los precisos; la importación urgente de los armamentos y medios necesarios para la lucha, cosa que ya estaba tramitándose, y la reorganización militar y social profunda que corrigiese los vicios de las instituciones. Todo era necesario y ciertamente no constituía una novedad: en el archivo del Ministerio de Defensa y en el del EMC podían hallarse numerosas propuestas que para curar aquellos males se venían presentando desde junio de 1937.

A mi regreso a Barcelona entregué al ministro el informe del 23 de noviembre <sup>5</sup>, en el que se planteaba el problema militar que íbamos a tener que resolver, en forma muy aproximada a como después la realidad lo presentaría, y le hice verbalmente partícipe de mis ocupaciones. Cumplido el deber de presentar la situación con la claridad y la crudeza que yo la veía, en mi terreno militar, mientras el ejército, que era el objeto de todos mis desvelos y el único que no tenía responsabilidad en lo que ocurría, conservase moral y deseo de batirse, yo tenía la

---

<sup>5</sup> Véase apéndice 1.

obligación de estar a su lado, conducirlo con el mayor acierto y evitar que lo arrollase el derrumbamiento social, si éste se producía; una deserción de mi puesto en aquellos momentos, presentando la dimisión, no era correcta, ni justa; hubiera podido ser mal interpretada e incluso derivar en los conflictos que yo quería evitar.

Poco se ganó políticamente en cuanto a resoluciones prácticas eficaces en el mes que medió entre el informe citado y el comienzo de la ofensiva enemiga. Las representaciones de los partidos reunidas por el jefe del Gobierno se dispusieron a atenuar sus pugnas internas y a colaborar eficazmente como la situación exigía; con ello, el Gobierno se sintió más fuerte para afrontar aquella situación, pero nada más.

En el ambiente político que ha sido bosquejado íbamos a afrontar la acometida más fuerte de todas las realizadas por el enemigo: con una organización del Estado viciada en sus raíces; con una baja moral en retaguardia; con una falta de deseos de cooperar a la guerra en las autoridades subalternas, tan manifiesta, que hasta los propios alcaldes encubrían, cuando no fomentaban, las deserciones, y, en fin, con un ejército, como vamos a ver, desgastado, con pocos y malos medios materiales y con escasas reservas. Solamente un contraste satisfactorio se ofrecía en ese conjunto. En vanguardia buena disposición, temple fuerte, espíritu de sacrificio, serenidad. En retaguardia desorganización, moral baja, desorden, cansancio. Por desdicha, y para que la regla general no fallase, iba a triunfar la retaguardia sobre la vanguardia haciendo posible una gigantesca derrota.



2. Visita de don Manuel Azaña, presidente de la República, al frente del centro (Madrid, 13 de noviembre de 1937).

3. Ofensiva del ejército republicano en el Ebro. La Brigada mixta, mandada por Modesto, cruza el río a la altura de Miravet.





4. Fuerzas republicanas cruzan el Ebro en barcas.

5. Flix, pueblo reconquistado por el ejército republicano (julio-agosto de 1938).



## Capítulo 2

### LA SITUACIÓN MILITAR

El año 1938 venía caracterizándose por actividades guerreras de extraordinaria entidad y algunas de ellas tendentes a la resolución de la guerra.

Abortada en los comienzos del año, por efecto de nuestra ofensiva de fin de diciembre de 1937 sobre Teruel, la maniobra que había montado el enemigo hacia Madrid, de cuya caída se esperaba una decisión, se desplazó el centro de gravedad de la actividad guerrera al Bajo Aragón, a cuyo teatro de operaciones se vio forzado Franco a llevar sus cuerpos de Maniobra para liberar la plaza y garantizar las comunicaciones de ésta con Zaragoza. Setenta días de lucha, doblemente terribles por la tenacidad que se desplegó en ambos bandos durante los principales períodos y por la crudísima inclemencia del tiempo, marcan la entrada del año, siendo el balance, para nosotros, el siguiente:

Un éxito estratégico: por cuanto las operaciones restaron la iniciativa a los nacionalistas forzándoles a subordinar sus planes a los nuestros; porque provocaron el alejamiento del peligro que la masa de maniobra enemiga representaba sobre un objetivo capital como Madrid, y porque nos dieron la posibilidad de ganar tiempo, que necesitábamos para nuestro proceso de reorganización (no obstante haber resultado, luego, insuficiente). Un éxito táctico: porque la maniobra para la rendición se desarrolló, en sus formas, rigurosamente como el Mando la había previsto. Finalmente, un fracaso táctico: por cuanto el enemigo pudo, una vez asegurada su superioridad, y merced a las sucesivas maniobras de Sierra Palomera y Sierra Gorda, recuperar la plaza.



Puede afirmarse, sin exagerar, que la maniobra de Teruel, no obstante su resultado final negativo, proporcionó unas repercusiones de orden moral beneficiosas y fue una prueba eficaz de las posibilidades que ofrecían nuestros combatientes para sucesivas empresas <sup>6</sup>.

Terminadas por el enemigo las operaciones en torno a Teruel, de manera incompleta puesto que nos dejó observatorios sobre su zona de maniobras, pronto pudimos apreciar que se desplazaba hacia el norte el centro de gravedad de su dispositivo. ¿Para volver a Madrid? ¿Para actuar en Aragón? ¿En el Maestrazgo? Conocíamos las zonas de concentración, mas, por hallarse sobre ejes que podían desembocar sobre Aragón y sobre Guadalajara, no logramos precisar sus propósitos. El teatro de Guadalajara tenía para él el atractivo de la importancia del objetivo que perseguía y la ventaja de tener ya hechos los preparativos de todo orden para el ataque, por lo que no necesitaba, para comenzar la maniobra suspendida en diciembre, más que desplegar sus fuerzas; en cambio, Aragón le ofrecía el panorama de tropezar con un ejército más débil, con tropas ya desgastadas en su mayor parte y con objetivos estratégicos de más laboriosa conquista, pero, posiblemente, más decisivos.

Aceptamos como más probable esta segunda hipótesis y, como consecuencia, nuestro despliegue de seguridad, sin descuidar la posibilidad del ataque hacia Madrid, se adaptó a esas circunstancias, previéndose el desplazamiento del V Cuerpo (último que iba a salir de línea) del frente de Teruel a la región Central, dejando los Cuerpos XXI y XXII para cubrir las entradas del Maestrazgo por el oeste, el XVIII (en reorganización) de reserva en Alcañiz y el XX, parte en Teruel y parte en su base del Centro; se impuso un período de

---

<sup>6</sup> El esquema de las operaciones realizadas durante el año 1938 puede verse en el grabado 1.

reorganización intensa y se dio al Ejército de Maniobra por misión principal cubrir el Maestrazgo y por secundaria reunir sus fuerzas disponibles en el triángulo Alcorisa-Gargallo-Ejulve, para caer de flanco sobre el enemigo si realizaba la maniobra en la dirección principal que se había previsto, es decir, la de Belchite-Alcañiz, y para prevenir lo cual, ya durante la batalla de Teruel se habían dado directivas a dicho ejército y al del Este.

El 9 de marzo inicia el enemigo su gran maniobra de ruptura hacia el mar, entrándose con ella en la fase más aguda de nuestra guerra, por efecto de la total caída, en las primeras veinticuatro horas, del frente del Cuerpo XII que tenía su zona de acción al sur del Ebro. No es el momento de analizar las circunstancias que mediaron en este serio revés. Digamos solamente que operó el enemigo de modo alternativo al sur y al norte del Ebro, alcanzando en la primera fase el Guadalupe, y en Alcañiz y Caspe; en la segunda, el Segre y el Noguera, en Lérida, Balaguer y Tremp, y, en la tercera, el mar, en Vinaroz y Amposta. Era el 15 de abril cuando quedaban cortadas las comunicaciones terrestres de Cataluña con la región Central, a los 37 días de comenzada la maniobra. El Estado y el ejército republicanos sufrían un colapso terrible: gracias al Ejército de Maniobra, primero, y a los refuerzos llegados de todos los demás frentes, después, se había podido combatir tenazmente, pero las mejores unidades fueron deshechas; la moral estaba bajísima: una crisis de Gobierno provocó una reacción general y, por uno de esos maravillosos fenómenos de fortaleza moral que ha dado nuestro pueblo, todo se rehizo y consolidó y la guerra pudo proseguir un año más, no obstante nuestra pésima situación estratégica.

Un nuevo objetivo aborda el enemigo: ampliando su maniobra sobre la costa trata de alcanzar Castellón, Sagunto y Valencia. Se inicia así la maniobra del Maestrazgo, que termina con la batalla defensiva de Levante, nueva prueba de la tena-

cidad de nuestros combatientes, y cuya batalla quedó cancelada el 24 de julio a nuestro favor, sin que el enemigo hubiese logrado más que el primero de aquellos objetivos. Habíamos perdido en cambio una considerable extensión de terreno y se había acentuado el desgaste de nuestro ejército.

Simultáneamente a tales sucesos, en Cataluña nuestro ejército había podido rehacerse gracias a la interrupción del movimiento pendular con que inició su maniobra de conjunto el adversario. No ocurría lo mismo en la región Central, donde la batalla de Levante había consumido las mejores unidades y casi todas las reservas.

Hicimos en mayo, en Cataluña, la prueba ofensiva de Balaguer con nuestras tropas reorganizadas, pudiendo descubrir la fortaleza defensiva del frente enemigo y la buena calidad de sus tropas, y, en contraste, la inconsistencia que aún tenían nuestras grandes unidades, precipitadamente rehechas en la región catalana.

No obstante ese fracaso ofensivo, era necesario operar para prestar ayuda al ejército que se batía en Levante. En los demás teatros de la región Central resultaba prácticamente imposible hacerlo por estar nuestras tropas agotadas física y materialmente y necesitarse tiempo para reconstruir reservas. Había de ser en Cataluña, y por ello, el mismo día que se daba por terminado el ataque a Balaguer, se dictaban normas severas de instrucción, se imponía nuevamente un despliegue defensivo y se establecían las bases de la maniobra del Ebro, que el ejército de este nombre prepararía con todo rigor para ser desarrollada en cuanto los medios materiales indispensables estuviesen listos.

Pero si a tal maniobra sólo se le daba el carácter de auxiliar para contener la ofensiva del Maestrazgo y parar la batalla que se libraba en Levante, hubiéramos limitado *a priori* las posibilidades que de ella podían obtenerse; era preciso, además, si se lograba recuperar la iniciativa, conservarla, prepa-

rando para ello toda Una serie de operaciones en los diversos frentes, las cuales deberían desencadenarse con la oportunidad e intensidad precisas para restar al enemigo la posibilidad de actuar con sus reservas y al propio tiempo tratar de alcanzar, con el conjunto de aquellas operaciones, fines de carácter más decisivo para la guerra.

Ahora bien, nuestros fines decisivos no podían esperarse, por muchísimas razones (pero principalmente por la limitada capacidad técnica de nuestros cuadros de mando), riñendo una o varias batallas, para las que no teníamos tampoco medios materiales; sino, más bien, como resultado de maniobras audaces y rápidas, sobre objetivos sensibles, en regiones fáciles y que ofreciesen posibilidades de una acción de orden moral y político, más que material y técnico, sobre la retaguardia enemiga. Para pensar así teníamos presente el carácter de nuestra guerra.

Con tal criterio, en tanto en Cataluña se preparaban las tropas para la maniobra del Ebro y en Levante proseguía la lucha, acumulando por nuestra parte los mayores medios para garantizar la detención, a fines de junio, en Valencia, el mando superior fija el plan de maniobra a realizar en el segundo semestre del año. Dicho plan se caracterizaba por:

— la resistencia en Levante;

— la ruptura en el Ebro, creando una amenaza capaz de paralizar la maniobra enemiga del Maestrazgo;

— la ofensiva en Extremadura y Andalucía (plan P) con miras a cortar las comunicaciones enemigas de norte a sur y favorecer el levantamiento de la segunda de aquellas regiones.

Para su desarrollo se consideraba útil reorganizar el Ejército de Maniobra en la región Central, y necesario adquirir el material y armamento precisos para que el programa trazado pudiera tener eficacia.

En los momentos en que la batalla de Levante había llegado a su máxima violencia (ataques del 18 al 23 de julio), se produce nuestra maniobra del paso del Ebro (día 25): la marcha general de la guerra, que para nosotros se desarrollaba negativamente desde la contraofensiva enemiga de Teruel, sufre una brusca oscilación y los seis meses de sucesivos reveses se cortan por un éxito fulminante, concreto, insospechado e indiscutible. Nuestro plan comenzaba felizmente. La iniciativa volvía a nuestras manos, aunque fuese prontamente contenido nuestro avance por la rapidez con que acudió el enemigo con sus reservas.

El mando nacionalista no quiso proseguir su ofensiva del Maestrazgo sobre Sagunto y Valencia sin resolver antes la nueva situación estratégica que se le había creado con el paso de nuestras tropas al sur del Ebro. Tal suspensión pudo deberse a dos causas: al desgaste que habían sufrido en el frente de Levante sus unidades de maniobra empeñadas en aquella ofensiva (entre ellas el Cuerpo Italiano), y a la necesidad de emplear tropas selectas en contener nuestro ataque y resolver la nueva situación anulando amenazas molestas. Después, la tenacidad de la lucha, que alcanzaría en los combates del Ebro la máxima dureza de toda la guerra, y el deseo de los nacionalistas de anular nuestro éxito, como habían hecho en Teruel, les haría perder cuatro meses en la resolución de un problema militar que pudo quedar resuelto a raíz de nuestro fracasado ataque a Gandesa el 31 de julio, es decir, a los 6 días de iniciada la ofensiva.

En el curso del tercer ataque, de los ocho montados por el enemigo para lograr sus fines de liquidar el problema del Ebro, ya podía claramente apreciarse que la batalla tenía para

ambos bandos un extraordinario carácter de desgaste y que necesariamente, teniendo en cuenta la inferioridad de fuerzas y medios con que actuábamos<sup>7</sup>, tendría que terminar, en el caso más favorable, replegándose, sin pérdidas, nuestras fuerzas a la orilla norte. Por ja parte, las tropas que el enemigo empleaba en tal batalla, por efecto de la limitada finalidad que perseguía, no eran muy numerosas; su desgaste no era causa bastante, aunque pudiera ser una dificultad, para que existiese una gran solución de continuidad entre el final de la maniobra del Ebro y el comienzo de una nueva gran ofensiva sobre Valencia o Cataluña; por ello era necesario prever el desarrollo urgente del plan trazado en junio para el momento en que fuera a producirse la crisis en el Ebro, o antes, si era posible, por si se lograba conservar la cabeza de puente como base de ulteriores operaciones, y de cuyo plan venía demostrándose su desarrollo causa de la penuria de medios y desgaste de fuerzas que padecíamos en la región Central.

Contemporáneamente a la batalla del Ebro, se produce la ofensiva enemiga de Extremadura y nuestro subsiguiente contraataque. La primera nos proporciona un serio revés, pero puede ser contenida con tropas sacadas de Levante, y, aunque pasamos pronto al contraataque recuperando una parte del terreno perdido, los resultados de nuestra respuesta fueron mediocres y el frente volvió estabilizarse.

Sabíamos que el enemigo seguía un laborioso proceso de reorganización desdoblando sus unidades y nutriéndolas con nuevos efectivos y cuadros ya instruidos; era, pues, lógico pensar que no perdería tiempo en su empleo y por consiguiente podíamos fácilmente perder la iniciativa estratégica

---

<sup>7</sup> Durante largos períodos algunas unidades de artillería (las de calibre 10,5) sólo podían disparar diariamente los proyectiles que se fabricaban en la jornada, los cuales eran esperados por los camiones a las puertas del taller para llevarlos desde la máquina a la pieza que debía dispararlos.

que le habíamos ganado, si o operábamos con urgencia. Nos interesaba también que su ofensiva no pudiese llevarla a cabo en Cataluña, no sólo por el mayor riesgo general que para la decisión de la guerra podría tener la pérdida de unas comarcas catalanas o de la capital, sino porque, en la situación de momento, la inferioridad iba a ser más patente en Cataluña a consecuencia del desgaste del Ejército del Ebro, de la retirada de tropas internacionales, de la imposibilidad de tener fuertes reservas y por efecto de la caída de moral que en las tropas y en la retaguardia pudiera producir el final desfavorable de aquella lucha de cuatro meses.

Todo se concertaba para impulsarnos a obrar; pero nuestros deseos chocaban con dos resistencias: la pobreza del material de que disponíamos, acentuada por la dificultad de nuevas importaciones, y la situación de la retaguardia, donde aparecían estados de opinión y baja moral que en nada favorecían la actividad militar que debíamos desarrollar. Sólo un éxito franco y de resultados eficaces para el conjunto de la guerra podía producir una reacción; mas, para intentarlo, precisábamos medios, pues la guerra regular es difícil hacerla sin armas y sin municiones.

Por eso hubimos de asegurar el apoyo indirecto al Ejército del Ebro con operaciones muy limitadas, como fueron los ataques de Nules y Albentosa en Levante y el del Bajo Segre en Cataluña, los cuales no lograron su finalidad más que de una manera muy precaria.

De tales acciones secundarias, a la que se concedió mayor importancia fue a la del Bajo Segre. Estaba preparada desde el mismo comienzo de la maniobra del Ebro y se trataba con ella de realizar una ruptura profunda hacia Fraga, con objeto de cortar la transversal Zaidín-Fraga-Mequinzenza y amenazar de revés la plaza de Lérida, mediante una maniobra suficientemente amplia para que no pudiese ser contenida con las solas reservas del frente del Segre. El peligro que crease, por la

rapidez y profundidad de la acción, exigiría al enemigo llevar tropas próximas, que no podían ser otras que las reservas del Ebro y alguna unidad de Levante. Mas, el desgaste operado en la larga batalla del Ebro y los relevos de fuerzas que fueron precisos para alimentarla, impidieron que tuviera esta acción secundaria toda la amplitud que se le había fijado; a pesar de lo cual no se desistió de su ejecución en el momento en que, a falta de posibilidades en otro teatro, fue necesario apoyar la última fase del repliegue en el Ebro. Terminado éste correctamente, sin pérdida de unidades ni material, el Ejército del Ebro entró en un período de reorganización intensa y las tropas del XII Cuerpo, que habían pasado el Segre, volvieron a su base de partida.

Mas no porque se consumase nuestra retirada al este del río perdíamos la iniciativa. Era evidente que el enemigo necesitaría un plazo, aunque fuese breve, para reorganizar sus fuerzas, pues descontábamos que no pasaría el Ebro tras las tropas propias; por ello, si por nuestra parte lográbamos adelantarnos y actuar con acierto en el teatro elegido, nuestro propósito aún podría coronarse con el éxito.

Marché a la región Central, a mediados de noviembre, para comprobar si se habían desarrollado las directivas dadas con aquel fin y si los medios y recursos disponibles, así como el estado de moral de las tropas y mandos, consentían la ejecución del plan de maniobra previsto en condiciones suficientemente enérgicas para garantizar que se iba a obtener un resultado satisfactorio. Mas comprobé que esto no era posible. La falta de material y la escasez de tropas inevitablemente conducían a que nuestras posibilidades estuviesen retrasadas con respecto a las del enemigo, como más adelante veremos; íbamos a correr el riesgo de que comenzase éste su acción antes de que pudiera iniciarse la propia, perdiendo nuevamente nuestra libertad de maniobra.

En las anteriores líneas hemos querido bosquejar a grandes



rasgos las características de la actividad bélica que precedió a la maniobra enemiga sobre Cataluña y los propósitos que animaban la propia, como antecedente necesario para apreciar las condiciones en que se nos planteaba el problema de conjunto. La lucha la habíamos afrontado siempre en condiciones difíciles de inferioridad numérica y material. El enemigo había podido ganar terreno y deshacer nuestras unidades; pero éstas se habían reorganizado; la guerra no estaba todavía perdida; los frentes se habían rehecho y, aunque la moral no era tan firme, subsistía en el combatiente y en el mando el anhelo de luchar y vencer.

Toda la actividad bosquejada había conducido a que en los últimos días de noviembre nos encontrásemos en Cataluña con un ejército en plena reorganización para compensar el desgaste del Ebro; se padecía una gran escasez de cuadros de mando por las bajas sufridas y porque nuestros centros de instrucción no habían llegado al ritmo que exigía el desgaste de la guerra; escaseaban los hombres por la absorción enorme que hacían los organismos de retaguardia, y, en lo referente a armamento y material, la penuria era de verdadera crisis, bastando decir que teníamos brigadas con menos de 600 fusiles y 4 ametralladoras. En la región Central, si bien se hallaba el conjunto del ejército en mejores condiciones orgánicas, había —también por las mismas causas— escasez de hombres en las unidades combatientes y la penuria de armas y material tenía los mismos graves caracteres que en Cataluña por no haberse compensado más que de manera muy limitada el desgaste sufrido en Teruel, Extremadura y el Maestrazgo.

Nuestros hombres, como combatientes, se habían comportado bien; excelentemente en muchas unidades; medianamente en otras. Nuestro ejército, como todos los que se desarrollan precipitadamente, tenía defectos que sólo el tiempo y una labor paciente, intensa y persistente de educación e instrucción podían corregir. Los grandes frentes en que operaba, el carácter

pasivo de muchos de ellos, la influencia política en las unidades y la escasa preparación técnica de los jefes eran motivos más que sobrados para hacer lento su progreso. Necesitaba escuela; ésta, naturalmente, era la guerra, y en ella la enseñanza se obtenía a costa de reveses. Cuando se dispone de cuadros de mandos esto puede evitarse; mas cuando los cuadros tampoco existen y hay que formarlos todo, desde el soldado al jefe de Cuerpo de Ejército, nada puede sorprender.

Consignemos que nuestros grandes reveses del año se produjeron allí donde las tropas, por las razones apuntadas, tenían menos solidez; y, como hecho notable, la aptitud de nuestro combatiente para transformarse rápidamente en soldado, lo que confirmaba anteriores experiencias. Tal cualidad nos consentía pasar de un período de brutal descomposición orgánica, como fueron los padecidos al sur y al norte del Ebro durante el desastre de Aragón, a otro de rápida reconstitución, seguidamente a la cual los mismos hombres que arrojaban las armas y huían, nuevamente encuadrados en un plazo de pocos días y en otro ambiente de lucha más elevado que aquel donde sufrieron el fracaso de su moral, se batían y comportaban como los mejores soldados. Debido a esto, dentro de nuestros grandes reveses, pueden encontrarse situaciones de crisis donde un pequeño número de hombres rehabilita al ejército del fracaso de unas decenas de millares; así ocurrió al producirse el hundimiento de nuestro frente de Aragón: en el espacio comprendido entre Calanda y el Ebro, por donde habían desfilado huidos y deshechos física y moralmente 60.000 hombres de diversas unidades, 700 soldados recuperados, valientes, al mando de jefes ejemplares por su decisión y su audacia, rehacían el frente hasta la llegada de nuevas unidades y luego resistían con tenacidad durante 8 días uno de los más fuertes ataques de las divisiones italianas.

Por eso podíamos tener fe en el soldado y en los cuadros que iban a hacer frente a la nueva situación; los soldados eran los

mismos de toda nuestra guerra, con sus defectos y sus virtudes; de los cuadros, muchos de ellos eran improvisados en la lucha del Ebro y otros, pocos, veteranos. La masa, en su conjunto, ya no era tan sólida en su espíritu guerrero y en su moral; la regeneración de unidades había de hacerse, por un lado, con nuevos movilizados, hombres viejos y en su mayor parte con familia, ya cansados de guerra en la vida más deprimente de retaguardia, y por otra, desemboscando hombres de distintos organismos, y estas gentes es sabido que son siempre pésimos soldados. El sano ambiente del frente podía transformarles y con ellos era obligado buscar la victoria.



6. Cartel alusivo a los pueblos reconquistados en la batalla del Ebro.

7. Los generales Jurado y Rojo, junto con el agregado militar ruso Maximov, en la batalla del Ebro.





8. De izquierda a derecha, los generales Modesto y Rojo con sus ayudantes.

9. El general Juan Hernández Saravia fotografiado durante la batalla del Ebro. Detrás de él, a su derecha, el teniente coronel Carlos Botet Vehí.



## Capítulo 3

### PREVISIONES ANTES DE LA BATALLA

Siempre hemos procurado considerar con tiempo los sucesos y adoptar las debidas previsiones para afrontarlos. Deber era, además, del cargo. Algunos hechos simples o acontecimientos de diversa índole han podido escapar a nuestra previsión; especialmente si tenían un origen político de carácter interno o internacional; pero en cuanto se relaciona con el último período de la guerra creemos que muy pocas cosas han escapado a nuestra atención. No lo señalo como mérito; simplemente lo considero como el efecto lógico de veinte meses de intensa experiencia; hoy, en las reflexiones que en este período de la postguerra son obligadas para quienes hemos tenido alguna responsabilidad en los acontecimientos, encuentro un remanso de tranquilidad al comprobar que ni erramos ni fuimos parcos en las previsiones que nos incumbía hacer.

El ataque a Cataluña lo habíamos previsto desde que el Gobierno eligió como sede de su residencia la ciudad de Barcelona, pues a las razones de carácter político, económico, industrial e internacional que desde el comienzo de la guerra determinaban la valoración estratégica de ese objetivo, venía a unirse un nuevo factor político, muy interesante en nuestra guerra, el de su condición de sede del Gobierno central y de los autónomos de Cataluña y Euskadi. Además, su caída habría de facilitar al enemigo el bloqueo del resto de España, circunstancia ésta de inestimable valor en una guerra que ofrecía caracteres de larga duración y en un país eminentemente marítimo y cuyo cordón umbilical terrestre iba a cortarse si caía la región catalana. Mas, aparte de tales circuns-

tancias, como siempre pensé que los idearios políticos que en uno y otro bando daban calor a la lucha se sostenían de manera bastante artificiosa, ya que solamente se hallaban yuxtapuestos sin formar una vigorosa unidad, estimaba que un ataque que se dirigiese por cualquiera de los contendientes al cerebro rector del adversario podría ser decisivo si desarticulaba aquella unión inconexa. Por ello, consideraba que si el enemigo decidía asestar un golpe a Barcelona encontraría, sobre las ventajas de cerrar la frontera, dominar una de las regiones más ricas y densas de España, su foco industrial más activo y el primer puerto de la península, la razón decisiva de conquistar la sede del Gobierno y destruir o desbaratar profundamente la organización superior del Estado. Había pues motivos para esperar el golpe y para temerlo.

Por ello, cuando el 9 de marzo comenzó el enemigo su gran maniobra de Aragón y el Maestrazgo, más allá de su propósito de alcanzar la costa apoyándose en el Ebro (maniobra que nuestro servicio de información exterior nos había avisado seis meses antes que se planeaba por el EM italiano), pretendimos descubrir, como objetivo final de tal maniobra, Barcelona; y de ahí nuestra sorpresa cuando, tras la ruptura de Vinaroz, vimos que no reanudaba —por fortuna para la República— la maniobra por el Segre. Decimos por fortuna porque entonces, con menos esfuerzo y en menor tiempo, hubiera tenido en mayo de 1938 el triunfo de febrero de 1939, pues las circunstancias le eran más favorables: mayor desproporción de medios y tropas; una moral más baja en nuestra retaguardia; unidades peor organizadas e instruidas que lo estaban en diciembre de 1938 y mandos más débiles y más defectuosamente capacitados.

No entra en nuestro cálculo realizar una crítica de la actuación del adversario; para proceder como lo hizo tendría razones que ignoramos y que no es del caso averiguar. Lo señalamos simplemente para indicar el cauce de nuestras preocu-

paciones y previsiones, las cuales nos llevaron a acentuar en el teatro catalán todas las medidas de organización del terreno, de las unidades y de los mandos, de instrucción de tropas y jefes y de mejoramiento moral y técnico de la calidad del combatiente, el cual, si se había acreditado muy bien, en este teatro en los primeros meses de la guerra, ciertamente, en el único gran esfuerzo organizado que había tenido que realizar durante la ofensiva enemiga de marzo, no se había comportado como de él podía esperarse.

Los resultados obtenidos fueron, en el orden puramente militar y con las obligadas excepciones, sencillamente notables y de ello es un ejemplo vivo la maniobra del Ebro, realizada con tropas y jefes que tres meses antes habían sufrido, no obstante su heroísmo, el más grande revés de la guerra; en el orden político y de colaboración de la retaguardia, también fueron excelentes a raíz del desastre de abril, pero mediocres o nulos después.

Ya en los informes del 5 y 17 de septiembre se señalaba al ministro la posibilidad de que el enemigo actuase sobre Cataluña combinadamente por el Ebro y el Segre para asegurar la caída de nuestra cabeza de puente y la entrada en la región por el frente comprendido entre Balaguer y el Ebro, llevando como objetivo principal el derrumbamiento de nuestro sistema defensivo y la terminación de la guerra. Se consignaba también en aquellos informes, pues ya estaba suficientemente acusada la desproporción entre la rica corriente de abastecimientos que tenían los rebeldes, quizá para hacer un esfuerzo decisivo, y la escasez de medios con que nosotros contábamos; fenómeno que podía motivar un desequilibrio considerable y la imposibilidad de contener aquel esfuerzo decisivo, si llegaba a producirse.

Por nuestra parte nos hallábamos en período de reorganización que debía acentuarse con medidas de carácter más profundo: las que se derivaban del informe que hemos transcrito



en el capítulo anterior. Se calculaba en dos meses el tiempo preciso para ultimar esa reorganización del ejército y la incorporación de material y armamento pedidos; y pensábamos, si se activaba esta última, que hacia mediados de noviembre estaríamos en disposición de realizar operaciones en gran escala.

Para dar mayor relieve a las necesidades señaladas en los diversos informes y propuestas presentadas, el EMC en su reunión del 18 de octubre volvió a precisar al ministro aquellas necesidades y las medidas que debían adoptarse, reiterando los puntos esenciales del informe del 20 de septiembre y llamando la atención sobre el hecho de que la no llegada del armamento obligaría a adoptar una actitud defensiva sin poder montar operaciones a fondo en bastante tiempo. Sin embargo, el mismo día 18 de octubre el ministro aprobó el plan de maniobra a realizar en la región Central tan pronto quedase ultimada la reorganización y recibidos los medios.

A medida que pasaban los días, los propósitos enemigos se iban precisando, acentuándose indicios de diversa naturaleza suficientemente contrastados para poder aventurar una hipótesis. Así, antes de liquidarse la situación del Ebro, podíamos decir el 8 de noviembre al ministro:

En la situación actual es más fácil y más positivo para el enemigo llevar sus medios materiales y tropas de maniobra al teatro catalán y por ello estimamos más probable que la nueva gran ofensiva que monte sea en dicho teatro. Hay indicios de que no será en Levante, como son la retirada de dos de sus mejores divisiones de choque —la 3 y la 12— y el desplazamiento hacia el Ebro del Cuerpo Italiano. De aquí que nuestras previsiones más urgentes deban encaminarse a la reconstrucción de nuestros Ejércitos del Este y del Ebro poniéndolos en el plazo más breve en condiciones de afrontar la maniobra que el enemigo pueda montar y cuya maniobra, por razón de la estación y de los accidentes geográficos de este teatro cata-

lán, habrá de desarrollarla, casi obligadamente, en la región comprendida entre La Granja del Escarpe y la zona de Tremp. Ya se convierta en realidad esta hipótesis, o bien se desplace la principal actividad a la región Central, en esta ocasión como en todas, y teniendo en cuenta nuestra debilidad, el mejor modo de oponerse a los propósitos enemigos es ganándole la iniciativa y, como en Teruel y en el Ebro, provocar una situación de crisis sobre un objetivo capital que le obligue a llevar a un teatro alejado del en que se proponga aplicar su masa de maniobra, la mayor parte de sus reservas. Tal procedimiento no sólo impedirá, o cuando menos aplazará la ejecución de sus planes, sino que nos permitirá transformar por completo los caracteres de la situación estratégica de conjunto y, desde luego, ganar tiempo, lo mismo que conseguimos en ocasiones similares. De aquí que el desarrollo del plan trazado para la región Central estime el general que suscribe de suma conveniencia ponerlo en práctica con la máxima urgencia, siempre antes de que pueda montar e iniciar su maniobra en Cataluña el enemigo, porque puesta ya en ejecución, aunque los resultados de la nuestra en la región Central nos fuesen favorables, seguramente no desistiría de llevar aquélla hasta el fin, sobre todo si en sus comienzos fuese afortunada.

En vista de la situación que ha sido bosquejada cabe pensar si será conveniente extremar la resistencia en las cabezas de puente del Ebro y del Segre o bien replegar voluntariamente las tropas a la base de partida. La prosecución de la resistencia tiene la indudable ventaja de desgastar al adversario ganando tiempo y evitando que pueda montar otra maniobra importante en plazo breve. Tiene por el contrario el inconveniente de que también nuestras tropas se desgastan y en consecuencia, si el enemigo pasase sin solución de continuidad de la maniobra de reducción de las cabezas de puente a la de invasión de Cataluña, podríamos encontrarlos esta segunda con los dos ejércitos desgastados y en malas condiciones para

afrontar una campaña en la que se ventilaría la suerte de la guerra. Sin embargo, el repliegue voluntario no garantiza la obtención de un plazo para reorganizar nuestro ejército y armarlo y de aquí que estimemos más útil continuar la lucha persistiendo en la idea de resistencia a ultranza, pues es ésta solamente la que nos puede garantizar: 1.º, el retardo en la iniciación de la maniobra de invasión de Cataluña; 2.º, la posibilidad de obtener el plazo mínimo para asegurar la llegada de armamento; 3.º, la probabilidad de que se le ocasione con nuestra resistencia un desgaste tan considerable que precise el enemigo un largo plazo para su reorganización antes de emprender aquella maniobra, y 4.º, la posibilidad de poner en ejecución el plan ya trazado para la región Central, en las condiciones marcadas, es decir, antes de que dé comienzo la nueva maniobra del enemigo, y realizándolo, bien después de la llegada del armamento, si fuese posible, o ya con los solos medios de que se dispone en la actualidad, si la urgencia de actuar así lo aconsejase.

Dada su conformidad a nuestro parecer por el ministro, desde el mismo día se dio un nuevo impulso al trabajo para hacer frente a los acontecimientos. La reorganización iba muy lenta: infinitas trabas y resistencias, cuyo germen puede hallarse en las consideraciones que hacemos en otro lugar, no consentían tener los elementos dispuestos en el plazo fijado. Era de una oportunidad extraordinaria realizar la maniobra principal antes de fin de mes; pero ni las tropas estaban a punto ni el armamento podía llegar a tiempo.

Como se nos indicara para esta llegada la fecha probable de primeros de diciembre, a fin de ganar el mayor tiempo posible, y una vez dadas instrucciones para resolver la situación en el Ebro y en el Segre, y de prevenir que al terminarse el repliegue se reorganizasen inmediatamente tres cuerpos de reserva que se situarían en condiciones de parar una maniobra ofensiva que partiese del frente enemigo, desde La Granja del

Escarpe a Balaguer, me desplazé a la región Central para estudiar las posibilidades de todo orden, incluso la de actuar con lo que hubiese, poco o mucho. El resultado mínimo que de nuestro plan se esperaba era ahora más necesario que en cualquiera otra ocasión, ya que no sólo implicaba para nosotros anticiparnos a la iniciativa enemiga en la maniobra y crear en Andalucía una situación que podía ser decisiva, sino que consentía alejar el peligro de una gran ofensiva sobre Cataluña que también podía ser decisiva para la guerra.

El Grupo de Ejércitos de la región Central había desarrollado lo mejor que le había sido posible las directivas recibidas: 9 divisiones se hallaban en reserva general y local dispuestas a operar en los primeros días de diciembre. Sin embargo, el plan de maniobra, como se había concebido, no podía llevarse a cabo. Faltaban hombres y armas, especialmente éstas. Los primeros los había absorbido una organización viciada que tendía a reforzar los organismos del interior en perjuicio de las unidades combatientes; por otra parte, el armamento de que se disponía, a pesar de los esfuerzos hechos por el EM para recuperar el existente en retaguardia, era notoriamente tan escaso que resultaba ridículo el empeño de querer operar con lo que había. En realidad los efectivos de maniobra no alcanzaban la cifra de 80.000 hombres armados con menos de 40.000 fusiles. Operando se corría el doble riesgo de fracasar en los primeros días y gastar las reservas en un esfuerzo local, dejándolas absorbidas en el frente y con toda la región Central sin otras unidades de reserva. Podía, pues, ocurrir que a los quince días de iniciadas las operaciones, o antes, tuviéramos expuestos los frentes a los peligros de una fuerte reacción del adversario en cualquier punto, sin tener con qué contenerla. Además, el enemigo tampoco necesitaría acudir con toda su masa de maniobra para contrarrestar una ofensiva iniciada con tan pobres recursos, por lo que el efecto de evitar lo de Cataluña no iba a lograrse plenamente.

Todas estas razones me parecían abrumadoras para inclinarme a esperar; a fin de cuentas —hablaban los instintos egoístas— si no hay medios no se puede operar, no se debe correr innecesariamente el riesgo de un fracaso y poner en peligro todos los frentes aventurándose en una maniobra de frutos precarios. Pero, por otra parte, la información que yo recibía era concreta: se había terminado lo del Ebro; lo del Segre iba a replegarse también; los indicios de acumulación de tropas y medios enemigos en el frente catalán se amplificaban. No podía, pues, dudarse de que allí llevaba el enemigo el centro de gravedad de sus fuerzas. Y si esto estaba claro, si nuestras desgastadas tropas de Cataluña resultaban insuficientes para contener la ofensiva, ¿podía la región Central permanecer inactiva porque le faltasen un número de armas y de hombres si se iba también a ventilar su suerte en Cataluña?: No —ahora hablaban los sentimientos altruistas—. Era necesario operar conjugando las dos eventualidades: es decir, retrasando al máximo la iniciación de la propia maniobra, para ver si era posible que los medios llegasen a tiempo y, si era indispensable, operar con lo que hubiese. Esto naturalmente obligaba a modificar los proyectos por cuanto el plan trazado estaba calculado para unos medios determinados y los que posiblemente tendríamos que emplear serían muy inferiores.

Por ello, antes de regresar a Cataluña, se dio al Grupo de Ejércitos de la región Central una nueva instrucción reservada, adaptando el plan de maniobra de 18 de octubre a la situación y a los medios disponibles y fijando, con arreglo a éstos, el plan mínimo que para caso de urgencia habría de desarrollarse. La ejecución debería poder iniciarse a las 48 horas de darse la orden, y para ello se tendría adelantado cuanto fuese posible el despliegue y todas las medidas preparatorias. De este modo quedaban puestos los jalones por si los acontecimientos en Cataluña obligaban a actuar con urgencia en la región Central.

A mi regreso a Barcelona comprobé que los repliegues del Ebro y del Segre se habían hecho rigurosamente como se había previsto sin más quebranto para las unidades y el material que el propio de la lucha y sin que ninguna de aquéllas se viera envuelta ni en situación difícil. Las noticias dadas por el enemigo eran, como de costumbre, faltas de veracidad, y el repliegue, por previsto y esperado en la opinión y en el ejército, no tuvo repercusiones morales deprimentes.

Con los elementos de juicio adquiridos en ambas zonas presenté el día 23 el informe que figura en el apéndice 1. En él se precisan con bastante aproximación los sucesos que se acaecían y se exponían al mando superior las razones que aconsejaban no realizar la ofensiva en Extremadura hasta el momento que resultase indispensable. Nuestro plan dejaba de ejecutarse por libre iniciativa para quedar subordinado a lo que pudiese exigir el enemigo.

En Cataluña, mandos y tropas trabajaban con actividad: la labor preparatoria de la maniobra a realizar con las reservas; la constitución y despliegue de éstas; el refuerzo de las fortificaciones, y la puesta a punto de todos los elementos disponibles mediante los necesarios relevos y refuerzos en el dispositivo se llevaron a cabo intensamente por el Grupo de Ejércitos, que dio, al efecto, las órdenes necesarias a base de las directivas recibidas del EM.

El Servicio de Información trabajaba con evidente acierto: día a día seguíamos con bastante rigor la actividad que se desarrollaba en la retaguardia enemiga; nuestros agentes llegaron a circular en los mismos camiones de las tropas enemigas que se concentraban; los códigos descubiertos nos facilitaban, por despachos captados, informes preciosos. Los demás servicios trabajaban con el mismo ritmo y eficacia.

En la retaguardia se realizó una recogida de armamento lográndose poder enviar al frente algunos millares de fusiles y menos de 50 armas ametralladoras, y se hizo otra revisión de

emboscados y también se lograron algunos millares de hombres; los procedentes de reemplazos movilizados se destinaron posteriormente a la formación de dos Divisiones nuevas, la 74 y la 77, en Vich y Calella respectivamente, enviándoles como base soldados veteranos recuperados y cuadros de retaguardia y del frente, desgraciadamente muy incompletos para la rápida formación de aquéllas, pero era imposible otra cosa; se dictaron enérgicas medidas para recuperación de personal y se excitó el celo del Comisariado para que trabajase sobre la moral de la tropa.

Entre tanto, la llegada del armamento sufría una nueva demora: hasta fin del mes de diciembre no recibiríamos las primeras expediciones. Era demasiado tarde; mas no estaba en nuestras manos evitarlo. Se intensificó la búsqueda en retaguardia y hacia el 10 de diciembre puede afirmarse que en ella sólo había el estrictamente indispensable y muchos servicios se prestaban con arma corta. La crisis era tremenda en este aspecto; y también en otros quizá más importantes; la gente que se incorporaba carecía de verdadero entusiasmo; su baja moral iba a infiltrarse lentamente en el frente.

Los primeros días de diciembre habíamos obtenido precisiones bastantes para considerar inminente la ofensiva. El 4 y el 5 visité los cuarteles generales de los dos ejércitos, donde se dispuso la reunión de los jefes de gran unidad, para pulsar la moral de los cuadros de mando superiores, estudiar las dificultades que pudieran señalar, comprobar si el plan de defensa fijado en la decena anterior se montaba sin entorpecimientos y dar a conocer, de manera explícita dentro del obligado secreto, la idea de defensa que iba a aplicar el mando superior y la posible actuación de las reservas ante las eventualidades que pudieran surgir. En toda ocasión he practicado este contacto y cambio de impresiones, con buen resultado siempre. El jefe subordinado recibe la sensación de aplomo y confianza de arriba, se siente mandado al ver que se ha previsto lo

preciso. El jefe superior conoce, por poca habilidad que se tenga, la disposición de ánimo de sus subordinados, su moral, la preparación que han hecho de su trabajo, los riesgos previstos, en una palabra, comprueba y corrige a tiempo si cada uno se *sabe la lección* y si está en buena disposición y con los materiales en la mano para la obra que va a emprender. De mis dos visitas salí satisfecho.

Con la información del 5 y la impresión de esas visitas redacté el día 6 un informe al ministro. Lo transcribimos íntegro porque expresa de una manera precisa cómo veíamos la situación cinco días antes de la fecha en que el enemigo se había propuesto desencadenar su ofensiva, cuál era nuestra situación, qué previsiones habíamos hecho y cuáles eran nuestros planes de maniobra en los dos Grupos de Ejércitos para afrontar la ofensiva enemiga. Dicho informe dice así:

Sr. Presidente del Consejo y Ministro de Defensa. — Como impresión de conjunto de la situación militar en el día de hoy tengo el honor de informar a V. E. lo siguiente:

*Información del enemigo:* Ha desplazado el centro de gravedad de su dispositivo estratégico al frente catalán, donde en la actualidad ya tiene la masa principal de sus reservas generales y se halla desplazando el resto. Se sabe concretamente: que la Artillería tiene orden de hallarse dispuesta el día 8 y algunas grandes unidades (Infantería) el 10; que en Tamarite se halla emplazado un EM importante (probablemente el que dirigirá las operaciones de conjunto); que algunas grandes unidades no llegarán al teatro de operaciones hasta el día 8; que las tres divisiones de Flechas del Cuerpo Italiano han sido municionadas para siete días de combate; que está reforzándose la artillería asignada a diversas divisiones; que la de Flechas Negras va a actuar en primer escalón, probablemente en el sector de Tresp; que el general Vergonzoli, que había regresado a Italia, se halla nuevamente en España y probablemente intervendrá con el Cuerpo Italiano en la ofensiva; que se ha-



llan ya localizadas en distintos puntos del teatro de operaciones 22 divisiones enemigas, de ellas 12 pertenecientes al ejército enemigo que cubría el frente desde los Pirineos al Ebro y 10 traídas de otros frentes, todas las que el enemigo viene utilizando como tropas de maniobra o de choque, las cuales, aun cuando algunas fueron desgastadas en la lucha del Ebro, han sido reorganizadas y reforzadas; que algunas de las nuevas unidades que van a realizar la ofensiva han entrado ya en línea. Se conoce también la situación de los principales depósitos de material de ingenieros, de municiones y de abastecimientos. No se tiene aún conocimiento de la manera cómo se agruparán las divisiones enemigas para la ofensiva, ni se conocen tampoco todos los mandos que van a actuar, y se tienen indicios de la posibilidad de que el enemigo utilice gases tóxicos y emplee unidades motorizadas. Por el momento parece que sus tropas forman tres agrupaciones de maniobra que tendrán sus bases de partida en la cabeza de puente de Balaguer, en la cabeza de puente de Tremp y en el Bajo Segre, posiblemente entre Alcarraz y Seros, y como probables objetivos de primera urgencia Tárrega, Pons y Borjas Blancas, cubriendo los flancos de las tropas de maniobra con la ocupación de Orgañá, en el valle del Segre, al norte, y Mayals, al sur. Las indicaciones anteriores y otras muchas que podrían hacerse, obtenidas hábilmente por el Servicio de Información, comprueban de manera suficientemente clara los propósitos ofensivos del enemigo, la inminencia de su ejecución y la violencia que tendrá el ataque debido a la gran cantidad de tropas y medios que está acumulando para esta ofensiva.

Su actividad, salvo una limitada actuación de la artillería, que no ha rebasado los índices normales de empleo de esta arma, se ha circunscrito al empleo de la aviación en acciones de reconocimiento sistemático de todo el teatro de operaciones y al bombardeo de puntos sensibles del frente y de la retaguardia, sin gran intensidad. Puede por ello tal actividad reputarse

como preparatoria y de desgaste, pero sin coordinación inmediata con el ataque.

En los demás frentes no hay indicios de ofensiva. Solamente en el de Extremadura subsiste la concentración acusada hace largo tiempo y formada, al parecer, para recuperar las posiciones perdidas con ocasión de nuestra ofensiva en el sector de Pozoblanco, o también para reanudar la maniobra sobre Almadén que quedó paralizada por nuestro contraataque hacia Castuera. Sin embargo, en todos los frentes, incluso en el de Levante, de donde ha retirado tropas de choque, mantiene una actividad aérea desusada, posiblemente para tenernos desorientados respecto al frente en donde vaya a realizar el esfuerzo principal o también para provocar un estado de descomposición moral en nuestra retaguardia que favorezca la idea capital de sus planes, si es que da, como fundadamente puede suponerse, a esta nueva maniobra un carácter decisivo.

No sería extraño que tuviese este propósito: la gran actividad aérea que está desplegando; la intensificación del bloqueo de nuestras costas; los grandes refuerzos que al parecer ha recibido en medios materiales; la principalidad del teatro y objetivo elegidos; su probable decisión de emplear medios de guerra hasta ahora no utilizados; la selección hecha de sus mejores tropas para esta ofensiva, e incluso la participación directa del Cuerpo Italiano, y la gran masa de maniobra que va a emplear, posiblemente la más numerosa y mejor dotada de cuantas ha manejado en sus diversas ofensivas, permiten aceptar, con bastantes visos de verosimilitud, que aquellos propósitos son ciertos; y si además se tiene en cuenta que el enemigo conoce nuestro desgaste como consecuencia de la batalla del Ebro y las limitadas posibilidades de rehacerlos por falta de recursos humanos y de armamento; que internacionalmente le conviene rehacer su prestigio militar, no muy sólido actualmente, y, finalmente, que por su situación económica y por el desgaste moral y material de su retaguardia le

es indispensable buscar una rápida Solución a la guerra, podemos hallar plenamente justificado que haya elegido para esta nueva maniobra el teatro y el objetivo decisivos. Veamos cómo podemos oponernos a que logre sus propósitos.

*La situación propia:* Presentamos la realidad con toda su crudeza, no para despertar ideas pesimistas, sino principalmente para poner bien de relieve que el esfuerzo que ha de realizarse ha de ser extraordinariamente considerable en todos los órdenes.

Nuestras unidades, desgastadas en el Ebro, aún no han podido recuperar gran parte de sus bajas accidentales y aunque las definitivas que han tenido (pueden calcularse entre diez y quince mil) no han sido cuantiosas, debido a que por las numerosas exenciones del servicio la mayor parte de los reemplazos movilizados no han bastado para cubrir las unidades, se hallan muy mermadas en sus efectivos. La incompleta dotación de armamento que ya tenían al comenzar la maniobra del Ebro, no sólo no ha podido ser subsanada sino que se ha acentuado gravemente por las cuantiosas pérdidas habidas en los cuatro meses de lucha, durante los cuales no se ha importado prácticamente nada. La artillería está muy desgastada, además de ser escasa, y puede afirmarse, sin temor a error, que al tercer día de fuego tendremos en reparación aproximadamente el 50 por ciento de las piezas<sup>8</sup>. Nuestras posibilidades materiales y humanas se hallan, pues, muy limitadas, y aun cuando contemos con un ejército en la región catalana que rebasa los 220.000 hombres, resulta, por su dotación de medios, inferior a 100.000 (incluidos los servicios).

La moral de las tropas y de los mandos puede reputarse buena en conjunto y en bastantes unidades excelente; la instrucción aceptable; las fortificaciones buenas; los medios auxiliares

---

<sup>8</sup> Este fenómeno ya se venía produciendo con ocasión de los ataques enemigos en el Ebro.

(transportes, transmisiones, etc.) escasos; las reservas de abastecimientos y municiones, pocas. En cuanto a la Aviación, desgastada también esta arma en los cuatro meses de incesante lucha, si bien por su estado moral puede afrontar la ofensiva enemiga en buenas condiciones, la capacidad de resistencia de su material es muy limitada, principalmente por no poder atender muchas reparaciones por falta de materias primas y también, como en artillería, puede ocurrir que a los quince días de combate nos hallemos sin posibilidad de dar los más indispensables servicios, sobre todo en bombardeo, pues se cuenta con un reducido número de aparatos.

Tan pronto inició el enemigo su concentración de fuerzas en el teatro catalán y se intuyeron las posibilidades de la maniobra enemiga, se ordenó el despliegue de nuestras reservas y la formación de éstas a base de unidades selectas, reuniéndolas en tres cuerpos y adoptando una idea de maniobra consistente en: resistir a ultranza en los frentes atacados, alimentar la batalla defensiva con las reservas locales y emplear los cuerpos de la reserva general en un gran contraataque o contraofensiva sobre los flancos de la dirección del esfuerzo principal enemigo, si éste llegaba a conseguir la ruptura. Con tal idea de maniobra se dieron las órdenes para que antes del día 8 se hallasen todas las tropas en sus puestos; posteriormente y a tenor del despliegue enemigo, a medida que éste se ha ido precisando, se ha ido adaptando a él la disposición de nuestras reservas. Éstas, si se cumplen puntualmente las órdenes del Grupo de Ejércitos, se hallarán en la noche del 7 al 8 en la disposición que indica el calco adjunto (grabado 2).

En los demás frentes, por lo que al estado de las tropas y a sus disponibilidades materiales se refiere, puede decirse que sensiblemente son los mismos que en el teatro catalán, pues, en ellos, han realizado un efecto de desgaste humano y material similar al de la batalla del Ebro, la batalla de Levante, primero, en la que actuaron 22 divisiones propias, y después, la

ofensiva de Extremadura, donde operaron 12. Solamente las divisiones del Ejército del Centro y algunas de Andalucía se hallan relativamente bien dotadas de material y hombres. Aquel defecto es más acentuado en el teatro catalán por la mayor virulencia que ha tenido la larga batalla del Ebro y por el menor tiempo transcurrido entre la fase de desgaste y el momento actual.

*Plan de maniobra posible:* Antes de que terminase la maniobra del Ebro, ante la posibilidad de que el enemigo una vez ultimada aquélla llevase sus reservas al teatro catalán, se propuso, para descongestionar éste, actuar en la región Central poniendo en ejecución un plan de conjunto ya preparado con anterioridad. Pero para que la maniobra que se realizase produjese una succión de las reservas de Cataluña, era preciso llevarla a fondo sobre un objetivo sensible y para esto, y teniendo en cuenta los objetivos posibles en aquella región, era indispensable disponer de medios proporcionados al fin. Por las causas ya indicadas esos medios no han podido reunirse y la maniobra quedó montada y condicionada su ejecución al momento que resultase indispensable hacerla, aunque los medios fuesen escasos.

Ese momento se considera ya llegado, tan pronto han quedado acusados los propósitos enemigos en Cataluña consignados anteriormente. Como consecuencia de lo expuesto se pondrá en ejecución el siguiente plan de conjunto:

**Región Central** <sup>9</sup>: a) Un ataque en el extremo derecho del frente enemigo, actuando combinadamente las tropas de tierra, con la Flota y con una brigada de desembarco. Objeto: atraer las reservas enemigas de Andalucía y Extremadura al crear una amenaza sobre Málaga y en el sur de Granada. Se iniciará el día D. La operación comporta riesgos importantes; pero puede tener éxito si se realiza por sorpresa y audazmen-

---

<sup>9</sup> Véase grabado 3

te. Además es la única que consiente atraer efectivos considerables empleando pocas tropas.

b) Un ataque principal sobre el frente Córdoba-Peñarroya con un mínimo de tres cuerpos de ejército. Si se logra la previa salida hacia Andalucía (sur) de las reservas actualmente en Extremadura, puede tener pleno éxito, cayendo los dos objetivos propuestos o al menos uno de ellos, creando una situación difícil en el teatro andaluz o en el extremeño y dejando posiblemente abierta la línea de penetración hacia Sevilla. Se iniciará el día D más 5.

c) Un ataque complementario en el frente del Ejército del Centro para cortar las comunicaciones del frente de Madrid con Extremadura, explotando el debilitamiento que haya hecho el enemigo de este frente al llevar sus reservas hacia Extremadura para parar el ataque principal. Fecha: D más 12.

Si la maniobra de conjunto tiene éxito, aparte la conquista de los objetivos propuestos, puede considerarse segura la atracción de las reservas enemigas de Cataluña. Si no tuviera éxito franco, el efecto mínimo que se logrará será fijar las reservas enemigas de todos los frentes, privándoles de alimentar la lucha en Cataluña, como ha podido hacerlo en el Ebro, relevando sucesivamente sus unidades.

**Región Oriental:** la maniobra antes esbozada consistente en:

a) Resistencia a ultranza en los Sectores atacados.

b) Maniobra de los tres cuerpos de reserva general contraatacando sobre los flancos y retaguardia enemiga, caso de ruptura.

c) Ulteriormente, y si las circunstancias obligan a ello, ocupación de las líneas sucesivas de defensa L-2 y L-3, organizada la primera y en vías de organización la segunda. Además de las líneas citadas, existen organizaciones defensivas entre el frente actual y la línea L-2, y entre ésta y la L-3.

Para el desarrollo de este plan de maniobra se han dado las

órdenes y directivas de que tiene conocimiento V. E., dirigidas a los Grupos de Ejércitos, y además las siguientes:

—A la Flota, para su cooperación en la operación de Motril.

—A la Aviación, para su actuación antes de que comience la maniobra enemiga, y previsiones ante la posibilidad de un gran ataque aéreo a Barcelona.

—Al Grupo de Ejércitos de la región Oriental, y al inspector del SDCG, para prevenir el empleo de gases por el enemigo.

—Al Grupo de Ejércitos para revisar el sistema de destrucciones en profundidad.

—A los inspectores generales y directores de los Servicios, para tener previsto el funcionamiento de éstos en la situación militar que va a plantearse.

—A los organismos de retaguardia interesados, para asegurar una rápida recuperación de personal.

—Al inspector general de Sanidad, para prevenir la descongestión de hospitales, con vistas a la recuperación de personal útil y a la posible acumulación de heridos en el próximo período de operaciones.

—Al SIM para extremar la vigilancia en la zona de los ejércitos y asegurar la recuperación de fugitivos, si los hubiere.

—Al Comisariado, para acentuar las actividades de propaganda y la labor política sobre nuestros combatientes a fin de mantener en grado elevado la moral de la tropa.

Aunque no sea necesario, porque conoce V. E. perfectamente nuestra situación, se considera obligado el general que suscribe a poner de relieve la importancia de la situación militar planteada en los momentos actuales, principalmente porque, por las circunstancias de todo orden que en ella concurren, puede conducir a la decisión de la guerra, tanto si el enemigo logra sus propósitos, como si nuestro plan de maniobra en el Centro y nuestra resistencia en Cataluña tuvieran resultados

favorables.

El esfuerzo que se va a pedir a nuestros combatientes es el mayor de cuantos se les ha exigido durante la guerra. Para que lo den sin reservas de ninguna clase se hace indispensable provocar una reacción moral exaltada que tenga por bases la grandeza de los fines que con nuestra lucha perseguimos y una unidad sólida, indestructible, entre los combatientes, entre éstos y sus jefes y comisarios, entre las unidades militares y las organizaciones políticas y sindicales, entre el frente y la retaguardia; y puesto que la lucha va a ser decisiva, que todos aporten a ella su esfuerzo altruista en defensa del ideal común, netamente español y superior a toda concepción partidista o local. Ciertamente la situación es grave, principalmente por la desproporción de medios; pero puede y debe tener una solución favorable a nosotros. Este convencimiento ha procurado llevarlo el general que suscribe a los jefes y subordinados en sus recientes visitas al frente y en justicia ha de hacer presente que no ha sido necesario levantar una moral caída, pues ésta era firme, manifestándose, por igual en todos los jefes, el deseo de llagar a la lucha y la seguridad de que ésta nos sería favorable. Con esta confianza en el triunfo va a iniciarse la lucha; si el Gobierno logra aunar todas las voluntades, el triunfo será nuestro. — Barcelona, 6 diciembre 1938. — El general jefe del EMC, VICENTE ROJO. — Rubricado.

Como consecuencia de las previsiones hechas, el despliegue de nuestras tropas <sup>10</sup> quedó ultimado el día 9 en la disposición que indica el grabado 2.

El mando superior, al irse acusando tan claros los indicios de ofensiva, decidió poner en actividad la región Central desarrollando el plan mínimo de la directiva del 20 de noviembre. Era conveniente hacerlo así, pues nuestras posibilidades de

---

<sup>10</sup> El esquema orgánico del Grupo de Ejércitos de la región Oriental puede examinarse en el apéndice 2 de esta obra.



resistencia giraban alrededor de la llegada oportuna del armamento y de un factor imponderable: la moral de las tropas, resentida por el desgaste del Ebro y por la incorporación de hombres defectuosamente capacitados. Es cierto que las operaciones en la región Central podían fracasar por la escasez de medios; sin embargo, estimábamos obligado llevar a cabo esa ayuda indirecta y, por otra parte, la gran amplitud dada al plan y el largo tiempo que llevaban en reposo aquellos frentes, podían dar al enemigo la sensación de que la maniobra era importante y acudir con las reservas generales o, al menos, con parte de ellas. Esto nos hubiera concedido un respiro de 15 a 30 días, los precisos para poner los dos ejércitos de Cataluña en mejores condiciones materiales y también para que la parte destinada a la región Central llegase con la oportunidad precisa para encontrar nuestras grandes unidades mejor dotadas si desplazaba allí su maniobra general el enemigo, como hizo con ocasión de Teruel.

Se dieron en la noche del 5 al 6 radiotelegráficamente las órdenes de actuar y la directiva precisando las condiciones de ejecución de la primera fase (operación sobre Motril). Tales órdenes fueron complementadas en correspondencia con el jefe de EM del Grupo de Ejércitos de la región Central, de la que extractamos algunas ideas que<sup>^</sup> ponen bien de relieve la importancia que concedíamos al aparato bélico que se estaba montando en Cataluña.

Mis telegramas de ayer [4] y hoy [5] para que precipitéis los preparativos a fin de empezar el 8, si se ordena, y que puntualicéis los acuerdos con el jefe de la Flota, tienen por finalidad que adelantéis el trabajo. Vemos venir el ataque en forma muy seria y naturalmente siempre es inevitable la inseguridad respecto al comportamiento que pueda tener la gente. La posibilidad de que nos puedan romper el frente y crear un pánico es lo que más nos inclina a que vosotros actuéis, ya que si eso saliese bien sería la mejor garantía para que lo de aquí no

prosperase. Tenemos la confianza de que va a comenzar el día 10, si bien hay también algún indicio de que sea el 8; yo más bien creo en aquella fecha porque, según el plan de transporte que está desarrollando el enemigo, sabemos que algunas unidades aún estarán sobre el tren el día 7.

Te escribo esta carta [día 6] urgente confirmándote cuanto te vengo diciendo estos días y te remito por este mismo correo la copia de la directiva dada a la Flota en la que no encontrarás nada nuevo. Se ha procedido con alguna precipitación a consecuencia de la noticia de que el enemigo iba a comenzar el día 10. Puesto que se ha comprobado que todo viene por aquí, no hay más remedio que actuar y hacerlo urgentemente porque de lo contrario no serviría para nada. Conozco la dificultad que pone el jefe de la Flota respecto a la luna y otros detalles, todos los cuales pueden subsanarse. Por mi parte, estimo indispensable esa operación así como que se haga con toda decisión para que lo de esa zona salga bien. No creo necesario que se modifique la estructura general del plan, es decir, el día D, el de la operación sobre Motril, el 8; entre los días D más 4 y D más 6, el ataque principal, y entre los días D más 12 y D más 14 el del Centro. Estimo también indispensable que las tres operaciones se hagan con el propósito decidido de actuar a fondo, sin reservas mentales de ninguna clase, porque la situación lo exige y hasta creo que en la combinación de operaciones que van a realizarse en esos tres frentes y en los de aquí vamos a ventilar la fase final de la guerra ... No olvides la posibilidad de tener que enviar aquí hombres, unidades organizadas o no, si las operaciones por ahí se hubieran de interrumpir por cualquier circunstancia y las cosas no fuesen bien por aquí. En este sentido ten en cuenta que como la luna nueva empezará después del 20 y en esa fecha se acentuarán los transportes, de cómo marchen las operaciones por esa fecha dependerá que tengáis que enviarlos o no. Por último, te reitero la libertad de que modifiques,

si lo estimas conveniente, la idea de maniobra fijada para el esfuerzo principal, señalada en el plan de maniobra de esa región, subordinándola exclusivamente a la necesidad de dar un golpe lo más profundo posible y sobre el objetivo más sensible. Ya sabes que yo soy partidario de actuar en dos direcciones por el temor de que si lo hacemos en una sola acumulen fuerzas bastantes para pararnos en poco tiempo.

Cerramos aquí nuestro capítulo de previsiones y disposiciones adoptadas. Los peones para la maniobra estaban puestos a ambos lados del frente. Los hemos representado en el grabado 2 tal y como nosotros veíamos la situación, es decir, con todo rigor nuestro despliegue, y en la misma forma, naturalmente imprecisa, que nosotros podíamos verlo, el del enemigo.

El mando esperaba confiado el encuentro. Tropas y jefes subordinados se hallaban impacientes. Creíamos poder reñir la batalla inicial en condiciones favorables porque estábamos en disposición de alerta y no había motivo de sorpresa; conocíamos en lo esencial el despliegue enemigo y sus probables direcciones de ataque; contábamos con posiciones organizadas defensivamente, las cuales si no eran excelentes, resultaban buenas en conjunto y en algunos puntos muy buenas; la moral de combate era satisfactoria; esperábamos que nos llegasen a tiempo los medios y armas precisos para alimentar la batalla, y, finalmente, teníamos como reserva para nuestro contraataque general las mejores unidades.

Temíamos solamente la producción de un pánico (cosa que, las experiencias de nuestra guerra, nos habían acostumbrado a ver como fenómeno natural), que los medios no llegasen a tiempo, que las reservas humanas de Cataluña fuesen insuficientes para alimentar la batalla, si ésta tomaba el carácter que tuvo la del Ebro; pero no creíamos que esto se produjese por el amplio frente adoptado por el enemigo en su despliegue, lo cual daba motivo a pensar que no realizaría una bata-

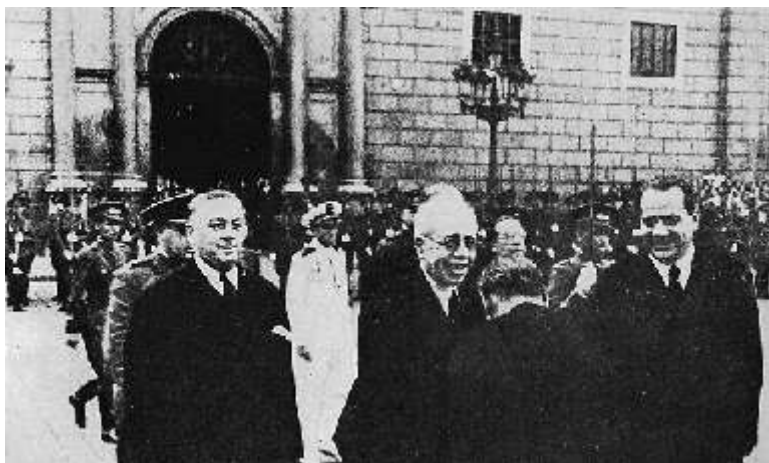
lla de material al estilo de las del Ebro, sino que trataría de romper el frente y maniobrar. Dudábamos de la buena moral de retaguardia y desconfiábamos de la voluntad de lucha de los nuevos hombres que se movilizasen; nos preocupaba nuestro pobre stock de municiones de artillería y la posibilidad de que el enemigo emplease gases; finalmente nos producía enorme preocupación que el enemigo realizase una acción maciza con su aviación sobre Barcelona, donde al ánimo público, después de la experiencia dolorosa de marzo, teníamos el temor de que se derrumbase en cuanto aquella acción fuese medianamente persistente.

En conjunto veíamos venir el acontecimiento con calma. Pensábamos contenerlo en los diez o doce primeros días: si esto no se lograba y no llegaba el armamento a tiempo, la partida sería muy difícil de ganar. ¿Qué iba a suceder?



10. Frente de Cataluña, sector del Ebro: prisioneros de las brigadas Líster y Esquinazo.

11. El presidente de la República pronunció un discurso en el ayuntamiento de Barcelona al cumplirse el segundo aniversario del inicio de la guerra. En la fotografía, a la salida del ayuntamiento, de izquierda a derecha: don Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, don Manuel Azaña y don Juan Negrín, presidente del Consejo (19 de julio de 1938).





12 y 13. Dos aspectos del discurso del presidente del Consejo durante la sesión de las Cortes de la República celebrada en Sant Cugat del Vallès (30 de septiembre de 1938). A la derecha del doctor Negrín aparecen los ministros de su gobierno, que fue el último de la República: Julio Álvarez del Vayo (Estado), Paulino Gómez (Gobernación), Vicente Uribe (Agricultura), Segundo Blanco (Instrucción Pública y Sanidad), Bernardo Giner de los Ríos (Comunicaciones y Transporte), Antonio Velao Oñate (Obras Públicas), Josep Moix (Trabajo y Asistencia Social), Tomás Bilbao Hospitalet (sin cartera), Francisco Méndez Aspe (Hacienda y Economía) y José Giral (sin cartera). Ausente: Ramón González Peña (Justicia).



## **Segunda parte**

# **LA MANIOBRA DE CATALUÑA**

## Capítulo 4

### LAS BATALLAS INICIALES <sup>11</sup>

Amaneció el 10 de diciembre con todo nuestro dispositivo de fuerzas en tensión, dispuesto a desencadenar los fuegos y a jugar con todos sus medios en el esperado ataque. Las jornadas anteriores ya había trabajado nuestra artillería realizando diversos tiros de contrapreparación sobre las zonas donde se habían localizado concentraciones enemigas, y también nuestra aviación había colaborado sin gran intensidad contra los mismos objetivos y sobre los puntos conocidos de reunión de tropas en la retaguardia del adversario; las dificultades que encontrábamos para emplearla de día, de ellas, principalmente, su inferioridad, nos inclinaron a evitar un pronto desgaste de las pocas fuerzas aéreas que teníamos y por tal circunstancia nos limitamos, en las jornadas que precedieron a la del esperado ataque, a realizar sistemáticamente vuelos de reconocimiento y bombardeos de noche sobre la zona de concentración enemiga, especialmente en la región donde sabíamos desplegado el Cuerpo Italiano.

Pero el ataque no se produjo. Un temporal de agua, nieve y frío intenso hizo, posiblemente, que el enemigo demorase el comienzo de las operaciones, quedando todo nuestro dispositivo en situación de alerta.

En los trece días que mediaron entre aquel en que se esperaba

---

<sup>11</sup> Hacemos presente que no persiguiendo este libro una finalidad de orden puramente técnico, nos limitamos, en la exposición de los acontecimientos guerreros, a dar una idea general de los mismos, omitiendo todo género de detalles innecesarios.



el ataque y aquel en que se produjo, nada anormal ocurrió en la zona catalana: no llegó el ansiado armamento; se intensificaron las medidas de reorganización e instrucción de las fuerzas, en le que consentía el mal tiempo reinante; se modificó ligeramente el despliegue llevando más hacia el norte el centro de gravedad de nuestras reservas del Ejército del Este, al adquirir mayores precisiones respecto a la situación y propósitos de las fuerzas enemigas, y nada más. El jefe del Gobierno visitó algunas unidades de las reservas el día 15 y encontró las tropas en perfecto estado de disciplina y entusiasmo; a tal visita le acompañaron dos miembros de la comisión de retirada de voluntarios internacionales: el general Jalander y el coronel Bach, los cuales también salieron bien impresionados.

En la región Central, en ese mismo período de trece días, se había modificado la situación de tal manera que nuestro plan de conjunto se vino al suelo. Dijimos que el día 6 se dio orden de comenzar en la noche del 8, es decir, según se había previsto en las directivas qué debía suceder a las cuarenta y ocho horas de darse la orden. Mas, las dificultades y los múltiples detalles de acoplamiento que lleva consigo la ejecución de una operación de guerra en la que tienen que participar elementos muy dispersos de mar, tierra y aire, y nuestra escasez de medios de transporte, motivaron un retraso de tres días; el plazo previsto había resultado pequeño.

Pero el mismo día que iba a comenzarse, es decir, el 11, recibimos una carta del general jefe del Grupo de Ejércitos de aquella región, en la que de una manera terminante se oponía a la ejecución del ataque a Motril, el cual, como ya se ha dicho, constituía la primera fase del plan de maniobra trazado. La carta tenía fecha 8; pero por dificultades de comunicación aérea no había podido llegar a nuestro poder hasta el 11. En ella repetía todas las dificultades de la operación, ya conocidas por nosotros y por el ministro, y no se limitaba a señalar

su disconformidad y a declinar toda responsabilidad respecto a lo que pudiera ocurrir (cosa, aunque militarmente inadmisiblemente, muy frecuente en nuestra guerra), sino que, además, manifestaba el absoluto acuerdo en que con él estaba el jefe de la Flota.

Mi contrariedad fue grande, pues estimé que ni por el momento, ni por la forma y circunstancias en que se producía el general jefe del Grupo de Ejércitos, era su conducta militarmente correcta. Se puede objetar cuando honradamente se sabe que lo que se va a hacer no está bien y se tiene la seguridad de un fracaso; pero éste, si en aquel caso era posible, no era más probable que en otra operación de guerra cualquiera. El plan lo conocía, o debía conocerlo, desde el 20 de octubre y ninguna observación le había hecho. ¿Por qué se reservó a hacerlas en la misma fecha en que tenía que darle cumplimiento? Posiblemente no había medido el alcance de la operación sobre Motril ni la trascendencia del plan de conjunto; simplemente apreció que tenía aquella unos riesgos que la podían hacer fracasar y consideró lo más práctico oponerse a su ejecución.

Me hallaba en el puesto de mando cuando me entregaron la carta. Inmediatamente salí para Barcelona para dar cuenta al ministro, pues era un asunto demasiado grave para que yo pudiera resolverlo directamente. Le informé con toda claridad, haciéndole presente que el plan de la zona Central quedaba desarticulado porque, sin esa operación preliminar, el ataque principal por Extremadura tendría grandes probabilidades de no tener éxito, ya que encontraríamos allí todas las reservas enemigas con tiempo oportuno y en situación adecuada para evitar la ruptura o detenernos; por ello, si se suspendía la ejecución del ataque a Motril, debía suspenderse toda la maniobra hasta que se adaptasen nuestras posibilidades a otro plan; pero debía tenerse en cuenta que el nuevo que se trazase, aun cuando continuase suspendida la ofensiva

enemiga en Cataluña por el mal tiempo, quizá no pudiera ejecutarse ya con oportunidad, por el plazo que requería su preparación y puesta a punto.

Por otra parte aclaré también al ministro nuevamente, como era mi deber, los riesgos que la operación tenía; la gravedad del hecho de la oposición del jefe del Grupo de Ejércitos y del de la Flota, y las repercusiones de todo orden que podían derivarse de un fracaso en los momentos en que vivíamos. El ministro, jefe supremo de las Fuerzas, pesó todos los factores positivos y negativos y decidió, en uso de su derecho y de su deber, que se suspendiese la ejecución del ataque a Motril y se modificase el plan de conjunto trazado. Cuando se dieron las órdenes, cerca de media noche, por radio, los barcos que transportaban la brigada de desembarco y la Flota estaban en la mar, el jefe de EM del Grupo de Ejércitos, en el puesto de mando, y la operación ejecutándose; pero se llegó a tiempo para que todo el mundo volviese a su base de partida. Pocas gentes se han enterado de este importante detalle de nuestra actividad, porque, naturalmente, eran pocos los que conocían el plan, ni yo puse interés después en que se divulgase; ya es momento de situar las cosas en su punto.

¿Qué hubiera ocurrido si el ataque por sorpresa sobre Motril se hubiera producido? Es, ahora, un poco inocente hacer cébalas; pero se puede razonar sobre ello. La maniobra era atrevida, audaz; era posible que fracasásemos; mas, ni siquiera esto influiría decisivamente en el conjunto de la acción. Hubiéramos podido perder tres mil hombres; pero en cualquier ofensiva fracasada se han perdido más. Por otra parte, ¿qué representaban tales bajas ante lo que íbamos a perder dejando en libertad de acción al enemigo? ¡Si lo íbamos a perder todo! Habíamos hecho personalmente, el general jefe de EM del Grupo de Ejércitos y yo, el reconocimiento de la zona de maniobras y elegido la línea de ruptura del frente enemigo, y comprobado la posibilidad de lograr esa ruptura

en cuanto se pusiera mediano coraje en la operación. Personalmente también me había asegurado el jefe de la Flota que dejaría las tropas en el puerto; la razón principal de la dificultad que este jefe señalaba era el temor de que fuesen descubiertos los trasportes por la luna; dificultad que yo apreciaba también, pero que no estimaba suficiente para suspender el ataque, ni siquiera para retrasarlo, pues la eficacia del plan radicaba en su oportunidad. Las dificultades, siendo muchas y grandes, eran insignificantes comparadas con las de la maniobra del Ebro, que se vencieron; ¿por qué no iban a vencerse éstas? En la guerra, muchas, muchísimas veces, la audacia se impone. No puede considerarse buen jefe quien no ha sabido ser audaz alguna vez; cuando la audacia no es simple corazonada, sino que se apoya en el cálculo y en la reflexión y pesa todos los factores, y, sobre todo, cuando se tiene decisión para llevar la empresa adelante, a pesar de los riesgos, hay derecho a confiar en el éxito; nosotros confiábamos en él. Y todavía vamos más lejos: aunque la operación hubiese fracasado, la utilidad para el conjunto de la maniobra podía verse debilitada, pero no hubiera sido nula. ¿Por qué? Simplemente por el aparato con que aquélla estaba montada: por el mar iba a actuar una brigada reforzada y especialmente preparada para la operación, apoyada por toda la Flota, en condiciones de superioridad sobre la adversaria, y no digamos sobre el puerto, que contaba con pocas y malas defensas; a tal amenaza seria, iba a unirse un ataque por tierra en un frente estrecho, con una división, para cortar las comunicaciones enemigas, cosa calculada y posible, como en tantas otras operaciones realizadas, a las pocas horas de comenzada la operación; apenas teníamos enfrente cuatro batallones de reservas locales, repartidos en diversos puntos, para acudir a los lugares amenazados; unidades éstas acreditadas por su pasividad y con mandos cuya suficiencia no se había contrastado aún en la guerra, pues aquel frente se convirtió en pasivo desde que quedara detenida la maniobra enemiga de Málaga; por añadi-

dura, en la zona enemiga afectada por nuestro ataque, la población era bastante adicta a nuestra causa, como se había puesto de relieve en la liberación de los presos de Carchuna en un audaz golpe de mano.

Todo, en fin, se concertaba para tener confianza; pero, como ya hemos dicho, aunque hubiera resultado mal el ataque local de Motril, el aparato de fuerzas de mar, tierra y aire de que iba a rodearse en las primeras cuarenta y ocho horas la operación, habría sido bastante para que el enemigo hubiese llevado hacia el sur, al extremo derecho de su frente, buena parte de sus reservas de Andalucía y Extremadura. Esto era lo único que nosotros nos proponíamos y esto se hubiera logrado: de ello no se había dado cuenta el general jefe del Grupo de Ejércitos; su jefe de EM sí; por eso preparó éste muy bien la operación y fue a dirigirla sin oponer ninguna objeción. En cuanto a las tropas, estaban decididas a afrontar todos los riesgos que comportaba el ataque, porque nuestro combatiente es, por temperamento, audaz, y finalmente las operaciones de reunión de los medios y el embarque de la brigada se habían llevado a cabo correctamente y en el mayor secreto.

Conquistar Motril no nos interesaba: naturalmente, si caía, mejor. Cortar las comunicaciones de Granada, tampoco; sabíamos que el enemigo iba a llevar fuerzas bastantes para restablecerlas y nosotros teníamos el decidido propósito de no empeñar más que una división, la brigada de desembarco y las tropas de línea. Por ello calculamos que, como otras veces, podíamos vernos en el trance de tener que volver a la base de partida a los pocos días. ¡Ah; pero si ese relativo fracaso nos dejaba libre de reservas fuertes el teatro extremeño, sobre el que iban a caer tres cuerpos, cuyas seis primeras jornadas de maniobra queríamos allanar, valía la pena de arriesgarse a sufrir aquel fracaso! La debilidad orgánica y de medios de nuestros cuerpos, de que ya se ha hecho mención, nos aconsejaba limpiar previamente de fuertes reservas la zona de

maniobras enemiga. Esto, en cambio, sí que lo estimábamos indispensable para el éxito, y por eso creíamos que sin aquella acción inicial en el extremo de la línea era una temeridad o una insensatez empeñarse en un ataque en Extremadura.

La batalla de Cataluña comenzamos a perderla al suspender la operación sobre Motril. Hubiera bastado ese ataque, en relación con las subsiguientes maniobras de Extremadura y Madrid, para desarticular el plan adversario o, cuando menos, si Franco sacaba tropas de Cataluña, para ganar algún tiempo más del que nos concedió el temporal de lluvias y lograr que el ansiado armamento hubiera llegado oportunamente para ser útil en Cataluña y en la región Central.

Cuando se planea una operación y se está persuadido de su bondad; se han aquilatado todos los factores; se tiene confianza en los ejecutantes, y se aprecia el valor positivo que tiene en la situación de conjunto, debe llevarse adelante a costa de todo; esto yo ya lo sabía, como también los riesgos que se corrían al desbaratar un tinglado en el que todas las piezas jugaban un papel de relación; pero se creyó honradamente que sería más práctica otra solución y que se correrían menos riesgos políticos y militares con un nuevo plan, como veremos que se intentó, y la operación fue suspendida. Es inocente culpar a nadie de lo ocurrido; el hecho era, como tantos otros, el efecto de un sistema absurdo en el ejercicio del mando militar y en la dirección de la guerra, cuyas consecuencias tan lamentables han sido en todo el curso de nuestra lucha; sirva ello de lección a quienes tengan algo que aprender de nuestra contienda.

Suspendido el ataque a Motril se decidió modificar el plan de maniobra, actuando con todas las fuerzas reunidas en dirección a Granada, en cuyo teatro aún había trozos de frente que nos permitían operar en buenas condiciones teniendo en cuenta los medios de que disponíamos. Se dieron órdenes en este sentido y se dispuso el EM del Grupo de Ejércitos a co-

menzar los transportes de las reservas. Aún era posible, si nuestro Servicio de Información no se había engañado, lograr un efecto útil en nuestro ataque, tanto por los resultados técnicos, como por la posibilidad de provocar el levantamiento de Andalucía. En la directiva dada para la nueva maniobra se fijaba como plazo máximo para su desarrollo el día 24; posteriormente el Grupo de Ejércitos hubo de ampliarlo hasta el 29, a causa de la penuria de medios de transporte, y ni siquiera en dicha fecha se iba a poder realizar, como vamos a ver.

Efectivamente, en el desarrollo de las acciones preparatorias púsose de relieve, una vez más, uno de nuestros gravísimos errores de toda la campaña: la autonomía, en que, con verdadera terquedad política, se habían mantenido los transportes fuera de la jurisdicción militar. Hubo en esta ocasión una serie de dilaciones y dificultades, so pretexto de la escasez de carbón y de material, llegándose al absurdo de que en 48 horas sólo entrase en la zona de maniobras un tren con tropas, cuando debían entrar un mínimo de cuatro diariamente; pero, además, una nueva dificultad de mayor monta iba a surgir: fue la crisis que en Madrid se padeció, por aquellos días, en los abastecimientos. Se hizo necesario emplear todos los medios automóviles y ferroviarios de que se disponía para la acumulación de vituallas sobre la capital. Jamás habíamos tenido en los puertos una acumulación tan considerable de víveres; pero el desorden en los transportes era de tal índole que aquéllos se abarrotaban en los muelles de los puertos mientras en Madrid se pasaba hambre. Ante esta realidad hubo que suspender todos los movimientos de tropas. Y tal parada dio lugar a que el enemigo se diese cuenta de nuestros preparativos y llevase sus reservas hacia Granada al descubrir nuestros propósitos. Como consecuencia, y enfrascados ya nosotros en la ofensiva enemiga de Cataluña, se dejó en libertad al mando del Grupo de Ejércitos para que, tan pronto lo consintiese el régimen de abastecimientos de la población,

reanudase la concentración en la dirección más útil, y así pudo, en los primeros días de enero, realizarse en Extremadura el ataque de que más adelante hablaremos.

Llegado es el momento de entrar en la descripción de la maniobra de Cataluña. Se inicia el ataque enemigo en las zonas de acción de nuestros Cuerpos XI y XII en la mañana del día 23, actuando, sobre el primero, tropas de los cuerpos enemigos de Urgel y del Maestrazgo y, sobre el segundo, tropas del Cuerpo Italiano y posteriormente del Cuerpo Navarro. Nuestro Cuerpo XVIII (Balaguer) no es atacado. El frente del Ebro desde Mequinenza al mar, y el de la Sierra, desde Isona a la frontera, se mantienen pasivos. En la primera de las zonas atacadas (Tresp), el enemigo actúa, desde dos bases diferentes, en dos direcciones que parecen orientadas hacia Artesa y Pons; en la segunda (Segre), desde una sola base, lleva las direcciones de Sarroca y Mayals (véase grabados 2 y 4). El Cuerpo XI resiste bien, perdiendo muy poco terreno; parte del Cuerpo XII (dos brigadas de la División 56) flaquea de una manera absoluta en la primera jornada, abriendo la puerta por la que irrumpirá francamente el enemigo.

La primera noticia del ataque la tiene el mando superior en Barcelona, a mediodía. El jefe del Grupo de Ejércitos no ha concedido gran importancia al ataque; hasta por la tarde no se conocen los lamentables sucesos de la jornada y, aun en el parte del Grupo de Ejércitos de las 20,30 horas, el jefe de esa gran unidad interpreta los sucesos como «simples tanteos». En el Cuerpo XII la ruptura había sido completa; en las primeras horas de la noche el enemigo podía hacer prisioneros en el cruce de carreteras de Sarroca a Llardecans y Torrebebeses, a 16 kilómetros de su base de partida. El dispositivo de fuerzas había fracasado; ninguna de las unidades atacadas del frente del XII Cuerpo, salvo la 3.<sup>a</sup> Brigada de la 56 División, respondieron a la consigna que habían recibido: ni las tropas de primera línea, ni los sostenes, ni las reservas de división,



ni las reservas de cuerpo de ejército; ¿qué había ocurrido?

El frente atacado estaba cubierto por la Brigada 179 de carabinieri, perfectamente nutrida y armada (posiblemente una de las brigadas mejor equipadas) y la Brigada 56 de marinos, de actuación muy destacada en nuestro ataque de noviembre en esa misma zona; se disponía en las brigadas de línea y en la división de batallones de reserva; se tenía más a retaguardia, como reserva de cuerpo, a la División 16 con dos brigadas; finalmente los puntos más sensibles del terreno estaban ocupados en previsión de que flaquease la primera línea. Simplemente, se trataba de una desbandada, una de las muchas que hemos padecido en nuestras operaciones. Nuestra tropa no resistió siquiera el ataque de artillería; bastó para romper el frente una preparación artillera, tan débil, que el propio jefe de Artillería del sector atacado, quien desde el observatorio pudo apreciar el tiro, no creyó que se trataba de una preparación del ataque. Cuando descendía del observatorio tenía a unos centenares de metros las tanquetas italianas; algunas piezas hicieron fuego con espoleta cero; pero era ya inútil pues todo el dispositivo de defensa, hasta el escalón artillero, había sido roto y desbordado; la infantería propia no aparecía por ningún lugar; apenas se apreciaban indicios de lucha en el flanco derecho (3.<sup>a</sup> Brigada); por todas partes gente dispersa; la reserva formada por la División 16, lejos de hacerse cargo de la situación y afrontarla, optó por retroceder también en busca de una buena posición (la que tenía en el despliegue apoyada en Sierra Grossa era excelente para contraatacar y para resistir). Así se explica que el enemigo, en la primera jornada, y apenas sin combatir, pues sólo algunas pequeñas unidades rehechas le hicieron frente, lograse una ruptura amplia y profunda, no teniendo ante sí ninguna unidad organizada más que las reservas generales, con las cuales, por su situación en el despliegue, no tropezó en su avance.

El fracaso lo había motivado la División 56 y, dentro de ésta,

la Brigada 179 de la cual no quedó en línea absolutamente nada. El problema quedó localizado en el cuerpo de ejército y en el ejército, cuyos jefes tomaban disposiciones para corregir la situación empeñando la reserva en un contraataque para recuperar Sierra Grossa; el mando no conocería bien la magnitud del fracaso hasta la jornada siguiente. En todo caso las reservas generales quedaron alertadas aquella misma noche por si las circunstancias obligaban a precipitar su empleo, no obstante estar ya previsto éste para las primeras jornadas.

De las unidades de la División 56 que dieron lugar a la difícil situación con que se iniciaba la lucha sólo una, la Brigada 3.<sup>a</sup>, había cumplido su deber y ciertamente bien. Se hallaba en línea en el flanco derecho de su división y resistió valientemente el ataque y el desbordamiento de que fue objeto por su flanco izquierdo desde el momento de la ruptura; durante tres jornadas, contuvo e hizo frente a un enemigo muy superior, hasta estabilizarse a la altura del V Cuerpo. En todo momento se mantuvo en manos del mando y fue ejemplar su comportamiento. Eran los buenos carabineros de historia guerrera acreditada en diversas operaciones, lo mejor que como combatientes tenía el instituto.

Los partes de la zona de Tremp eran favorables, aunque también pecaban de optimismo: se había hecho una resistencia magnífica; en el frente solamente se había producido una ligera flexión y el terreno perdido apenas tenía importancia. Ciertamente la extensión no era considerable, pero en cambio algunas de las posiciones perdidas eran muy fuertes. La División 26 guarnecía este sector; por su ideología libertaria temíamos alguna irregularidad en su comportamiento y, precisamente para pulsar su verdadero estado de moral y la disposición en que se hallaba su jefe, visité su cuartel general unos días antes del ataque; salí de esta visita muy bien impresionado. En verdad su comportamiento en todo el curso del ataque fue excelente; consignémoslo en su elogio.

Antes de seguir exponiendo el desarrollo de las operaciones es interesante hacer una observación. En nuestro ejército, entre los muchos defectos que aún no habíamos podido corregir, destacaba uno de suma importancia: la exageración y la falta de veracidad en los partes e informaciones. Había que ponerse en guardia, tanto cuando se abultaban los sucesos, como cuando se les concedía poca importancia. La mentalidad de nuestros jefes de pequeño escalón, y aun los de gran unidad, sin duda consideraba un puntillo de honra no acusar los reveses y procuraban desfigurarlos y hasta mantenerlos ocultos, quizá con el sano propósito de remediarlos por su cuenta. Esto, lógicamente, ha producido bastante desconcierto y motivado que los mandos superiores se hallasen muchas veces mal informados. Para evitarlo, se acudía al expediente de enviar diariamente oficiales de enlace a las unidades, y no se mantenían con carácter fijo porque se contaminaban del sistema que se seguía y también porque, como se les consideraba como elementos encargados de descubrir la verdad al mando, no se les dejaba trabajar con rigor ni se les tenía bien informados.

Tal modo de proceder puede resultar incomprensible para cualquier militar profesional que lea estas páginas; pero por nuestra parte, y teniendo en cuenta el ambiente en que nos desenvolvíamos, lo considerábamos natural; era una consecuencia lógica del proceso de formación de nuestro ejército. Quienes hubieran conocido la transformación que se operaba de un trimestre a otro, podían darse cuenta de que había una evolución efectiva, un mejoramiento gradual; pero en realidad nos faltaba mucho para llegar a la meta.

En otro aspecto debe también tenerse en cuenta que nuestros Estados Mayores, en algunas grandes unidades, no eran tales Estados Mayores, sino una reunión de jefes y oficiales, muchas veces de milicias, que, con mejor deseo que competencia, realizaban las funciones del Estado Mayor; llenaban su

papel en algunas cuestiones, especialmente en las burocráticas, muy bien; pero en lo que se refiere al concepto de la responsabilidad y de los deberes del jefe u oficial de EM estaban, bastantes de ellos, ayunos. Había que hacer la guerra enseñando y aprendiendo. Quienes cometían gravísimos errores, lo hacían, en la mayor parte de las ocasiones, por ignorancia y no se les podía castigar, simplemente se les reprendía... y, lo que es peor, no podíamos sustituirles: había sencillamente que enseñarles. Y esto fue así durante toda la guerra. El progreso ha sido inmenso; pero al final de la contienda estábamos aún en plena evolución, porque la actividad ha sido ininterrumpida, el desgaste de cuadros tan grande y la materia prima para seleccionarlos tan escasa, que no se ha podido avanzar más deprisa. El lector tendrá ocasión de conocer con mayor detalle <sup>12</sup> las difíciles condiciones en que se ejercía el mando en todas las grandes unidades y comprenderá cómo podía llegarse por un proceso lógico a situaciones incomprensibles.

Al principio de la guerra había *en algunas columnas* un jefe u oficial que hacía las veces de jefe de EM; en el Estado Mayor de Madrid, cuando se organizó la defensa, se pasó de llevar la masa de trabajo cinco jefes, sin posibilidad de orden ni concierto, a un Estado Mayor organizado que no lo titularemos perfecto, pero sí diremos que era un excelente auxiliar del mando; que trabajaba bien y conscientemente. Fue la médula de todo el EM pues de él salieron cuadros para el EMC, el EM del Ejército de Maniobra, el EM del Grupo de Ejércitos, y jefes y oficiales en gran número, instruidos, para diversos Estados Mayores. La escuela de Estado Mayor, trabajando activamente, completó la obra y cuando hemos terminado la guerra teníamos Estados Mayores en dos Grupos de Ejército y seis ejércitos, 23 cuerpos de ejército, 70 divisiones y gran número de brigadas. Ciertamente Estados Mayores muy ra-

---

<sup>12</sup> *Enseñanzas de la guerra de España.*

quíticos en personal, muy pobres en medios, bastante incompetentes en algunos casos, pero muy deseosos de saber y trabajando muy bien en muchos aspectos, tan bien, que algunos Estados Mayores, y especialmente algunos jefes, han realizado una labor verdaderamente ejemplar; y todos hubieran sido buenos si el tiempo y el enemigo nos hubieran dejado.

Pero volvamos a la batalla:

Los acontecimientos en la zona Sur se precipitaban respecto a nuestras previsiones, aunque se producían exactamente como los esperábamos. El mismo día 24 realizábamos la aproximación de los dos cuerpos de reserva. Podían subsistir las direcciones previstas para su ataque, pero no así la base de partida que era preciso retrasar, si bien en forma muy limitada para evitar que se acentuara la brecha y cayeran objetivos más sensibles como era la línea Borjas-Castellldans-Albagés-Granadella, pues ello daría lugar a que no pudieran conjugarse las dos direcciones en que habíamos previsto la acción y expuestas a ser deshechas, sin poder combatir, nuestras únicas reservas.

El contraataque se iba a producir, pero demasiado deprisa y no bien articulado; el frente de combate propiamente dicho no existía; no había quien cubriera a los cuerpos encargados de realizar nuestra reacción y además el enemigo avanzaba en todas direcciones sin resistencia, en una gran bolsa; de aquí que la acción maciza que nosotros hubiéramos querido desarrollar se convirtiese en una serie de combates de encuentro.

El segundo día tuvimos conocimiento de una orden de operaciones enemiga hallada en poder de un teniente coronel italiano muerto; en ella se fijaban las direcciones de ataque y objetivos de dicho cuerpo, así como se indicaba la situación de tropas navarras a su flanco derecho, cuyos efectivos ignorábamos. Decidimos obrar urgentemente. La marcha que el enemigo se proponía realizar era audaz y rápida, y había que contenerla cortando el desbordamiento hacia el nordeste si

queríamos evitar que todo el resto del frente hasta Balaguer se viniera al suelo. Se confirmaron las órdenes para empeñar el 25, de una manera decidida, los Cuerpos XV y V, contratacando; llevarían como dirección convergente la de Sierra Grossa, partiendo de la región Mayals-Llardecans-Granadella el XV y de la de Alfés-Aspá-Castelldans el V, e imponiéndose a este último la servidumbre de escalonar sus divisiones para reiterar el esfuerzo o hacer frente a las contingencias de un desbordamiento por su flanco izquierdo.

El propósito, que era caer sobre los flancos del Cuerpo Italiano, batirlo y provocar su repliegue, no pudo ser logrado, y la eficacia quedó limitada a contener la penetración enemiga, debido a la urgencia con que hubo de procederse y a que nuestras tropas encontraban otras aún frescas, más numerosas, superiormente dotadas de medios e incesantemente apoyadas por su aviación.

Efectivamente, al empeñarse los Cuerpos V y XV, si bien lo hacen enérgicamente y detienen la progresión adversaria, su reacción cae en la red de penetración del enemigo, se ven constantemente desbordados y tienen necesidad de ir ampliando su frente y estabilizando éste por insuficiencia de fuerzas para sostener el ataque: el XV Cuerpo lanza una división hacia Torrebeses y otra entre Mayals y Llardecans; ambas chocan, respectivamente, con los ataques que simultáneamente realizan los Cuerpos Italiano y Navarro, viéndose forzado el jefe de dicho cuerpo a emplear urgentemente su 3.<sup>a</sup> División, quedando todo él desplegado. El V Cuerpo ataca con la 11 División hacia Alcano, mas, desbordado por su izquierda, porque no se interrumpe el avance enemigo, tiene igualmente que extender su frente, empeñando sus divisiones escalonadas para no verse envuelto. Al segundo día de empeñarse ambos cuerpos, lo que había hecho nuestra reserva general había sido cubrir un frente desguarnecido de 40 kilómetros ocupando posiciones en campo abierto y riñendo en él

una batalla defensiva de indudable eficacia, por cuanto el Cuerpo Italiano tardaba seis días más de lo que había previsto en alcanzar su objetivo de Borjas Blancas y el Cuerpo Navarro cuatro días más de los que había calculado en llegar a la Pobla de Granadella.

Si la contención en la cara norte de la bolsa, es decir, en el frente del V Cuerpo, era efectiva, riñéndose durísimos combates desde el Segre hasta Albagés y sin que las limitadísimas ganancias enemigas tuvieran la menor repercusión en el conjunto, no ocurría lo mismo en la cara este. En ella el XV Cuerpo se veía constantemente desbordado por su izquierda, donde, con dificultad, se reunían las tropas del XXIV Cuerpo que cubrían el Ebro y las batidas y dispersas de la División 56; no obstante, en el frente que iba desde el Ebro a la región de Albagés, y especialmente a ambos lados de la carretera general, se sostenía una lucha violentísima y reñida, y se cedía el terreno a costa de numerosas bajas. El frente todos los días se rompe y restablece; se resiste tenazmente en algunos puntos y se contraataca; algunas unidades se dispersan, pero son rehechas prontamente, y el enemigo, en siete días, sólo puede duplicar el avance logrado las primeras 48 horas, llegando el día 1 de enero a la situación indicada en el grabado 4.

En el curso de la batalla defensiva que libramos los diez primeros días, y no obstante haber apreciado el 25 y 26 el resultado fallido de nuestro contraataque, no renunciamos a reaccionar ofensivamente. Era muy difícil el éxito; pero aún resultaba posible. El 27 se reitera la orden de contraataque para el 29. Su ejecución requería acumular mayores medios y tropas, y con tal objeto se dispuso que se incorporasen las que quedaban en reserva en Barcelona (Brigada 12); se reorganizó una brigada con elementos de la División 16; se ordenó el desplazamiento de fuerzas del Ejército del Este al del Ebro, y fue reforzada la artillería de este último.

En el ejército del Este la resistencia era tenaz; se habían consumido reservas, pero aún podía disponerse de algunas brigadas intactas. Esperábamos que en el sector de Trespalacio el enemigo ampliaría el ataque hacia el este donde teníamos la División 31 en disposición de actuar como reserva, y lo esperábamos, también, desde la cabeza de puente de Balaguer, pues aún no había aparecido en escena el Cuerpo enemigo de Aragón y temíamos un doble ataque: hacia Borjas-Bellpuig con el Cuerpo Italiano, por el sur, y hacia Tárrega, partiendo de la cabeza de puente, con el citado Cuerpo de Aragón. Por ello no podíamos debilitar extraordinariamente el resto del frente del Ejército del Este dejándole sin reservas. A pesar de ello, hubieran podido reunirse por el Grupo de Ejércitos más elementos de los que concurrieron al contraataque ordenado para el 29 (retrasado al 30), y desde luego mejores, pues aquel ejército sólo envió una de sus peores brigadas, la de los incidentes de que se habla en el capítulo 1 de esta obra.

Dicho contraataque iba a realizar el esfuerzo principal en dirección sudoeste a cargo del V Cuerpo. Estimábamos que seguía siendo esa dirección la más útil, porque el avance enemigo por la margen izquierda del Ebro nos inquietaba menos que por la región de Borjas-Vinaixa, en la cual una nueva ruptura podía tener repercusiones graves sobre el conjunto. Tenía, pues, para nosotros, aquella dirección el atractivo de poder anular el riesgo más inminente sobre la región más peligrosa y, por otra parte, el estimulante de actuar contra los italianos desplegados frente al V Cuerpo.

A pesar de nuestro buen deseo, de la participación de la aviación, que tuvo una actuación brillante, y de la excelente disposición de los jefes que dirigieron el contraataque, el resultado de éste fue nulo. Decididamente no estaban nuestras tropas en condiciones de actuar ofensivamente. A nuestro ataque respondió el enemigo con un tiro de artillería potente y preciso que, conjuntamente con una acción maciza de su aviación



que arrasó la zona de maniobras, fue suficiente para paralizarlo; y como al propio tiempo la brecha en el flanco izquierdo del V Cuerpo tendía a acentuarse, en la jornada siguiente todas las fuerzas quedaron absorbidas en el frente.

En el Ejército del Este, tras los primeros días de resistencia efectiva, desgastadas por la misma nuestras unidades, fueron entrando en línea y consumiéndose las reservas. En esta zona dominaba la idea de resistencia sobre la de maniobra; justificadamente, sin duda, porque se batían en un terreno organizado. Tuvimos también allí nuestro pequeño pánico con ocasión de la ruptura de Montero, en cuyo ataque entraba en escena el Cuerpo enemigo de Aragón el día 29. Cuando, ocupada esta posición por el enemigo, amplió el ataque entre Montero y Asentiu, una desbandada de la Brigada 94 dio lugar a que quedase totalmente al descubierto la dirección de Cubells, punto que ocupó el enemigo rápidamente y desde donde, en las jornadas sucesivas, pudo completar la maniobra combinada con el Cuerpo del Maestrazgo para la caída de Artesa, sin que fuera bastante a contener tal maniobra, realizada por ambos lados del Segre, el heroico comportamiento de algunas unidades de nuestros Cuerpos XI y XVIII.

Al propio tiempo que se combatía en Montero, el Cuerpo de Urgel ampliaba su frente atacando hacia el este y motivando otro pánico local. Éste, como el de la Brigada 94, se venció pronto quedando rehechas las unidades y restablecido el frente por la División 31.

A partir de la caída de Artesa ocurrida el día 4, el principal esfuerzo enemigo se dirige hacia el sudeste desbordando todas nuestras organizaciones defensivas. Íbamos a combatir ya en campo abierto, como ocurría en el Ejército del Ebro desde el segundo día, por lo que la maniobra enemiga vendría a tener aquí los mismos caracteres, a saber: una serie de ataques simultáneos o alternativos, con extraordinaria acumulación de aviación y artillería, en distintos lugares del frente, a cargo de

los Cuerpos de Aragón y Maestrazgo. Éstos no lograron una franca ruptura, sino simplemente ganar pequeñas porciones de terreno tenazmente defendidas. Por nuestra parte era difícil mantener la solidez de la línea, por las mismas razones que en el sur, ni tampoco ejecutar contraataques importantes por falta de reservas y medios materiales; las primeras, si bien fueron consumidas por esta lucha de desgaste, gracias a ellas pudo contenerse el avance del Cuerpo de Urgel hacia Basella y sostenerse tenazmente la lucha en la dirección de Agramunt, pues desaparecida la preocupación del ataque enemigo en la dirección Balaguer-Tárrega, pudimos llevar hacia el norte las reservas que se tenían en la cabeza del puente.

El cúmulo de dificultades que padecíamos no llegaba a descorazonarnos. Pensábamos que la lucha que se sostenía era algo sagrado puesto que la realizaban unos hombres llenos de entusiasmo, de patriotismo y de fe; y aún lo era más porque luchaban con una penuria de medios que hacía abrumadora la superioridad material del adversario. Cierta día regresaba yo a mi puesto de mando después de visitar una de las unidades avanzadas del Ejército del Ebro. Habían sufrido en la jornada doce bombardeos de los aviones italianos y se habían rechazado los ataques. Al anoecer, cuando aquellos aparatos, que tan tenaz como cruelmente arrasaban nuestra patria, dejaron el cielo libre de su terrible presencia, nuestros hombres se desenterraban y se agrupaban en los vivaques para cenar; lo hacían casi alegremente, cantando canciones de guerra que tenían aires de 1808, y llevaban en sus estribillos esas ideas simplistas y magníficas: España, independencia, cultura, fraternidad... todo lo que a los ojos de nuestros enemigos extranjeros era como una negación. Me saludaban, al pasar, con respeto y con cariño; aquellos hombres tenían derecho a triunfar; pero esta ola de hierro, de bombas, de metralla, ¿podríamos alguna vez contrarrestarla?, ¿sabríamos luchar contra ella a pesar de nuestra inferioridad? Sería terrible que nues-

tros hombres, con aquella moral de acero, con sus nobles sentimientos patrióticos y con el ansia de libertad que les dominaba, fuesen deshechos y pereciesen aplastados...; pero, desdichadamente, era posible.

Resumiendo los diez primeros días de lucha, podemos decir que en las dos zonas de acción donde se libraba la batalla, se caracterizaba ésta por lo siguiente:

1.º En la zona norte, una lucha muy dura sobre posiciones organizadas que se defienden tenazmente desde el primer momento; su ocupación cuesta al enemigo bajas cuantiosas. Practica el adversario la táctica de conquista a toda costa del terreno con extraordinario empleo de material <sup>13</sup> y explota la ocupación mediante infiltraciones siempre de alcance muy restringido. Todas nuestras unidades, salvo pequeñas excepciones, se comportan bien y el avance adversario en los primeros días es muy limitado.

2.º En la zona sur, un ataque, que en las primeras cuarenta y ocho horas no encuentra la menor resistencia por la desbandada de las unidades en línea, permite al enemigo desplegar dentro de nuestra zona de maniobras sus dos Cuerpos Italiano y Navarro; una progresión sin resistencia hasta tropezar con las reservas generales que montan su contraataque; unos combates de encuentro de nuestras reservas en campo abierto contra las tropas enemigas intactas; una batalla defensiva por nuestra parte, durante seis días, en la que el terreno se disputa palmo a palmo y a costa de numerosísimas bajas. Como en la zona norte, el enemigo pone en juego la superioridad de material en sus ataques y es en esta zona mucho más intensa y activa la colaboración de la aviación.

3.º Las dos batallas que en conjunto se riñen en el frente tie-

---

<sup>13</sup> Digamos, como ejemplo, que en la preparación del ataque a Vértice Montero el enemigo disparó más de 10.000 proyectiles de artillería después de varios bombardeos de aviación.

nen características distintas: en la parte norte se trata de lucha en posiciones organizadas; en la zona sur son combates en campo abierto; la primera la libran las mismas unidades que guarnecían las posiciones, reforzadas después con las reservas; en la segunda, las reservas generales; en la zona norte el terreno favorece la resistencia; en la sur, por el contrario, el ataque.

4.º La ruptura en el Ejército del Ebro es amplia y profunda, debido al pánico, y rebasa toda la organización de la primera línea. En el Ejército del Este las rupturas que se producen tienen carácter muy local. Posiblemente la tenacidad de la defensa pudo ser la causa de que el ataque del Cuerpo enemigo de Aragón que se esperaba más al sur, partiendo de la cabeza de puente de Balaguer, se produjera más al norte de ésta, en la región de Montero, para conjugarlo de manera más inmediata con los de los Cuerpos del Maestrazgo y Urgel, y asegurar la caída de Artesa.

5.º La doble maniobra de los Cuerpos de Urgel, Maestrazgo y Aragón en el norte, y la de los Cuerpos Navarro y Italiano, ampliada posteriormente con el Marroquí, en el sur, está inicialmente combinada en sus direcciones de esfuerzo con vistas a la ruptura, a la explotación y al aprovechamiento de los medios, formando dos masas de maniobra distintas cuya finalidad común parecía ser derribar el frente envolviendo la zona no atacada desde Soses a Balaguer.

6.º El enemigo opera con sus divisiones acoladas y cada una escalonada en profundidad, de modo que puede reiterar los esfuerzos o reservar tropas frescas para sucesivas jornadas; fenómeno inverso al que se produce en nuestro campo. En efecto, en el Ejército del Este, fueron posibles algunos relevos de unidades desgastadas los primeros días, debido a que la resistencia hecha consintió economizar las reservas; mas, en el Ejército del Ebro, al quedar absorbidas en el frente las divisiones de la reserva general, los relevos eran prácticamente

imposibles; había que hacerlos dentro de los cuerpos de ejército en forma muy limitada y en condiciones tan desfavorables que pronto quedaron la totalidad de las fuerzas agotadas. En realidad, al séptimo día, habíamos perdido toda posibilidad de maniobra con las reservas y los relevos sólo podían tener carácter local.

7.º La lucha tiene para nosotros caracteres aplastantes. Una aviación pródiga prepara y apoya diariamente los ataques. Éstos sólo excepcionalmente se realizan en más de dos direcciones en cada zona, y el apoyo aéreo de los mismos es constante en forma de bombardeos y ametrallamientos. Hay objetivo que sufre doce bombardeos antes de ser atacado por la infantería, y a la aviación la sigue, en el apoyo del ataque, con tiros potentes, precisos, macizos, la artillería. En ninguna ofensiva ha empleado el enemigo tal lujo de artillería ni la ha manejado tan bien, ni tan audazmente: ocupado un objetivo, avanza enseguida a él su artillería de acompañamiento, ciertamente potente, la cual paralizaba los contraataques dirigidos contra las posiciones perdidas.

8.º La única posibilidad de contención de la maniobra enemiga a partir del 30 se halla en la resistencia a ultranza, en el buen uso de los fuegos y en la alimentación de la batalla con las reservas locales; pero tal posibilidad se veía restringida por un desequilibrio de medios que daba la superioridad material al enemigo en tanques, en artillería, en aviación y en efectivos.

9.º En la zona del Ebro dos Divisiones propias, la 16 y la 56, han quedado prácticamente deshechas, sin haber combatido; y en la zona del este, la 26 División, que soportó los más duros ataques iniciales, quedaba también deshecha; todas las demás tropas fueron desgastadas y las reservas consumidas en el frente, porque había sido preciso rehacer en el sur una línea de combate superior a 40 kilómetros y en el norte reforzar un frente de ataque de otros 40 kilómetros.

10.º La fuerte moral de nuestras tropas comienza a decaer; no obstante, incluso en las unidades más persistentemente atacadas, se conserva un espíritu agresivo extraordinario; en todas partes se tantea la línea de contacto, se buscan incesantemente los puntos débiles para contraatacar con las pequeñas unidades y se mantiene el frente constantemente en tensión.

En retaguardia no había nada. Se organizaban dos divisiones con los nuevos llamamientos, pero estarían listas demasiado tarde y además no había armamento para ellas. Necesitábamos alimentar la batalla a base de las tropas de los frentes pasivos. Éstos eran dos: el que corría desde Tremp hasta la frontera y el del Bajo Ebro, y ambos estaban ya debilitados en el despliegue inicial; a pesar de ello, todas sus tropas fueron relevadas por las más desgastadas en la lucha y vinieron sucesivamente a reforzar el frente o a relevar otras unidades. También fueron utilizadas con el mismo objeto las tropas de defensa de costas y, finalmente, batallones de carabineros de la frontera y del interior y grupos de guardias de Asalto.

Al tercer día de ataque, viendo el rápido consumo que iba a hacerse de las reservas y la necesidad de tener dispuestas, en retaguardia, las mayores posibles, propuse al ministro que, aunque no contásemos con armamento, se intensificase la movilización para tener la gente instruida y en condiciones de hacer uso de aquél tan pronto llegase. Siempre había habido explicables resistencias a movilizar nuevos reemplazos; pero estimábamos llegado el momento de que se hiciese ampliamente, sin reservas mentales de ninguna clase, porque si se retrasaba el llamamiento podía resultar demasiado tarde. La orden, propuesta el 26, no tuvo estado oficial hasta el 5 de enero, es decir, diez días después; días preciosos que hubiéramos podido ganar en instrucción.

La dureza que tenía la lucha me preocupaba, pues no encontraba una solución viable para poderla alimentar. Su consecuencia inmediata era un desgaste extraordinario, no sólo por

las bajas, sino también por los fugitivos y desertores, procedentes, casi en su totalidad, de los últimos hombres incorporados a las unidades combatientes. Se insistió en el envío de hombres desde la región Central y se pidió que vinieran armados, en vista de que no llegaban las armas del exterior. Estas expediciones de hombres eran muy laboriosas y además, por un espíritu de colaboración muy mal entendido, cuando a las unidades se les pedía un concurso no solían dar lo mejor. Así resultó que los primeros hombres llegados de la zona central eran francamente defectuosos como combatientes, pues en una gran parte eran catalanes que regresaban voluntariamente a la región, y movidos, muchos de ellos, más por el deseo de unirse a sus familias, que por el de luchar.

En los primeros días del año (el 2), ante la posibilidad de que con las pocas reservas que podíamos tener en los frentes, ya escasas para resolver los incidentes locales, se produjese una ruptura profunda con un nuevo pánico de grandes proporciones y no hubiese con qué acudir a contenerlo (yo recordaba las terribles situaciones de otras ofensivas enemigas en las que se habían producido brechas superiores a los 50 kilómetros), y ante la eventualidad de que el enemigo profundizase con columnas motorizadas y se plantease un verdadero desastre incontenible, propuse la rápida creación de un cierto número (20 a 24) de batallones de ametralladoras.

En la propuesta pretendíamos poner en práctica la gran experiencia de Madrid donde, por un fenómeno ejemplar de fortaleza moral de la multitud y de entusiasmo de los partidos y sindicales, se organizaban rapidísimamente las unidades, patrocinadas por aquellos organismos, y con mandos de buen temple eran capaces de asumir misiones en cierto modo simplistas y de sacrificio, pero útiles al conjunto. En este caso podían serlo si nos daban tiempo a reorganizar a su amparo las unidades deshechas; sobre todo, veíamos en este sistema el medio de reavivar la actividad política de colaboración y la

moral del conjunto; por ello propusimos que cada partido, sindical u organismo de retaguardia organizase uno o varios batallones de ametralladoras facilitándoles para ello los mandos e instructores precisos. Era la medida posible y útil, porque el armamento iba a llegar y, en verdad, porque creíamos que no era nada difícil que cada organismo reuniese 250 afiliados entusiastas, cualquiera que fuese la edad, echando mano de todo lo que hubiese y, además, porque un tanto por ciento muy crecido de los hombres de retaguardia estaban ya prácticamente instruidos y bastantes de ellos ya habían hecho la guerra.

Tal conducta implicaba, en nuestro proceso orgánico, una regresión porque era volver a normas ya abandonadas; sin embargo la estimamos *indispensable* por dos razones: para excitar la colaboración política y para obtener hombres que sin esa colaboración no podían obtenerse. Desdichadamente faltaba lo esencial: al quinto día de haberse dado la orden, el partido que había reunido más gente para su batallón tenía ¡46 hombres! Empezaba a notarse lo que yo tanto temía: la falta de colaboración de la retaguardia. Hubo de aplicarse por ello el sistema regular, es decir, la organización exclusivamente militar; pero había que encontrar la gente con grandes esfuerzos porque también era preciso reponer las bajas del frente. Señalemos con elogio que los obreros de algunas industrias acudieron con presteza, en cuanto hicieron las sindicales la selección para excluirlos del trabajo.

¿Qué idea inspiró a empleo de los batallones de ametralladoras? La siguiente: bastante a retaguardia del frente, en la línea de defensa L-4, jalonada por accidentes naturales de fácil defensa, se designaron los lugares de reunión y organización de tales unidades; se enviaron los hombres y unas máquinas casi inútiles que pulimos encontrar en los parques para que fuesen realizando la instrucción, en tanto llegaba el armamento. Esta instrucción sería eminentemente práctica y sobre el propio



terreno que, caso de urgencia, habían de guarnecer. Se formaron cuatro agrupaciones de cinco batallones, cada una con su jefe, y se les asignaron sectores de defensa de modo que, automáticamente, si la situación de crisis se producía, podía quedar guarnecido todo el frente con una red de fuegos estudiada sobre el terreno, para que a su amparo se rehiciesen las unidades, aunque fuese rápidamente, mientras aquella red de fuegos aseguraba una detención, más o menos duradera. Si las circunstancias consentían emplearlos más a vanguardia, en el frente, porque se ultimase la organización e instrucción de los batallones a tiempo, o porque el enemigo desarrollase lentamente su maniobra, se utilizarían como refuerzo orgánico de las grandes unidades. En todo caso eran para nosotros una garantía de que tendríamos una línea de fuego capaz de defender temporalmente el frente, especialmente las zonas más sensibles, si se producía una amplia ruptura, y desde luego nos daba la posibilidad de disponer de una reserva que no teníamos.

Cada sector lo cubrían cuatro batallones y contaba además con otro de reserva. Cada batallón tenía tres compañías de ametralladoras y una de fusiles ametralladores, más los servicios estrictamente necesarios. Se resolvía así el problema de lograr la máxima potencia de fuegos con el mínimo de personal.

Finalmente, en Barcelona, y a base de la gente llegada de la región Central, se organizarían otros cinco batallones, como reserva, para reforzar ulteriormente las grandes unidades o los puntos más sensibles de las líneas de defensa.

A los pocos días de comenzar el trabajo tuve la satisfacción de revistar un batallón mandado por mi ayudante, organizado con obreros metalúrgicos. A falta de ametralladoras se les dieron unas de aviación, muy malas para tierra pues se recalentaban rapidísimamente; y a falta de armas buenas y de otras elementales cualidades, aquellos hombres habían visto

la gravedad de la situación y tenían lo fundamental para hacerle frente: entusiasmo. ¡Qué fácil hubiera sido lograr lo mismo de los demás! Tres días después le haber revistado la unidad y a los ocho de su formación, aquellos 150 hombres sostenían durante 24 horas la lucha en el sector del Bruch, sin replegarse, hasta que recibieron orden, a pesar de haberse visto desbordados por su flanco izquierdo en una profundidad de varios kilómetros.

Volvamos al frente:

La ininterrupción de la lucha y la dureza de ésta habían consumido, como antes dijimos, nuestras fuerzas en el este y en el Ebro; en tal estado, es decir, sin reservas, con todos los medios empeñados, sosteníamos nuestra línea de combate con dificultad y veíamos agotadas nuestras posibilidades de reaccionar ofensivamente. Se dieron órdenes urgentes para constituir dos divisiones en reserva general, divisiones que nunca llegarían a verse a disposición del mando porque lo impedía la dureza diaria de la lucha; por ello, en tanto se preparaban en retaguardia los elementos de que hemos hablado, nos dispusimos a librar una batalla exclusivamente defensiva para rehacer las tropas agotadas en los diez primeros días. En esas condiciones se produjo en el sur el ataque enemigo más fuerte de cuantos se padecieron en esta primera fase, dando lugar a una amplia ruptura el día 4.

En efecto: a los doce días de iniciada la ofensiva, el enemigo reanuda vigorosamente el ataque con el Cuerpo Italiano en dirección a Borjas Blancas y con el Navarro hacia Vinaixa, actuando, el primero, de noche, en un ataque durísimo que sorprende a una de nuestras unidades y crea una situación crítica en el V Cuerpo; éste pronto se rehace, pero la situación de conjunto pierde estabilidad porque no hay tropas con que reforzar el frente ni sustituir a las desgastadas. Tal dirección de ataque, si seguía progresando hacia el norte, desde Borjas Blancas, constituía una amenaza seria para las tropas de los

Cuerpos XII y XVIII, que aún conservaban las posiciones primitivas frente a Lérida y la cabeza de puente de Balaguer, pues corrían el riesgo de no poder retirar sus elementos pesados y artillería en cuanto el enemigo dominase la carretera general, cosa posible e inminente si no lográbamos restablecer la situación. Al propio tiempo la ruptura por el V Cuerpo había dejado abierta la penetración hacia Vinaixa sobre cuyo punto también avanzaban los navarros desde Cerviá. La situación de nuestras tropas de la bolsa de Lérida-Balaguer, al ganar el enemigo terreno hacia su retaguardia, iba a ser cada vez más difícil. Era obligado cerrar la brecha directamente o reaccionar atacando desde aquella bolsa el flanco de la dirección de ataque seguida por el adversario.

El frente enemigo que corría paralelo a la carretera general desde Castellans a Soses era —se había tanteado— suficientemente sólido para pensar en actuar con éxito sobre él con aquel objeto. Era por ello inocente, con los medios que teníamos y sin tiempo para montarlo, querer realizar un ataque de revés al dispositivo enemigo; por otra parte, llevar a nuestro saliente de Lérida las tropas que pudiéramos reunir para un nuevo contraataque podía acentuar el volumen del envolvimiento que al parecer intentaba el enemigo. De aquí que nos inclináramos a cerrar la brecha que se había producido, utilizando para ello todos los recursos.

Mientras se creaba aquella situación de crisis en la parte sur, en la zona del Ejército del Este, con la caída de Artesa, quedaron rebasadas por el enemigo nuestras fortificaciones del canal de Urgel, y, como ya se ha dicho, el Cuerpo de Aragón y las divisiones del Maestrazgo llevaban su dirección de ataque desbordando hacia el sudeste en toda su profundidad nuestras antiguas posiciones defensivas hasta la línea L-2 incluida. Aunque las tropas resistían con bravura, perdían terreno. Era, pues, posible si se acentuaba el avance enemigo y se combinaba con este ataque el que se producía por Borjas,

de sur a norte, que no hubiera tiempo material de replegar las tropas del sector de Lérida y se produjese una situación de desmoronamiento del frente que sería difícil de contener.

Nos habíamos obstinado en no dar órdenes de repliegue hasta que la situación táctica lo impusiera de una manera terminante. Mas, cuando apreciamos deshecho el frente del V Cuerpo y agotadas absolutamente las reservas para restablecerlo, consideramos llegado el momento de replegar el saliente de Lérida, lo que, además de atenuar la gravedad de la situación táctica de conjunto, nos permitiría economizar fuerzas en un frente más corto y rehacer las unidades batidas. La propuesta que se hizo al mando superior fue aceptada y el repliegue de las tropas del XII y XVIII que quedaban en línea, desde Lérida hasta Belcaire, se realizó en dos jornadas, a la línea L-2, sin el menor desorden. Al terminarse dicho repliegue la línea quedó en fin de jornada del día 7 donde se indica en el gráfico 4. Las direcciones de ataque en que persistió el enemigo: Agramunt-Cervera y Vinaixa-Santa Coloma, nos comprobó la oportunidad que tuvo aquella maniobra.

El enemigo ya no iba a interrumpir sus ataques. A las dos direcciones iniciales de su ofensiva, que rompieron el frente y lo desgastaron, en las dos batallas distintas libradas los quince primeros días, actuando con dos masas relativamente autónomas, iba a suceder una maniobra rápida de ruptura en seis direcciones, con el mismo número de cuerpos enemigos alineados, para ir derribando nuestro frente de combate en la forma que vamos a ver.



14. Durante los días 23 y 24 de julio de 1938 los aviones íta-lo-alemanes bombardearon Barcelona, lanzando centenares de bombas que destruyeron muchos edificios y causaron numerosas víctimas entre la población civil.

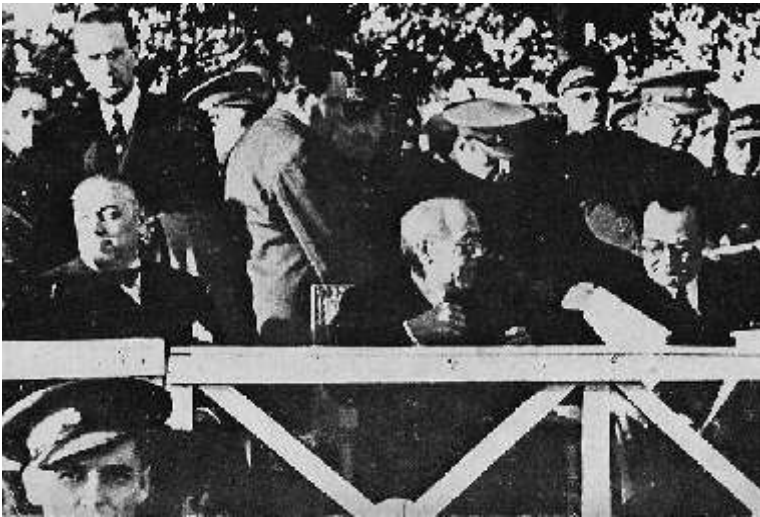


15. Desfile de despedida de las Brigadas Internacionales, aclamadas por el pueblo de Barcelona.



16. El doctor Negrín, justo con los generales Rojo y Riquelme, en el acto de despedida de las Brigadas Internacionales (Barcelona, 28 de octubre de 1938).

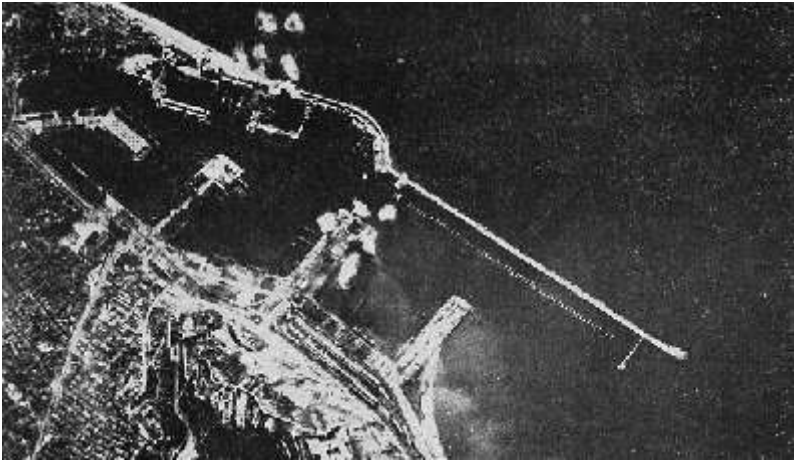
17. Enrique Líster, Diego Martínez Barrio, Manuel Azaña, Antonio Cordón, Vicente Rojo, Juan Negrín en el acto de despedida e las Brigadas Internacionales.





18. El presidente del consejo habla con el subsecretario de Defensa, coronel Cerdón, a la salida del almuerzo que el doctor Negrín ofreció a las Brigadas Internacionales en el castillo de Vic. También aparecen en la fotografía, detrás del doctor Negrín y a su izquierda, Martínez Barrio, el general Rojo y el general Ignacio Hidalgo de Cisneros.

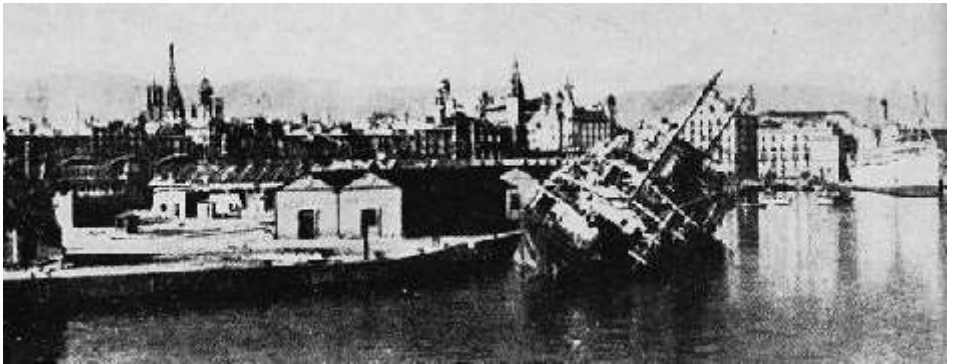
19. El puerto de Barcelona fue objeto de frecuentes ataques de la aviación nacional a partir de la primavera de 1938.





20. Las fuerzas de la 5.<sup>a</sup> División de Navarra, mandadas por el general Juan Bautista Sánchez González, conquistan Tarragona. En la fotografía, momento en que es izada la bandera bicolor en el balcón central del palacio del gobierno de Tarragona, en presencia del general Sánchez González (15 de enero de 1939).

21. Bombardeo del puerto de Barcelona. El *Villa de Madrid* alcanzado por las bombas.





## Capítulo 5

### EL REPLIEGUE

Entramos en la segunda fase de la batalla. Adoptado, ante la ineficacia de nuestras reacciones ofensivas por falta de medios, un criterio de defensa activa hasta lograr la reorganización de nuestras reservas y la aportación de nuevos elementos para alimentar la lucha, ¿cuántos días podríamos resistir?

Dependía ello del desgaste que se impusiera al enemigo y de las posibilidades propias; éstas estaban fundadas en la capacidad de resistencia, en la rapidez de nuestra reorganización y en la ayuda indirecta que nos prestase el ataque en Extremadura. No fiábamos mucho de éste porque, desbaratado el plan, como hemos visto, en sus comienzos, temíamos vernos pronto detenidos, como así ocurrió. La rapidez de nuestra reorganización y las posibilidades que de la misma pudieran derivarse, estaban condicionadas por factores ajenos a nosotros, imponderables, como eran la actividad que desplegase el enemigo y la llegada de los medios que esperábamos. Finalmente apreciábamos que nuestra capacidad de resistencia era muy reducida por falta de efectivos y material, y porque nuestros hombres venían ya sometidos quince días a una lucha incesante y durísima; faltaban también muchos cuadros de mando y comisarios, y era imprudente querer cerrar los ojos al proceso latente de desgaste en que nos hallábamos y que abarcaba todos los aspectos determinantes de la eficacia de nuestro ejército: organización, mandos, efectivos, armamento, capacidad física, fortaleza moral... Teníamos, pues, si no estábamos ciegos, que mantenernos alerta ante la posibilidad de un fallo considerable de nuestro frente, y adoptar las medidas

para resolverlo.

Los seis Cuerpos enemigos, Marroquí, Navarro, Italiano, Aragón, Maestrazgo y Urgel, estaban desplegados linealmente en el orden expuesto, de sur a norte, frente a nuestros Cuerpos XXIV, XV, V, XII, XVIII, XI y X. En los dos flancos pasivos había muy pocas tropas por ambas partes; por la nuestra, consumíanse aproximadamente la mitad de los efectivos de los Cuerpos X y XXIV.

Pero ¿qué eran en realidad nuestros cuerpos de ejército? Tenemos ante nosotros los partes de efectivos del 11 de enero: la totalidad de las brigadas no alcanza la cifra de 90.000 combatientes; la del armamento no llega a 60.000 fusiles, y todo ello, según el despliegue de dicho día 11, en un frente de 135 kilómetros activos y 145 pasivos. Teníamos el cuarenta por ciento de la artillería en reparación y calculábamos la proporción entre la adversaria y la propia en 6 a 1. La aviación, absolutamente dominada por la adversaria, podía alguna vez, por sorpresa y con gran protección, hacer unos modestos bombardeos. La de caza salía en masa cuando no había más remedio, pero era impotente para evitar la acción de la enemiga en el incesante trabajo que ésta realizaba.

Se reñía una gran batalla de frentes paralelos; gran batalla integrada por una serie de combates locales combinados con direcciones de penetración. Era ilusorio pensar que el frente resistiera como una fortaleza a los ataques que en número de seis a siete diarios trataban de derribarlo en distintos puntos, pues no teníamos hombres para darle consistencia, ni armas para montar un mediano plan de fuegos y, así, el heroísmo con que se sostenía la lucha en diversos lugares quedaba esterilizado porque allí donde el material enemigo había podido aplastar hombres y posiciones, aparecía abierta la brecha. Era vano pensar en reunir tropas para realizar esfuerzos de consideración contra alguno de los cuerpos enemigos de modo que quedase desarticulada su maniobra de conjunto, por dos razo-

nes incontrovertibles: porque no teníamos (no nos dejaba el enemigo) tiempo ni medios para lograr la reunión, y porque de haberla intentado, antes de que la acción se hubiera producido, habrían sido nuestras tropas desbordadas y totalmente envueltas; además, todos los frentes activos eran ya harto débiles y hacer en ellos una nueva succión era condenarlos a la caída. ¿Podía darse un gran salto atrás a fin de dejar espacio y ganar tiempo para agrupar nuevas fuerzas? Hubiera sido inútil porque inevitablemente había de ser rota la línea, quedando las zona que resistieran envueltas y cortada su retirada, antes de una posible reacción con las reservas: el resultado hubiera sido un bárbaro aniquilamiento sin fruto.

La batalla paralela —la forma táctica más absurda e ilógica, la menos elegante y la más sangrienta— podía librarla el enemigo; nosotros no, porque la batalla paralela se empeña y se sostiene a base de medios y tenacidad, y nosotros, como ya hemos dicho, carecíamos de hombres y de material, y la moral de nuestra masa comenzaba a flaquear, aunque no ocurría lo mismo en el esqueleto de mandos y tropas veteranas que daba solidez al ejército. Citemos algún caso para dar al lector una idea de la inconsistencia de nuestro frente de combate:

Me hallaba yo cierto día en el puesto de mando, bastante preocupado por el cariz que iban tomando los acontecimientos. Desconfiaba de las informaciones y de los partes. Muchos días me acercaba a algún puesto de mando de las grandes unidades para, directamente, adquirir información, mientras en diversos puntos del frente lo hacían oficiales de enlace. Al regresar, ya de noche, uno de dichos oficiales, el que había ido al V Cuerpo, me informó de lo ocurrido en Santa Coloma de Queralt: noticias muy confusas; un pánico; el jefe del Cuerpo había estado a punto de ser hecho prisionero con su cuartel general en el pueblo, donde había habido bastante barullo; la gente parecía ser que huía y solamente quedaban elementos dispersos en la dirección de Igualada. Me puse al

habla con el Grupo de Ejércitos y con el Ejército, sucesivamente. Como de costumbre las transmisiones del frente habían sido rotas por los bombardeos de la aviación y la información era vaga, falta de precisión; yo insistía:

—Pero, concretamente, decidme, ¿qué unidades quedan en esa zona y qué jefe responde de la situación cubriendo el Sector de Igualada?

—*Creemos* que está allí parte de la 45 División y parte de la 11...; en este momento están adquiriendo información. Está usted tranquilo que esta misma noche se restablece la situación.

Era el mismo proceso de todos los días, desde el 4 de enero.

Dispuse que saliera personalmente un jefe del EM del Grupo de Ejércitos con órdenes concretas para que emplazase cualquier unidad, la que estuviera más próxima y menos desgastada, de las reservas; puesto al habla con Barcelona para ver de quién echar mano, supe que la brigada últimamente llevada a Costas estaba sólo con 800 hombres y en plena reorganización<sup>14</sup>; que se habían recuperado unos 300 fusiles y que era imposible sacar un hombre más de Asalto. Ordené que llevaran los fusiles a Igualada para armar un batallón de fortificación que allí había y, hasta la llegada de otras tropas o la recuperación de las dispersas, que defendiese la zona donde había estado mi puesto de mando, a la inmediación de Aguiló, en unas posiciones que tenían una notable fortaleza natural, a caballo de la carretera, y donde podía sostener a lucha con pocos medios hasta que se consolidase el frente; dispuse, en fin, cuanto estimé preciso para remediar la situación, dentro de la forma confusa, tal como yo la conocía, y dejando libertad para que se adaptasen a la verdadera situación según

---

<sup>14</sup> Desde el comienzo del desgaste solíamos situar en el frente marítimo una o dos brigadas que se reorganizaban y volvían a ser relevadas; algunas lo fueron a los tres días

la información que se adquiriese sobre el terreno.

No me quedé tranquilo. Consideraba aquel eje de penetración fundamental desde el comienzo de la maniobra. Sobre él había hecho recaer la atención de los escalones subordinados repetidas veces y era preciso evitar que el enemigo pudiera penetrar por sorpresa, como consecuencia de la ruptura, en un avance rápido. Preocupado con esta idea, hice salir uno de los oficiales que se hallaban en mi puesto de mando para que personalmente fuese a investigar qué ocurría en el sector, qué gente había, llegando, para comprobarlo, lo más cerca que le fuese posible en dirección a Santa Coloma y averiguando si se habían cumplido las órdenes dadas o estaban en vías de cumplimiento. Esperé al oficial que llegó después de las dos de la madrugada. Efectivamente no encontró a nadie. Había llegado a las inmediaciones de Santa Coloma y oído las conversaciones en los puestos avanzados del enemigo; por la carretera, a la ida, solamente había visto algunos grupos de fugitivos y entre ellos guardias de Asalto del grupo que estuvo en Montblanch; en el pueblo de Aguiló, ni un alma; en el cruce de carreteras, nadie; no se había hecho una sola destrucción. A su regreso había estado en las posiciones que ocupó mi puesto de mando, donde solamente encontró unos fugitivos durmiendo. Unidades organizadas ninguna y en Igualada los controles reuniendo la gente dispersa que calculaba en un millar de hombres. Al salir del pueblo llegaba el jefe de EM que enviaba el Grupo de Ejércitos para cumplimentar lo que se había ordenado. La cosa no era para dormir tranquilo y, naturalmente, no lo hice hasta comprobar que se habían situado tropas en el sector y con órdenes precisas. Tanto el Ejército como el Grupo de Ejércitos se habían desenvuelto con inusitada actividad para lograr cerrar la brecha con un conglomerado de hombres, pues no de otro modo puede llamarse la agrupación accidental formada por una compañía de un batallón de retaguardia, el batallón de pontoneros, 300

hombres de un batallón de fortificación y un grupo de artillería, todo bajo la dependencia de un jefe de División que a retaguardia rehacía su gente. Después conocí lo ocurrido: un pánico más, provocado, en aquella ocasión, por la caballería, al aprovechar una de las infinitas rupturas que se producían y desbordar a las unidades de línea. Nada más. Cuarenta y ocho horas después, como tantas otras veces, las tropas dispersas estarían reunidas y rehechas; pero, indudablemente, el frente había quedado absolutamente roto en una extensión superior a quince kilómetros durante más de diez horas y sin que hubiera sobre la carretera que conducía a Barcelona ni una sola unidad organizada, como no fuera el pelotón que daba guardia en el lugar de mi puesto de mando.

La unidad que había sufrido el pánico era una magnífica unidad. Podía ser censurable, pero no debía sorprendernos que unos hombres que llevaban dieciocho días sin dejar de combatir, sin descansar, viéndose cada vez más extenuados en efectivos y en medios, flaqueasen una vez. La guerra es, ante todo, un problema humano, y el hombre moral y físico su agente fundamental. El enemigo estuvo dos días sin continuar el ataque en aquella dirección; cuando lo reanudó, volvió a encontrar en línea a aquellos mismos hombres del pánico de Santa Coloma y en verdad que se portaron bien, pues de aquel sector salió el cabo que fue recompensado por rechazar con su pelotón cinco ataques con tanques. Sin embargo, una vez más, aquellos esfuerzos de resistencia heroica caían en el vacío, pues la inconsistencia del frente, debido a su debilidad, ofrecía puntos flacos y muy numerosos para que el enemigo pudiera infiltrarse y maniobrar.

Consignemos finalmente, para terminar la exposición de los caracteres generales de esta fase de nuestro repliegue, que a partir del 6, fecha que se replegó la bolsa de Lérida, la maniobra enemiga, sin interrupción, fue llevada con el mismo ritmo y características:

En el sur, los Cuerpos Italiano, Navarro y Marroquí avanzan conjugadamente hacia Tarragona. Sus divisiones siguen inicialmente tres ejes: el de Pobla de Granadella-Prades-Reus, el de Vinaixa-Montblanch-Valls y el de Falset-Reus, para concentrar después el esfuerzo principal por el segundo, cosa lógica por la mayor facilidad que ofrecía y porque su éxito implicaba el envolvimiento de las tropas que nos quedaban en la bolsa del Ebro. El Cuerpo italiano ampliará, además, la ruptura siguiendo el eje Vinaixa-Santa Coloma para cooperar con el de Aragón en la caída de Igualada. Para oponernos, concentramos nuestras mejores tropas del Ejército del Ebro, y los refuerzos que habían podido llevarse del este, en el frente comprendido entre las estribaciones de la sierra de Prades y la región de Maldá, donde el V Cuerpo se enlazaba con el XII.

En la parte central será el Cuerpo de Aragón, combinadamente con el Italiano a su derecha y el del Maestrazgo a su izquierda, el que realizará la maniobra sobre Cervera e Igualada, en la cual no avanza por la carretera general de Lérida a Barcelona, sino más bien en otras dos direcciones de ataque paralelas por el norte y sur de la misma, que irán provocando la caída de las posiciones por sucesivos desbordamientos. En esta región hacía la resistencia nuestro Cuerpo XII que se hallaba muy debilitado en efectivos, pues de él se retiraron frecuentemente durante la primera fase las tropas frescas del frente de Lérida no atacado.

Más al norte, el Cuerpo del Maestrazgo provocará la caída de Calaf y Manresa, actuando contra parte del Cuerpo XVIII y en la zona de unión de éste con el XI; y, finalmente, el Cuerpo de Urgel tomará por objetivos sucesivos Pons y Solsona, obligándonos en su acción divergente hacia el norte a estirar nuestro frente y siendo causa de que se quebrase éste en condiciones que impidieron que volviera a soldar nuevamente con la parte del Cuerpo X que quedaba aislado a caballo del valle del Segre.

Digamos, por último, que en esta fase de nuestro repliegue pueden agruparse los acontecimientos en los siguientes períodos característicos:

*Del 6 al 15 de enero:* durante el cual, en la zona sur, se desplaza el frente de combate al río Gayá; en el centro se ocupa por el enemigo la región de Cervera y en el norte se desarrollan los combates de la región de Pons. El hecho más trascendente de este período es la caída de Tarragona.

*Del 15 al 27 de enero:* que pasa nuestra línea al norte de Barcelona, apoyándose en las estribaciones montañosas de la costa y en el Tordera, y cubre Vich y Berga. Durante este período se intenta restablecer el frente y asegurar la resistencia en la línea del Llobregat y Cardoner, y caen en poder del enemigo los focos principales de la actividad industrial y la plaza de Barcelona.

*Del 27 de enero al 7 de febrero:* en este período se produce el derrumbamiento de nuestro Estado y se adoptan medidas orgánicas para evitar un caos general; durante él se prosigue con orden el repliegue sobre la línea defensiva en vías de organización en la región de Figueras; y finalmente,

*Del 8 al 10 de febrero:* tiene lugar la maniobra de retirada del ejército a Francia.

El día 5 de enero se produce, al fin, nuestro ataque en el teatro extremeño. El jefe de EM del Grupo de Ejércitos había puesto en la preparación de la maniobra que iba a realizarse su entusiasmo y su extraordinaria competencia, venciendo dificultades y excitando el celo de sus subordinados, persuadido de la trascendencia que nuestro ataque podía y debía tener. Su trabajo, como el de sus colaboradores inmediatos y el de los jefes de gran unidad que iban a realizar la maniobra, fue meritorio. Iniciada felizmente con sorpresa para el enemigo, se consiguió la ruptura y con ella la posibilidad de profundizar, lo que se hizo en las dos primeras jornadas en más



de 20 kilómetros. Sin embargo, los flancos de la ruptura resistían tenazmente y nuestras tropas no fueron bastante para reducirlos.

Las causas esenciales del fracaso fueron: la pobreza de medios y la falta de iniciativa y de técnica de los jefes de algunas grandes unidades. Una vez más se ponía de relieve la inconsistencia de nuestros jefes en cuanto a su formación; eran capaces de realizar un primer esfuerzo decidido, eficaz, audaz, meritorio; pero ante lo desconocido, frente a un enemigo dispuesto a la resistencia y capaz de maniobrar, se desconcertaban y se sentían, lógicamente, inferiores; era el mismo caso de Brunete, de Belchite, de Teruel, del Ebro, de Balaguer, de Guadalajara; era la palmaria demostración de la inferioridad técnica y material de nuestro ejército, que sólo con tiempo y recursos podría remediarse. El enemigo llevó sus reservas, las precisas para contenernos, y de Cataluña sacó muy pocas fuerzas de tierra y parte de las aéreas; pero la sustracción de tales medios no le impidió continuar adelante su plan que sólo las tropas de Cataluña tendrían, en adelante, que contrarrestar, pues el ataque que se había encomendado al jefe del Ejército del Centro, para ser realizado conjugadamente con el de Extremadura, pocos días después de comenzar este último, fue un fracaso completo por falta de decisión y de moral.

Así había quedado cancelada de una manera lamentablemente ineficaz la colaboración que impusimos y esperábamos de la región Central.

Volvamos al teatro catalán.

La maniobra sobre Tarragona podía tener para nosotros graves repercusiones; aparte los efectos de orden internacional, moral, político y económico de la caída de la plaza, conjuntamente con la de otras dos importantes ciudades, Valls y Reus, ofrecía militarmente el peligro de que se produjese el copo de todas las tropas que combatían desde la sierra de Prades al delta del Ebro, pues, si su repliegue no se graduaba

con rigor y oportunidad, podía realizarse tarde y con caracteres de catástrofe que vendrían a acentuar los efectos morales deprimentes.

Cuando durante la primera fase de la maniobra enemiga se me propuso replegar las tropas del Ebro a las organizaciones defensivas ya hechas en la zona de la sierra de Balaguer, al sur de Falset, me opuse, entre otras razones, porque estimaba indispensable tener hasta el último momento bajo nuestro dominio el valle del Ebro. Éste constituía un frente pasivo, en tanto nos mantuviésemos en la orilla, y podíamos sostenerlo con muy pocas fuerzas; por el contrario, en cuanto lo abandonásemos, el enemigo podría pasar libremente, no sólo su División 105 que cubría el Bajo Ebro, sino las tropas que como refuerzo quisiera enviar de Levante el mando adversario y cuyas unidades podrían desembocar en una jornada sobre este teatro de operaciones, resultando de ello que aparecería un nuevo frente activo en nuestro flanco izquierdo, cosa que a toda costa debíamos evitar por la debilidad en que nos hallábamos; yo estimaba indispensable para nuestra seguridad en dicho flanco y retaguardia dominar el río hasta el último momento; el peligro que pudiera haber para las tropas que llenasen esta misión había que conjurarlo retirándolas a tiempo, cuando fuese absolutamente necesario hacerlo, y, a ser posible, reduciendo al mínimo sus efectivos y motorizándolos. Por ello y por la necesidad de fuerzas en otros sectores, dejamos en el Ebro, desde la desembocadura hasta Benifallet, solamente una brigada, constituyendo un cordón de vigilancia suficientemente activo para dar la sensación de ocupación, y dispusimos las reservas y medios de transporte suficientes para asegurar el apoyo de aquellas fuerzas y su repliegue en el momento oportuno, que vendría indicado por la actividad enemiga hacia Falset y hacia Tarragona. Así se hizo, en tres saltos, como se muestra en el grabado 4, cuando el enemigo atacaba Falset y cuando, por haber ocupado el vértice Musara

al norte de Reus, y posteriormente Valls, resultó inminente, como veremos, el envolvimiento.

Como continuaba la penuria de efectivos, propusimos y se aprobó la supresión de los batallones de fortificación para llevar los hombres de edad militar a nutrir las unidades; pero faltaba armamento para que la medida fuese eficaz. Aspirábamos a poder rehacer el frente sur y las tropas, en una línea defensiva que fue definida el día 6, la cual, además de reunir muy buenas condiciones naturales, poseía ya algunas obras. A ella dispusimos que se incorporasen la mayoría de los medios y tropas de trabajadores para que fuese puesta a punto en el más breve plazo. Tal línea se apoyaba en el llano al oeste de Cambrils y englobaba Botarell-Borjas del Gampo-Vilaplana-vértice Musara-Montreal-Vilavert-Prenafeta-sierra de Cullada hasta el Gayá; nos consentía cubrir el triángulo Valls-Reus-Tarragona en buenas condiciones, pues el frente, al replegarse el Cuerpo XXIV, sufriría una reducción extraordinaria que facilitaría la defensa. La línea podía ser desbordada por Prenafeta-Pla de Cabra, puntos de importancia máxima, sobre cuya ocupación llamé la atención del Ejército y del Grupo de Ejércitos. Mas fueron inútiles las previsiones no por falta de acierto y decisión de mandos y tropas, sino por absoluto agotamiento de las unidades y por escasez de éstas.

La maniobra de Tarragona se inicia decididamente por el enemigo tras la ruptura de Borjas-Vinaixa. Ocupados estos puntos, las tropas italianas prosiguen su avance hacia Montblanch y Santa Coloma, mientras el Cuerpo Navarro lo hace paralelamente desbordando Montblanch por el sur, para caer sobre Valls, y también siguiendo su eje general de ataque Granadella-Prades-Reus.

Más que de una nueva batalla se trata de la explotación de una amplia ruptura. No quiere decir ello que no se combata; por el contrario, se lucha encarnizadamente con las tropas del V Cuerpo y con las que han podido enviarse de reserva, saca-

das de distintos puntos del frente; mas el enemigo encuentra ante sí un frente inconsistente, resquebrajado; las unidades adversarias que chocan contra los núcleos sólidos de nuestras fuerzas, los cuales actúan como bastiones del extenso muro que se derrumba, son detenidas, rechazadas y a veces perseguidas; pero otras, las que hallan ante sí las partes ya demolidas, pueden avanzar con poca o ninguna resistencia y obligan a aquellos núcleos sólidos a replegarse.

Así se pudo formar una gran bolsa que diariamente se ensanchaba hacia Santa Coloma y hacia Valls. La parte más sensible del frente era la arista montañosa que cubría Valls y bloqueaba las tres comunicaciones que desde Montblanch pasan a la llanura de Tarragona; las tropas que la defendían pudieron parar el ataque, pero no evitar su desbordamiento por Prenafeta y Pía de Cabra. Con ello quedaba el frente, una vez más, roto, y, dueño ya el enemigo de la arista montañosa, pudo fácilmente descender al llano por el norte de Valls, al mismo tiempo que caía directamente sobre la ciudad por el oeste. La situación de todo el frente hasta el mar entraba en una fase crítica si el sector de Valls no ofrecía una sólida resistencia, pues al avanzar el enemigo sobre Tarragona quedarían las tropas situadas al sudoeste absolutamente copadas con todo su material.

Me hallaba precisamente en el puesto de comandancia del Ejército del Ebro cuando llegaron noticias alarmantes. El propio jefe del Ejército había estado aquella tarde en el sector de Valls y venía mal impresionado. Un oficial de enlace trajo la noticia de que Valls había caído; algunos grupos resistían con heroísmo en las inmediaciones; no sólo era grave la situación para los que se hallaban al sur, por la amenaza que sobre Tarragona se producía desde Valls, sino porque el enemigo avanzaba también hacia el nordeste. No se podía perder tiempo. Hablé al Grupo de Ejércitos; no había absolutamente ni una sola unidad de reserva, pues habían sido con-

sumidas para contener el envolvimiento por Pía de Cabra; inmediatamente se dieron las órdenes para el repliegue total del dispositivo de los Cuerpos XXIV y XV a la línea del Galyá; pero era indispensable, para hacerlo con orden y seguridad, acentuar la resistencia sobre el eje Valls-Tarragona, hasta que pasasen todas las fuerzas, y también al este de Valls para que no pudiese el enemigo ampliar su maniobra de envolvimiento. Salieron oficiales portadores de órdenes a todas las unidades y especialmente a las destinadas a reforzar el frente de Valls, que iban a ser las primeras que se replegaran de aquellos cuerpos. El repliegue, con enormes dificultades, quedó realizado aquella noche; solamente los últimos elementos del Cuerpo XXIV hubieron de librar algunas escaramuzas con las tropas enemigas infiltradas en las inmediaciones de Tarragona y únicamente habían quedado abandonados unos vagones de municiones en la estación de Reus por falta de tracción para poderlos remolcar: el Cuerpo XXIV y parte del XV se habían salvado íntegramente. Una hora más que se hubiesen retrasado las órdenes hubiera dado lugar a la pérdida de muchos hombres y material y al consiguiente pánico.

Las unidades estaban deshechas. La defensa de Tarragona no fue posible porque habíamos llegado al límite de la capacidad de resistencia. ¿Qué elementos teníamos para realizarla? En el sector sur, tropas del XXIV Cuerpo, las menos desgastadas, pero que venían sometidas a marchas forzadas en su repliegue del Ebro y de Falset, conteniendo al Cuerpo Marroquí y sosteniendo la lucha en todo el frente sur en condiciones desmoralizadoras, pues sobre ese cuerpo habían refluído los elementos dispersos de la División 56, y recibió, por añadidura, refuerzos de hombres de retaguardia francamente defectuosos. En las zonas de Valls y norte de Reus, tropas del XV Cuerpo y unidades improvisadas; tales eran una brigada de defensa de costas que se había situado en tal cometido por su total agotamiento y que, rehecha en cuarenta y ocho horas

con personal incorporado, había pasado del frente marítimo al terrestre dejando aquél totalmente desguarnecido; batallones de fortificación encuadrados en las viejas divisiones del XV Cuerpo, unidad, ésta, con solera, que había sido retirada del frente a raíz de la caída de Prades<sup>15</sup> y que también precipitadamente se había rehecho, pero sin la menor solidez, con pocos cuadros y desmoralizada la gente por no haber tenido el menor descanso.

Veníamos siendo realmente acosados por el enemigo, sin tiempo material de rehacernos y sin recibir ni un solo fusil ni una sola ametralladora. El celo y entusiasmo de los mandos lo suplía todo y ahora, como en tantas otras ocasiones, eran algunos grupos de oficiales y comisarios de los cuarteles generales y de las unidades combatientes, incluso de la DCA y artillería los que reunían núcleos de hombres decididos, con los cuales ocupaban los puntos sensibles del terreno para con-

---

<sup>15</sup> El día 11 de enero visité el frente del XV Cuerpo en Capafons y envié al ministro el siguiente informe: «La impresión general que día V. E. en mi última carta subsiste con los mismos caracteres de gravedad. Personalmente he comprobado hoy la extrema debilidad del frente. El sector que venía defendiendo el Cuerpo XV está defendido prácticamente por irnos dos mil hombres, es decir, menos de una brigada en un frente que debían guarnecer 3 divisiones; además, una brigada de moral baja y de escasa consistencia orgánica, debido a ser de las que sufrieron los efectos del pánico los primeros días de ofensiva y después de haber combatido desafortunadamente, se retiró a reorganizarse, lo que ha hecho en poco más de tres días sin lograr un encuadramiento medianamente sólido.

Pero la impresión profundamente desoladora de hoy es el lamentable estado en que han quedado las unidades del XV Cuerpo: las Divisiones 3 y 42 tienen escasamente unos 300 combatientes aptos cada una; están totalmente deshechas por efecto de esta larga batalla de 18 días en los que no han dejado de combatir uno sólo».

Tales unidades rehechas, eran las que cuatro días después tenían que defender Tarragona.

tener al enemigo, mientras en retaguardia otros jefes y oficiales se encargaban de reunir a los dispersos y reorganizarlos sobre la siguiente línea que se iba a defender —es decir, que se quería defender— y en la cual al día siguiente tendrían que habérselas nuevamente con el enemigo. La verdad era que el ejército tenía deshecha su cohesión y que el ochenta por ciento de los hombres que llegaban a reforzar las unidades traían una moral bajísima.

La caída de Tarragona era el triunfo completo de la maniobra del enemigo iniciada el 23 de diciembre. Es decir, una victoria militar lograda en una maniobra de veinticuatro días de duración. Habíamos acumulado en su defensa todo lo que humanamente pudo obtenerse de retaguardia y del frente. Habíamos puesto en juego todas nuestras posibilidades de maniobra y de resistencia, agotando hasta el último hombre y el último fusil. Los mandos subordinados se habían comportado bien, en muchos casos extraordinariamente bien, porque todos sabían que defender Tarragona era indispensable militar y políticamente; pero la forma de la batalla empeñada en todo el frente, desde el día 6, era demasiado exigente; si imperioso era defender Tarragona, no lo era menos contener al enemigo en las demás direcciones de penetración hacia Barcelona, por Igualada, por Villafranca, por Manresa. Reunir las fuerzas en una zona para contraatacar o resistir hasta el exterminio era —ya lo hemos dicho—, en el tiempo y en el espacio, imposible y la moral no lo consentía. Era, por otra parte, querer cerrar una puerta a piedra y lodo, mientras quedaban abiertas otras sobre el objetivo principal de la maniobra de conjunto, que era Barcelona. En la situación material y moral en que nos hallábamos, resistir cuatro, seis, diez días más ante Tarragona hubiera sido condenar a un copo gigantesco a nuestro ejército, renunciando a la posibilidad de rehacerlo y de dotarle de medios para defender el objetivo capital de la maniobra.

La guerra es, ciertamente, como dijo Napoleón, un arte sencii-

llo y todo de ejecución, y la maniobra del enemigo, en efecto, no podía ser más simplista; sin embargo, nosotros no teníamos medios para contrarrestarla; los únicos sólidos que poseíamos eran el esqueleto de nuestro ejército y la fortaleza natural de las posiciones; con ellos modestamente podíamos oponernos a la maniobra y a la fortaleza del adversario con la idea de contenerle, y gracias a tales elementos, si no se le pudo vencer, ni siquiera contener, sí pudimos evitar una catástrofe. Notábamos la falta de lo esencial en estas situaciones de crisis: el apoyo y la colaboración de nuestra retaguardia, y queríamos recuperarla por una reacción moral vigorosa y conservar, aunque deshechas, las fuerzas en nuestras manos, para rehacerlas y defender el objetivo principal, si el armamento llegaba a tiempo, y para salvarlas, si no llegaba; lo merecían por su sacrificio y su tesón; eran a nuestros ojos lo mejor y quizá lo único bueno de nuestro Estado republicano.

Veamos ahora cuál fue la actividad en el resto del frente, hacia el norte.

Tras las rupturas de Cubells y hacia Basella, ya indicadas en el anterior capítulo, el enemigo completa su maniobra sobre Artesa y Pons en el valle del Segre y en dirección sudeste para alcanzar la carretera general Lérida-Barcelona, combatiéndose con extraordinaria dureza en nuestras últimas organizaciones defensivas y también fuera de ellas. El repliegue del frente de Lérida, ordenado el 6, impuso una pausa a los cuerpos enemigos que operaban en esa región, los cuales adoptaron un despliegue distinto ya que había quedado esencialmente modificado el frente. El Cuerpo de Aragón se aproximó a la carretera general y el del Maestrazgo se mantuvo en el eje de Agramunt. El avance enemigo, más lento, en tanto pudimos combatir en las organizaciones defensivas de Pons, canal de Urgel y línea L-2, acentuó su ritmo tan pronto llegamos a campo abierto con nuestras desgastadas tropas, iniciándose seguidamente, en el frente comprendido entre



Tárrega y Pons, una serie de ataques conjugados con penetraciones más o menos profundas, de análogos características a los que se libraban hacia Tarragona, y dirigidos a la conquista de la línea Solsona-Manresa y al aislamiento de nuestras fuerzas del valle del Segre.

La crisis principal se produce en los avances del enemigo hacia Igualada, Manresa y Solsona. El primero de dichos puntos cae como consecuencia de la ruptura que el Cuerpo Italiano hace penetrando hacia Pobla de Claramunt; más al norte la ruptura que se produce entre los Cuerpos XVIII y XII favorece el desbordamiento de Igualada por el norte y el avance hacia Manresa y, finalmente, también el frente se rompe entre el Cuerpo XVIII y XI y entre éste y el X, apareciendo dos amplios boquetes entre Berga y Manresa y en la dirección de Solsona.

Manresa caerá sin oponer apenas resistencia, en la que tomó parte, pero sin gran tenacidad, uno de los batallones de ametralladoras de reciente formación. Los dos Cuerpos XI y XVIII actúan enérgicamente y bien, pero sus esfuerzos se pierden en acciones locales que no tienen repercusión en la situación de conjunto y que resultan impotentes para contener ésta, exactamente por las mismas razones de que se ha hablado en la zona sur, al considerar la maniobra enemiga sobre nuestros Cuerpos V y XV. En todo caso, el frente de combate de aquellos cuerpos y los enlaces se restablecieron; pero con la ruptura hacia Solsona surgió un serio peligro: el envolvimiento de las tropas situadas en el valle del Segre y en el del Noguera, si el enemigo caía de revés sobre el primero y ocupaba Seo de Urgel. También en relación con el repliegue de tales tropas llegó hasta nosotros una propuesta prematura que fue rechazada por razones similares a las que aconsejaron no replegar el frente del Ebro hasta el momento estrictamente preciso. Aquí, el momento habría de determinarlo la progresión enemiga por la región de Solsona y hacia San Lorenzo

de Morunys.

Producido esto, y como por el Segre también avanzaba el enemigo hacia Orgañá, había llegado el momento de realizar aquel repliegue, pues las tropas carecían de toda posibilidad de reacción ofensiva y podían quedar envueltas. Se ordenó por ello que se efectuase sobre las organizaciones defensivas de Seo de Urgel, donde había algunas obras importantes por haberse trabajado allí desde la ocupación de nuestra línea del Noguera, para cubrir aquella plaza y la frontera en previsión de una ruptura: dichas obras se apoyaban por un lado en los Pirineos y, formando un gran arco de círculo, iban a terminar en la sierra del Cadí en su parte inaccesible a tropas organizadas. Tales fueron las posiciones que se mandó ocupar, manteniendo solamente vigilancia en la parte de la sierra del Cadí y defendiendo el sector de Tossas por donde se había de verificar el enlace con el resto del ejército y asegurar los abastecimientos. En realidad se constituía en aquella región un sector tácticamente autónomo. Era esto en los últimos días de enero.

La ruptura hacia Berga, si caía esta plaza, ofrecía otro grave peligro, pues quedaba abierto el acceso a Ripoll y, con la pérdida de este punto, se haría completo el corte del sector de Seo de Urgel y quedaría en manos del enemigo una amplia zona fronteriza, la comprendida entre Ripoll (o Tossas) y Camprodón, acentuándose con ello el involucramiento de nuestro ejército. Pero la resistencia tenaz en los combates diarios sostenidos por el XI Cuerpo iba a consentir que la maniobra de conjunto en el frente se mantuviese con ritmo lento y sin quebranto para el total dispositivo, pudiendo conjurarse aquellos riesgos.

Dijimos antes, al comentar las circunstancias en que se desarrolló la maniobra sobre Tarragona, que apreciábamos la falta de apoyo y colaboración de la retaguardia. Efectivamente, durante esta fase, en la que el ejército llegó al agotamiento casi total de su capacidad de combate, propusimos

una serie de medidas que vimos frustradas en su mayor parte. Ya hemos mencionado en el capítulo anterior el proceso de formación de los batallones de ametralladoras. De ellos sólo un número reducido —de seis a diez— que fueron dotados de las primeras armas llegadas cuando el enemigo ocupaba la línea Villafranca-Igualada, pudieron combatir comportándose bien; otros fueron absorbidos por las unidades desgastadas antes de la llegada del armamento y, finalmente, los demás fueron quedando en las unidades combatientes a medida que se recibían las armas.

Teníamos adoptadas toda clase de previsiones para que la distribución del armamento, desde el mismo momento de la llegada, se redujese, en el tiempo, al plazo mínimo. Escalonados estaban los servicios hasta la frontera de modo que el material que entrase clasificado fuese a parar directamente a las unidades, sin la menor detención; y así pudo hacerse con las primeras expediciones que pasaron directamente a los ejércitos, cuando se replegaban de la línea del Gayá y se perdía Manresa.

Cuando llamé a los jefes de las Divisiones 74 y 77 en formación para conocer su estado de organización e instrucción, desdichadamente comprobé que estaban aún inservibles. La 74 tenía dos brigadas utilizables. La 77, una. Les faltaban cuadros e instrucción; la colaboración de la retaguardia había sido nula. Desde que se dio la orden de formación se excitó al Comisariado para que enviase una buena selección de comisarios, porque comprendíamos la enorme labor que sería preciso realizar sobre el personal de aquellas divisiones para darle una moral de guerra a tenor de la situación; comprobé, efectivamente, que a los veinte días de haberse dado la orden, el comisario más caracterizado que había en las dos divisiones era uno de brigada y que faltaban el sesenta por ciento de los precisos. Armar en tales condiciones aquellas unidades hubiera sido un error, pues era tanto como tirar el armamento.

La misma falta de colaboración padecíamos en el problema de las fortificaciones. Para organizariás en profundidad y en la mayor escala posible se había autorizado, desde los primeros días de enero, la utilización de todo el personal civil. Se indicó al jefe del Gobierno la conveniencia de que los partidos políticos colaborasen facilitando la reunión y utilización de ese personal, pero también los esfuerzos de aquél se estrellaban, pues no llegaban a cumplirse las promesas que se le hacían. Los jefes de ingenieros de sector, diariamente, tenían que recorrerse los pueblos para recoger el personal, llevarlo a los tajos, cuidarse de que les dieran de comer, dirigir el trazado de las fortificaciones y hacer que se trabajase. El resultado era que no podían hacer nada práctico, pues la primera dificultad con que tropezaban era la resistencia de los alcaldes, que, no sólo no daban facilidades para la recluta y reunión del personal apto, sino que consentían que eludieran el trabajo.

Se pidió el nombramiento de comisarios adjuntos a los jefes de ingenieros encargados de las obras en los distintos sectores. Se dieron órdenes concretas para intensificar los trabajos defensivos de la región de Barcelona, así como para la creación de una zona fortificada que cubriese como último reducito la región de Figueras. Algunos, bastantes hombres políticos de buena voluntad, emprendieron la tarea de provocar una colaboración efectiva; pero sus esfuerzos eran vanos ante la indiferencia y la falta de entusiasmo de la población civil y de las mismas autoridades subalternas.

Omito consignar los detalles del tremendo problema que hubimos de resolver para restablecer técnicamente el escalonamiento de todos los servicios de mantenimiento del ejército, perturbados por la magnitud del retroceso y con la inminencia de que el repliegue continuase. Diremos, solamente, que nuestros servicios tenían su base fundamental en Barcelona; que toda la cuenca industrial catalana iba a quedar en la zona de acción de los ejércitos sometida a los incesantes ataques de

los aviones enemigos y con riesgo de perderse. Teníamos, pues, la preocupación de ver desarticulada una red de mantenimiento que con grandes esfuerzos habíamos logrado montar, e improvisar una nueva en plena fiebre de evacuación, viendo anulado el foco industrial que daba vida a nuestros organismos armados, y con la tremenda amenaza de que nuestro ejército se viese falto de toda suerte de recursos y obligado a dejar de combatir. Por fortuna, y salvo lamentables errores de algunos organismos que escapaban a la jurisdicción militar (Dirección de Intendencia, Subsecretaría de Armamento), gracias al acierto y a la actividad de nuestros inspectores generales, el colapso no se produjo y una nueva red de servicios vino a reemplazar prontamente la que ya estaba desarticulada y que iba a quedar en pocos días totalmente destruida con la caída de Barcelona. El ejército iba a poder sostenerse y combatir sin graves dificultades, en este aspecto, hasta su paso a Francia.

Veíamos que el problema planteado era de tal volumen que escapaba de nuestras manos, pues rebasaba el carácter exclusivamente militar. Considerábamos necesario provocar una reacción moral vibrante, enérgica, que impusiese otro rumbo a los acontecimientos y otro proceder a la conducta de los hombres, de la masa, de los dirigentes y de los organismos oficiales y particulares; así lo propuse, llegando a señalar la conveniencia del relevo de los jefes militares superiores (a pesar de estar persuadido de que otros no los hubieran mejorado) y el mío mismo, para que otras manos y otras inteligencias, que no pudieran estar deprimentemente influidas (aunque la nuestra no lo estaba), estableciesen cauces nuevos. Muy poco conseguí; se me pidió que hablase por radio, y aunque fui contrario siempre a participar personalmente en cosas de propaganda, lo hice porque lo consideraba útil en aquellos momentos. Pero esto, y otras medidas, eran simples paliativos; la descomposición era tan profunda que los revul-

sivos que se aplicaban resultaban harto débiles, y ni siquiera la declaración del estado de guerra, decretada unos días antes de la caída de Barcelona, resultaba ya práctica y oportuna, pues venía a descargar sobre los jefes militares, cuya atención estaba absorbida en el frente, las preocupaciones y responsabilidades de una situación que comenzaba a ser caótica y sin medios para afrontarla.

Volvamos a examinar la actividad del frente sur: tras la caída de Tarragona y Cervera, ocurrida el 15, y la ocupación por nuestras fuerzas de la línea del Gayá, el enemigo rehizo su dispositivo y se limitó, el 16, a restablecer el contacto, roto en diversos puntos. El 17 reanuda los ataques y el 18-19 se generalizan en todo el frente desde el mar hasta la carretera general de Lérida a Barcelona. Se combate muy bien en algunos puntos; pero es arrollado el dispositivo en diversos lugares. Hay una ruptura en la zona montañosa de Montagut que conduce a la ocupación de Igualada, y una caída total del frente de los Cuerpos XXIV y XV en la costa, perdiéndose Villafranca.

La impresión dada por mí de la situación militar en la noche del 21 al 22 de enero era la siguiente, como consecuencia de los partes que recibía:

El frente no existe prácticamente en las direcciones:

—De Solsona,

—De Barcelona, por Ordal, Olesa y Garraf,

—De Manresa, por el eje Igualada-Manresa.

Si mañana flaquean los batallones de ametralladoras y la brigada procedente de Madrid, se agota la posibilidad de restablecer las tropas en una línea de detención, pues el enemigo llegará a cualquiera que se elija antes de que nuestras tropas puedan guarnecerla con alguna solidez, pues no hay reservas.

Si tal fenómeno ocurre, los accesos de Barcelona quedarán abiertos y sin tropas para cubrirlos.

Las nuevas divisiones carecen de solidez y necesitan, cuando menos, tres días de instrucción, con armas que aún no tienen. Se corre el riesgo de perder el armamento que se les entregue, y que aún ha de llegar.

Finalmente, se estima indispensable y urgentísima una actuación de los elementos políticos, diputados y representantes del Frente Popular, cerca de las tropas, de los elementos recuperados y de la retaguardia.

Por fortuna, y gracias a la enérgica cooperación de los mandos, comisarios y cuarteles generales de las grandes unidades, una vez más se recuperaba la gente y se rehacían las unidades. Parecía, el día siguiente, posible asegurar el frente porque había elementos sólidos, unidades de buena solera que, aunque batidas, pronto reaccionaban y asumían funciones de sacrificio hasta lograr que otras unidades de menor cohesión fuesen rehechas, con refuerzos de hombres y armas, con unos batallones de carabineros que fueron armados en retaguardia, con los batallones de ametralladoras, de los cuales pudo darse inicialmente armamento a diez, y, finalmente, con una agrupación de fuerzas formada a base de una brigada venida en la segunda expedición de la zona Central y cuya unidad, desembarcada a las 10 de la mañana, era alertada para la marcha al frente a las tres de la tarde. Esta unidad venía de Somosierra; llevaba cuatro días de marcha en tren, en camiones y en barco, y su personal estaba gastado físicamente; pero no había más remedio que utilizarla; era la única tropa fresca, o al menos no desgastada en combate, que teníamos, y el frente, caído en la dirección de la costa, constituía un gravísimo peligro para Barcelona. Con tales elementos y las viejas unidades, en las jornadas del 22 y del 23 pudo reconstituirse el dispositivo de combate con apariencias de solidez.

En la noche del 23 al 24 fijamos una idea de maniobra <sup>16</sup> con-

---

<sup>16</sup> Véase apéndice 3

sistente en: asegurar el frente defensivamente, con las tropas frescas y recién reorganizadas y armadas, y con parte del Cuerpo XV, en la arista montañosa que cubre el Llobregat por el sur; reunir las tropas del V y del XII recién armadas (las unidades rehechas) en la región al este del río, en Monistrol-Rellinás-Vacarisas para, si el enemigo, en su avance sobre Barcelona, era detenido por el sur y rompía, como se esperaba, y luego lo comprobó la realizada en la región al este del río, en Monistrol-Rellinás-Vacarisas para, envolver Barcelona por, el oeste, caer con dichas fuerzas de flanco sobre el Cuerpo Italiano, que al parecer realizaba la maniobra de desbordamiento, mientras la margen izquierda del Llobregat, al norte de Martorell, era cubierta por otras fuerzas. Al Ejército del Este se le asignaba análoga misión defensiva en el Cardoner y se le ordenaba reunir igualmente sus tropas rehechas en la región de Manresa (aún no había caído este punto) para actuar por el oeste del macizo de Montserrat y crear una amenaza que pudiera entorpecer la acción principal dirigida sobre Barcelona. En la misma orden, dada con la finalidad expuesta, se precisaba la conducta a seguir para la defensa de la plaza.

Aspirábamos, pues, a defender la línea del Llobregat, sobre la cual creíamos, erróneamente, que el enemigo reorganizaría su dispositivo antes de emprender el ataque a la plaza de Barcelona; y pensábamos hacerlo, no sólo con la resistencia frontal, sino con dos ataques sobre los flancos de las direcciones principales de penetración que llevaba el enemigo. Desgraciadamente, éste no dio descanso a sus tropas; Manresa se perdería sin resistencia y nosotros no tendríamos tiempo ni medios automóviles y ferroviarios para realizar con la urgencia que los sucesos requerían la distribución del armamento y las necesarias concentraciones.

¿Hubiéramos podido llevar la defensa y la maniobra más a retaguardia? No. La línea del Llobregat era la única en que



podía contenerse la maniobra enemiga sobre Barcelona. Lo que no pudiera hacerse allí tampoco se haría más a retaguardia; la moral de Barcelona no era la de Madrid en 1936 y, por otra parte, si el enemigo llegaba al lindero de la plaza, el estado en que se encontraba el ejército no dejaría lugar a una fuerte reacción. Por eso, mi preocupación fue asegurar la resistencia y la detención, en el Llobregat, hasta Martorell, y, desde este punto, en la alineación montañosa que continúa por la margen derecha hacia Garraf, en la costa; de todo ello lo fundamental era evitar el acceso al llano que rodea por el oeste a Barcelona y la llegada al mar por la línea de Moneada y Mataró. Muchos días antes se habían hecho previsiones para organizar esa línea y se dieron órdenes explícitas para la defensa, con tiempo suficiente; pero las órdenes no bastaban; ni la buena disposición de los jefes, tampoco; como tampoco el entusiasmo de los buenos combatientes; todo era poco, pues todo se desvanecía en el ambiente de indiferencia de la masa y ante el convencimiento de impotencia que todo lo invadía.

No teníamos ejército. Los hombres que por aluvión a él llegaban servían para muy poco. Unidades enteras como un batallón de carabineros que, completo de cuadros y efectivos, se le dotó de armas, al entrar en línea en las alturas de Garraf no soportó diez disparos de artillería, desapareciendo pulverizado antes de tomar contacto: no se podía tener confianza en ningún punto del frente ni en ninguna nueva unidad. La llegada del armamento no había provocado ninguna reacción favorable, pues era demasiado tarde para ello. Los batallones de ametralladoras que pudieron armarse quedaban absorbidos en las grandes unidades. Ciertamente cumplían su deber, pero sólo accidentalmente; no eran bastantes para, por sí mismos, asegurar la detención. Por si era poco, el segundo lote de ametralladoras llegaba a las unidades inservible, por haberse perdido las cintas.

Al espíritu de resistencia había sustituido la idea de salvación. Temían todos verse copados. Sabían la importancia de la maniobra que el enemigo realizaba y dominaba por encima de todo el deseo de no caer en sus garras. En verdad, la moral sólo se sostenía en los mandos. Visité el puesto de comandancia del Ejército del Ebro la noche del 24 al 25, antes de ausentarme de Barcelona. Comprobé que la directiva dada para la defensa de la plaza había sido bien interpretada y que las órdenes se habían ajustado a la situación. Ni había desgana en los mandos ni desmoralización. Se aceptaba la situación como una cosa natural ante lo voluminoso del ataque; supimos cuánto hubo de desconcierto en la actuación de las tropas nuevas, el paso del Llobregat por los primeros elementos enemigos hacia el sur de Tarrasa y las medidas que se habían adoptado en todos los aspectos; marché al nuevo puesto de mando con la esperanza de que la situación podría, si no resolverse favorablemente, sí contenerse. Desgraciadamente no fue así. El enemigo aquella noche ampliaba su paso por el Llobregat y el contraataque preparado por el V Cuerpo no podría efectuarse, como ya dijimos antes, por no poderse reunir las principales tropas a él destinadas y no llegar a tiempo a ellas las armas.

26 de enero. Barcelona cae en poder del enemigo. El temido suceso se ha producido como un fenómeno natural. La resistencia ha sido escasa, por no decir nula. El enemigo ha podido entrar en la ciudad y proseguir su maniobra por el oeste con la misma facilidad con que venía maniobrando en las jornadas anteriores. Se temía tal acontecimiento por las repercusiones que pudiera tener internacionalmente, en el conjunto de la defensa de Cataluña y en la suerte de la guerra, y se consumó el hecho sin que se hubiese puesto en la defensa de tal objetivo tenacidad. ¿A qué ha podido deberse? Las órdenes se habían precisado para la ejecución de las obras neces-

rias para organizar la defensa <sup>17</sup>. El mando del Grupo de Ejércitos permaneció en la plaza hasta el día antes de su caída; estaban designados y actuando activamente los jefes de la defensa interior y exterior y en organización los trabajos defensivos que habían de cubrir la ciudad. Las tropas no eran muchas, pero sí bastantes para organizar la defensa del lindero y la seguridad interior <sup>18</sup> con independencia de las del frente, parte de las cuales quedarían encuadradas en la defensa al replegarse sobre la ciudad. Se contaba en ésta con abastecimientos y recursos sobrados para una larga resistencia. Dos, tres días antes se había organizado la evacuación de los organismos que pudieran ser un estorbo para las operaciones militares de la defensa. El enemigo, además, no había actuado con la aviación sobre la ciudad en forma maciza como lo venía haciendo sobre otros objetivos; ciertamente, los días que precedieron a la entrada, la aviación se mantenía casi permanentemente sobre el cielo de la ciudad, pero en realidad sus bombas no caían más que en el puerto, en Montjuich y en algunos otros lugares muy destacados como objetivos militares. El Ejército del Ebro, que cubría la plaza, venía siendo

---

<sup>17</sup> Véase apéndice 3.

<sup>18</sup> Las tropas directamente puestas a disposición del comandante militar de la plaza, cuando el frente aún estaba al otro lado del Llobregat, fueron:

—5 grupos de fuerzas de Asalto (de efectivos equivalentes a Batallón).

—1 batallón de retaguardia.

—2 batallones de carabineros.

—1 batallón de defensa de costas.

—1 batallón de ametralladoras.

—1 sección de blindados y otra de tanques.

Las tropas que como mínimo se calculó que quedarían englobadas en la defensa de la plaza al replegarse, eran:

—La División 43, con los elementos en ella fundidos del Cuerpo XXIV.

—Una agrupación de defensa de costas formadas por 1 batallón de infantería y 1 de ametralladoras.

batido, ya lo hemos dicho, sin posibilidades de rehacerse desde Tarragona. Sus unidades prácticamente no existían. Un núcleo de viejos soldados y de mandos encuadraba tropas nuevas apenas sin instrucción y sin armamento. Éste se venía distribuyendo desde unos días antes a compás del repliegue y tan pronto era puesto a nuestra disposición; pero en condiciones tales que, apenas llegado a manos de las unidades, éstas entraban en fuego, sin cohesión, sin instrucción, sin disciplina, sin cuadros, sin medios bastantes.

Es obligado señalar un tremendo contraste: cosa muy parecida a la que describimos era la de Madrid en noviembre de 1936. Pero ¡qué ambiente tan distinto! ¡Qué entusiasmo entonces! ¡Qué fiebre de lucha más ardiente dos años antes y qué decaimiento ahora! Barcelona, 48 horas antes de la entrada del enemigo, era una ciudad muerta. La había matado la desmoralización de los que huían a Francia y la de los que quedaban escondidos, sin valor siquiera para salir a la calle o poner fin a esas últimas horas de amargura reservadas a la ciudad. Por eso no es exagerado afirmar que Barcelona se perdió lisa y llanamente porque no hubo voluntad de resistencia, ni en la población civil, ni en algunas tropas contaminadas por el ambiente. La moral estaba en el suelo. Todos los elementos que daban calor y ánimo a las tropas habían desaparecido, salvo honrosas excepciones. La población estaba cansada de guerra, aunque no agotada por los sufrimientos y el hambre, y sólo pensaba (desde mucho antes de la llegada de las tropas enemigas ante la ciudad) en que el problema terminase pronto. Por eso permanecía recluida en las casas, que a la vez sirvieron de refugio de deserción a los procedentes del frente, que tampoco querían combatir, convirtiendo aquel casco urbano de un millón de almas en un páramo desierto espiritualmente.

¿Y el ejército? En éste, la proximidad de Barcelona provocó un aumento de deserciones hacia retaguardia. Con ello la mo-

ral de los verdaderos combatientes se relajaba; aceptaban el repliegue como un hecho inevitable y la voluntad de resistencia no aparecía por ninguna parte.

La defensa exterior a cargo del Ejército del Ebro en la línea del Llobregat no pudo hacerse, como en las líneas precedentes, por desarticulación de las fuerzas; las previsiones hechas para asegurar los puntos sensibles y las posiciones que cubrían la plaza no se cumplieron porque la ruptura del frente por el sur de Tarrasa y el avance no contenido por el llano dio a los defensores la sensación de envolvimiento. Por otra parte, la zona de bosque que rodea por el oeste la ciudad facilitó la infiltración de los destacamentos enemigos hacia la arista montañosa de Vallvidrera y el Tibidabo. Dentro de la ciudad las tropas que inicialmente debían asumir la defensa del lindero y el orden, sólo respondieron en parte; al excelente comportamiento del batallón de ametralladoras y del batallón de retaguardia, de dos compañías del batallón de la defensa de costas y de algunos carabineros que hicieron frente en distintos puntos del lindero sur a las tropas del Cuerpo Marroquí que avanzaban sobre la plaza, entre Esplugas y el mar, no bastaron para detener el ataque. Finalmente, una orden del Ministerio de la Gobernación, disponiendo la marcha a Girona de los cinco grupos de Asalto que debían participar en la defensa y en el sostenimiento del orden interior, provocó la última crisis de moral. Los jefes militares, y de ellos destacadamente el comandante de la plaza, trabajaron activamente y supieron dar ejemplo de serenidad y valor; pero ni su conducta personal ni el ejemplar comportamiento de aquellos combatientes bastaron para garantizar la resistencia y contener una maniobra dirigida sobre la plaza por tres direcciones distintas, que produjo en un plazo de pocas horas, en la tarde del 26, un repliegue desordenado de toda la defensa.

Barcelona había caído sin gloria. El objetivo capital de toda la maniobra enemiga y de la batalla que se venía librando en

Cataluña, se perdía sin resistencia, y, hacia el norte, un conjunto de tropas desorganizadas, faltas de toda cohesión, eran constreñidas por grupos de buenos jefes y soldados a reconstituir una línea de combate, lo que se logró en las dos jornadas siguientes, quedando nuevamente en manos del mando todo el frente, rehecha la línea de contacto, como se indica en el grabado 4, y combatiéndose en algunos lugares, como Granollers, con encarnizamiento.



22. Una columna motorizada del ejército nacional entra en Barcelona. Fotografía tomada en la Diagonal, ante el convento de Pompeya (26 de enero de 1939).

23. La última sesión de Cortes se celebró en Figueras. En la fotografía aparecen el doctor Negrín haciendo uso de la palabra y Martínez Barrio en el estrado.





24. El doctor Negrín y el general Rojo conversan cerca de Lérida con un comisario político de la brigada de Líster.

25. El general Rojo.





## Capítulo 6

### EL HUNDIMIENTO DEL ESTADO

Nos hallamos ya en el amargo trance de escribir la última fase militar, el epílogo de nuestra gestión castrense en esta terrible historia de la guerra española. Llegamos a él cuando ya el ánimo se ha serenado bastante, a los 115 días de la entrada en Francia de nuestro ejército; pero conservando aún indelebles los trazos, las amarguras y las imágenes de aquellos días de tragedia, durante los cuales, por un portentoso esfuerzo de la voluntad y guiados por un deber, más áspero y más duro que nunca, pudimos sostener y sostener a nuestros subordinados en el puesto digno que era obligado para que lo que se manifestaba con aires de desastre, no llegase a ser un cataclismo inmoral, inhumano e indigno de un pueblo y de un ejército que venían soportando la lucha y batiéndose con admirable ejemplaridad en su impotencia.

Pocos pueblos han vivido un derrumbamiento tan completo en su organización social como la España republicana que tenía su sede en Cataluña: un Estado se deshace y pulveriza en pocos días, víctima de su desintegración orgánica y moral, mientras el viejo ejército, los hombres de los buenos días de lucha ejemplar, lo más sano y vital que flotaba sobre la amalgama de idearios, doctrinas y pasiones de nuestro pueblo, batido por la aplastante superioridad material del adversario, deshecho, se retira paso a paso, maniobrando en manos de sus jefes, protegiendo el desastre que detrás de él latía y llega a entrar en Francia con todos sus medios, sin que ninguna unidad haya sido aniquilada, sin que se pierda más material del que es necesario destruir ni se abandonen más hombres de los

que voluntariamente renuncian a dejar el suelo de su patria. Queremos, porque es justo, presentar el brutal contraste que ofrecen una política viciada de corruptelas y egoísmos, impotente para levantar el manto de tragedia con que cubría a su pueblo, y un ejército que, como el pueblo mismo, es arrastrado al caos, pero conserva sus lazos orgánicos, y que, deshecho en su moral y en sus esencias vitales por reflejo de su retaguardia, logra sostenerse firme ante su deber. Las guerras se pierden en la retaguardia. Cierto. No basta militarmente situar en las últimas filas de la formación los mejores soldados que serán la garantía de que la cohesión de combate no se rompa; ni es suficiente colocar en los últimos escalones de los órdenes de combate las unidades más sólidas para que sean la garantía de utilización del dispositivo y de la maniobra; es necesario emplazar en la retaguardia profunda, en la médula del Estado mismo, los hombres más capaces de mantener una voluntad inflexible, una disciplina férrea, una moralidad depurada, y una cohesión indestructible, porque la retaguardia es la base y sostén del ejército y si aquella se desmorona y se hunde, el ejército, fatalmente, necesariamente, se vendrá al suelo. He aquí lo ocurrido en Cataluña, cuyos rasgos episódicos más destacados venimos señalando y los cuales vamos a terminar de bosquejar imparcialmente. Cierto es que no perdíamos la guerra por un fracaso militar o político final; la gestación de la catástrofe era larga y laboriosa, como ya hemos venido poniendo de relieve; ahora, simplemente, con la sentencia de un largo y monstruoso proceso, asistíamos al alumbramiento de la verdad.

Nuestro frente, tras la caída de Barcelona, había podido rehacerse con grandes dificultades, hallándose hasta el día 1 de febrero, como se indica en el grabado 4, por delante del río Tordera, apoyado en las estribaciones del Montseny y cubriendo las regiones de Vich, Berga y Seo de Urgel; entre los dos últimos puntos, en un frente montañoso de más de 50 ki-

lómetros, estaba solamente vigilado.

El enemigo se tomó muy poco descanso; su avance por la costa puede decirse que no se interrumpió, empleando para progresar elementos motorizados que eran detenidos por nuestras destrucciones, más que por las tropas. Fuimos informados de importantes movimientos de fuerzas. Posiblemente iba a modificarse el despliegue enemigo con vistas a la maniobra final para aconchamos contra la frontera. Nuestro Servicio de Información había dejado de funcionar con la eficacia con que lo había venido haciendo hasta entonces, cosa natural, pues todo había quedado desarticulado y fueron necesarios dos o tres días para restablecer el equilibrio y el normal funcionamiento de todos los órganos.

Dos direcciones de ataque se previnieron como más peligrosas. Una, la de la costa: era la más larga, pero la que mejor se prestaba, por la extensa red de comunicaciones, para una maniobra rápida sobre Gerona y Figueras, dejando a nuestras tropas encerradas en la zona montañosa que se desarrolla entre Gerona, Olot y Vich, y sin posibilidades de repliegue sobre Francia, si el enemigo llegaba a dominar el nudo de Figueras y si al propio tiempo, por nuestro flanco izquierdo, alcanzaba Ripoll. Era el envolvimiento casi total del ejército; cuando menos todo el material quedaría sin tener salida hacia Francia.

Otra, la de Vich: esta dirección ofrecía la posibilidad de una maniobra de envolvimiento contra la costa, similar a las realizadas sobre Tarragona y Barcelona. Finalmente, podía el enemigo seguir actuando con sus seis cuerpos desplegados linealmente para atacar distintos puntos del frente y seguir derrumbándolo; pero era ya menos lógico que terminase así su maniobra por cuanto la red de comunicaciones ya no le era tan favorable para ello.

Tales direcciones fueron acusadas como principales a los mandos subordinados. Sobre ellas había que hacer el esfuerzo

principal a cargo de cada uno de los Ejércitos del Ebro y del Este respectivamente.

El ejército mantenía el frente con su organización regular, conservándose las unidades en su zona de acción, pero deshechas. Los mandos se multiplicaban para suplir con su presencia la falta de hombres y medios; en algunos lugares eran los propios cuarteles generales los que con grupos de hombres selectos sostenían el contacto; en otros puntos del frente lo hacían grupos de guerrilleros; detrás de unos y otros las unidades dispersas se reagrupaban, y dos divisiones (en verdad dos brigadas de la 74 División y una brigada de la 77) ultimaban su organización para cubrir la línea del Tordera. El escalonamiento de los servicios se mantenía con bastante rigor; las tropas eran abastecidas y los grupos de fugitivos que se reunían a retaguardia eran encaminados rápidamente hacia el frente. A los tres días de la caída de Barcelona, no obstante no haberse interrumpido la lucha y a pesar de todo lo que a retaguardia ocurría, las grandes unidades estaban bastante rehechas, así como el frente de combate, aunque mermadas de efectivos las primeras por los fugitivos que había arrastrado la oleada de pánico de Barcelona, e inconsistente el segundo, por que ni la moral ni los medios materiales de que disponíamos contribuían a darle fortaleza.

Cierto antagonismo que existía en los dos ejércitos de Cataluña antes de dar comienzo la batalla se había acentuado durante ésta, debido a que nuestros jefes y soldados son muy personalistas y el Ejército del Este culpaba al del Ebro de no resistir, de no combatir bien; pero yo entendía que había una injusticia manifiesta en tales apreciaciones y que las condiciones en que habían tenido que actuar los dos ejércitos habían sido muy diferentes. La realidad era que el antagonismo existía y que tenía por fundamento las dos tendencias ideológicas opuestas que dominaban en dichos ejércitos: en el Ebro, la comunista, y en el Este, la anarquista; sin que esta realidad

se viera atenuada por la existencia de unidades de ambos tipos en los dos ejércitos. Dicho antagonismo era ya viejo, como queda dicho, y preocupaba al mando, por cuanto cualquier incidente, situación de desequilibrio o revuelta que surgiese podía degenerar en unos caos en el que viniesen a las manos las dos tendencias, y la situación predisponía a que el fenómeno se produjese. Después, los acontecimientos de Madrid que han precedido a la terminación de la guerra, confirman que nuestros temores no eran infundados. La posibilidad de que estallase un conflicto de aquel tipo era aún mayor en Cataluña, por cuanto en esta región era menor el arraigo de los comunistas. Resultaba, pues, preciso, en medio de las terribles dificultades de la guerra y de las más angustiosas de la situación de aquellos días, mantener el equilibrio de esas fuerzas imponderables dispuestas a chocar y ello no podía hacerse más que teniendo en la mano a los jefes y a las unidades, asegurando la subordinación estricta al Gobierno de Frente Popular por encima de todas las ideologías, ejerciendo el mando con autoridad, acudiendo a zanjar rápida y enérgicamente los incidentes por fútiles que fuesen y aplicando en todo caso medidas justas.

En la retaguardia, el caos. Todos los organismos del Estado iban de un lado para otro procurándose una instalación en las regiones de Gerona y Figueras; nadie sabía dónde había nada; mucho personal de los Ministerios había ganado ya la frontera; de algunos de ellos desaparecieron las Direcciones Generales y la Subsecretaría. La Subsecretaría de Armamento, organismo de extraordinaria importancia, que a la sazón se hallaba empeñado en la distribución del armamento que se estaba importando, había realizado una evacuación de Barcelona, tan radical y tan desordenada, que era difícilísimo relacionarse con ninguno de sus órganos; unos habían marchado a Francia, otros andaban dispersos, so pretexto de reorganizar la industria, o se lanzaban inconscientemente a internar en

Francia materias primas y depósitos de la zona fronteriza; los materiales y medios de todas clases evacuados de Barcelona iban apareciendo por doquier, abandonados; hasta el armamento que se estaba importando se hallaba perdido y perdidas también las partidas ya consignadas a diversas unidades del ejército. Un desorden *perfecto* reinaba en todos los aspectos de la organización y administración del Estado.

El jefe del Gobierno se esforzaba por mantener reunido en Figueras el Gabinete; en el castillo de aquella plaza, donde se habían concentrado los principales Ministerios, se celebraban consejos a diario y casi se mantenía el Gobierno reunido permanentemente. En Figueras había tal congestión de organismos civiles y militares que era un verdadero problema incluso poder circular; a veces se invertían dos horas en llegar desde la entrada de la ciudad hasta el castillo. La autoridad era muy difícil de ejercer en una población donde, además de la desmoralización traída por la gente procedente de Barcelona, se padecía la producida por la persistente acción de la aviación; y por añadidura, aparecía la anarquía propia de la existencia de infinitas autoridades altas y bajas, todas celosas de sus fueros.

El Estado prácticamente se había derrumbado desde la salida del Gobierno de Barcelona, y esto, no sólo ocurría por haber quedado desorganizada la máquina burocrática, sino por la desmoralización del hombre y porque la masa, aunque percibiese la presencia del Gobierno, conocía la huida de muchos dirigentes. Los pánicos en la población civil y en todos los escalones de la administración eran diarios y contribuía a ellos poderosamente la falta de prensa y la multiplicación prodigiosa de los lanzadores de bulos y los derrotistas. En medio de este ambiente general había de desenvolverse nuestra actividad militar.

Reconstituidas nuestras fuerzas y restablecido inicialmente un dispositivo general de combate, se realizó el cambio de man-

do en el Grupo de Ejércitos. El general Sarabia no era el hombre apropiado a la situación. Nos hallábamos en momentos de pánico colectivo, cuyas consecuencias, si trascendía a las tropas el caos de la retaguardia, podían ser funestísimas política, social y militarmente. Estimaba, de acuerdo con el jefe del Gobierno, que el general Sarabia, no obstante, otras excelentes condiciones muy destacadas, no reunía las que la situación exigía. Un incidente surgido telegráficamente fue la causa inmediata determinante de su cese, al hacer una propuesta desafortunada. Dispuesta por el ministro la sustitución, fue designado el general Jurado para el mando del Grupo de Ejércitos, cargo que aceptó sin la menor resistencia, afrontando la difícil misión que se le asignaba y dando con ello un ejemplo de disciplina y lealtad. En verdad cumplió su cometido en los catorce días que duró su actuación con el máximo acierto.

La confusión reinante en todos los aspectos constituía una dificultad casi insuperable para restablecer la organización y el orden militar de una manera plena, pero se fue venciendo rápidamente. Se adoptaron una serie de medidas, que se pusieron en práctica con carácter de urgencia y cuyos resultados fueron bastante eficaces, pues todos aquellos organismos, zonas de territorio, ciudades y funciones que interesaba mantener bajo el control del mando militar, quedaron asegurados, lográndose reforzar en las tropas la moral y la disciplina y evitar que el derrumbamiento que se había iniciado no llegase a ser una catástrofe irremediable.

Así, el día 27, se contiene un pánico en la costa; se reemplaza, según antes se dice, el mando del Grupo de Ejércitos; se dicta una orden general reorganizando el territorio y dando instrucciones: para la recuperación de personal; para intensificar los trabajos de fortificación; para mantener en instrucción todo el personal recuperado o movilizado en las Comandancias militares; para regularizar el tráfico, la circulación y

los abastecimientos; para delimitar las atribuciones de las demás autoridades; para recuperación de material; para regularizar las transmisiones; para el funcionamiento de los servicios; para reorganizar la defensa de costas y, finalmente, para sostener la moral y la disciplina en la retaguardia.

El 28 se fijan los planes de trabajo para las fortificaciones en toda la zona del interior.

El 31 se dicta una orden severísima para contención de los pánicos y restablecimiento de la disciplina y del orden en la población civil; para recuperación del personal militar fugitivo, y para crear las Comandancias militares de la región fronteriza que asegurasen el control y la disciplina en la frontera.

No todas las medidas militares pudieron hacerse eficaces, ni fueron cumplimentadas. Dos relaciones de las que mantenía el EMC quedaron francamente desarticuladas en el último período, especialmente después de la caída de Gerona: las que se mantenían con la región Central y con la Flota.

Las comunicaciones con la región Central, al faltar el enlace radio, se hicieron muy precarias. Ciertamente se limitaron mucho las relaciones normales con aquella región, no sólo porque la situación consumía toda la atención sobre Cataluña, sino porque aquel Grupo de Ejércitos tenía ya instrucciones respecto de la conducta que debía observar y no había motivos para modificarlas.

Una de las cosas que no pudieron corregirse fue la desmoralización de gran número de unidades de carabineros y de seguridad. Desde la caída de Barcelona, estas últimas, y desde el comienzo de la maniobra, las primeras, habían puesto en evidencia los vicios de su constitución, vicios que durante dos años y con verdadero aunque infructuoso tesón, habíamos querido anular, y que no logramos corregir siquiera, pues tales tropas escapaban a nuestra jurisdicción. Eran unidades de reclutamiento especial en las que se había refugiado el señori-



tismo, corrompiendo los núcleos sanos que tenían tales organismos, y los cuales, al principio de la campaña, habían demostrado ser, como los demás, buenos combatientes. Las primeras dependían del Ministerio de Hacienda, y las otras del Ministerio de Gobernación, y sólo quedaban bajo la dependencia del mando militar, cuando transitoriamente prestaban servicio en los frentes, donde, de ordinario, su presencia era un semillero de disgustos por los privilegios de que gozaban. Sus cuadros, en gran parte, como hechos caprichosamente, eran manifiestamente incapaces, y los hombres, de una moral de guerra poco sana como educados en moldes de retaguardia. Los pánicos de Figueras y Gerona, los desórdenes de la circulación, el paso a Francia, tienen en estas unidades sus orígenes y en ellos se manifiestan asimismo los peores efectos. El caso de los controles de seguridad que, en vez de contener los pánicos los acentúa, sumándose a ellos; de los carabineros destacados o en reorganización en la región fronteriza que inutilizan sus armas y —¡al grito de viva la República!— se pasan a Francia, y otros muchos que podían citarse, dan fe de su lamentable moral y disciplina. Para ser justos citemos con elogio el comportamiento ejemplar de algunas unidades: un número reducido de grupos de Asalto, algunos de los cuales se mantenían con las unidades combatientes: los Batallones 1 y 21 de carabineros y la ya citada en otro lugar, 3.<sup>a</sup> Brigada de carabineros, únicas unidades sólidas; la última combatía en el frente, y las otras consintieron controlar la circulación en la frontera. Al ejemplar comportamiento de sus jefes, oficiales y tropas se debió el poder regularizar la entrada del ejército en Francia.

Examinemos cuáles eran nuestras posibilidades militares. Al mismo tiempo que se reorganizaba nuestro dispositivo de combate, se estudió la posibilidad de una enérgica reacción a realizar urgentemente, reuniendo para ello el máximo de tropas de los dos ejércitos con el mayor número de medios y en

una zona fácil al ataque. Se eligió la adecuada en una posición central a ambos ejércitos, a fin de simplificar la maniobra de reunión de los medios; pero se desistió de la operación en el mismo acto de concebirse, bastando para ello considerar las posibilidades de ejecución, materiales y morales. Ningún ejército disponía de reservas; hubieran podido simplemente reunir unos seis u ocho batallones; no era posible retirar unidades del frente, pues las que pudieran venir del flanco derecho (el menos amenazado), tardarían bastantes días en poder llegar por razón de dificultad en las comunicaciones y escasez de medios de transporte, deshechos y perdidos éstos, en gran parte, en el barullo de la salida de Barcelona. Todas las demás unidades estaban empeñadas y sería necesario realizar una serie de relevos laboriosos; las que había detrás en reorganización estaban deshechas, carecían de instrucción, de cuadros y de armas, y las ya organizadas nos iban a consentir modestamente cubrir las grandes brechas del frente.

Debilitar éste aún más de lo que ya estaba para reunir una masa considerable era posible solamente si el enemigo daba tiempo; pero, por el contrario, no cesaba en sus ataques en diversas direcciones. Así comprendimos que la reunión y formación de nuevas grandes unidades era preciso realizarla lejos, en la región de Figueras. Para lograrlo se dispuso la reorganización del frente retirando de él los cuadros y algunas unidades de dos cuerpos de ejército para que sirvieran de base al encuadramiento, sin lo cual nada podría intentarse. Comprenderá el lector que era ilusorio seguir otra conducta viendo la orden <sup>19</sup> que fue preciso dar para asegurar la detención en el

---

<sup>19</sup> P. C. 27 enero 1939 — del Jefe Estado Mayor Central al Jefe Grupo Ejércitos región Oriental. — Le comunico que como consecuencia de la información que llega del frente se le ha dado al Comandante Militar de Gerona la siguiente orden: «Ordene con urgencia que salgan cinco equipos de fuerzas de Asalto con un mínimo de veinte hombres y con buenos Jefes, que seleccionará el Jefe de Seguridad a sus órdenes, para

primer pánico producido sobre la costa cuando el enemigo rompió hacia Caldetas y los pobres medios que para contenerlo podíamos utilizar: unos guardias de Asalto que se pudieron seleccionar; no había otra cosa.

El problema militar de conjunto ofrecía, pues, los mismos caracteres que en la fase anterior, acentuándose ahora las dificultades por el estado de desgaste y desmoralización a que se había llegado, si bien podía verse compensado el primero por la distribución de algunas armas.

Nunca he creído ciegamente en el carácter matemático de las operaciones militares, pero a veces las matemáticas aplicadas a los problemas de guerra llevan a conclusiones tan definitivas que es preciso someterse a los dictados de la ciencia para no llevar a los hombres a una catástrofe; en este caso, nuestro deseo de reaccionar, de imponer una conducta bien distinta de la que forzosamente observábamos desde el 5 de enero, era firmísimo. Ansiábamos hallar la menor posibilidad para explotarla; pero desdichadamente la realidad superaba todos nuestros esfuerzos y era preciso renunciar a las audacias infundadas porque se trataba nada menos que de la salvación de

---

que marchen a ocupar los siguientes puntos de Sur a Norte: Caldetas-San Vicente de Montalt-Villalba de Caserra-Villa Mayor-Cánovas. Tendrán por misión detener la gente que retrocede del frente y agruparla en las localidades inmediatas donde ha de reorganizarse urgentemente. Ordeno al Jefe del Ejército del Ebro que envíe a cada uno de los puntos citados un Jefe de Brigada o División para recoger la gente que se reúna, reorganizarla y asegurar la defensa de los puntos sensibles hasta que se logre la reorganización de las unidades que se repliegan. Deberán adoptarse toda clase de precauciones para que el repliegue de las tropas del frente no se realice más a retaguardia de la línea citada, a fin de poder reorganizar aquél apoyando la defensa, en el sector de la costa, en la Sierra de Montnegre. Para su conocimiento le comunico que análoga orden doy al comandante militar de Vich para que adopte las mismas precauciones sobre las comunicaciones que allí afluyen, siguiendo la línea Aiguafreda-San Martí de Centellas-Colluspina-Moyá...».

nuestras tropas del desastre militar y quizá del exterminio.

Todas las circunstancias nos eran desfavorables. La velocidad con que proseguía la maniobra el enemigo vino a confirmarnos en nuestro punto de vista, y la experiencia ya tenida, cuando se intentó una cosa semejante apoyándonos en el Llobregat, pesó grandemente en nuestra determinación. Llegamos, pues, a la conclusión de que la conducta a observar en la situación en que nos hallábamos no podía ser otra que la de rehacer el ejército y resistir, conteniendo la maniobra enemiga en las direcciones más peligrosas para el conjunto; apoyar sucesivamente el repliegue, si nos veíamos forzados a él, maniobrando sobre las líneas previamente determinadas, hasta la elegida cubriendo la región de Figueras y Olot, a ser posible, o bien Figueras y Besalú, si las circunstancias nos eran desfavorables; economizar al máximo nuestras fuerzas, tratando de desgastar, al máximo también, las del enemigo y asegurar la defensa del campo que llamamos fortificado de Figueras (pero que nunca llegó a serlo) comenzando por situar en él las tropas nuevas y las grandes unidades reorganizadas a base de los cuerpos que se retiraran del frente. Para todo lo expuesto se dieron con oportunidad las necesarias órdenes.

Mientras los planes militares se desenvolvían en el frente, como veremos, por un verdadero milagro de cohesión de unas unidades que venían siendo batidas durante mes y medio sin posibilidad de sustitución o renovación, en la retaguardia se desarrollaban las tristes escenas de los pánicos. Comenzaron en Barcelona con el repliegue de los organismos civiles y de retaguardia; repliegue completamente alocado, confuso, sin autoridad y llevando el desconcierto dondequiera que llegaba la ola o pasaban las entidades pie la formaban.

En Gerona se habían concentrado al iniciarse la evacuación de Barcelona gran número de organismos civiles y militares. Reinaba en la plaza un barullo considerable. Escaseaban los víveres. La avalancha de personal y material que, procedente

de Barcelona, se desplazaba hacia el norte para quedar allí una parte y seguir otra a la región de Figueras, hacía la circulación difícil y daba una impresión de desconcierto y huida que predisponía, inevitablemente, el ánimo mejor templado, al miedo y a la fuga. La vida toda de la ciudad estaba en crisis. La autoridad no se ejercía plenamente por nadie, y una actividad terriblemente cruel y persistente de la aviación enemiga aumentaba el desconcierto. En tal situación un rumor corre, traído por los fugitivos: *avanzan una columna motorizada y trenes blindados*; y fue bastante para que la población quedase casi desierta.

No sé, lector, si conoces lo que es un pánico. Nosotros hemos podido apreciar sus efectos y sus consecuencias por habernos visto envueltos varias veces en su vorágine. Al pánico de Girona había precedido una reunión de autoridades<sup>20</sup> convocada por la militar, con objeto de restablecer la normalidad perturbada por el aluvión de elementos llegados de Barcelona y por las primeras huidas ocurridas en la tarde del 27. Pues bien, las mismas autoridades subalternas civiles y militares de organismos de retaguardia, que habían asegurado a la militar de la plaza que continuarían en sus puestos hasta el sacrificio para rehabilitar aquella población deshecha por el miedo y el desorden, se apresuraron a salir cuanto antes de la ciudad y a la cabeza de sus respectivos organismos. Nadie se detiene a pensar ni a comprobar si el rumor es cierto. Por todas las carreteras van procesiones de gentes, automóviles, camiones; los que no tienen posibilidad de ir en coche y disponen de armas, asaltan a los que no las llevan, obligan a bajar a sus ocupantes y siguen ellos en el vehículo. Mujeres, niños, viejos, hombres, carros, coches de todas clases, impedimenta, ambulancias, camiones, todo revuelto; algunos que viajan en coche, viendo la imposibilidad de avanzar rápidamente por la

---

<sup>20</sup> No asistieron el alcalde ni el gobernador por haberse marchado ya de la plaza.

larga caravana que se forma y los atascos que se producen, abandonan el vehículo para seguir a pie y alejarse de un peligro imaginario, pues el frente aún estaba delante de la sierra de Montnegre y el enemigo muy ajeno a estas escenas que se producían a más de 50 kilómetros.

Casi todos los controles puestos en la ciudad desaparecen y en pocas horas, la zona contigua a Gerona y todas las comunicaciones hacia el norte se cubren con una ola inmensa de gentes, víctimas del terror y de sus instintos. ¿A dónde van? Se detendrán en el primer bosque o en cualquier refugio donde encuentren otras gentes serenadas y capaces de tranquilizarlas, o seguirán haciendo jornadas inverosímiles hasta caer deshechos, sin alimentación, fuera de todo cobijo, en el lindero mismo del camino. Para atenuar los casos de hambre que este éxodo alocado provoca, será preciso que un sistema de camiones recorra incesantemente las carreteras para que la gente no perezca de inanición. Al sur de Figueras se dispuso una red de controles fijos y móviles que contuviera esta corriente y la encauzase hacia campos de concentración. Todo fue inútil; la gente no pensaba más que en llegar a la frontera, rehuyendo los controles con que tropezaba, cuando no incitando a éstos a seguir la huida, propalando toda clase de infundios que, fácilmente, aceptarían aquéllos para sumarse a la comitiva. De este modo, una masa humana, con su impedimenta absurda, con su hambre, con su miseria, formada por fugitivos del frente, por militares de retaguardia y por personal civil de todas clases y edades, caerá sobre la frontera, y creará en ella, durante varios días, un panorama aterrador por su aspecto y por su volumen, pues concurrirán no solamente los procedentes de Barcelona y Gerona que querían ir a Francia, sino todos los que se habían contaminado del pánico en la región de Figueras, en la cual podrían citarse pueblos enteros de más de diez mil almas absolutamente desiertos. El efecto bárbaro y cruel de la guerra totalitaria llevada a la retaguardia

indefensa se había producido plenamente.

Tal fenómeno se produce dos veces en la costa y en él participan las tropas encargadas de su defensa. Diariamente no falta el rumor relativo a un desembarco del enemigo que motivará, más de una vez, que queden vacíos los pueblos costeros. Cierta noche, a la 1 de la madrugada, recibimos un aviso concreto de que el enemigo estaba desembarcando en Palamós. Lo reiteran por distintos conductos; la gente huye; en Figueras se toman precauciones enviándose las pocas reservas de que se dispone: un batallón de ametralladoras que estaba organizándose y unos guardias de Asalto. Insistimos en que comprueben la información y al fin, a las dos horas, se puede deshacer el error: se trataba de un simple ruido de chalupas dedicadas a la pesca y de conversaciones de unos internacionales que, situados en un pueblo costero, esperaban su salida de España; ello fue bastante para que unos elementos huidos de Barcelona, posiblemente agitadores derrotistas al servicio del enemigo, llegados aquella tarde al pueblo, lo creyesen ocupado por los italianos y lanzasen el grito de alarma que correría como la pólvora. Sólo conociendo el ambiente general que había en la región puede explicarse también la facilidad con que se producían estos pánicos colectivos y el extraordinario volumen que rápidamente alcanzaban.

En la población civil todos ellos fueron de efectos graves y el último tuvo caracteres terribles en Figueras, donde la plaza quedó abandonada en pocas horas. Se debió al estrago verdaderamente inhumano de dos fortísimos bombardeos de la aviación enemiga, combinados con rumores alarmantes de todas clases. Comenzó el pánico a las 4 de la tarde, y a las 9 de la noche llegó el jefe del Grupo de Ejércitos con el jefe de EM del mismo y pudieron encontrar la ciudad y el castillo completamente desiertos; ni siquiera había quedado la guardia en el segundo; en la estación, para coger los trenes que había formados, hubo toda clase de violencias y las escenas

de desesperación a la salida de Figueras fueron terribles. El enemigo estaba aún a 60 km y sobre la raya fronteriza se aglomeraba una multitud que podría cifrarse en más de cien mil almas. ¿Dónde iban? ¿Qué pensaban de su destino estos hombres? Era el éxodo fatal de una muchedumbre inorgánica que, rotos sus vínculos sociales y políticos y dominada por un terror infinito, sólo pensaba en su salvación al sentirse aplastada por el adversario. Al fin, abierta la frontera tres días antes de la retirada y paso de las tropas a Francia, se logró ver la carretera con la circulación organizada y con una corriente humana y de material que pasaba sin descanso hacia el país vecino.

El ejército, aunque conocía lo que ocurría en su retaguardia y su moral no era muy fuerte, tuvo serenidad bastante para no descomponerse y huir en desorden, conservándose hasta el último momento en manos del mando sin una violencia, sin una protesta. Especialmente las tropas de contacto se movían, maniobraban y combatían allí donde se les ordenaba. La superioridad aplastante del adversario provocaba invariablemente su repliegue, idea ésta, que llegó a arraigar en todos como consecuencia de la huida general a Francia.

Entretanto, ¿cuál era la obra del Gobierno?, ¿cómo se llevaba la alta dirección de la guerra?

Aquél se mantenía reunido, como ya hemos dicho, casi permanentemente, en Figueras, y enfrascado en deliberaciones más o menos abstrusas. El ministro de Estado iba diariamente a Francia donde mantenía relaciones con las Embajadas. Un éxito debe señalarse: la posibilidad de que las tropas y la población civil pudiesen pasar a Francia. Humanitariamente se salvó a más de cien mil personas civiles aconchadas contra la frontera, de las cuales algunas venían pereciendo de hambre y de frío, y se evitaron sucesos lamentables y el inmenso sacrificio de un ejército que también hubiera llegado a verse en la misma situación, puesto que no podía materialmente combatir



y no quería rendirse.

En lo político existían las preocupaciones de la salida del presidente de la República, del Gobierno y del personal y para esto último se distribuían pasaportes y socorros, cosa que aumentaba el nerviosismo. El castillo de Figueras era un foco de actividad política; diariamente, a cualquier hora, pero especialmente a las de la caída de la tarde, se convertía en un hervidero; políticos y militares deambulaban, como en julio y agosto de 1936, por los despachos del Ministerio de la Guerra; los que durante la lucha tan pocas cosas útiles hacían en beneficio del frente, se reunían para comentar la situación y no dejar trabajar a los que allí cumplían con su deber, y para exponer soluciones sabias o radicales. Pero ninguno quería ver que lo ejemplar, lo verdaderamente útil hubiese sido ir al frente a tomar las armas, a fortalecer a los hombres que aún se batían, a reforzar la acción de los mandos, a llevar su personal colaboración, o siquiera una palabra de consuelo o aliento a la tropa, a la que, por el contrario, cuánto chisme, cuánto infundio desmoralizador llegaba. Transcribimos una carta<sup>21</sup> de un comandante de unidad dirigida a uno de los je-

---

<sup>21</sup> «Breve informe particular y muy reservado a...

No entraré en detallar nada de lo ocurrido hasta hoy en los frentes. Diré solamente lo que hay en este momento en el frente donde me encuentro. Durante todo el día el enemigo ha luchado en este frente de ... Ha conseguido cuantos objetivos ha deseado conquistar, aunque se le ha puesto alguna resistencia por nuestras fuerzas. Los batallones del enemigo avanzan perfectamente organizados y es la forma de desmoralizar a nuestra gente. El frente ha sido hoy completa y constantemente modificado. Desde las primeras horas del día se previó todo por el mando y desde ... fueron montándose líneas sucesivas hasta las inmediaciones de la población de ... donde a esta hora se encuentra la línea. Todos los hombres combatientes y los mandos están con visibles muestras de duro quebranto y cansancio moral. Esperan todos, y en ello confían, que venga la solución de parte del Gobierno. Nadie duda de que la "solución" no tarda y les parece mentira que ya no esté en

---

práctica. Generalmente no hay muchos que piensen si no es así pues no les interesa nada más que el no ser cogidos por el enemigo. Mañana quedará el frente quizás muy de mañana sobre ..., donde ya me he establecido. ¿Qué pasará? Es una incógnita. Todo lo hemos preparado bien para resistir. No hemos parado un instante y el certificado que darían nuestros cuerpos es el de que hay que defender lo que se desea: el río. No dudo de que algo se hará. La gente no está mal de presencia de ánimo. Se han ido dos mayores de batallón y unos diez oficiales. ¿Causas? Que no tienen moral y que dicen que no hay nada que hacer, etc. En nuestra forma de obrar está el cortarlo y ya lo hacemos. Lo que motiva esto son varias razones de peso para ello, y que, entre otras, son: 1.º La gran carrera que ha dado el enemigo a nuestra gente y que tantos prisioneros ha tomado. 2.º La pérdida de Barcelona y la progresión del avance enemigo en todo el frente del ... 3.º La falta de noticias y la carencia de contacto con los hombres influyentes de sus respectivos partidos, que creen ya están todos en el extranjero o próximos estarlo y, 4.º que ya no ven razones de que la guerra continúe de esta forma tan rara y adversa para nosotros. Todo lo expuesto es el fiel extracto de lo que es la realidad, que corre de boca en boca y de sitio en sitio. La cosa es algo rara y no hay causas que motiven las muchas deserciones que hay en todas las unidades en general. Nadie se preocupa sino del mejor sitio para partir y así es que no hay espíritu de resistencia. También hay mucho que hablar de los pueblos estos. En todas partes esperan al enemigo y desde muchos días ya les tienen todo preparado. No sé cómo explicarme lo que pasa en muchos hombres antifascistas de antes del 18 de julio del 36 y que ahora no les importa pasarse al enemigo. Muchos ya lo hacen y a Barcelona han ido. Resumen: *a)* que no se puede formar un frente de seguridad y que permita confiar en él. Faltan elementos para ello. Aquí actúa, el ... Cuerpo de Ejército y tiene unos mil hombres; *b)* que veremos qué pasa en ... mañana; *c)* que después del río ... será casi imposible formar una línea inmediata, por causa del terreno y por lo mal que va a estar la gente; *d)* que se impone hacer algo que dé ánimo y confianza a la gente y que moralmente los obligue a seguir luchando; *e)* que Cataluña como población civil ya deseaba a Franco, y *f)* que vamos siendo pocos para detener al enemigo aquí y que no todos piensan que si llega la hora hemos de darlo todo por la causa y morir como ya lo han hecho tantos. Es cuanto puedo decir al amigo, al Jefe y al hombre que sé no le cansaré el ánimo y que verá en todo lo dicho la expresión de la verdad y la palabra del que por encima de todo tiene su interés, su moral y su dignidad y que por todo ello no

fes del EM, reveladora del estado de moral en el frente y en la que se cita el abandono político en que se consideraban las unidades. Aquel exagerado celo de otros tiempos de más calma para ponerse en contacto político con las tropas se había extinguido porque buen número de los que lo realizaban estaban ya en Francia; y de los demás ¡cuán pocos tomaban contacto con sus hombres! Señalemos también ahora, para ser justos, que algunos políticos, aunque pocos, mantenían ese contacto ampliamente y que, haciendo honor a la honradez con que trabajaron toda la guerra, se mantuvieron al lado del soldado y de los mandos hasta el último momento, y con ellos pasaron la frontera.

Además del foco político de Figueras actuaban otros, entre los cuales se cuenta el de Perelada, donde estaba la presidencia de la República en una soledad de muerte. Al atardecer de cierto día (aún no había caído Gerona) se presentó en el cuartel general un ayudante del presidente. Venía a decirme que S. E. había llamado al jefe del Gobierno para que le informase, y que deseaba, si no tenía inconveniente por razón del trabajo, que asistiese también yo a la reunión. Le dije que iría

---

se hace al contagio catastrófico del mal y de la renuncia a ser ESPAÑOL y a ser hombre con libertad. Escrito en el km ... de la carretera ... a las 20.30 horas del día 31-1-39. Ampliación: Son las 2.15 horas del 1-II-39. Ya está la línea sobre ... y es posible que éste esté rebasado por algún sitio. No tengo idea de quién defiende la parte derecha de mi frente y por allí parece que ha sido, por donde el enemigo consiguió esto. Ahora que he visto, cómo la gente ha pasado para acá el ... y de la forma que vienen actuando, y después de haber hablado con oficiales de enlace del ... Cuerpo de Ejército no puedo nada más que ratificarle lo que ya le he escrito antes. La gente está muy mal y nadie quiere hacer nada, aunque poco se puede hacer. No quiero decirle nada más, sería no terminar. ¡Qué sea pronto ésta en sus manos y verá lo que hay aquí! Quiero recabar de Ud. la impresión que tiene de la cosa en su estado moral general y le ruego no dude en que porque sea malo me ha de parecer mal o fuerte. Nada me extraña y bien preparado estoy para duras pruebas. — Un abrazo».

con la autorización del jefe del Gobierno y que, por mi parte, no sólo no tenía inconveniente, sino que estimaba, en la situación que atravesábamos, muy oportuna la reunión y el informe, y que, además de parecerme oportuna, la consideraba urgente por lo que, si era posible, debía procurarse que se celebrase aquella misma tarde. Previamente las consultas de rigor así se hizo. Marché a recoger al jefe del Gobierno y juntos nos desplazamos a Perelada donde ya nos esperaba el jefe del Estado. En presencia de éste y por indicación del primero, hice un informe improvisado de la situación, pero claro y concreto; expuse aquélla de una manera descarnada, como yo la veía y con toda la gravedad que le atribuía, pero sin derrotismos, analizando las posibilidades de sostener la lucha en la zona catalana y en la Central. Señalé mi impresión de que en Cataluña el Estado se hallaba hundido verticalmente y que en el terreno militar estábamos deshechos y, ni la calidad de los hombres que venían a filas, ni la cantidad de medios de que disponíamos permitían confiar en que el esfuerzo sobrehumano que había de pedirse al ejército para asegurar la detención de la maniobra enemiga, se produjese. Íbamos a estar en pocos días sin industria, sin aviación, sin red hospitalaria, sin zona de maniobras posible, con todo lo que quedaba en Cataluña del Estado diariamente sometido a la tiranía de la aviación adversaria y a la, aún más dolorosa, del pánico. Aquello podría durar cuatro, ocho, veinte, cincuenta días más, extremando la resistencia; pero tendría, tarde o pronto, el mismo fin si las circunstancias exteriores no variaban: o se arrostraba un sacrificio colectivo absoluto o se resolvía pronto lo conveniente para evitarlo si es que se consideraba aquél inútil. Nos quedaba solamente la posibilidad de resistencia en las líneas de detención previstas en la región de Figueras; señalé las condiciones de todo orden en que habría de hacerse; las medidas que se habían adoptado para rehacer las unidades y conservar las tropas en el cumplimiento de su deber y las posibilidades con que contábamos en todos los aspectos.

Amplié mi informe el jefe del Gobierno señalando puntos de vista que a mí no me incumbía analizar e indicó las gestiones que se hacían internacionalmente y las posibilidades que estimaba debían aún agotarse. Discutieron brevemente los dos presidentes y, por fin, el del Estado pidió al del Gobierno que plantease la situación ante el Consejo de Ministros y le propusiera con urgencia una resolución del Gobierno. Se resolvió que éste se reuniría con tal objeto al día siguiente, que yo informaría y que seguidamente se le comunicaría el resultado de los acuerdos.

A nuestro regreso, el jefe del Gobierno se limitó a expresar su conformidad plena con la exposición que yo había hecho ante el jefe del Estado; pero me añadió que para evitar que, en el seno del Gobierno, al hacer yo la misma exposición, pudiesen los ministros obtener de ella una impresión deprimente, evitase comentarios radicales, pues sólo al Gobierno correspondía pesar la gravedad de la situación política y resolver respecto a la liquidación del conflicto. Así le prometí hacerlo y lo hice. Terminado mi informe ante el Gobierno, al día siguiente, continuó aquél deliberando. Por mi parte ignoro las resoluciones que pudieron adoptarse.

El horizonte no se aclaraba. Continuaba el repliegue en el frente y se agravaba por días la situación militar y aún más en el terreno político, pues, en verdad, el derrumbamiento de la moral de nuestros dirigentes, si era menor que la que padecía el pueblo y se mantenían al pie de su deber, era efectiva, y su acción como gestores en la administración y dirección de las actividades del Estado era prácticamente nula por la sencilla razón de que carecían de órganos para ejercerla. La personalidad del presidente mantenía armado el tinglado del Gobierno que se debatía ante un terrible dilema: liquidar el conflicto o continuar la guerra.

Cierto día, en una de mis entrevistas con el presidente le hablé de la posible terminación de la guerra con toda claridad.

Convencido yo de que el problema de Cataluña estaba perdido y que por las circunstancias que en la situación concurrían no había fuerza humana capaz de torcer el rumbo de la solución, me preocupaba que siguieran gastándose estérilmente las vidas de los combatientes, únicos, con el Gobierno, que, por aquellos días, se mantenían en el cumplimiento de su deber, tan ineficaz como cruento. Le manifesté claramente que cuando las guerras se pierden, se busca la paz por el camino más digno; que ni los mandos militares, ni el ejército, en general, eran responsables de la situación de extrema debilidad que padecíamos, pues el sacrificio de casi todas las grandes unidades, que venían combatiendo durante 45 días y seguían en sus puestos, después de haber perdido todas el 50 por ciento de sus efectivos, y algunas varias veces, era notorio, no obstante, haber padecido crisis de moral de las que se habían rehecho; tampoco lo eran de que el armamento y los medios que se esperaban desde hacía más de dos meses hubiesen llegado demasiado tarde y en defectuosas condiciones, y aún menos de que careciésemos de reservas humanas; en una palabra, de los motivos que determinaban su impotencia para resolver aquella situación angustiosa. Le manifesté con toda claridad que nuestro ejército, si la frontera no se abría —y aquellos días estaba cerrada a piedra y lodo— se vería aconchado en un plazo corto contra ella, ocupada ya por fuerzas senegalesas; añádase que en tales momentos estaba también sin resolver el problema de la entrada en Francia del personal civil, del que sólo pasaban algunos días cierto número de mujeres y niños. La gravedad de la situación obligaba a temer una catástrofe histórica, porque iba a presenciarse la destrucción total de un pueblo como en los tiempos bíblicos.

Como siempre que le planteaba algún problema, le expuse, entonces, la solución; la mía, la única que yo veía; la que, en medio de nuestra calamitosa situación, estimaba que aún podía aplicarse dignamente, e inspirada en un criterio en el que

no pesaban ninguna suerte de intereses políticos: la renuncia a seguir la lucha armada, sin previo parlamento, sin pacto; una renuncia a la lucha por impotencia; por abandono de quienes debían ayudarnos, porque ésta era la verdad; pero una renuncia terminante. Le expuse también la manera como se debía proceder.

El ideario de libertad y de independencia de nuestro pueblo, la bandera de nuestros derechos, quedaría en pie, sin arriarse, porque no la rendíamos, y aunque solos, por otros derrotados, podríamos dar a nuestra patria la libertad que tan cruentamente se le arrebatava. El enemigo había anunciado que no habría represalias; si las aplicaba, las víctimas serían siempre menos que las de un desastre total y, por otra parte, las posibilidades políticas y la continuidad de la acción serían mayores. El luchador que es brutal y enormemente dominado por su adversario y que a pesar de esto le hace frente durante muchos asaltos (que en nosotros eran dos años y medio de lucha) y, al fin, aplastado por la superioridad, se desploma en el «ring», agotado, deshecho, sin energías físicas para poder intentar un nuevo asalto, pierde la lucha, pero no cae indignamente como hombre ni como luchador. Intentar seguir la pelea cuando no hay procedimientos técnicos ni humanos, internos ni externos, para hacer reaccionar el vigor físico muerto y el vigor moral caído, es suicidarse sin gloria, dando, además, al adversario un triunfo que no ha ganado en buena lid. Tal era la realidad de aquellos momentos aunque haya quienes, sin conocerlos, se obstinen en lo contrario.

Yo había estudiado el problema detenidamente, con todo el detenimiento que consentía la situación, pero analizando cuantos factores en él entraban; tenía para ello elementos de juicio técnicos y conocimiento profundo de la situación de nuestros combatientes y de la retaguardia y una visión que yo creía clara del estado en que se hallaba nuestro problema en el exterior. Elementos que no podían tener quienes no se ha-

llaban preparados técnicamente, ni sostenían contacto con la retaguardia ni con la vanguardia, o se hallaban insensible o sensiblemente influenciados por intereses políticos. No traté de convencer al presidente; seguro estaba de que veía la situación con la misma diafanidad que yo; pero él tenía la responsabilidad de la dirección y en su poder quizás otros elementos de juicio de que yo carecía, los cuales, o más bien, la ponderación de todos, podían inclinarle a tomar otro rumbo.

De las observaciones que me hizo influyeron poderosamente en mi ánimo:

— la posibilidad de que sobreviniese una lucha intestina entre los hombres y unidades dispuestas a seguir combatiendo, y quienes se hallaban inclinados a terminar el conflicto;

— la de que el enemigo se ensañase con la masa de combatientes, que teníamos el deber de salvar, no dejándolos en poder del enemigo, y velar económicamente por ellos.

Había más: una circunstancia muy interesante que me señaló el presidente y que estimé justa. Se estaban haciendo negociaciones para salvar el tesoro artístico situado en La Vajol y Perelada, depositándolo como patrimonio nacional en la Sociedad de Naciones a disposición del Gobierno legítimo para cuando terminase la guerra, solución que me pareció correcta. Era para ello preciso un tiempo determinado para ultimar la gestión y desplazar el tesoro a fin de evitar que pudiera ser destruido en la retirada, para que no quedase en poder de Franco, si llegaba a conocerse la situación de aquél.

Influyeron en mi ánimo tales observaciones del presidente de tal modo que renuncié a insistir en mis puntos de vista, ante la imposibilidad de su realización en el tiempo y por los trámites diversos que habían de seguirse.

He ahí por qué continuó militarmente el éxodo del ejército a



Francia. Tenía yo el deber de informar y proponer, y lo hice sin ninguna clase de reservas; después, me correspondía obedecer y lo hice también sin la menor reserva mental, porque estimé justas aquellas razones, convencido de que no se debía seguir otra conducta. Había, pues, cumplido un deber doloroso y me disponía a seguirlo cumpliendo por amargo y difícil que fuese. Para mí —y para todos, pues quien piense lo contrario cierra los ojos, consciente o inconscientemente, a la evidencia—, el problema militar en Cataluña <sup>22</sup> ya no podía tener solución favorable y era preciso salvar a unos hombres que tras el infortunio de haber tenido que luchar durante mes y medio en condiciones de inferioridad abrumadora, no merecían ser aplastados sin la menor gloria. Pero salvarlos, ¿para qué? ¿Para dejarlos errantes por el mundo? ¿Para ir a la otra zona a continuar la lucha? Más adelante veremos cuándo y cómo se preparó la evacuación y a qué quedó reducido el propósito.

Durante los días que mediaron entre el 26 de enero y el 8 de febrero, tiempo durante el cual se mantuvo el cuartel general en Agullana, se realizó en él un trabajo febril. Los acontecimientos lo imponían. La penuria de medios y de personal hacían aquel trabajo muy difícil e ingrato y las frecuentes visitas de personalidades impedían aprovechar bien el tiempo. Fe-

---

<sup>22</sup> Podrán los técnicos militares, enemigos o amigos, hacer sus discriminaciones para investigar si pudo seguirse en el curso de la maniobra otra conducta militarmente más útil. Lo que no podrán apreciar jamás en sus especulaciones es el ambiente en que se debatía nuestra actividad y nuestras determinaciones. Yo sólo añadiré a todo lo dicho, para ilustrar su juicio, que de los éxitos, pocos o muchos, que haya podido tener en mi gestión castrense, no como jefe nato, que nunca lo he sido, sino como jefe de EM, conservaré orgulloso el de haber podido vencer tres pánicos, restableciendo la calma y el orden, y sin que se contaminasen los hombres del frente y se derrumbase éste, para terminar viendo entrar en Francia los últimos soldados republicanos formados y con su bandera, la de la República, desplegada.

lizmente pudimos, entre los días 26 y 27, recuperar en nuestras manos, aparte la dirección de las tropas, que no se perdió un momento, todo el mecanismo de los servicios dispersos a consecuencia del salto desde Barcelona a la región fronteriza, en la que se carecía de instalaciones adecuadas y principalmente de una red de transmisiones suficientemente densa para asegurar bien las relaciones entre los diversos mandos y escalones. Todo fue subsanándose con la buena voluntad de los jefes del EM y de los Servicios y puede decirse que, no obstante la situación caótica de la zona, donde era difícil la circulación por las carreteras, embotelladas por los fugitivos, los contactos necesarios para el ejercicio del mando no se interrumpieron.

Allí acudían muchas personas: militares en el ejercicio de sus deberes, políticos para informarse de la situación, y otros que iban para recabar autorizaciones de circulación, pues entonces se cotizaba mucho la firma del jefe del EMC y era por ello una posibilidad más para llegar a la frontera sin dificultades. Hasta el jefe del Estado nos honró con su presencia cuando dejó su residencia de Perelada.

Las relaciones con el jefe del Gobierno, lógicamente, eran muy intensas y nuestras entrevistas frecuentes; él venía poco por el cuartel general; era yo el que se desplazaba al castillo de Figueras o bien a su residencia situada a unos tres kilómetros de Agullana, camino de La Vajol.

Cierto día subí a informarle temprano. Me acompañaba el jefe del Grupo de Ejércitos. En La Vajol, donde accidentalmente se hallaba el jefe del Gobierno, pudimos enterarnos de que aquella noche se había marchado el presidente de la República, pues el Gobierno había decidido la salida de aquella autoridad la tarde anterior. Iba a la Embajada de París, como territorio español, para desde allí pasar a la zona Central cuando lo decidiese el Gobierno. Supimos que la marcha había sido de noche, a pie, por el sendero de montaña que con-

duce a Les Illes, en Francia, y acompañado hasta ese lugar por el jefe del Gobierno; y supimos también, que éste se vio sorprendido, cuando, al regresar a España, pudo ver que por el mismo camino que había seguido el jefe del Estado, avanzaba otra caravana muy nutrida: eran los gobiernos de Euskadi y de Cataluña y la Presidencia de las Cortes; sin duda habían sido informados de aquella marcha y decidieron seguir la ruta del presidente. Así salieron de España dos Gobiernos legítimos, la Presidencia de las Cortes y la Presidencia de la República con sus respectivas comitivas y escoltas.

Parte del Gobierno marchó cuarenta y ocho horas después que el jefe del Estado, quedando en Cataluña el presidente de aquél y los ministros de Hacienda, Estado y Agricultura.

El día 8, a las cinco de la tarde, la víspera de alcanzar el enemigo la frontera, pudo salir el jefe del Gobierno en su automóvil, por la carretera general, para instalarse en su puesto de mando en Le Perthus (español), al mismo tiempo que las tropas que mandaba, en el momento preciso, sin precipitaciones, y rindiéndole honores las tropas francesas, como correspondía al jefe de un Gobierno extranjero, cuya situación, si podía ser dolorosa y lamentable, no tenía nada de deshonrosa.

Expongamos ahora, siquiera sea sumariamente, cómo se desarrollaron los acontecimientos en el frente de combate.

El mando superior había fijado en la instrucción reservada del día 24, una línea para restablecer el dispositivo de fuerzas, rehacer el frente y asegurar la detención. El mismo día 27 chocaba en ella el enemigo y la arrollaba por la costa, mas no así en la dirección de Granollers, donde se le contuvo bien, librándose unos combates cuya dureza recordaba los de las regiones de Borjas y Mafet en la primera fase; pero la penetración por la costa continuaba audazmente empleando el enemigo elementos motorizados que eran detenidos por las destrucciones. El repliegue hubo de continuar bajo la incesante presión enemiga y se desenvolvió rigurosamente como se

había previsto, incluso con un ritmo más lento del que se había calculado.

Desgraciadamente no ocurría lo mismo con la reorganización de las fuerzas en la región de Figueras pues aquí, injustificadamente, se sucedían los pánicos de la población civil que todo lo arrastraban y obligaban a recomenzar diariamente las mismas tareas. Íbamos, pues, a llegar con las tropas a aquella región antes de que estuviesen ultimadas las obras y rehechas las unidades de reserva.

Más al norte el repliegue podía ser más lento porque el terreno nos favorecía, no obstante lo cual, tras unos días de descanso o reorganización sobre el Llobregat, pudo el enemigo, en tres jornadas, situarse ante Vich y ocupar la plaza el día 1, sin apenas resistencia, pues la brigada de la División 74, a la que se retrasó la entrega del armamento cuatro días por haberse perdido éste, pudo recibirlo a tiempo para entrar en línea, sustituyendo a fuerzas que venían batidas por el eje de Manresa, pero, falta de toda cohesión, no soportó el ataque fuertemente montado por el enemigo. En la parte de la costa pudimos conjurar la situación, situando dos brigadas de las Divisiones 74 y 77, las cuales ocuparon durante cuarenta y ocho horas la línea del Tordera, a cuyo amparo tratamos de reorganizar las unidades de los Cuerpos XXIV y XV ya fundidas, pero, antes de que esta reorganización pudiera realizarse, un nuevo y potente ataque adversario deshacía el débil frente sostenido por aquellas unidades nuevas y reanudaba el avance sobre Gerona.

El día 3 quedaban bien acusadas las dos direcciones de esfuerzo que llevaba el adversario, y se habían formado en el frente dos grandes entrantes hacia Gerona y hacia Olot. En el primero actuaban los Cuerpos Marroquí y Navarro, reforzados con elementos motorizados del Italiano; en el segundo, el Cuerpo del Maestrazgo y parte del de Aragón; entre ambas agrupaciones de fuerzas quedaba, como en reserva ante el

Montseny, el Cuerpo Italiano frente a la zona abrupta no atacada; más hacia el norte, el resto del Cuerpo de Aragón avanzaba sobre Ripoll, y el Cuerpo de Urgel atacaba por las partes accesibles la zona montañosa y el sector de Seo de Urgel. Nuevamente se combatía en todo el frente. Gerona cae el día 4 y nuestras tropas, pasando por las líneas de repliegue previstas, iban a ocupar las de defensa del campo de Figueras y Olot, comenzando por la del río Ter.

Era necesario prever con tiempo la fase final hasta en los menores detalles, porque era la de más graves riesgos y la que exigía más imperiosamente tener en la mano las tropas y en mejores condiciones de seguridad todo el dispositivo y la retaguardia. Más que una larga explicación preferimos consignar el informe que se elevó al ministro y el texto del plan de maniobra que con carácter rigurosamente secreto fue entregado al Grupo de Ejércitos. (El texto de ambos documentos figura en el apéndice 4).

Con anterioridad (la tarde anterior) ya se había dado a todos los jefes de los Servicios, inspectores generales, subsecretarios y demás organismos dependientes del mando superior la orden para realizar la evacuación de los respectivos servicios a la región Central, lo que no pudo iniciarse en Cataluña por falta de medios y por no haber acudido la flota y cuya evacuación, como más adelante veremos, tampoco podría llevarse a cabo desde Francia.

En la región de Figueras, ya hemos dicho por qué no habían podido ser reorganizados los dos cuerpos; algunas de las unidades elementales reconstituidas y otras de nueva organización se situaron en línea; el Ejército del Ebro pudo reunir sus mejores elementos y contener el rápido avance enemigo en las inmediaciones de Gerona. Durante dos días lucha en el valle del Ter; resiste y contraataca con éxito, obligando al enemigo a repasar el río, pero es arrollado al tercer día y se retira a la segunda línea prevista en dicho campo, la del Flu-

viá. Entretanto, el Ejército del Este combatía con gran tesón en las inmediaciones de la plaza de Olot, pero también allí logró el enemigo la ruptura el día 6 y la ocupación de la plaza el 7. Nos quedaba solamente extremar la última posibilidad de reorganización y resistencia en la línea del Fluviá que continuaba por Besalú y por la sierra de Basagoda hasta la frontera. Entre ésta y Seo de Urgel iban a quedar dos sectores autónomos: el de Camprodón-Ripoll, donde se reunían las tropas y elementos, en su mayor parte del Cuerpo XI, y el de Seo de Urgel con los del Cuerpo X.

Mas, al finalizar la jornada del 7, los partes de los ejércitos eran precisos. Las tropas no podían, ni por su estado de agotamiento, ni por su moral, rehacer la línea de combate y resistir. El frente volvía a estar deshecho en varias direcciones. Todas las informaciones que a nosotros llegaban eran concretas. El frente conocía la huida a Francia de la retaguardia y la salida de los dirigentes; no le quedaba por defender más que una bandera mantenida enhiesta a pesar de la adversidad y que no quería rendir. Militarmente, humanamente, eran imposibles la resistencia y la maniobra; había que optar resueltamente por el sacrificio absoluto o por la salvación de aquel puñado de hombres que no querían arriar la bandera de sus libertades, ni someterse a lo que se reputaba como una tiranía: a las 3 horas del 8 de febrero se dio la última directiva general al Grupo de Ejércitos, que decía así:

Al Grupo de Ejércitos de la Región Oriental. Como consecuencia de la situación creada en fin de jornada de ayer con el repliegue de los Ejércitos del Ebro y del Este y de la ruptura del frente de este último, disponga V. E. que se reorganicen las tropas en la línea del Fluviá y sierra de Basagoda y apoyándose en ella pongan en ejecución el plan de maniobra recientemente trazado para el repliegue sobre la frontera. Se extremarán las precauciones para asegurar la protección en la última fase, realizando con la máxima intensidad el plan de

destrucciones y protegiendo las columnas con destacamentos de tropas selectas situadas en retaguardia y especialmente sobre las líneas de comunicación. Las tropas pasarán la frontera formadas con sus jefes y oficiales hasta División a la cabeza y llevando todo su equipo. Se exigirá el mayor orden y disciplina y se respetarán por las unidades los itinerarios que se fijén por el mando para el paso de la frontera. Los jefes de unidad entregarán estado numérico de las fuerzas y material que pase la frontera y relación de los jefes, oficiales y comisarios, y racionarán en la última jornada sus fuerzas para dos días. Por los jefes de Ejército, Cuerpos de Ejército y División se darán órdenes precisas para garantizar el buen comportamiento de su tropa en la retirada y la mayor disciplina y orden en todas las fases de la maniobra y especialmente en el paso de la frontera. P. C. a las 3 h. del día 8 de febrero de 1939. De orden del ministro de Defensa Nacional. El general jefe del Estado Mayor Central, VICENTE ROJO. Rubricado. Conforme. El ministro de Defensa, NEGRÍN. Rubricado.

La anterior directiva sería precisada por el Grupo de Ejércitos disponiendo que el repliegue, como se había previsto en el plan, se hiciese en tres jornadas:

—El 8, las tropas se situarían sobre la zona de destrucciones y comenzaría la ejecución de éstas.

—El 9 y el 10 se verificaría la entrada en Francia.

El día 8 el jefe del Gobierno presidió una reunión en Agullana a la que asistieron unos treinta jefes y comisarios de los escalones superiores, convocados al objeto de que conocieran con todo detalle la situación y las disposiciones de carácter general adoptadas para la resolución del problema militar, por si alguien estimaba hacer alguna observación y fuese ésta digna de ser tomada en cuenta. Tal reunión era conveniente.

No se trataba, ni mucho menos, de un Consejo de Guerra; simplemente de un cambio de impresiones con quienes, por razón de sus cargos, jugaban un papel importante y estaban obligados a apreciar la situación y aportar su ilustrado criterio para tener en cuenta lo que pudiera ser más útil, ya que se ventilaba un problema de sumo interés para todos nosotros y para España misma.

En dicha reunión se planteó la situación con los graves caracteres que tenía, se precisaron las posibilidades de resistencia en las dos zonas, el proceso que había tenido el repliegue y el final previsto para éste, cuya ejecución había comenzado. El jefe del Gobierno abrió la reunión con breves palabras fijando el objeto de la misma (el que antes indicamos) y después de hablar el jefe del EMC<sup>23</sup> fue concediendo la palabra a todos los asistentes, sin que nadie objetase nada a lo expuesto; el comisario de Ingenieros preguntó si de todo lo que se había dicho por el jefe del EMC se había tenido informado al Gobierno (¡hasta el último momento los recelos del Comisariado!), a lo que naturalmente contestó el jefe del Gobierno, que sí; también el jefe del Ejército del Ebro, refiriéndose principalmente a las posibilidades de resistencia en la región Central, señaló que debían extremarse en ella las medidas para asegurar dicha resistencia, por entender que ésta podía implicar una modificación general en las condiciones en que se desenvolvía la guerra. Cuando iban a hablar los que quedaban, se suspendió la reunión porque las noticias que se recibían telefónicamente del frente acusaban el avance enemigo en la región de Figueras y era preciso que todos los mandos allí presentes se encontrasen en sus puestos.

Efectivamente, los acontecimientos se precipitaban. Aconsejé

---

<sup>23</sup> Se hizo a los reunidos un informe similar al producido unos días antes ante el jefe del Estado y después ante el Gobierno, ampliado con los nuevos caracteres de la situación y con las disposiciones adoptadas los días anteriores para la ejecución del repliegue y el paso a Francia.



al jefe del Gobierno que aquel mismo día debía hacerse el traslado del cuartel general a Le Perthus (zona española) pues al día siguiente podía ser demasiado tarde. A las cinco de la tarde del día 8 se hizo dicho traslado, quedando allí instalado hasta las 13.30 horas del día siguiente.

A la llegada del cuartel general a Le Perthus, ya estaba instalado el puesto de comandancia en una de las casas españolas; se cumplieron los trámites protocolarios con las autoridades francesas y se dieron las últimas disposiciones para asegurar la conservación de las fuerzas y el orden en la retirada. Pudo ésta hacerse efectivamente con orden, a pesar de que una incursión enemiga por caminos secundarios precipitó el repliegue por el eje principal (La Junquera) y la llegada de las primeras tropas rebeldes a la raya en dicho sector, antes de lo que se había calculado.

A las 11 de la mañana del 9 marchó el jefe del Gobierno a Toulouse. La despedida de los jefes militares que allí quedábamos fue sencilla, cordial y emotiva.

Aquella misma mañana, de acuerdo con el jefe de las fuerzas francesas, para descongestionar Le Perthus, donde el tráfico era intensísimo, se dispuso el traslado del EM a Le Boulou. Cuando nos hallábamos preparando este desplazamiento, a las 13.30 horas, llegó la noticia de que el enemigo había podido rebasar nuestra red de destrucciones y avanzaba sobre Le Perthus. Efectivamente, a las 13.50 alcanzó la raya fronteriza. De los elementos que por la carretera general realizaban la evacuación sólo iba a quedar en España una columna de cincuenta camiones.

En los demás sectores continuó el repliegue durante el resto del día 9 y la mañana del día 10, fecha en que quedaba cancelada la maniobra de Cataluña con el paso de las últimas tropas españolas a territorio francés.

Nuestro ejército había librado dos batallas de desgaste los

primeros quince días de lucha y había sido derrotado, por su inferioridad material, en la primera decena de enero. En el transcurso del mes siguiente había realizado un repliegue metódico, sin posibilidades de reaccionar ni de rehacerse; había contenido al enemigo batiéndose en todo momento sin que el debilitamiento de su moral, siempre pronta a reaccionar, le hubiera llevado a situaciones de indisciplina o de pánico colectivo, sin sufrir el contagio de la desmoralización de su retaguardia y pudiendo pasar al país vecino dirigido por quienes le mandaban.

Los combatientes que así entraban en Francia llevaban sobre la amargura de una derrota por impotencia el orgullo de haber cumplido con su deber. ¡Victis honor!



26. Entrada de las tropas nacionales en Gerona (febrero de 1939).

27. Puente volado por el ejército republicano al norte de Gerona para dificultar el avance de las tropas nacionales (febrero de 1939).





28. Un destacamento del ejército nacional cruza el río Ter por uno de los puentes improvisados por los Servicios de Ingenieros.

29. El paso pirenaico de Piccade facilita la retirada de los republicanos a Francia.





30. Bombardeo del castillo de Figueras.

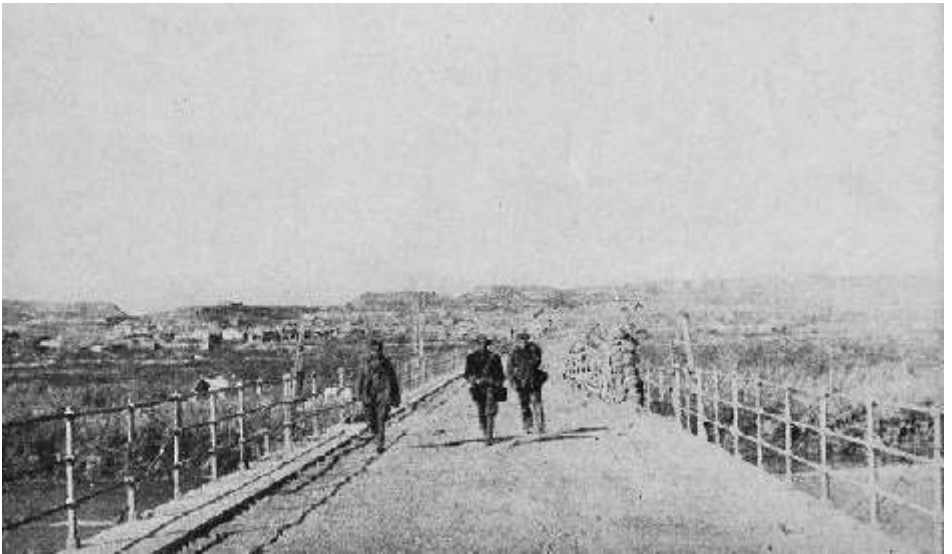
31. Los sótanos de la fortaleza de Figueras son inspeccionados por las fuerzas nacionales (febrero de 1939).





32. Frente de Cataluña: una posición republicana en la cabeza de puente de Serós (28 de diciembre de 1938).

33. Frente de Cataluña: el puente de Serós sobre el Segre (28 de diciembre de 1938).



**Tercera parte**

**ALEA JACTA EST**

## Capítulo 7

### EL FIN DE LA GUERRA

Vamos ahora a exponer someramente, pues los elementos de juicio que tenemos no nos consienten otra cosa, cómo se ha producido el final de esta gran tragedia que ha sido la guerra española.

Varios hechos deben ser considerados: las actividades españolas en Francia, el supuesto golpe de fuerza comunista, la dimisión de Azaña y, finalmente, las sublevaciones en la región Central, es decir, el movimiento de Cartagena y el llamado golpe de Estado casadista.

Pero, antes de entrar en esta exposición, estimo útil dar al lector una breve idea del ejercicio del mando en nuestro ejército, poniendo de relieve cómo llegó a romperse lo único que hasta el 10 de febrero se había mantenido coherente y firme, en su puesto: la conexión existente entre el jefe supremo de las fuerzas y su jefe de EM.

Mis relaciones con el presidente del Consejo y ministro de Defensa Nacional fueron siempre extraordinariamente cordiales. Ha podido haber, alguna vez, pequeñas discrepancias; pero jamás hubo, durante la guerra, violencia ni acritud grande ni pequeña. Puede decirse que cumplíamos ambos nuestra función en un ambiente, o mejor, con un espíritu de franca compenetración moral. Siempre conceptué al jefe del Gobierno como un buen español, un verdadero jefe político y un hombre digno. Blasonaba de no ser un político partidista y se comportaba como un gran conductor; las pequeñeces políticas no entraban en el cuadro de sus actividades; a quienes acudían a él para cuestiones nimias, egoístas, de organización, de



partido o de intereses, ciertamente no les atendía muy solícito, ni le ocasionaban graves preocupaciones. Me dejaba trabajar con bastante desenvoltura dentro de lo que eran mis funciones y aun me instaba, en algunas ocasiones, a proceder y resolver con toda libertad, si bien nunca lo hice. Como es debido en la función de jefe de EM, de todo le daba cuenta y sometía a su resolución y conocimiento todos aquellos asuntos que debía conocer, especialmente cuantos tenían alguna relación con cuestiones o personajes políticos. He sido, pues, al lado del jefe supremo de las Fuerzas de la República, un jefe de EM que ha podido trabajar y desenvolver su actividad en el marco que le correspondía, sin trabas, ni interferencias, ni imposiciones contrarias a lo correcto; pero también sin usar de iniciativa: que no correspondieran estrictamente a su función. Es por ello explicable que los asuntos que de mis manos salían no se resolviesen de manera expedita; solían dormir algunos un largo sueño, se resolvían a destiempo, o no se resolvían nunca, o eran resueltos con un sello político tal que se perdía la eficacia perseguida en nuestras proposiciones. De aquí que la libertad con que yo podía desenvolverme fuese más ficticia que real.

Su extraordinaria cultura le permitía discurrir con claro criterio en las cosas de la guerra, tanto en la apreciación de los acontecimientos, como en el desarrollo de las operaciones militares y jamás puso un veto formal a ninguna determinación. Cuando las decisiones que habían de adoptarse eran de trascendencia o podían tener importante repercusión en algún terreno, las sometía siempre a su análisis y resolución, y en los períodos activos de operaciones, aunque sus visitas al cuartel general no fuesen frecuentes, porque sus deberes políticos se lo impedían, se mantenía enterado al detalle de todo y con una frecuencia que graduaba la importancia de los acontecimientos.

Siempre le encontré firme en sus convicciones; mucho más

firme y seguro en las de tipo nacional y patriótico que en las de carácter político. Sus famosos trece puntos son todo un ideario nacional sin más defectos que el de no haber salido, en los nueve meses que han tenido vida, del terreno de la entelequia. Hombre extraordinariamente humano, le preocupaban los problemas del pueblo y el derramamiento de sangre. Sin su extraordinaria capacidad, mucho antes de la última crisis militar, hubiéramos padecido un hambre de derrota y una penuria de medios de tipo catastrófico para la población y para el ejército. Patriota de verdad, pensaba, sobre todo, en la España del porvenir y tenía ambiciones, ciertamente honradas, para llegar a una España grande, posiblemente más grande y con cimientos más sólidos que la que soñaba el bando enemigo. Muchas veces me ha hablado de sus grandes proyectos, que no tenían nada de utópicos, y siempre suscribí sin reservas sus aspiraciones. En cuanto a los problemas de sangre, sabido es que en la España republicana no se ha ejecutado una sola sentencia de muerte desde el 1 de septiembre de 1938 y que se ha pretendido inútilmente una correspondencia del otro bando; en tal cuestión he podido comprobar en diversas ocasiones a qué extremos verdaderamente ejemplares llevaba su hombría de bien. Él aspiraba a la compenetración, al mutuo reconocimiento entre los dos bandos y a la comprensión; muchas veces me decía que tenía mayores afinidades con algunos grupos y personas de la España nacionalista no sectaria que con ciertos grupos y personas verdaderamente reaccionarios de nuestro campo. Y por su moral, por su ideología, por su conducta yo veía que así era en efecto: ¡cuántos españoles de la zona republicana estaban en el mismo caso y qué fácil hubiera sido conducir la lucha con otro rumbo que hubiese hecho posible la comprensión!

Por desdicha, la guerra, que se ha mantenido durante dos años y medio en un plano falso, ha terminado en el mismo ambiente artificioso en que se engendró y la suerte de España no

quedará, por ello, debidamente encauzada después de nuestra terrible contienda.

Más de una vez, cansado de mi trabajo abrumador, desilusionado por no poder ver realizados mis propósitos de tipo técnico, pues la política se encargaba de entorpecerlos o desfigurarlos, quise presentar mi dimisión. Yo sabía que un militar no puede dimitir; pero sabía también que nunca faltan razones o excusas para hacerlo; a mí me faltaba, de las primeras, la principal, que era la pérdida de confianza del jefe o de los subordinados (creí tenerla siempre) o la oposición del primero con mi criterio en el desempeño de la función que me correspondía. Por otra parte, era preciso que la dimisión fuese oportuna: planteada en momentos de una difícil situación militar, de las que tantas hemos tenido, hubiera parecido una deserción ante el peligro; propuesta en momentos de calma y sin motivo serio, hubiera sido negar a la República una colaboración que, naturalmente, yo le prestaba de modo incondicional, no sólo por deber, sino por convencimiento y por efecto de mi completa compenetración con el problema de mi pueblo, aunque no la tuviera en el mismo grado absoluto con los partidos políticos. Nunca aceptó el ministro mi dimisión; cuando la presenté por razones de tipo político, porque logró disuadirme de mis escrúpulos, y cuando lo hice por cansancio, tuvo la habilidad de recordarme el cumplimiento del deber. Sea como fuere, es lo cierto que en todos los órdenes el concepto que me merecía el doctor Negrín era elevado; mi compenetración con él, plena, y el entusiasmo con que realizaba mi trabajo, grande, y como resultado de tal conjunto de circunstancias, más de una vez le hice presente que le acompañaría en su suerte y que me mantendría a su lado en tanto conservase su confianza.

En la ocasión de Cataluña, yo estaba sobradamente persuadido de que los acontecimientos se desenvolvían por el cauce en que necesariamente tenían que seguir y que si era contrario

a nuestros deseos no estaba en nuestras posibilidades el modificarlo. Políticamente tenía en sus manos el presidente las riendas; técnicamente las tenía yo, y desenvolvía sin trabas las decisiones corrientes de carácter militar, como corresponde a un jefe de EM. Yo venía señalándole el rumbo de los hechos que iban a sobrevenir y creo lo hice con clara visión y con oportunidad; más de una vez le dije que la guerra se ganaría o se perdería en la primera fase de la batalla que iba a librarse, antes de que pudieran caer Tarragona y Barcelona; que los factores políticos y sociales, y la moral de la masa popular, eran los que venían determinando la crisis y, ciertamente, no desde que comenzara la ofensiva, sino de mucho antes, seguidamente a lo del Ebro. Pero el presidente no podía evitarlo y yo no debía abandonarle; su conducta era correcta en todos los órdenes y si imponía una consigna de resistencia era porque no se podía establecer otra.

Unos días antes de la caída de Barcelona le aconsejé mi relevo, así como el de los mandos superiores que actuaban en Cataluña, como ya dijimos en otro lugar. Le razoné haciéndole ver que había que imponer un revulsivo radical para que cambiase todo, el comportamiento de la gente y la actitud de la retaguardia, e incluso el criterio con que se dirigían las operaciones, dando, aunque fuese artificiosamente, a la masa, y especialmente al ejército, la sensación de que se iba a seguir otro camino, posiblemente más eficaz, en la conducción de las tropas y de la batalla; y tal consejo lo di por creerlo necesario, aunque yo estaba convencido de que ninguno de los mandos había fracasado, pues yo había visto que no pudieron trabajar mejor, ni hacer más de lo que hicieron; asimismo era evidente que no habían fracasado las unidades, las cuales realizaban esfuerzos muy superiores a los que humanamente se les podían y debían pedir, y tampoco el sistema orgánico del ejército, puesto a prueba en la estructura de las unidades y en la de los servicios. Por el contrario, se arraigaba mi convic-

ción de que lo que venía quebrando desde hacía muchísimo tiempo era el sistema de dirección política del país y de la guerra, el cual, por su falta de unidad, reputaba yo de absurdo para realizar aquella dirección en forma eficaz. En la situación de descomposición a que habíamos llegado era, a mi entender, una medida manifiestamente beneficiosa aquel cambio de mandos, aunque transitoriamente hubieran de arrinconarnos a algunos jefes. Por lo que a mí atañía, le recomendé para sustituirme al general Matallana, ofreciéndome yo para cualquier cargo subalterno con toda lealtad, e incluso de jefe de EM de dicho general si no quería prescindir de mis servicios y llegar al mando único efectivo; pero no aceptó la propuesta; se opuso a ella terminantemente; sin embargo, insistí en la conveniencia de que llamase a dicho general. Yo podía tener una visión equivocada del problema militar planteado y era conveniente que otro jefe, sin haber padecido la influencia del primer mes de batalla, con todos sus efectos desmoralizadores, pulsase la situación sin influencias de ninguna clase; por ello entendía que aunque solamente le llamase para consejo o asesoramiento, lo estimaba útil; transigió con esto último, pero por diversas circunstancias ajenas a su deseo no vino a Cataluña aquel general.

El día 23, apreciando la situación francamente comprometida para la plaza de Barcelona, pues el frente de combate era algo inconsistente, aconsejé al jefe del Gobierno que saliera éste de la plaza. Yo quedaría allí hasta dejar articulada la defensa, como así lo hice. La marcha del Gobierno llevó consigo la de todos los altos organismos que había en Barcelona, haciéndolo éstos con la precipitación y el desorden de que se trata en otro lugar y comenzándose con ello la odisea de la población y los pánicos colectivos en la retaguardia, de los que ya no nos veríamos libres hasta pasar a Francia.

El presidente marchó a Camprodón y Figueras. Durante los dos días que me retuvo la situación en Barcelona no tomé

prácticamente contacto con él, pues era difícil localizarle y las comunicaciones hacia el norte eran diariamente destrozadas por los bombardeos enemigos. Este aislamiento comenzó a preocuparme, cosa que sin duda no le ocurría al presidente por la gran confianza que en mí tenía; pero era lógico que yo, que no mandaba realmente, sintiese la necesidad de mantenerme en contacto con el jefe supremo, quien, en la situación que vivíamos, quería yo que conociese los acontecimientos al minuto.

En la madrugada del 25, cuando salí de Barcelona, pude verle en Camprodón a la 1,30 horas; le informé detenidamente de los acontecimientos de aquellas dos jornadas y seguí después a Agullana, donde se había montado el cuartel general, cerca de la residencia elegida por el presidente.

Durante la permanencia del Gobierno en Figueras pude apreciar que la nave del Estado daba tumbos, no sólo porque éste hubiera quedado desarticulado, sino porque faltaba la fuerza motora de un Gobierno, que si se mantenía en pie, después de los pánicos de Barcelona y Gerona, era solamente por la voluntad del presidente. Mas, yo veía que éste, después de mis observaciones sobre la situación y la posible liquidación de la guerra, y no obstante hallarse totalmente de acuerdo con mis puntos de vista, no acertaba a cristalizar sus pensamientos en una solución política; encontré entonces sus primeras reservas mentales e inseguridad en su decisión, cosas incomprensibles para mí si la situación se percibía claramente. Yo apreciaba que se debatían en su ánimo deberes políticos y humanos; pero en todo caso yo no dudaba de su proceder recto.

¿No era ilusorio pensar en ayudas externas cuando nos habían dejado llegar al extremo en que nos hallábamos? ¿No lo era igualmente, y por mal que se comprendiese nuestra situación militar, pensar que aún podíamos tener un éxito? Si era así, ¿por qué se persistía en consignas de resistencia en vez de intentar una solución digna, aún posible? De aquéllas sólo

podía esperarse la destrucción de nuestra retaguardia y el aniquilamiento del ejército, el sacrificio colectivo absolutamente estéril. Es posible que a más de un observador de nuestra lucha aquellas interrogantes puedan parecerle derrotistas; pero yo sé que todos los que vivían aquellas tristes jornadas se las formulaban también y me consta que todos, salvo una respetable minoría, se las contestaban entonces de igual modo, aunque digan ahora lo que quieran. En aquellos días tenían la precaución de callar y quizás el deber político de hacerlo; pero yo tenía militarmente el deber de plantearlas y de contestarlas; triste deber que no dudé en afrontar con todas sus consecuencias.

Resultaba ya harto evidente que todos los países, menos la URSS, en cuanto a su apoyo material, nos volvían la espalda, y que la mayor parte de ellos esperaban ansiosos el fin de la guerra, desfavorablemente para nosotros, como deseosos de salir de una terrible pesadilla. Ésta era la realidad que se descubría en las conductas de los Gobiernos y en las acciones diplomáticas, aunque fuese una realidad para nosotros injusta; pero desdichadamente era así, a pesar de que no compartiesen la opinión de sus Gobiernos grandes masas de opinión extranjera. ¡Qué claramente han confirmado después los hechos nuestros temores!

Encontraba desconcertada la conducta altruista y patriótica del presidente y por primera vez le veía dudar buscando una solución digna. Una razón poderosa parecía cerrar a ésta el paso: la posibilidad de que se ejerciera una represalia colectiva y cruel sobre nuestras tropas si llegaban a caer en bloque en manos del enemigo. Comprendí, de acuerdo con el presidente, que de ello sólo podía librarlas la resistencia y el paso organizado a Francia, y a tal idea atemperé mi conducta, dirigiendo las operaciones y respetando las decisiones de quien aún podía y debía mandar.

Yo sentía una repugnancia profunda hacia quienes rehuían los

deberes políticos que tenían con las tropas y la manifesté de una manera ostensible ante el ministro cuando sometí a su aprobación una proclama <sup>24</sup> que estimaba indispensable para sostener la moral de los combatientes y de la retaguardia, muy quebrantada por los frecuentes pánicos de que ya hemos hablado. Fue aprobada por el presidente; estábamos aún de acuerdo en la apreciación de la situación y en el mal comportamiento de buen número de políticos. Sin embargo, le pare-

---

<sup>24</sup> «*Ciudadanos*: Las libertades del pueblo español están amenazadas. En Cataluña se defiende hoy la continuidad de la historia de España. Hemos sido arrollados, pero no vencidos. No importa que algunos bastantes dirigentes del pueblo, arrastrados por la ola de pánico que siguió a la caída de Barcelona, hayan faltado a su deber huyendo al extranjero; pero el Gobierno legal está en su puesto. Quedamos menos, pero mejores, porque no envenenan nuestro ambiente con su derrotismo, ni con su corrupción. *Las puertas de la frontera están abiertas para quienes quieran huir, porque no necesitamos cobardes a nuestro lado*. Es necesario trabajar y combatir; tenemos medios y entereza para sostener la lucha hasta el fin, y lo haremos porque no queremos vivir como esclavos. Ya están en Barcelona llenos de españoles los campos de concentración, donde la Gestapo y la Ovrá realizan su odiosa tarea. Queremos ser libres, queremos una España republicana e independiente. Queremos ser dueños de nuestra Patria, sin vergonzosas tutelas y, aunque nos acosen todos los pueblos totalitarios y nos abandonen vergonzosamente los que se llaman países democráticos, tenemos valor y dignidad bastantes para defender nuestro suelo y nuestro ideal. Vayan en buena hora al enemigo y al extranjero quienes no lleven a España en el corazón, y digan a nuestros adversarios y al mundo entero que España no se rinde. Quienes aquí quedan sepan que el mando se halla en una sola mano; que se ejercerá con entereza y con rigor, imponiendo a todos estrictamente el cumplimiento del deber; un deber que ha de hacer de cada uno de nosotros un gigante ante la adversidad y un héroe ante el peligro. ¡*Espanoles!*: la libertad de España está en peligro, pero la causa del pueblo español no está perdida. Que todo el mundo, desde su puesto, se disponga a cumplir con su deber hasta el triunfo o hasta la muerte. ¡*Ciudadanos*: Viva España!». — P. C., 2 de febrero de 1939. El presidente del Consejo de Ministros y ministro de Defensa Nacional, NEGRÍN.



ció excesiva y suprimió de ella el concepto que he dejado subrayado y que era, quizá, demasiado tajante.

La proclama expresaba la indignación del hombre que ve cómo se va quedando solo ante una situación de desastre, desasistido de muchos de los que debían colaborar para resolverla, fuera del campo puramente militar, pues es justo hacer presente que los militares, salvo muy pocos cuadros medios arrastrados por los pánicos, ninguno de los que formaban parte de las unidades propiamente llamadas combatientes abandonó su puesto. Yo recordaba aquella terrible situación de Madrid en noviembre de 1936, donde se pasó del cero moral a la exaltación, y, con ésta/ al triunfo, por efecto de una vigorosa colaboración político-militar, aunque en justicia deba decirse que aquella asistencia no venía precisamente del Gobierno. Aquí el fenómeno era inverso; el Gobierno estaba en su puesto y, a pesar de ello, la colaboración política fallaba. La veníamos buscando, pidiendo ansiosamente desde mucho antes de la caída de Barcelona, y salimos de Cataluña sin encontrarla.

Aquel latigazo duro, aunque justo, perseguía que el hombre honrado que en el frente o en la retaguardia soportaba estoicamente los horrores de la lucha, no sólo \*se mantuviera en el puesto que se le ordenara, para evitar el caos que se veía venir, sino que supiese quiénes estaban a su lado y qué otros, optando por la inmunidad de la ausencia, ganaban el tiempo para ir buscando una situación de privilegio.

El presidente veía, como yo, la guerra deslizándose y ya próxima a su fin, por un plano inclinado que nada ni nadie podía invertir. Mis informes no eran indispensables porque su juicio era claro en tal aspecto; pero, por si los necesitaba, los tuvo ante el presidente de la República, ante el Gobierno y en nuestras frecuentes entrevistas, pues nunca guardé con él reserva mental alguna, si bien tampoco presioné jamás su discurso en forma pesimista; por el contrario, me esforzaba en

ayudarle a encontrar una solución.

Estábamos también de acuerdo en que en la zona Central no había nada que hacer, si previamente no se resolvían una serie de problemas que garantizaran el abastecimiento en toda clase de recursos, incluso materias primas para la industria y armamento, y si no se corregían los vicios políticos y militares tantas veces señalados (véase los informes citados en los primeros capítulos y la conclusión 11.<sup>a</sup> del apéndice 1), pues ya era hartamente dolorosa la experiencia que vivíamos. A una de esas necesidades respondieron los órdenes del 3 y 4 de febrero para la evacuación de toda clase de recursos a la zona Central, si bien este buen deseo había de frustrarse, y así hubo de apreciarlo el propio jefe del Gobierno antes de ir a dicha zona.

Si aquello no se lograba, habría que buscar urgentemente la fórmula política que permitiera terminar la guerra en el más breve plazo, de la manera más digna y salvando el mayor número posible de personas. Y como, en efecto, ni se logró ni podía lograrse porque a ello se oponían exigencias políticas y técnicas que no podían eludirse, el Gobierno fue a la zona Central con la sola aspiración de sostener la moral de la masa en tanto se hallaba y se ponía en ejecución la fórmula política que consintiera poner fin a la guerra. Y por eso mismo se dio al jefe del EMC en Agullana y en Le Perthus, orden de quedarse con el Ejército de Cataluña, con la misión de ultimar los problemas del internamiento en Francia.

En conclusión podemos decir que al separarse en Le Perthus el jefe del Gobierno y el del EMC estaban absolutamente compenetrados, como siempre, apreciando la calamitosa situación de nuestro conflicto y sus matices políticos y militares con el mismo criterio y dispuestos a afrontar el último período de la guerra en su puesto. Si pudo haber discrepancia en la apreciación de acontecimientos, situaciones o posibilidades, eran las que inevitablemente surgen en toda obra de

colaboración; pero sin que llegara a revelarse una oposición en las conductas, ni pugna de ninguna clase: el jefe político había impuesto una decisión y el jefe de EM había desarrollado ésta, cumpliéndose los fines propuestos.

Me dispuse a cumplir mi misión en Francia para marchar a la región Central una vez terminada, o antes, si era requerido por el presidente o las circunstancias lo exigían.

Desde el mismo momento de nuestra entrada en territorio francés nos dimos cuenta de nuestra desoladora situación. Pudimos apreciar:

—Que nuestro ejército se aglomeraba confusamente en los campos de concentración, no acondicionados para ello, y quedaba pulverizado, sin el menor indicio ni posibilidad de reorganización.

—Que nuestro material de guerra pasaba a depender de las autoridades francesas, así como el armamento y automóviles, sin posibilidad alguna de control ni de estadística.

—Que los oficiales y jefes quedaban en los campos de concentración, cualquiera que fuese su categoría (salvo limitadas excepciones).

—Que ninguna autoridad civil española aseguraba la dirección e imponía la responsabilidad debida en nuestras actividades.

—Que no había posibilidad de establecer un régimen de socorros y de organización del personal, ni siquiera de tener contacto con nuestros hombres, pues las autoridades francesas, por razones de tipo político, o de otro género, no consentían aquellos días el acceso a los campos a los jefes autorizados para residir en el departamento.

En todos los aspectos reinaba entre nosotros, los españoles, un desorden y una falta de autoridad completos. El Gobierno dejó en Perpiñán cinco subsecretarios, pero ninguna autoridad superior que, además de coordinar los múltiples problemas y

necesidades, ostentase una representación oficial ante las autoridades francesas.

Paralelamente veíamos cómo se desarticulaba todo nuestro servicio de abastecimientos a la otra zona: que no se podía enviar nada, ni hombres, ni armas, ni material, ni municiones, ni materias primas; en cambio trabajaba activamente la política en funciones de liquidación. La impresión que yo recibía era dolorosa y por mi parte nada podía hacer, pues la política mandaba; mi autoridad militar, en Francia, no la podía ejercer, y tropezaba con dificultades para resolver mis problemas, ya que correspondía su tramitación a las autoridades consulares y diplomáticas, que nada o muy poco hacían.

Ante tal desarticulación interesé la presencia en Perpiñán del embajador de España en París, así como la de alguno de los ministros que hubiera quedado en Toulouse. Fue inútil. En vista de la situación en que habíamos quedado, sin una previsión, sin instrucciones a las autoridades civiles españolas en Francia y, lo que es peor, sin criterio respecto a la suerte de nuestra gente, pues nada se hacía de cuanto nos había dicho el ministro de Estado; el día 12, es decir, el tercer día de mi estancia en Francia, cuando ya pude tener el convencimiento pleno de nuestro abandono, escribí mi primera carta al presidente, hija del amargo ambiente de aquellos días, más dolorosos que los de cualquier derrota militar, quejándome, protestando y anunciándole determinaciones graves si no se remediaba aquel estado de cosas; determinaciones que, naturalmente, no llegué a poner en práctica por no agravarlo; escribí también otra carta al jefe militar de la región Central previéndole lo que ocurría y lo que allí podía ocurrir y que debía evitar, advirtiéndole que si en el terreno militar necesitaba mi presencia, me llamase.

A las observaciones, quejas y amenazas de mi primera carta no se me contestó. En ella exponía al jefe del Gobierno mi completo desacuerdo respecto a la conducta que se seguía y

le presentaba irrevocablemente mi dimisión, dolido de que se pudiese dejar así a un ejército, sin que los gerentes del Estado hubieran hecho nada para que no fuese pulverizado y para aliviar la suerte de los hombres, mucho más dolorosa de lo que se había previsto.

Habían transcurrido muy pocos días de nuestro internamiento; al regresar a Perpiñán, desde París, me detuve en Toulouse, donde, debido sin duda a que en la región Central el Gobierno insistía en la ya célebre consigna de resistencia a ultranza, encontré cosas insospechadas: que embarcaban, utilizando los aviones Douglas de nuestro Gobierno, algunos jefes y comisarios, sin que el jefe del EMC, primera autoridad militar española de aquellos hombres, tuviera la menor noticia. Al parecer, se había impuesto el criterio de persistir en la resistencia porque ésta podía dar pie a un cambio en la conducta internacional. ¡La misma esperanza, sin el menor fundamento ahora, que durante un año había sostenido nuestra conducta de sacrificio! ¡No importaban los sacrificios! ¡Resistir! Fórmula sublime del heroísmo cuando está alimentada por la esperanza y sostenida por un ideal; pero cuando la voluntad que enarbola la bandera del ideal se derrumba y la esperanza se convierte en una perpetua negación, y se llega a ésta por una demostración matemáticamente exacta, resistir, deja de ser una consigna militar heroica para reducirse a un absurdo.

¿Con qué íbamos a resistir? ¿Para qué íbamos a resistir? Dos preguntas que nadie podía contestar de una manera positiva.

Si el Gobierno marchó a la otra zona, convencido de que no había que hacer más que lograr la fórmula política que asegurase un final sin sangre, la decisión, a mi entender, sólo estaba justificada como expresión de un criterio militar que buscara mantener la gente disciplinada y en la mano hasta lograr el éxito de las gestiones diplomáticas que pudieran hacerse y que se hacían. Personalmente consideraba preciso saber de

qué se trataba; qué planes había; cómo y para qué se había producido tal cambio de criterio en el Gobierno; si aquella orden era sólo de efectos transitorios o implicaba el propósito firme de llevar la guerra hasta el fin. No he podido averiguarlo; sólo sé que el presidente no contestaba a ninguna de mis comunicaciones, y ante tal estado de cosas decidí enviarle por escrito la segunda parte del informe que di en la reunión de Agullana, indicándole las condiciones que yo estimaba precisas para que el sostenimiento de la lucha en la zona Central no tuviera el carácter de una locura.

No faltaron halagos e insinuaciones para que yo partiese también; pero nadie me entregaba el texto de un telegrama formal, de una orden expresa del jefe del Gobierno, que siempre se había entendido conmigo directamente en nuestras separaciones cortas o largas, y por cuyo mandato yo me hallaba en Francia y sin poder resolver la misión que me diera. Por otra parte la conducta de muchos de los dirigentes de segunda fila que se hallaban en Francia me infundía desconfianza, ya que cuanto hacían era negativo, es decir, lo contrario de lo que habían de hacer para que aquella consigna de resistencia fuese posible y eficaz. Pero lo más grave es que ellos mismos estaban convencidos de que la famosa consigna no tenía realidad ni substancia en aquellos momentos. ¿Debía embarcarme en una empresa que tan confusamente se planteaba?

Si era verdad que en la zona Central iba a continuar la guerra en serio, ¿por qué se liquidaban en Francia las existencias que en víveres, materias primas y armamento de tránsito se tenían acumuladas? Esto era demasiado claro y significativo para no desconcertarse: por un lado se liquidaba económicamente el conflicto, transformando todas las existencias; por otro se ordenaba resistir sin dar medios para ello, ni siquiera víveres. Era para mi evidente que no debía compartir ni respaldar desde mi puesto técnico una conducta incomprensible. El silencio con que el presidente respondía a mis comunicaciones y

el secreto con que se había montado el nuevo plan (si es que lo había) me revelaban el divorcio que entre ambos se había planteado; dudé si yo habría procedido con ligereza o con error; pero pronto me afirmé en mi criterio: encontraba inconciliables las dos conductas opuestas que en Francia y en España se seguían y no llegaba a explicarme el proceder que conmigo se tenía, ya que mis dos últimas entrevistas con el jefe del Gobierno fueron cordiales y comprobatorias de la gran confianza que en mí tenía: la noche del 8 en Le Perthus, que me dio lectura a un documento político revelador de la moral que dominaba en el Gobierno, y la mañana del 9 en nuestra despedida. ¿Qué podía haberle hecho cambiar? Todavía lo ignoro; a las insinuaciones que, falta de órdenes o instrucciones directas, se me hacían indirectamente en diversos sentidos, por personal subalterno, siempre contestaba yo en forma directa al presidente por vía telegráfica o postal y siempre hallaba el mismo silencio por su parte; era indudable para mí que algo se había interpuesto entre el presidente y su efe de EM, abriendo quizás un abismo infranqueable.

Cuando, a consecuencia de la dimisión del presidente de la República fui a París a presentarme al que interinamente asumía tales funciones, me entregó éste un telegrama concreto en el que me ordenaba el jefe del Gobierno que fuese a Madrid; era la primera orden formal que recibía. Le contesté por el mismo conducto que así lo haría y que acompañaría al nuevo jefe del Estado, puesto que éste tuvo la atención de exponerme su criterio político en relación con el gobierno del país y con la dirección de la guerra, y decirme que pensaba salir para aquella zona. Quedó convenido el momento y las circunstancias en que se realizaría nuestra marcha; hice las gestiones que me encomendó en tal sentido y quedé en espera de la orden para salir; tan pronto recibí ésta, cierto día, a las cuatro de la tarde, emprendí el viaje para seguir mi ruta a España. No sabía a qué iba, pues ignoraba si era o no jefe del

EMC; pero nadie debía pensar que desertaba de mi puesto; podía haber aún un deber que cumplir, deber que, ciertamente, no era respaldar los errores evidentes de nadie ni mantenerme a ciegas en un cargo como el que hasta entonces había tenido. Al presentarme al presidente de la República me dijo éste que la marcha quedaba suspendida, por el golpe de Estado que había motivado la salida del Gobierno de la zona Central y su llegada a París.

En el terreno militar iba a resolverse la guerra en la forma que vamos a ver más adelante; a mí sólo me faltaba zanjar con el jefe del Gobierno los problemas de la situación de nuestro ejército en Francia, pues mi distanciamiento de los dirigentes políticos no me relevaba del deber de velar por quienes habían sido mis compañeros de guerra y mis subordinados, consagrándoles unas atenciones que merecían y que no recibían por ningún conducto. Mas, como también a las peticiones que en este sentido venía haciendo se daba la llamada por respuesta, decidí resolver definitivamente la cuestión yendo a ver al jefe del Gobierno a París. Allí comprendí que el militar ya nada tenía que hacer. El Frente Popular volvía a recuperar todas las riendas del mando. Le escribí, por no poderle ver, una carta, reiterándole por última vez la necesidad de velar por los compatriotas, que en los campos de concentración vivían como un hormiguero humano. Desde entonces, 28 de marzo, decidí, no obstante las coacciones, evitar toda acción de escándalo que ningún beneficio iba a dar a mis compatriotas y recluirme nuevamente en el anónimo del trabajo, renunciando a actividades y luchas políticas que nunca había practicado y desistiendo de participar, con responsabilidad política y económica, en lo que se refiriese a la liquidación de nuestro Estado republicano.

Así terminaron mis relaciones de mando con quien fue el jefe supremo de las Fuerzas.

Veamos, ahora, cómo se desarrollaron los acontecimientos en



la región Central. El doctor Negrín asume el mando supremo (que ya tenía) y realiza una serie de nombramientos, a base de los jefes y comisarios comunistas llegados a la zona. Tal manera de proceder dio la sensación de que se ponían los jalones para un golpe de fuerza, más que para sanear el ambiente y mejorar la situación, y tal conducta, lejos de resultar beneficiosa, iba a acentuar las dificultades y servir de pretexto para otros más graves sucesos.

En tales trámites surge la dimisión del presidente Azaña. La historia se encargará de juzgar este paso cuando se conozca la gestación que tuvo. Desde nuestro punto de vista, creemos que, si externamente pudo provocar preocupaciones legalistas, sólo repercutió en el curso de los acontecimientos para precipitarlos.

La influencia del presidente de la República durante la guerra, en el interior y en el exterior, se manifestó por su apagamiento; ni como poder logró imponerse, ni como rector inteligente de la vida del Estado notó nadie que imprimiese jamás cauce a los acontecimientos; en todo el tiempo, desde el 18 de julio, su actuación quedó circunscrita a pronunciar dos, tres... discursos. Pero la eficacia de las actuaciones humanas no se mide por las palabras, más o menos hermosas, que se pronuncian, sino por los actos que se ejecutan; aquéllas, reacreditaban al presidente como un experto orador; éstos no han reportado utilidad ni prestigio alguno a la República. Por eso en esa dimisión sólo puede verse el ocaso de un jefe de Estado que desaparece, más o menos ignoradamente, sin pena ni gloria para sus compatriotas, ni para el Estado, ni para el régimen republicano que con él iba a extinguirse, ni para los millares de bayonetas que lo defendían. A fin de cuentas, éstas le correspondían con el mismo desdén que él puso en su dimisión, cuando ni un solo recuerdo de gratitud tenía en ella para el millón de hombres que lo sostenían, ni siquiera para los cien mil que habían caído sacrificándose por el régimen

que él encamaba. Por ello, también, si otras causas superiores no le hubieran puesto fin, hubiera seguido la guerra sin el menor trastorno.

Como consecuencia de la dimisión se reunió en París el Frente Popular y la comisión permanente de las Cortes. El presidente de éstas, en funciones de presidente interino del Estado, puso un telegrama al jefe del Gobierno señalándole determinado cauce político. En tal trámite sobrevino el golpe de Estado casadista. ¿Qué fue éste?

Desde luego, un error lamentable. Inspirado, posiblemente, en fines honestos, tenía una larga gestación. Las concomitancias entre las personas y organismos que en él intervinieron eran viejas. El espíritu crítico negativo de quien asumió la dirección era también sobradamente conocido, como asimismo su acción disolvente sobre los resortes del poder; de ello fue una prueba bien notoria la sedición de los comisarios del Ejército del Centro, ocurrida a mediados de noviembre y en donde no aparece clara la conducta de aquel jefe ni de determinados partidos y personajes. Tampoco eran ignoradas del presidente las actividades políticas externas e internas del jefe político del Movimiento. Pero todos los remedios que con tiempo hubieran podido aplicarse, eran atenuados por el sistema que se seguía en la dirección política del país.

Apoyándose aquellos dos jefes en la tradicional pugna entre la CNT y los comunistas, e inclinado el primero, de siempre, a aquella organización, vino a ser como su caudillo anónimo, al que se le reconocía como hombre inteligente y útil y se le explotaba en su ambición. A su sombra se agrupan unos hombres más o menos desconocidos, y todos dan el asalto al poder y se abanderan en el prestigio del general Miaja, comunista, que quizá vio en la rebeldía una solución para el conflicto guerrero. Justificaron la sublevación en la ilegalidad en que había caído el gobierno Negrín, por sus disposiciones y por la dimisión del presidente; pero no dudaron en constituir

otro Gobierno más ilegal, por cuanto sus miembros no habían recibido el mandato de nadie para asumir el poder.

El golpe de Estado pudo tener intenciones honradas, pero fue torpe. En esencia se trataba de dirigir una acción contra un partido, del que estaban celosos, es decir, de una ruptura del Frente Popular. Era la revelación del cansancio de la guerra, la exteriorización brutal, en un momento de crisis, de la pugna interna entre los partidos, y el reconocimiento público de la impotencia militar a que habíase llegado; a pesar de ello lanzan la consigna de paz digna o guerra a muerte, tan osada como falta de sentido real. Y aunque aquel mismo Gobierno, que con tanta obstinación impusiera ciegamente la orden de resistencia a ultranza, les dejó libre el camino para que realizaran sus fines —claros o enmascarados—, bien pronto desembocaron en lo que no esperaban: en la lucha intestina. La suerte de los españoles pasaba de las manos de un Gobierno más o menos desconcertado ante la situación, a las de unos hombres que si podían actuar movidos por un noble anhelo iban a perseguirlo por el camino más reprobable.

Su primer paso fue cambiar radicalmente unas normas seguidas durante tres años, que perseguían la armonía política y la unidad de todos los partidos y organizaciones para bien de la guerra y de España, por otras fundadas en la escisión y en la declaración de guerra al partido que con más ahínco había sostenido la lucha. Podían creer justo contener los excesos del Gobierno y del Partido Comunista, si los había; pero en absoluto no lo era terminar la guerra en un caos de luchas intestinas; realidad que seguramente el Consejo de Defensa, mal orientado, no supo percibir. Así, a un supuesto intento de fuerza comunista, inspirado en el ideal de toda la guerra, pero obstinado porque no sabía o no podía medir los medios con que iba a afrontar la empresa a que se lanzaba, sucedía un golpe de Estado, que perseguía el ideal de paz, sentido por una buena parte de los españoles y quizá por el propio Go-

bierno; pero los sublevados ambicionaban con prisas la gloria de haber logrado la paz y no previeron que ésta iba a costar más sangre y en forma más grave que una batalla decisiva que hubiese terminado, por la derrota militar, la guerra.

Lo que tanto tiempo se había querido evitar que plasmase en realidad: la lucha que estaba latente entre los partidos, iba ahora a ser provocado en condiciones catastróficas, cuando los odios habían de tener su máximo desarrollo, destruyendo la capital que con tanto tesón habían defendido unos y otros como hermanos, y hundiendo en el horror de otra guerra civil una causa popular que a costa de tantos sacrificios se había dignificado. He ahí el lamentable error del Consejo de Defensa.

Cuando tuve conocimiento del levantamiento, antes de conocer sus fines y las personas que lo alentaban, me dirigí al presidente interino de la República, reiterándole, con aquel motivo, mi adhesión y pensando simplemente que se trataba, más que de un golpe de Estado, de un cambio de Gobierno para una rectificación de procedimientos y que si el nuevo estado de cosas recibía sanción oficial de la Presidencia yo debía estar a su lado. Por fortuna la Presidencia vio claros los móviles y ni dio estado legal al Consejo, ni cursó mi adhesión.

No quise intervenir directa ni indirectamente en los lamentables sucesos provocados por el Consejo de Defensa, y durante la actuación de éste me limité a cursar dos telegramas al general Matallana (excluido del Consejo), poniéndome a su incondicional disposición, pues sólo él me inspiraba gran confianza por su recta conducta durante toda la campaña.

Finalmente, viendo que el problema de la guerra no lo resolvían y que aquella región estaba completamente abandonada, sin abastecimientos ni reservas de ninguna clase, escribí una carta al general Miaja en la que le propuse el nombramiento de un delegado suyo para que viniera a París, con los hom-

bres precisos para asumir la dirección de los servicios y la administración de los fondos que pudiese tener el Gobierno y que les serían indispensables para sostener a la población y al ejército.

Al movimiento casadista había precedido la sublevación de la Flota y de los falangistas de Cartagena; no creemos que entre ambos movimientos hubiera otras concomitancias que las de su superposición en el tiempo. Los dos, sin embargo, eran un fiel reflejo de la descomposición moral a que se había llegado; el de Cartagena, aún pudo ser dominado por el Gobierno Negrín, como lo hubiera sido el segundo sin la partida acelerada del Gabinete.

No fue el jefe militar del Ejército del Centro, ni su fuerza, ni su organización, ni su proceder ininteligente los que dieron el triunfo al Consejo de Defensa en la lucha de doce días contra los comunistas, sino simplemente el cansancio de la guerra, el deseo de todos de acabar cuanto antes, y fuese como fuese, un problema que daban por perdido. Se batían en las calles de Madrid muy pocas unidades, aunque lo hacen muy encarnizadamente; en unos domina la visión del deber que se les inculcó durante toda la guerra y en otros el odio político y posiblemente el deseo de lograr una gloria que nacía agostada. Al fin, si se impone el Consejo, no es ciertamente por la habilidad de su caudillo, sino porque llegan otras tropas mejor conducidas y mandadas a resolver una situación de por sí angustiosa y las cuales iban guiadas, más que por el deseo de salvar el Consejo, por el de evitar el derramamiento de sangre.

Nosotros habíamos visto el fin de la guerra de otro modo. Habíamos querido que fuese el propio Gobierno quien llegase a él, como era su deber, pues nuestra guerra era, más que ninguna otra, eminentemente política y era la política la que debía cancelar el pleito perdido. Queríamos ante todo evitar derramamientos de sangre ya inútiles, una vez reconocida nuestra impotencia para continuar la lucha de liberación de nues-

tro pueblo contra tres Estados; queríamos también evitar el caos que preveíamos en cuanto se hiciese pública la decisión de terminar la guerra, y para ello había que proceder de modo que la resolución del Gobierno constituyera una sorpresa para todos, para los mandos, para las tropas y para las organizaciones políticas; finalmente, ansiábamos salvar a quienes, cumpliendo su deber o llevados por su ideología, habían hecho la guerra noblemente. Pero todo ello sólo era posible bajo la dirección de un Gobierno dueño de sus actos, y era, además, así necesario para que la resolución no fuese tachada de traición. De la imposibilidad de lograrlo ya tratamos en el capítulo anterior.

El Consejo Nacional de Defensa intenta pactar con Franco y fracasa. Franco quiere, no la rendición, sino el vencimiento por la fuerza. Ha montado sobre un cadáver, no sobre un ejército enemigo, una maniobra, cuya ejecución se retrasa porque el triunfo ya lo tiene en la mano. Necesita llegar a él con todo el aparato del Estado montado, con objeto de asegurar el orden y el normal funcionamiento de todas las actividades a tenor de la ocupación, que sabe va a ser rápida, y además, porque necesita hacer previsiones para el abastecimiento de diez millones de almas y sujetar la población de modo que no se malogre el éxito.

Al fin se inicia la anunciada ofensiva y, cosa natural, el cadáver no resiste en ningún frente; las tropas de Queipo y las de Orgaz y las de Saliquet ocupan sus objetivos, digan lo que quieran los partes enemigos, sin resistencia; sobra el trabajo de la aviación, el de la artillería, el de los tanques, el de las ametralladoras. No hay lucha porque no puede haberla, ya que desde hace dos meses la voluntad de combate está extinguida. Todas las poblaciones se adhieren rápidamente a Franco y el 1 de abril puede el enemigo dar su último parte de guerra.

La organización del Estado republicano se deshace como un

azucarillo e igualmente su ejército, en el ambiente que lo había desmoralizado, y la República democrática que era España desaparece del mapa político de Europa. El mundo respiraba al salir de esta pesadilla de la guerra española. La política de no intervención había dado sus frutos. Italia y Alemania tenían ya totalmente en su mano la ansiada presa; y les bastará, para que no haya reacción, con extirpar los últimos rescoldos de ideas y sentimientos liberales en la población, allí donde se descubran. Y mientras en el campo político español, los hombres que habían contribuido a la guerra abandonaban sus puestos de responsabilidad ante el vencedor a la cabeza de su pueblo; en el terreno militar, un hombre digno, un jefe que no quiso salir de España, porque no podían acompañarle sus soldados, allí siguió con ellos, a la cabeza de todos sus jefes e inmediatos colaboradores. Hagámosle la justicia que merece, porque si supo en los dos años y medio de lucha ser leal a su pueblo, a sus convicciones y a su deber, supo también dar ejemplo de sacrificio en los últimos momentos: este hombre es el general don Manuel Matallana.



34. El general Tella y un periodista hablan con dos gendarmes franceses junto a la frontera francoespañola, en Pont du Boi.



35. La bandera republicana en suelo francés.



36. Un grupo de voluntarios extranjeros, que habían sido hechos prisioneros por los nacionales, es expulsado de España.

37. Campo de concentración improvisado en la playa de Ar-



gelès-sur-Mer.



38. La playa de Argelès en julio de 1972. Aún hoy pueden verse los restos del campo de concentración.

## Capítulo 8

### EL COMBATIENTE ESPAÑOL

Preciso es, lector, terminar esta obra. Para lograr el propósito que nos impusimos en la introducción, queremos ponerle un remate digno. Ningún motivo para ello mejor que nuestro combatiente. Mostrar a éste en su origen caótico, en su superación y en la grandeza de los fines que perseguía, lo consideramos necesario antes de decir por qué ha triunfado Franco, pues aquello, tanto como esto, contribuirá poderosamente al conocimiento de la verdad que debe abrirse paso.

Y es también de justicia hacerlo así, porque entre todas las miserias de nuestra lucha y en medio de este naufragio turbulento de las creencias democráticas que ha sido la guerra de España, cuando hemos visto mantenerse erguidos pocos hombres, pudimos admirar, destacando vigorosamente sobre los sucesos y las personas, magnífico en la inmensa magnitud de su desgracia y de su anónimo, al combatiente. Llamo así a los hombres (cuadros y tropa) que luchaban en el frente, poniendo abnegadamente en la pelea una firme voluntad de sacrificio por la causa que defendían, sin arredrarse al saber, no sólo que tenían delante, para acosarles, toda la potencialidad de tres Estados, sino que detrás de ellos, en su pueblo, sólo había una retaguardia inorgánica y viciada, y, más lejos, la indiferencia del mundo que, por egoísmo o por cobardía, no quería comprender la justicia de la causa que defendía ni las razones de la tenacidad que ponía en su defensa. Salvemos solamente de este último juicio a México y a la URSS; a las minorías de los demás Estados que prestaron su ayuda espiritual a nuestros soldados, y a las masas sociales que, además

de su simpatía, dieron pruebas de sacrificio económico por sostenernos.

El hombre español, el combatiente honrado que ponía en la lucha su fe y su destreza, en la vida dura de la guerra su sobriedad y su grandeza moral ante las adversidades, ha estado en el campo republicano a la altura de su misión, de la tradición de su raza, de su ideal, de su deber y hasta se ha superado. Quienes desde el campo opuesto han querido desprestigiar a una masa de combatientes llamados «rojos», achacándoles culpas que no eran suyas, han incurrido, quizás a sabiendas, en error y en injusticia: en injusticia porque sabían que colectivamente era falso cuanto de ellos decían, y en error porque se olvidaban de que esos hombres eran sus hermanos.

La guerra no puso por arte de magia en el lado nacionalista a todos los nobles, santos y caballeros varones, y en el campo republicano toda la canalla perversa. La guerra simplemente había abierto un abismo entre dos ideologías; pero en ninguno de los dos bandos había homogeneidad; en ambos campos quedaban comunistas y masones, anarquistas y republicanos y caballeros varones. Por miedo, o por lo que fuere, pasaban de un campo a otro, inclinándose, hacia los nacionalistas, las clases conservadoras, y hacia los republicanos, la plebe. En aquel sentido marcharon muchos porque su audacia o su dinero les abrieron las puertas de salida; hacia nosotros vinieron menos, no sólo por el horror que despertaba la campaña de propaganda alzada contra los «rojos», sino porque temían dejar en la miseria o condenar a la persecución a sus deudos<sup>25</sup>. Allí caían, por efecto de un terror, organizado o no, millares de dirigentes liberales y marxistas, y hombres del pueblo de actuación política de izquierdas; aquí, por efecto del des-

---

<sup>25</sup> Consignemos que los dos bandos se han reprochado el mismo sistema le represalias.

bordamiento inicial de pasiones, no contenido por los dirigentes, a los cuales se les escapó la masa de las manos, perecían otros millares de hombres de derechas, sacerdotes, aristócratas, burgueses, y aun también obreros. Allí dominaba en la acción el deseo de que no retoñasen idearios que se reputaban malignos; aquí, además de eso, y con más simplicidad, la desconfianza y la pasión. Repugnantes son los crímenes de la pasión desbordada; pero no lo son menos, y posiblemente son menos perdonables, los cometidos por el hombre que fría y sañudamente priva de la vida a sus semejantes, simple y llanamente porque no piensan como él.

Había, pues, en los dos campos de todo, bueno y malo, gentes moralmente sanas y perversas, hombres idealistas y valientes, y también criminales y cobardes. Hagámosle al vencedor la justicia de reconocer que ha podido durante la guerra imponer en su campo un régimen de autoridad absoluta, de terror y de disciplina militar, mientras que en el nuestro lo era de autoridad compartida (cuando no falta de autoridad, como en el primer período) y genuinamente antidisciplinario y antimilitarista. Mas, esto, de momento no interesa; a nuestros fines de poner de relieve las cualidades del combatiente, importa de una manera esencial y exclusiva su condición humana y las influencias morbosas o sanas que sobre ella se ejercieron: esto es lo que vamos a realzar.

Cuando gran parte de nuestros dirigentes, durante los primeros meses de la tragedia, se recluyeron en sus despachos y en sus casas<sup>26</sup> ante la inmensidad del desbordamiento de las masas, cuyos instintos estaban sobreexcitados, cometieron el

---

<sup>26</sup> Consignemos, porque también es de justicia hacerlo, que ciertos ilustres provocadores de la situación no se conformaron con recluirse en sus casas; algunos hombres de ciencia, escritores, periodistas y militares encontraron su puesto de combate en el extranjero, para agredir desde él, inmunes, a los mismos que ellos habían alentado a la contienda.

grave error, más que torpeza, de no comprender que de la revolución se pasa de manera insensible y rápida al caos, si hay una ausencia de autoridad: la hubo, y las multitudes no encauzadas pudieron fácilmente adueñarse de todos los fueros y de todas las formas del poder. Y en aquel caos, mientras los buenos combatientes, los hombres de acción, idealistas o movidos por simple corazonada, iban a los frentes a luchar contra sus enemigos, en la retaguardia se quedaban, a la sombra de los que allí tenían su deber, los delincuentes vulgares, los enfermos físicos de cobardía y los nuevos señoritos del régimen que se instauraba. Y esto ocurría exactamente lo mismo en un campo que en otro.

La lucha es el mejor sistema de selección de los hombres; por eso, aun en medio de aquel desorden inicial, había clases: una selecta, que sostenía la lucha en las líneas de contacto y otra, que medraba en la «charca» de la retaguardia. Tal era la regla; y eran la excepción los hombres honrados que en retaguardia imponían la sensatez y también los delincuentes que, en vanguardia, empequeñecían la lucha con actos reprobables. Después, cuando las unidades armadas pudieron ser desligadas de los focos de actividad política, se deslindaron de una manera más clara los campos de acción. Por eso, quienes quieran hallar los virus que en aquella catástrofe inicial emponzoñaban la República no deben ir a buscarlos, ni siquiera en el primer período, entre los combatientes. Excepcionalmente, tanto al principio como al fin, podrían encontrarlos en las unidades armadas; pero la fauna de la criminalidad no procrea ni se desarrolla donde late el peligro y sopla la muerte; por eso han de buscarse en los parajes de retaguardia, donde, como en todos los ciclos revolucionarios, se trataba de lograr la seguridad del Estado con la represión.

El combatiente nació, pues, de un caos revolucionario, provocado por el hundimiento total, completo, del Estado y cuyo primer fenómeno fue la transformación de la colectividad

organizada que era el viejo Estado en una muchedumbre armada con caracteres de horda; pero, aun dentro del desorden a que aquella transformación condujo, iba a asumir él, el combatiente llamado miliciano, el deber de pelear con coraje y hombría de bien y, en algunos casos, con ferocidad, no mal correspondida por sus enemigos.

No podía por ello ser el combatiente, en sus orígenes, immaculado, aunque con justicia debemos clasificarlo en el rango superior donde se respiraba algo de la idealidad que tenía la lucha. Mas, pronto, una metamorfosis notable de perfeccionamiento iba a producirse hasta sufrir en el período final de la lucha una parada. El hombre que, primero, combate anárquicamente en grupos, se encuadra en seguida en unidades de médula política, inspiradas en una moral exaltada y hasta en un vicioso espíritu de sectarismo. Sólo en algunas de ellas, cuando surge un jefe de formación mental morbosa, la unidad es capaz de desmanes y resulta defectuosa en su comportamiento en el combate.

Un nuevo avance se hace posible al aparecer las primeras unidades organizadas militarmente y abordarse la inmediata transformación de las de esencia política en otras con características de formación militar; se persiguió en este proceso la fusión, en cuantos casos fue posible, de las diversas tendencias políticas, y se establecieron los primeros principios de responsabilidad en el mando y en la tropa. Era el orto del Ejército Popular que alumbraba en Madrid, mientras en Valencia se revalorizaba el Estado de su segunda bancarrota moral, ocasionada por la salida precipitada de la capital de la República de los órganos del Gobierno.

El combatiente se eleva y se perfecciona como tal, es decir, se dignifica a medida que va adquiriendo virtudes militares; la guerra va cambiando de carácter y el espíritu colectivo de tipo político, matizado en cada unidad según su ideología, puede ser sustituido insensiblemente en el ejército, si no de

una manera total, sí en gran parte, por otro más elevado y noble que se asienta en aquellas virtudes. Al fin, cuando sólo habían transcurrido seis meses, el grito de *Viva España*, que había sido en julio —por el sentido que nuestra trágica discordia había infiltrado en él— una condena de muerte para quien lo profería, vuelve a ser la expresión noble de los verdaderos sentimientos del combatiente; ¡éste se había redimido! ¡España no pertenece a un bando; España era de los españoles! No importaba que a la sombra de su nombre anidasen odios y corrupciones, pues que la masa, el hombre del pueblo, vibraba ya movido por sentimientos que le hacían digno de la causa que defendía. ¡Luchaba, como era su deber, por la grandeza de España y por la felicidad de sus hijos!

Por fin, en ese camino ascendente de mejoramiento espiritual y orgánico, el combatiente se hace soldado y, ya como tal, escribe la página de Teruel, donde, aquel mismo luchador desconfiado y rudo de la sierra, atiende y cura a los heridos, recibe a los prisioneros como a hermanos y respeta por sagradas las vidas de sacerdotes, guardias, soldados... ¡Qué enorme progreso de regeneración moral! Más que el acierto de la maniobra táctica para rendir la plaza, pudo llenarnos de satisfacción aquel ejemplar comportamiento de nuestros soldados

27

Aquellos mismos combatientes de Teruel asistían después a la prueba terrible de la maniobra enemiga en Aragón y el Maestrazgo; durante ella se ponen en contraste lo que pueden las unidades sujetas a las pruebas de la formación militar y lo que no pueden las que aún conservan un acentuado fondo político. Muchas unidades se deshacen; pero reaparecen los

---

<sup>27</sup> Si después ha terminado nuestra contienda con el borrón de haber muerto algunos de aquellos prisioneros, no es el hecho imputable al soldado; posiblemente quien dirigió esta cruel represalia, embarcó en una de las primeras expediciones que regresaron a España y con seguridad habrá reaparecido como una de las víctimas de los «rojos».

hombres y los ejércitos, sin que las graves derrotas que se sufrían abatiesen su moral; moral que aún se supera en la lucha en que se escriben las páginas de audacia y de resistencia heroica que fueron las batallas de Levante y del Ebro, ejemplos magníficos de las altas cualidades de nuestros combatientes.

Pero este combatiente, ya soldado, aún no estaba totalmente formado, como tampoco lo estaba el ejército, porque no todas las unidades ni todas las ideologías políticas que inundaban el organismo armado habían progresado militarmente al mismo ritmo, ni la penuria de medios nos consentía recorrer tan largo y difícil camino de manera más rápida. Aunque al lector, ajeno a la mentalidad política imperante durante nuestra guerra, pueda parecerle absurdo, eran necesarios los desastres tácticos para que el mando militar, señalando las causas de los reveses, pudiera lograr la implantación de medidas eficaces. Así, la crisis de Madrid, primero, al dejar temporalmente desconectada la plaza respecto al Gobierno, permitió al Estado Mayor del Centro dar el primer gran salto en la organización; después, las experiencias de los diversos períodos de la lucha consintieron nuevos impulsos; pero a raíz de los dos aciertos ofensivos más concretos de nuestra guerra: Teruel y el Ebro, sobrevinieron paradas muy perjudiciales, pues cada nuevo éxito daba a la opinión y a los gobernantes la sensación de que ya estaba todo logrado. En tales condiciones de euforia pudo preparar el enemigo los desastres de Aragón y de Cataluña.

La regresión más profunda se produjo en el segundo semestre de 1938. El éxito del Ebro había despertado una profunda campaña de rivalidades, reproduciéndose otra vez la actividad política en el ejército y la persecución de todo lo de trascendencia militar (de ello tratamos con mayor detalle en otro lugar de esta obra), siendo la causa de un nuevo período de descomposición, no por previsto y acusado oportunamente me-



nos lamentable. Aún quedan unidades donde se quiere combatir al grito de «Viva la indisciplina»; pero de ello no es responsable el combatiente, sino quienes inconscientemente y contra todos los consejos y protestas, hacían posible tamaña herejía.

A pesar de ello —y ya es la cosa grave— ¿cuál ha sido el comportamiento del combatiente durante la maniobra de Cataluña? Preciso es, sobre este extremo, deshacer un juicio erróneo y muy extendido como consecuencia de la entrada de nuestro ejército en Francia. Merecen que se les haga esta justicia los hombres que han llegado en plena desgracia a los campos de concentración, porque ni ellos ni sus jefes inmediatos son responsables del desastre sufrido, ni de los desmanes que a las tropas se han imputado. Los soldados que venían luchando en un constante sacrificio durante cerca de tres años, se han comportado en la ocasión de Cataluña militarmente bien, pues si su resistencia no ha sido más larga es porque material y humanamente no era posible, y se retiraron realizando una maniobra ejemplar, en las condiciones ya bosquejadas en esta obra, que otros ejércitos en situaciones históricas similares no pudieron o no supieron realizar. Y ello es así porque nuestras tropas iban en manos de sus jefes, disciplinadamente, cumpliendo día por día la consigna impuesta por el mando superior. Tal es la verdad, aunque se hayan producido hechos que merecen condenación, imputables a elementos infiltrados en las tropas; episodios lamentables que, por otra parte, son conexos siempre a las retiradas de los ejércitos batidos. ¡Ojalá se hubiera seguido por otros sectores el ejemplo de sacrificio que dio el soldado!

Algunos observadores del exilio se dejaron impresionar los primeros días de la entrada del ejército en Francia, viendo elementos dispersos de las unidades del interior y de la retaguardia (las cuales escapaban en su mayor parte, por su organización y disciplina, al control del mando militar y que noso-

tros no englobamos en el rango de combatientes, pues no lo han merecido), mezclados con una desordenada masa de población inmensa, alocada por el pánico. No se percataron aquellos observadores de que, simultánea y posteriormente, el verdadero ejército entraba de manera ordenada en manos del mando, después de un repliegue hecho en más de 200 kilómetros de frente y con una línea de combate rota en diversos puntos en las últimas cuarenta y ocho horas. Todos los jefes militares y Estados Mayores con responsabilidad del mando y dirección de las fuerzas, antes y durante la maniobra, y hasta que entró en Francia el último soldado, estuvieron en sus puestos y muchos pasaron la frontera con sus tropas formadas.

Los soldados llamados «rojos» son soldados españoles y han sido durante la maniobra de Cataluña los mismos buenos combatientes que en los períodos de la guerra en que ya eran soldados, y tan excelentes como sus compatriotas del otro campo; son tan dignos de respeto como los victoriosos, o más, si se quiere, que éstos, porque han sostenido la lucha en unas condiciones de inferioridad y de desmoralización tan abrumadoras que les restaban la menor posibilidad de vencer. En los reglamentos de todos los países del mundo, las unidades se consideran heroicas cuando sostienen el combate sin retroceder y padeciendo un determinado tanto por ciento de bajas; en los quince primeros días de batalla nosotros hemos tenido en ese caso muchas unidades de todos los tipos: comunistas, anarquistas y republicanas; de ellas, seis, de cada diez sufrieron más del 40 por ciento de bajas, llegando bastantes al total agotamiento sin desbandarse. Hubo divisiones que antes de la caída de Tarragona habían sufrido el 80 por ciento de bajas, y, rehechas precipitadamente, entraban nuevamente en línea porque detrás no había nadie para cubrir las enormes brechas que se producían en el frente. Ellos no tienen la culpa de que existiera detrás una reserva política y humana moral-

mente viciada y deshecha, y de que careciese el Estado de armas que darles para combatir y de moral suficientemente firme para colaborar y mantenerse a la altura que la difícil situación exigía.

Pues bien, ese combatiente, cuya metamorfosis y cualidades hemos tratado de exponer a grandes rasgos, hoy vive casi en pleno abandono material y espiritual. En medio de su desgracia conserva fortaleza bastante para afrontar la adversidad y sueña y espera en la España que defendió; pero sin que, hijo de una nueva Judea, piense errar miserablemente por el mundo; volverá a España porque España le pertenece y le necesita; volverá a su patria sabiendo que es suya, pues, por su grandeza y libertad hizo la guerra sin ambiciones, teniendo por guión inflexible de su conducta el deber; por sentimientos conductores de sus actos la abnegación y la lealtad hacia los poderes legítimos de su pueblo; por ideal la independencia de su suelo y porque si pudo perder la guerra y su patrimonio material, conserva su patrimonio espiritual fecundo.

Como Dios, también el combatiente maldice a quienes en uno y otro campo envilecieron con sus actos la grandeza de la causa del pueblo y le convirtieron a él, como a sus camaradas, en réprobos ante el mundo. Aún siente el orgullo de ser español y quiere vivir de su trabajo y no de la caridad de nadie; por eso espera paciente y ennoblecido sobre la arena de los campos de concentración, la mano que vuelva a conducirlo al cumplimiento de su deber de patriota, conservando erguida la frente y alta la mirada, porque las maldiciones que han caído sobre él ni las merece ni le alcanzan.

Puede ser explotado, pero no claudica, porque de su deber patriótico hizo una religión y no reniega de su obra, pues sabe que sus frutos, pronto o tarde, son históricos, inmortales. La llama de su ideal de liberación, de independencia patria, ha podido atenuarse, pero no ha quedado extinta: lámpara votiva que en el templo de la grandeza de España aún luce y no han

de faltarle manos piadosas que sepan convertirla en lumina-  
ria.

Como odia todos los servilismos luchó para liberarse de una política venal y liberar su mentalidad sojuzgada, su economía en ruinas, su patrimonio intervenido y maltrecho, guiándole en su trabajo unos sentimientos progresivos, humanitarios, cristianos, liberales. ¡Qué importa el accidental fracaso! ¡Qué importan las doctrinas fascistas, comunistas, sectarias, dictatoriales, marxistas o anárquicas! Él busca el triunfo de su voluntad y de su fe en los destinos de su pueblo, y el marasmo que ha padecido la organización de su Estado, y de la que es su principal víctima, no le ha alcanzado en su moral, pues sabe que por encima de aquellas perecederas doctrinas están perennes otras ideas y sentimientos nobles: su patria, sus creencias, su familia, su pueblo.

Así es nuestro soldado, el gigante de nuestra lucha, el combatiente español, el que, en nuestro campo, ha salido indemne de cuanto en la guerra haya podido haber de vergonzoso o de miserable y gracias al cual se ha mantenido la lucha en un plano digno. Ese combatiente fue en todo momento la obsesión de nuestra obra: la de los buenos políticos, la mía personal y la de muchos jefes, oficiales y comisarios, profesionales y de milicias que se situaron muy por encima de los fondos cenagosos de la baja política; obra incompleta y desdichadamente irrealizada; sin embargo, en muchos casos y unidades donde pudieron concurrir un jefe, una moral y una disciplina —no importa qué matiz político— el resultado fue magnífico porque allí surgía ese combatiente devoto de su deber, valiente, honrado, disciplinado, modesto, sobrio, noble en el triunfo como en la adversidad, respetuoso, trabajador incansable, dispuesto a todos los sacrificios y entregado plena, totalmente a la defensa de su ideal patriótico. Así hubieran sido todos si no se hubiera frenado, enturbiado y torcido una obra de regeneración. No obstante, lo incompleto e imperfecto del trabajo,

gracias a ellos, a los buenos combatientes, y en éstos incluyo a todos los cuadros de mando, hemos podido realizar el repliegue de Cataluña cubriendo una muchedumbre empavorecida de 300.000 almas y salvando paso a paso, todos los hombres, todo el material... y, por qué no decirlo también, toda aquella «charca» tan bien definida por el doctor Negrín, de batracios sociales y políticos desmoralizados y cuya incapacidad de abnegación y de sacrificio nos había conducido al desastre.

Desde nuestro puesto de responsabilidad rendimos este homenaje al combatiente, porque lo merece y porque a lo largo de estos dos años y medio de lucha dolorosa e infecunda ha sido lo que más hemos podido admirar con sincera devoción de españoles.



39. El coronel Prada entrega el mando militar de la plaza de Madrid al coronel Losas.

40. Derecha. El exilio de los republicanos: Francisco Largo Caballero en territorio francés.

41. Izquierda. El exilio de los republicanos: el general Miaja a su llegada a París.





42. El exilio de los republicanos: el presidente Azaña en Collonges-sous-Salève momentos después de su dimisión.

43. Carta de dimisión del presidente Azaña al presidente de las Cortes.

El Republicano de la República Española

Madrid, Sr. Presidente de las Cortes

Madrid, señores

Desde que el general en jefe del Estado Mayor Central, director responsable de las operaciones militares, se hizo saber, delante del presidente del Consejo de Ministros que la guerra estaba perdida para la República sin resaca alguna y antes de que, a consecuencia de la derrota el Gobierno aconsejara y organizara el salida de España, he cumplido deber de recomendar y proponer al Gobierno, un La persona de mi jefe al inmediata ajuste de una paz en condiciones humanitarias, para que los defensores del régimen y al país entere nuevos y astérlas a las Naciones. Personalmente he trabajado en que sentido cuando mis límites acción de nación paraisan, nada de positivo he logrado, el reconocimiento de un Gobierno legal en Burgos por parte de las potencias, singularmente Francia e Inglaterra, se priva la representación jurídica lita o cual necesaria para hacer oír a los defensores extranjeros, con la autoridad oficial de mi cargo, lo que no es solamente un tratado de al silencio de espaldas, sino el anhelo profundo de la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Desaparición el aparato político del Estado, Parlamos y representaciones superiores de los partidos, etc., carezco. Señora parte de España, de los órganos de Consejo y de acción indispensables para la función presidencial de encauzar la actividad de gobierno en forma que las circunstancias exigen con imperio. En condiciones tales es imposible conservar, ni siquiera nominalmente, un cargo al que renuncié al mismo día que salí de España porque esperaba ver approved de ese lapso de tiempo en bien de la paz.

Pongo, pues, en manos de V.E. como Presidente de las Cortes el el título de Presidente de la República, a fin de que V.E. se digna darla tramitación que sea procedente.

Collonges-sous-Salève, para París, 27 de Febrero de 1939

## Capítulo 9

### LAS CAUSAS DEL TRIUNFO DE FRANCO

Nos hallamos ya ante esta realidad para nosotros terriblemente desoladora: Franco ha triunfado. No ha reñido una gran batalla; ha realizado una maniobra extensa, simplista, elemental y con ella ha conseguido vencer. La victoria militar no ha existido sobre el terreno del combate con estilo de gran batalla; sencillamente ha habido una ola de hierro y de aviones que ha ido demoliendo un frente de combate. Y el hecho brutal, descorazonador, agobiante, tristísimo para los que fuimos a la lucha movidos por la lealtad y por nuestra fe en los destinos de España, es éste: que Franco ha vencido; un triunfo que quizá marque la muerte de las libertades de nuestro pueblo, encadenado, quién sabe por cuánto tiempo, a dos países, por vínculos ideológicos incompatibles con nuestra idiosincrasia y por obligaciones financieras, económicas, comerciales y militares, de las que serán esclavas muchas generaciones; y España, pese a su nuevo aire imperial, será sierva de una ideología que detesta, víctima de una servidumbre que le impedirá disponer libremente de sus destinos y de sus riquezas, y sin que sus aspiraciones puedan ser trazadas fuera del marco que convenga a los dos países que han provocado con su política y su intervención la victoria. Mas, esto, será o no será; lo actual, lo real, lo vivo, es que Franco ha triunfado. ¿Por qué? Parece innecesario que nos formulemos esta pregunta cuando en las páginas ya escritas hemos desarrollado el proceso de nuestro hundimiento. Exacto: el proceso de nuestro hundimiento; pero no las causas del triunfo enemigo que es lo que ahora vamos, como enseñanza, a puntualizar:



En el terreno militar, Franco ha triunfado:

**PRIMERO:** *porque lo exigía la ciencia militar, el arte de la guerra.* Muchas veces, comentándolo con mis compañeros, con los compañeros que tenían motivo para entender de estas cosas, yo decía: si triunfamos nosotros, tal y como ahora somos, el arte de la guerra, según lo concebimos, y como nos lo enseñaron, vendrá al suelo, porque habremos demostrado cómo una masa que se llama ejército, sin haber logrado una organización; sin cohesión, porque aún no responde fielmente a los resortes de la obediencia y de la colaboración; sin unidad moral, porque en nuestro conglomerado político-militar aún tiene cabida todo y porque se halla minado por múltiples discordias intestinas; sin grandeza de aspiraciones en algunos dirigentes, que anteponen sus intereses personales o partidistas a los de la masa popular, despertando con ello en muchos combatientes las miras localistas antes que las nacionales que mueven a los ejércitos; sin medios materiales adecuados para hacer la guerra, porque los que tenemos son escasos, malos o tardíos y siempre inferiores a los del adversario; sin instrucción, porque no puede improvisarse la de más de un millón de hombres, sin técnicos, etc.; una masa así, decimos, habrá vencido a tropas donde se revelan características totalmente opuestas. Y como esto, decía yo, es contrario a toda suerte de razones naturales, lógicas y positivas, es preciso, para vencer, transformarse.

Por eso nuestro esfuerzo se encaminó incensantemente a mejorar las cualidades del órgano de fuerza, pues sabíamos que el arte de la guerra, el que habíamos aprendido, no era ninguna entelequia y exigía en sus fundamentales principios y en sus reglas elementales, para que mereciéramos el triunfo, mejorar aquellas cualidades. Nos enorgullecemos de haberlo logrado en gran medida, pero para llegar a la meta faltó lo esencial: la comprensión en las alturas y en el ambiente, donde había cortedad de vista en la concepción castrense, que no

supo ver que, mientras subsistiese una dirección política sin ideales verdaderamente unificados, el ejército no podía dejar de ser una agrupación de fuerzas faltas de toda solidez y pre-dispuestas a la pugna, a la revuelta o a la indisciplina. El triunfo lo ha tenido, pues, el adversario, a pesar de sus errores y torpezas, porque en el campo republicano no hemos podido desarrollar plenamente los principios elementales del arte de la guerra.

SEGUNDO: *Porque hemos carecido de los medios materiales indispensables para el sostenimiento de la lucha.* Esta penuria ha sido permanente. Lo fue en los primeros tiempos, lo ha sido durante toda la guerra y fue extraordinaria en la maniobra de Cataluña. Todos los pedidos de material adolecían de pobreza; nunca se ha adquirido más de la cuarta parte de lo que se pedía y era indispensable, y muchas veces, como en la ocasión de Cataluña, ha llegado tarde. La escasez de recursos financieros o la visión limitada de nuestros políticos ha dado lugar a que se careciese de las dotaciones mínimas: nos faltaban 400.000 fusiles para tener el ejército armado; los 3/4 de armas ametralladoras, los 5/6 de la artillería y 7/8 de la aviación; esta última cifra representaba lo necesario para igualar la del adversario. Nuestra industria no ha logrado producir lo preciso para alimentar el desgaste; y, no obstante emplearse el dinero en esta necesidad con esplendidez, nuestra organización industrial no ha sido capaz de producir un solo tipo de fusil, ni de ametralladora, ni de cañón, llegando solamente, cuando había materias primas, a fabricar un avión diario. Sin embargo, debía ser políticamente necesario sostener al frente de la Subsecretaría de Armamento a un eminente tocólogo, cuya buena voluntad, inteligencia y actividad no ha podido evitar el fracaso industrial. De aquí que nuestra incompetencia e imprevisión en cuanto a la alimentación material de la lucha, nos haya mantenido *siempre* en condiciones de inferioridad, que ha sido abrumadora durante la última

maniobra porque nosotros nos hallábamos en pleno desgaste y el enemigo realizó para ella la máxima acumulación de medios.

*TERCERO: Porque nuestra dirección técnica de la guerra era defectuosa en todo el escalonamiento del mando.* De un modo general, todos, incluso los elementos profesionales, no estábamos preparados para los cargos que la realidad nos obligaba a desempeñar —aunque puedan señalarse valiosas excepciones— y la masa de cuadros medios no podía ser debidamente preparada. La guerra moderna es eminentemente técnica. Todos los materiales, medios, armas y artificios (a excepción de los gases tóxicos) que la ciencia bélica pone al servicio de la lucha, han sido ampliamente aplicados, y algunos de ellos, como los aéreos y antiaéreos, en una extensión y con una amplitud proporcionalmente superior a como fueron utilizados en las guerras precedentes. Pues bien, nosotros teníamos que dirigir nuestras fuerzas, sin mandos preparados para una lucha eminentemente técnica, porque la masa de cuadros, desde el jefe supremo al cabo, eran improvisados y es sabido que a guerra está reñida con la improvisación.

En cuanto a la dirección suprema y a la coordinación de todas las fuerzas, jamás se ha realizado de una manera efectiva. Ha faltado un elemento fundamental: el jefe. Se ha querido desarrollar tercamente una teoría constitucional y no se ha querido vivir una realidad. El mando único, político y militar, ha existido en el papel; pero no se ha podido ejercer la función de mando. También ha existido el jefe; pero tampoco el jefe podía serlo, por una razón elemental: porque no era militar. El jefe militar tiene una función bien definida en la guerra. Si este jefe falta, la función queda incumplida. Nuestra política no quiso que el jefe militar existiera con plenitud de derechos y responsabilidades. Sus razones tendría; pero es natural que la realidad se impusiera al artificio y que al adversario le facilitase el triunfo, pues en la batalla, que es la pugna de dos

voluntades, ha faltado una.

En el terreno político, Franco ha triunfado:

*PRIMERO: Porque la República no se había fijado un fin político, propio de un pueblo dueño de sus destinos o que aspiraba a serlo.* A nuestros políticos, durante los dos años y medio de guerra, les han preocupado más las menudencias personales y partidistas que los grandes problemas nacionales. Les ha faltado abnegación política para someterse a un ideario común superior a los de los partidos, y entereza para sanear un ambiente político viciado. Este ambiente y aquella falta de ideario único empequeñecían la grandeza de los ideales que movían al combatiente a la lucha. De aquí que en la actividad militar faltasen horizontes amplios, claros, y que brotase en la masa, que no veía definida con trazos vigorosos la meta de sus esfuerzos, el peor disolvente de la voluntad: el escepticismo. Entre nosotros cada partido tenía un fin político distinto y por eso, estando todos ellos de acuerdo en la primera parte de la fórmula: batir al fascismo, defender la libertad y la democracia, no lo estaban en la segunda parte, en la finalidad creadora, que cada uno buscaba por caminos divergentes, cuando no contrapuestos. El enemigo, más hábilmente, ha sabido, aun en medio de sus fluctuaciones monárquico-republicanas-católico-sindicalistas, encontrar o imponer una fórmula, artificiosa o no, de elevadas aspiraciones de Estado y así, para él, la guerra tenía un fin político creador a cuya consecución se ha subordinado todo.

*SEGUNDO: Porque nuestro gobierno ha sido impotente por las influencias sobre él ejercidas para desarrollar una acción verdaderamente rectora de las actividades del país.* No ha podido establecer la unidad política, la unidad de acción, la unidad de mando, la unidad de aspiraciones y de fines, la unidad de la retaguardia y el frente, de lo civil y de lo militar; no ha podido crear una moral sólida en la retaguardia, un régimen de disciplina férrea, austeridad en el consumo y equidad

en la distribución; y no ha podido, en fin, llevar la dirección política interior y exterior de la guerra, y asegurar la concurrencia de esfuerzos y voluntades hacia la victoria. Y ello ha sido así por la sola razón de que el Gobierno —simple concurrencia, sin unidad, de tendencias políticas diversas— no podía mandar. Existía el deseo, pero faltaban las posibilidades de realizarlo. También en este aspecto se ha desarrollado una teoría contraria a las exigencias de una lucha en la que se ventilaba el destino de nuestro pueblo. Conjugando esta conclusión con la anterior podemos decir que si, en el campo enemigo, la guerra ha sido el desarrollo de una decisión política, con medios de fuerza, dirigidos a un fin, en nuestro campo ha sido el desarrollado de una indecisión política, con medios políticos, persiguiendo distintos fines.

TERCERO: *Porque nuestros errores diplomáticos le han dado el triunfo al adversario mucho antes de que pudiera producirse la derrota militar.* La política exterior de España republicana fiaba demasiado en la acción y en la ayuda de la diplomacia de los países afines o simpatizantes; en cambio no tenía fe en la propia fortaleza de la causa que defendía, por cuyo motivo, y por ignorarse en el extranjero el fin político de nuestra lucha, aparecía ésta en un plano falso. Teniendo, por nuestra situación, derecho a la exigencia, nos hemos conformado con mendigar. Si hemos sostenido diplomáticos derrotistas ¿cómo íbamos a ganar crédito en el exterior? Por eso, teniendo razón hemos carecido de verdaderos aliados y no se ha podido enlazar nuestro problema al de la política general europea. La guerra estaba internacionalmente perdida por nuestros errores y por la indiferencia de los países afines, mucho antes de que realmente haya terminado; la habíamos perdido al aceptar la farsa de la No Intervención, consumándose, al fin, nuestro aislamiento y nuestra derrota en el pacto de Munich. En el mundo de la diplomacia y de las finanzas, donde tienen su secreta gestación los grandes acontecimien-

tos, cuando nuestro adversario montaba la maniobra de Cataluña, ya se había resuelto para nosotros el pleito; porque el anhelo de unos hombres que en un extremo de Europa querían libre a su pueblo pesaba muy poco en los demás intereses de aquel mundo. Del exterminio de esos hombres sólo podía derivarse un peligro militar estratégico, remoto y conjurable; pero ¡ah!, de su triunfo vendría sobre la sociedad el parto de todos los fieros males imputados a los «rojos». A fin de cuentas, en aquellos planos superiores triunfaba la política conservadora sobre la liberal, o como ahora se dice, el sistema totalitario sobre el democrático, frenando el progreso de los derechos humanos.

En el orden social y humano Franco ha triunfado:

*PRIMERO: Porque ha logrado la superioridad moral en el exterior y en el interior.*

En el exterior, como consecuencia de una hábil propaganda en la que no han faltado la falsedad y los tópicos encaminados a exacerbar los sentimientos conservadores de los pueblos y de las clases sociales que, por el peso decisivo de su dinero o de su situación, podían desequilibrar la balanza a su favor. Así se ha trasladado un problema revolucionario local al plano donde se sopesan las grandes cuestiones internacionales y donde anida el miedo a las convulsiones de tipo social.

En el interior, porque ha manejado, también hábilmente combinados, los factores sentimentales, conjuntamente con el sometimiento de la masa, el éxito militar y la propaganda.

En los dos campos en que el adversario ha actuado, interna y externamente, podía haber sido batido sin gran esfuerzo, porque había más artificio que realidad en los motivos en que apoyaba su trabajo. Por eso el triunfo que ha logrado en el manejo de las fuerzas morales, más que a sus aciertos, a la satisfacción de su retaguardia por los éxitos militares y a las

excelencias del régimen que instauraba, lo ha obtenido, porque paralelamente a su trabajo metódico, permanente y tenaz, nuestra moral seguía en los últimos tiempos la rama descendente de una curva que nadie podía enderezar.

De nada ha servido que la masa, en ambos campos fácil a la sugestión, ofreciese, en el rebelde, a sus dirigentes una sistemática resistencia y se hallase predispuesta favorablemente a la causa de la República, pues esa masa se hallaba carente de una acertada conducción. En nuestro campo se nos ha ido moralmente de la mano, y en el campo enemigo se ha sometido persuadida de la imposibilidad de nuestro triunfo.

A ello han contribuido también los factores materiales, que condicionan los morales de manera portentosa en la guerra (y de una manera que *parece* decisiva en la guerra moderna), por cuanto entre los rebeldes reforzaba la seguridad en el triunfo la potencialidad, creciente de manera incesante, del organismo armado, mientras que entre nosotros se producía el fenómeno contrario por el convencimiento a que se había llegado de nuestra inferioridad material.

Así se explica que los enemigos de la República, en el juego de las fuerzas morales que toda guerra comporta, hayan conseguido, en un momento, que por otras circunstancias ya era decisivo, la superioridad moral determinante de su triunfo.

SEGUNDO: *Porque ha sabido asegurar una cooperación internacional permanente y pródiga.* Los soldados contra los cuales tenía que luchar la República no eran solamente españoles. En el campo rebelde se unían a nuestros compatriotas, moros importados del Magreb y de diversas colonias africanas, portugueses, italianos, alemanes y voluntarios extranjeros de nacionalidades diversas; hombres mercenarios unos, otros que hacían la guerra por maniato de sus gobiernos, y, finalmente, grupos de distintos países, movidos por sus ideales o por simpatía hacia la causa de Franco. Por ello el llamado Ejército Nacionalista era un conjunto abigarrado por la

diversidad de razas y por la variedad de sentimientos y religiones, y movido por ambiciones diversas. Perseguían, unos, la conquista de su patria poniendo en ello su entusiasmo; otros eran llevados por sus sentimientos religiosos en una parte, y, en otra, por el deseo de imponer una nueva doctrina social; muchos estaban movidos por sus instintos guerreros, cuando no por la mesada, y todos, sujetos, sometidos más bien, a una disciplina férrea que era el verdadero y principal agente de cohesión. La unidad y la fuerza moral irradiaba de los dirigentes militares de la empresa y de las unidades o grupos encargados del control de los demás. Era, pues, un ejército que no merecía conquistar España, entre otras muchas razones por una poderosa: porque no era justo ni conveniente a la historia de la raza española que tal hecho se produjera; pero sea por desdicha para nuestro pueblo, o por fortuna para su prestigio, la victoria no ha venido de una batalla en la que se haya puesto a prueba el temple de los combatientes, sino de una maniobra en la que se conjugaban, para determinar el triunfo o el fracaso, numerosos factores ajenos a las cualidades de los soldados y a virtud de cuya maniobra el pueblo español ha podido ser dominado.

En aquel socorro humano, prácticamente inextinguible, pues las reservas de Hitler y Mussolini eran inagotables en relación con el volumen de nuestro conflicto, no cuenta solamente el número sino también la calidad técnica, pues es sabido que a los adversarios de la República no les ha faltado toda clase de valiosos colaboradores, desde los policíacos organizadores y sostenedores del régimen de sometimiento de la masa, hasta los puramente militares encargados de la instrucción y del manejo de los modernísimos materiales de todas clases, que enviaban como a un laboratorio los Estados extranjeros que alimentaban la lucha. Es sabido, y no se descubre por ello ningún secreto, que nosotros hemos tenido colaboraciones, las cuales, si valiosas por su abnegado espíritu de sacrificio y



su exaltada moral, no admitían el parangón con aquéllas. Ni por su número, ni por los medios materiales que habían de manejar (que no eran de ensayo, sino medios de guerra legalmente adquiridos por el Estado con su dinero) ni siquiera por la influencia que hayan podido tener en la conducción de la guerra (que ha sido nula) o de las unidades, puede establecerse siquiera un término de comparación; sólo los muertos no españoles en el campo rebelde superan y quizá duplican la totalidad de los combatientes internacionales retirados de nuestro campo por decisión del Gobierno.

Para que el contraste fuese definitivo, en la última ofensiva, solamente los españoles hemos librado la contienda, pues la República tuvo aquel gesto notable y patriótico de prescindir, durante la batalla del Ebro, de nuestros colaboradores internacionales, a los cuales rendía al propio tiempo el tributo de cariño y gratitud que habían ganado con su sangre y con su esfuerzo.

Por eso puede decirse que los españoles hemos perdido España luchando absolutamente solos contra la potencialidad material y moral de tres pueblos convencidos de su fuerza y del desembarazo con que podían actuar, mientras los países llamados democráticos, si no puede decirse que sentían la satisfacción de vernos caminar hacia la derrota, sí puede afirmarse, con las excepciones citadas en otro lugar, que se sentían felices no viéndose arrastrados al conflicto. A sus fines interesaba, sobre todo, no desembocar en una gran guerra imaginaria; ciertamente han eludido una posible gran guerra que podían ganar; ahora habrán de afrontar la gran guerra real que pueden perder, después de haber perdido otra gran guerra sin batallas, en la que el enemigo ha puesto su planta en las mejores posiciones estratégicas de Europa y conquistado tres Estados libres. Pero esto cae fuera del marco de nuestro estudio; lo que en conclusión podemos ahora decir es que Franco ha triunfado porque ha sabido y ha podido libremente asegurarse

una colaboración internacional permanente y pródiga.

Podemos sintetizar todo lo hasta aquí expuesto diciendo que Franco ha vencido por su superioridad; una superioridad lograda, tanto o más que por su acción directa, por nuestros errores.

Hemos sido nosotros los que le hemos dado la superioridad en todos los órdenes: económico, diplomático, industrial, orgánico, social, financiero, marítimo, aéreo, humano, material, técnico, estratégico y moral. Y se la hemos dado porque no hemos sabido organizarnos, administrarnos y subordinarnos a un fin y a una autoridad; ni sostener, elevar y exaltar unas fuerzas morales que teníamos a torrentes; ni gobernamos, en cuanto la función de gobierno implica armonía, coordinación, acción de conjunto inteligentemente dirigida, disciplina impuesta, orden social y abnegación en el trabajo y en el consumo.

La República tuvo en sus manos la superioridad y los mejores resortes para sostenerla y acentuarla, y ha dejado que se le escape de las manos como si un secreto designio impidiese prosperar a la obra republicana.

Mas, no ha habido tal secreto designio, sino, simplemente, dos realidades, las determinantes de que le hayamos dado la superioridad: *falta de gobierno*, porque los que ha habido, a pesar de sus buenos deseos, han sido impotentes para mandar y para dirigir una política de guerra exterior e interior; y *falta de mando*, porque el *jefe*, en la verdadera acepción de la palabra y de la función, no ha existido. Por ello podemos plasmar de manera más explícita nuestras conclusiones, diciendo que hemos perdido la guerra por el fracaso de los sistemas y los procedimientos seguidos en el desarrollo de la doctrina democrática, que si, sublime en sus esencias, no ha sabido hallar —en aquellos sistemas y procedimientos— fórmulas creadoras para desarrollarse.

De esta terrible realidad quizá no pueda culparse a las personas (¡cuántas magníficas individualidades se han estrellado en su cometido por impotencia para desenvolverse!), ni siquiera a los partidos, pues nadie puede dudar de que todos y cada uno anhelaban el triunfo y luchaban por él, sino, como hemos dicho, a los sistemas cadentes que se han seguido por los hombres, por los partidos y por las organizaciones. Merced a aquéllos no ha podido aparecer y aplicarse lo que en toda obra humana es indispensable si ha de ser creadora: una inteligencia y una voluntad. Nuestra lección es, por consiguiente, muy sencilla, clara y concluyente: *¡Alerta los pueblos! Para no caer en las nuevas formas de esclavitud es preciso que de las doctrinas democráticas, humanistas, liberales, progresistas, nazcan nuevos sistemas y procedimientos de acción y de dirección, si los hombres de buena voluntad y amantes de sus derechos, tan cruentamente conquistados en una lucha de siglos, aspiran a que el mundo no dé un salto atrás en el camino de su progreso.*

## EPÍLOGO

La guerra de España pertenece ya a la historia. Pero antes de dar por terminado nuestro trabajo, como el caminante que después de vencer la parte más intrincada y dura de su jornada se detiene a reparar sus fuerzas y mira con ansiedad hacia adelante para divisar la meta que no sabe si podrá alcanzar; así yo, teniendo ya detrás de mí vencidas las asperezas y dificultades de este laborioso empeño, quiero también otear el horizonte con el anhelo de hallar en la meta del porvenir de mi patria, el final de este dificultoso recorrido que la vida me ha obligado a hacer. Hemos llegado a nuestro momento de reposo habiendo gastado en los esfuerzos del camino muchas ideas y sentimientos; arrojamos a los abismos del olvido y del anónimo cuanto en el acervo de nuestros recuerdos y documentos pudiera tener un dejo amargo, un sabor de odio o de desengaño, o un valor insustancial; pero en cambio hemos querido jalonar la senda recorrida con reliquias de los hechos y acontecimientos vividos para que sirvan de testimonio de la verdad a los nuevos caminantes que tengan necesidad de recorrer nuestra ruta.

Ahora, como quien confiesa ante su propia conciencia, realizaremos un acto de fe: Fe en nuestras viejas creencias religiosas, más firmes que nunca. Fe en nuestros sentimientos patrióticos, más profundamente sentidos porque se vigorizan en el rigor de la adversidad. Fe en el hombre español, en nuestra raza, en nuestro pueblo creador de nuevas razas y de pueblos y civilizaciones fecundas. Fe en los grandes destinos que Dios y el progreso reservan a mi patria y que han de cumplirse a pesar de todo; a pesar de los siglos de decadencia soporados sin envilecerse; a pesar del limitado ámbito de su territorio que compensa con la magnitud de su valor geográfico; a

pesar de su reducida población, que puede equilibrar con la superabundancia de sus individualidades creadoras; a pesar de su terca y grandiosa combatividad que emplea con harta frecuencia para destrozarse internamente, y a pesar de su régimen actual. Fe, finalmente, en nosotros mismos, convencidos de que nuestro trabajo y nuestra inteligencia, dondequiera y comoquiera que sea, aún pueden y deben ser útiles a nuestra patria. Por creerlo así yo sé que nuestra obra, la de los españoles que hemos peleado por España, no ha terminado; solamente ha marcado la vida en la reciente pugna, una etapa del largo proceso de restauración de nuestro pueblo, dentro del concierto mundial, en el plano que le corresponde por su vitalidad y por su abolengo. Por ello es obligado proseguir el trabajo, pues no porque hoy resulte anónimo va a dejar de ser fecundo para mañana.

Nuestra guerra ha sido una lucha muy localizada en el mundo, pero ante la cual estaban ávidamente atentas todas las miradas, quizá porque de su resultado pendía la orientación social de la humanidad hacia adelante o hacia atrás. Lucha, en sí misma, honrada y ambiciosa de grandeza, dura y noble por ambos bandos —digan lo que quieran los detractores de los «rojos»— en los cuales habían prendido dos idearios internacionales y una sola aspiración nacional: la grandeza y la libertad de su patria, buscada por derroteros distintos. Los republicanos causábamos más miedo al mundo porque la propaganda enemiga, descarnada y a menudo falsa, ponía de relieve en la forma más cruda los procedimientos revolucionarios destructores, mientras manejaba el resorte del egoísmo (la fuerza generadora por excelencia de la acción conservadora) para ganar adeptos.

Nadie, en cambio, ha dicho que la guerra era, a los dos lados del frente, como una ciénaga florida donde el aroma del trabajo y el sacrificio de los buenos anulaba el hedor de la charca, y era preciso antes que nada desecar ésta, si se quería que,

al terminar la lucha y agostarse aquellas flores, no reapareciese la corrupción y con ella, cualquiera que fuese el resultado de la contienda, lo que la propia lucha no podía liquidar: las deudas de sangre. En el poco tiempo transcurrido, ¡cuántas vendas han caído ya de los ojos!

Por otra parte, en nuestra guerra, por oposición a casi todas las demás, pesaron en su determinación muy poco las finanzas internacionales, los problemas económicos, los mercados. También en este sentido ha tenido la lucha un carácter local, sin que jugaran otra suerte de apetitos que los del famoso *Eje*; pero durante su curso se ha producido una notable evolución, pues al situarse absurdamente en el terreno diplomático nuestro conflicto como un dilema entre la anarquía y el orden, entre la educación y la bestialidad, entre la civilización y la barbarie, entre la autocracia y la demagogia, la diplomacia, el gran mundo y hasta las masas sociales, exceptuando una minoría de pueblos respetables y dignos, nos volvieron la espalda. También en este aspecto no faltan hombres y sectores sociales de responsabilidad y solvencia que ya han abierto los ojos a la verdad. El dilema así planteado conducía injustamente a soluciones extremas y éstas, aunque las apariencias muestren lo contrario, no cuadran con la verdadera solución de nuestra guerra, si bien a los energúmenos extremistas de ambos campos les indigne que se sitúen algunas gentes en terreno distinto al suyo. Afirman que hay que ir con ellos o contra ellos, y no se detienen a pensar que la realidad es que la masa de España no quiere estar con ellos ni contra ellos, sino en la justa ponderación que corresponde al pueblo que aspira a ser dueño de sí mismo y hacer obra constructiva.

España, ya se llamase nacionalista o republicana, simplemente quería salir de su viejo letargo, rejuveneciéndose al calor de unas doctrinas nuevas, queriendo hallar en ellas su salvación; y en ese general anhelo se enfrentaron las dos corrientes ideológicas dominantes: la totalitaria y la democrática.

Entre tanto, muchos pueblos, apegados a sus cómodas rutinas, no sabían o no querían comprendernos y creían fácilmente que caminábamos hacia el comunismo, cuando para asustarles se lo decían así los de Franco, o bien que España iba a ser fascista cuando se lo anunciaban los republicanos como recriminación a su indiferencia; y la verdad era que nuestro pueblo no quería ir a ningún extremo. La historia mostrará que ninguna de esas doctrinas puede echar raíces profundas en el pueblo español, aunque al socaire de la victoria crean los vencedores otra cosa, y aunque al primer intento fracasado del general Primo de Rivera, fundado en la templanza y en la españolidad de su obra, suceda otro más duro en sus formas y terrorífico en sus procedimientos, pues éste dará antes y con peores consecuencias frutos más dañinos.

La revolución creadora, en cuyo crisol tantos hombres del pueblo —españoles de acá y de allá— se han sacrificado, no se ha hecho por y para unos cuantos hombres sino por muchos ideales dignos, todos grandes y respetables porque todos se funden en España; su ideario quedó arado en la médula popular y su simiente, generadora de la nueva España, alumbrará, quiérase o no, de los sacrificios de ambos campos, porque a la postre, en todos latía el mismo afán de superación y la misma aspiración de grandeza y de libertad de la patria, aunque para alcanzarlos se siguieran caminos diferentes. No es sólo el color de la camisa de los hombres lo que ha de cambiarse para que se encuadren en las legiones del nuevo país y pueda éste marchar por derroteros mejores, sino su educación profunda, su alma; y si a las almas es fácil darles pátina con doctrinas más o menos artificiosas no es posible darle temple. El sacrificio del pueblo español, de los dos campos, ha preparado las almas para el temple; pero las voluntades capaces de forjarlas no surgirán hasta que cese la obra de destrucción de cuantos se creen regenerados, dueños y señores, simplemente por haber cambiado el color de la

camisa; a la postre aquello y esto es un problema de educación y la educación sólo merece este nombre cuando está exenta de sectarismo.

Los nuevos métodos políticos y guerreros constituyen una regresión humana y hay una ley natural que impone su régimen transitorio, debido a la reacción del hombre contra la servidumbre. En el orden político es imposible ir contra el progreso; la humanidad no puede ni debe renunciar a unas conquistas cuya finalidad ha sido elevar al hombre, dignificándolo. Las muchedumbres que vociferan a la orden de los agitadores para saludar a los nuevos dioses, tienen ya un sabor rancio y triste de otras épocas y sociedades decadentes, reñidas con el progreso actual. Y si en el orden político y social se apunta esa regresión, en el guerrero no falta análoga amenaza: volvemos a la guerra sabia y a la omnipotencia de la técnica y del material; a los convencionalismos del siglo XVIII, incompatibles con la pasión propia de la lucha, al artificio de las guerras sin batallas, con ejércitos profesionalistas al servicio de dictadores y siguiendo cauces personales incompatibles con las necesidades de los pueblos. Tras tales regresiones, en el mañana, quien mejor sepa preparar, organizar, instruir y dirigir la masa, el pueblo, constituyendo una unidad indestructible, será quien triunfe.

En nuestros dos campos en pugna, las doctrinas políticas y militares puestas en juego, bajo la bandera de la unidad, alimentaban tendencias disgregadoras de esa unidad. Ellas han dado su fruto: en nuestro campo, antes de la derrota; en el del adversario, después de la victoria; y la verdadera victoria no será efectiva, el triunfo de España no será cierto, hasta que todo el pueblo español, vencedores y vencidos, comulgue en un mismo ideario político de libertad, de prosperidad y de grandeza. Quienes ciegos a la realidad no lo persigan, lo encaucen y lo impongan, retrasan de manera incalificable el progreso de nuestro pueblo.



Porque si la realidad es que hay vencedores y vencidos, lo es también que ha triunfado la fuerza, no la razón; que se ha hundido, sin renunciar a su ideario, un pueblo indefenso, sin armamentos y sin reservas alimenticias ni industriales; sin reservas humanas; abandonado de los países que se decían simpatizantes; destruido moral y materialmente, tanto o más por errores políticos y militares, que por la potencia material y moral del adversario; y ese pueblo ha luchado con su ejército joven e imperfecto, pero magnífico, contra media España y contra dos de los países más fuertes de Europa por la solidez de su organización técnico-militar, y los cuales, si no han estado presentes con toda la fortaleza de sus medios en el campo de batalla, han enviado sin regateos sus aviones, su artillería, sus bombas, sus proyectiles, sus técnicos y parte de sus soldados, los que de éstos eran necesarios y suficientes para vencer; si más hubieran sido precisos, más hubieran dado, porque en la partida ya no se ventilaba en los últimos tiempos que mandase en España la derecha o la izquierda política, sino que fuese libre o esclava y que pagase con su riqueza y su trabajo, y con el imponderable valor de su situación estratégica mundial, los gastos de la intervención. Nosotros la queríamos libre y por sus libertades luchamos. Por eso, aún podemos tener vigorosamente erguido en el altar donde adoramos la patria —que, volvemos a decirlo, no hemos perdido por haber perdido la guerra— y en la meta que claramente divisamos como aspiración suprema para nuestro pueblo, nuestro ideal humanitario, progresivo, democrático, cristiano y profundamente español; lejos de desplomarse en la adversidad, lo vemos más alto y más lejano, pero también más firme; por él debemos luchar con las tres únicas armas que nos han quedado intactas: la verdad, la razón y la fe. Por muchas alharacas y ruidos que los vencedores empleen para cantar su victoria, son pocos para ocultar al mundo la verdad, una verdad que no puede encubrirse con razones sofisticadas, y es ésta: que la España que queríamos libre, es esclava de los países totali-

tarios; que está empeñada en una deuda que habrá de saldar con el trabajo, estéril para la patria, de muchas generaciones y que todos los organismos del Estado padecen la tutela de la invasión.

No queremos dormirnos inconscientemente engréidos por los sueños imperialistas, para no sufrir el desengaño de que nos despierte el látigo de los dominadores. Preferimos, antes, liberar nuestra patria.

Vernet-les-Bains, abril-junio 1939.

# APÉNDICES

## Apéndice 1

### LA SITUACIÓN MILITAR EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1938

*(Informe presentado al ministro, jefe supremo de las Fuerzas, el día 23)*

Terminada la maniobra del Ebro, el enemigo se halla empeñado en rechazarnos a la margen izquierda del Segre para anular las ventajas obtenidas en nuestra última ofensiva. No emplea en ello grandes efectivos y es posible, por las consideraciones que después se hacen, que no se empeñe a fondo en aquel propósito hasta tener totalmente montado su nuevo despliegue ofensivo.

Le interesa, como a nosotros, ganar tiempo y evitar, a ser posible, una nueva campaña de invierno; de aquí la urgencia con que mueve sus reservas estratégicas hacia el teatro catalán. Ciertamente se halla desgastado por efecto de una acción ofensiva que no ha interrumpido más que en pequeños períodos durante once meses; pero es evidente, y lo demuestra la experiencia de esos once meses, que el sistema que sigue de regeneración de sus Grandes Unidades le consiente reducir al mínimo los plazos entre una y otra ofensiva y por ello hay que admitir que en un período no mayor de 15 días, que puede expirar antes del próximo día 5, empeñe resueltamente sus tropas de maniobra en una nueva ofensiva. Esto es también posible porque cuenta con tropas de reserva intactas, es decir, no desgastadas en las operaciones del Ebro (Divisiones 1, 12, 83, 85, 15, 55; las del frente del Este en gran parte, y la casi

totalidad del Cuerpo Italiano), algunas de las cuales se hallan en línea, pero pueden ser relevadas; cuenta con una corriente de abastecimientos de material que va sin cesar en aumento, e incluso los contingentes humanos que recibe como refuerzo se bastan para compensar con creces las bajas que haya podido sufrir (envíos recientes de contingentes italianos y marroquíes y llamamientos de 1927, 1928 y 1941). Finalmente Su despliegue estratégico le permite disponer de una masa de maniobra, en cualquier frente, de un efectivo de más de 15 Divisiones (incluidas las del frente en que opere) bien pertrechadas de tanques y artillería y contando con el concurso de una aviación numerosa. Dedúcese de lo expuesto la posibilidad de que en plazo no inferior a 15 días reanude intensamente su actividad ofensiva, pues sólo necesita adaptar su despliegue al frente en que vaya a operar. Ese plazo será tanto mayor cuanto más importancia conceda a la acción que vaya a emprender, toda vez que si fuese a dar a ésta carácter decisivo necesitaría un tiempo mayor para la acumulación de todos sus recursos.

¿Por dónde va a desencadenar su ofensiva? Examinando el despliegue estratégico, los objetivos posibles a alcanzar, la calidad y el estado de desgaste de nuestras fuerzas, la situación de nuestros recursos humanos y materiales y, principalmente, la repercusión moral y material que la conquista de los posibles objetivos tendría en el conjunto de la guerra, se infiere lógicamente la mayor probabilidad de que el próximo teatro de las operaciones activas sea el catalán. La información de la actividad en su retaguardia y la acumulación de indicios hecha por el Servicio de Información vienen a corroborarlo. Esto no excluye la posibilidad de que también otros frentes entren en actividad; pero en todo caso puede admitirse que las operaciones que en ellos se realicen, aunque persigan objetivos vitales, como pueden ser, en Extremadura, Pozoblanco y Almadén, no tendrán el carácter decisivo que seguramente

querrá dar el enemigo a las que lleve a cabo en Cataluña.

¿Con qué medios va a realizar su ofensiva? Teniendo en cuenta las divisiones que con arreglo a su despliegue estratégico puede concentrar, puede calcularse que los efectivos que operen estarán próximos a los 200.000 hombres, 400 piezas de artillería, unos 200 tanques y unos 400 aviones, cifras, indudablemente, superiores, las primeras, a las que ha empeñado en el frente del Ebro, pero hay que tener en cuenta que en este teatro, por lo reducido de la zona de maniobras, no necesitaba y, posiblemente, no podía emplear, mayores efectivos de los que ha utilizado.

Los objetivos que puede proponerse son dos de carácter vital: el dominio de la frontera y la ocupación de Barcelona, pero posiblemente la maniobra se orientará principalmente a la conquista de este último como sede del Gobierno. Su base de partida probablemente será el frente de combate actual desde La Granja de Escarpe hasta Balaguer y, finalmente, el despliegue de sus aeródromos le consentirá actuar con una acción maciza sobre todo el territorio de Cataluña, desde cualquiera de sus bases desplegadas desde la frontera de los Pirineos a Mallorca.

Relacionando los medios que puede poner en juego con los objetivos que trate de conseguir con su ofensiva, y teniendo en cuenta los elementos con que nosotros podemos contrarrestarla, se deduce que si bien en la primera parte de la campaña (cuya duración no es posible prever) contamos con elementos más que suficientes para contener la ofensiva enemiga, la persistencia de ésta nos pondría en una situación similar a la del Ebro y en definitiva el adversario vería logrados sus propósitos, ya que nosotros estaremos imposibilitados de alimantar humana y materialmente una larga batalla por ser limitadas nuestras tropas y nuestras reservas de material, mientras que el enemigo, libremente (con las limitaciones que después se indicarán), podrá relevar sucesivamente con divi-

siones de otros frentes las que se vayan desgastando en sus ataques y reponer los consumos de material con los envíos que también sin limitaciones se le hacen desde el exterior. Se planteará, pues, si los hechos se producen como se ha supuesto, una larga batalla de desgaste, de características, en el caso más favorable, análogas a la que acaba de librarse en el Ebro y con grandes probabilidades de que si nuestra capacidad de resistencia se quiebra logre el enemigo de una manera casi fulminante sus objetivos.

Es por ello indispensable evitar que la maniobra enemiga se produzca con las características indicadas y sobre todo asegurar por todos los procedimientos que no pueda alimentar libremente una larga batalla de desgaste. De aquí que sea obligado responder a la maniobra enemiga: primero, evitando que pueda montarla libremente acumulando los medios y unidades que estime precisos, para lo cual no hay más remedio que operar por nuestra parte, y a ser posible antes que él, en un frente sensible donde le sean insuficientes sus reservas locales para contenernos; en segundo lugar, poner en actividad los demás frentes para fijar y desgastar las divisiones en ellos empeñadas, único modo de lograr que no pueda utilizarlas para sustituir a las que se desgasten en Cataluña y, finalmente, no conformarnos con librar en Cataluña una batalla defensiva, sino por el contrario, prever la maniobra más conveniente, no para parar la ofensiva enemiga, sino para destruir, por la maniobra, las fuerzas que empeñe en ella.

Se trata pues:

- 1.º operar ofensivamente en otro teatro (cosa posible y prevista);
- 2.º poner en actividad los demás frentes;
- 3.º trazar un plan de defensa de Cataluña basado en la resis-

tencia y en la maniobra.

Resulta de lo expuesto que el problema estratégico planteado es el mismo que ya ha sido previsto hace algún tiempo y sobre el cual se viene trabajando para desarrollar los tres extremos que acaban de enunciarse. De ellos son los principales el primero y el tercero. Sobre este último tiene ya directivas de acción el Grupo de Ejércitos de la región Oriental; trabaja sobre ellas, y el jefe que suscribe dedicará los próximos días a ultimar y precisar los detalles que sean de interés para la mejor ejecución del plan trazado, a cuyo desarrollo responden las directivas cursadas y de las cuales tiene conocimiento V. E.

Por lo que se refiere a las operaciones ofensivas en otros teatros, estudiada la situación y posibilidades propias en la zona de acción del Grupo de Ejércitos de la región Central para poder decidir la puesta en práctica del plan de maniobra que se tiene trazado, se ha llegado a la conclusión de que no es posible ni conveniente, en las condiciones actuales, emprender operaciones ofensivas en gran escala, por las siguientes razones:

1.<sup>a</sup> Los efectivos de que se dispone son muy escasos, no obstante haberse cumplido la directiva de constitución de la reserva general. Se debe principalmente a que la recuperación de personal para dotar de sus plantillas a las unidades combatientes no ha podido realizarse aún de manera completa, resultando de ello que las nueve divisiones no alcanzan la cifra de 67.000 hombres. Contribuye también a ello el hecho de que las divisiones que van a operar, por ser las que también más intensamente se han empleado en las operaciones de Levante y Extremadura, son asimismo las que han tenido más bajas. Es posible, si la Subsecretaría no pone trabas, que antes de veinte días puedan aumentarse tales efectivos lo suficientemente para poder actuar con resultados probables más efi-



caces.

2.<sup>a</sup> Por las mismas causas, el estado del armamento de Infantería es muy precario, alcanzando la cifra de unos 38.000 fusiles, lo cual es realmente insuficiente para intentar un esfuerzo de consideración, pues en cualquiera de las ofensivas hasta ahora realizadas por nuestro ejército, ha sido mayor la cifra empleada.

3.<sup>a</sup> También el estado de desgaste de la Artillería y la escasa reserva de municiones para esta arma, son dificultades que es indispensable consignar. Se dispone de un número muy limitado de piezas (posiblemente ni siquiera se alcanzará la cifra de las piezas que se reunieron para la operación de objetivo limitado de Balaguer); y por lo que a municiones se refiere, la reserva disponible en los actuales momentos no consiente operar activamente más de doce días y con el riesgo de quedarnos solamente con los proyectiles que luego se obtengan por la fabricación diaria, con cifras notoriamente pobres para poder siquiera responder a una contraofensiva medianamente fuerte del enemigo.

4.<sup>a</sup> El problema de las raciones de previsión es gravísimo; apenas podría disponerse de ellas para cinco días de operaciones. La insuficiencia de medios automóbiles es también muy acentuada. Sin que se pueda contar con los suficientes para motorizar una división, y, finalmente, son también escasísimas las reservas de material de alambrada y de granadas de mano.

5.<sup>a</sup> Las dificultades que acaban de enumerarse, ponen de manifiesto la penuria de hombres y material con que habrá de iniciarse la ofensiva; se corren grandes riesgos de que ésta fracase en sus comienzos y, no sólo no surta los efectos decisivos que con ella se buscan, sino que se gasten las últimas reservas humanas y materiales de que disponemos, colocándonos en situación muy crítica para hacer frente a cualquier esfuerzo de consideración que pueda intentar el enemigo. Por

ello se estima pertinente proponer a V. E.:

a) Que se ultime activamente la reorganización de las unidades; que se adopte con las fuerzas un dispositivo que consienta pasar rápidamente a la fase de ejecución de las operaciones, al propio tiempo de atender a la seguridad de los frentes, manteniéndose en esta actitud hasta que se reciba armamento. La llegada de éste, no sólo permitirá duplicar, cuando menos, el que haya de actuar, sino que, al permitir también aumentar la dotación de armas de los frentes que van a quedar pasivos (Levante), podrán sacarse de éstos nuevas unidades de reserva y hacer el esfuerzo ofensivo que se lleve a cabo más intenso.

b) Que se provea, en cuanto sea posible, de los medios y abastecimientos de todas clases para asegurar alguna desenvolvura en las operaciones. Éstas siempre suponen en cuanto a abastecimientos, un consumo superior al normal en más de un 30 por ciento y, teniendo en cuenta la angustiosa situación que actualmente se padece en la zona Central, sería peligroso entrar en un período de operaciones activas con grandes efectivos sin tener previamente resuelto el problema de los abastecimientos.

6.<sup>a</sup> Aconseja también que formule la anterior propuesta la participación que en las operaciones han de tener la Flota y la Aviación. La primera tiene actualmente en reparación algunos barcos, de ellos, el principal, el crucero «Libertad», que el mando de la Flota considera necesario que participe por sí, como es de presumir, hubiese algún encuentro con la Flota rebelde, pues sólo disponiendo de dicho crucero podrá tenerse la superioridad. Por lo que a Aviación se refiere, como V. E. conoce, se halla esta arma muy desgastada por su intensa actuación durante la batalla de cuatro meses del Ebro; necesita también un período de descanso y reorganización, y es también para ella aconsejable esperar la llegada de material, sin el cual, aunque sólo sea como reserva, se correría el riesgo de

ver desaparecida casi totalmente nuestra flota aérea en unas operaciones de quince días.

7.<sup>a</sup> Como consecuencia de lo expuesto se ha dado al Grupo de Ejércitos una instrucción reservada, con la que se persigue:

— Poner a punto los medios actuales con mayores disponibilidades de hombres y mayores reservas de material, al acumularse lo que se produzca en un período de quince días.

— Poner las tropas y medios en condiciones de responder a cualquier ofensiva enemiga en este período de espera y reducir al mínimo el tiempo necesario para el despliegue y puesta en ejecución del plan de maniobra.

— Si la situación lo exigiese, aun cuando no haya llegado el armamento y los abastecimientos, realizar el plan de maniobra en un plazo no mayor de 48 horas con los medios con que se cuente.

— No desgastar las tropas ni poner en tensión el único frente que nos queda relativamente accesible, hasta tener reunidos los mayores medios y acumular las garantías máximas para un triunfo que pueda ser decisivo.

8.<sup>a</sup> No obstante haberse fijado como tope el día 5, la Flota no estará en condiciones de cooperar, ni le conviene hacerlo por la luna, hasta el 10, circunstancia ésta que puede motivar un retraso en la iniciación de las operaciones.

9.<sup>a</sup> La posibilidad de tener que operar, aun cuando no se tengan los medios al completo, ha hecho modificar el plan inicial de maniobra. Los medios con que se pueden hacer las operaciones son técnicamente insuficientes por la amplitud de la maniobra proyectada y, en consecuencia, ante aquella even-

tualidad, ha sido preciso modificar la idea de maniobra quedando reducidas a dos las tres direcciones de ataque previstas y limitando el alcance de la maniobra de conjunto.

10.<sup>a</sup> La formación del Ejército de Maniobra para el desarrollo de las operaciones de referencia, es otra cuestión que aún no es posible decidir. Si ha de operarse con los solos medios actuales y para una maniobra de alcance más limitado que la inicialmente propuesta, la creación de aquel ejército no se considera necesaria ni conveniente. Por el contrario, si la llegada de armamento y la actitud del enemigo consienten el que se demore la iniciación al momento en que se disponga de la totalidad de los medios, entonces sí que será conveniente. En consecuencia, por el momento se estima debe continuar la organización de los mandos como en la actualidad, y serán las circunstancias las que aconsejen el que se adopte o no la decisión de la formación de aquel ejército.

11.<sup>a</sup> Una última consideración estima pertinente el jefe que suscribe hacer a V. E. por la gran influencia que puede tener en el éxito de las operaciones, cualesquiera que sean los medios con que éstas puedan emprenderse: la moral de los mandos, comisarios y tropas de las unidades que van a actuar. El desequilibrio político actual tiene evidente repercusión en las fuerzas armadas. Es obligado no ocultar a V. E. que las luchas intestinas que minan los partidos y las organizaciones, afectan a los mandos, comisarios y unidades, que tienen un acusado matiz político de una u otra ideología. Cuando menos, en los jefes que son apolíticos, o en los que subordinan toda su actividad a la del mando de su unidad y a los problemas de guerra, crean un estado de disgusto o de inseguridad poco conveniente, por cuanto siempre implican preocupaciones que enturbian o embarazan la libertad y la tranquilidad espiritual que son obligadas en el ejercicio del mando; y, en cuanto a la tropa, es notorio que se resiente su cohesión, la compenetración que debe existir entre jefes y subordinados,

y, finalmente, la confianza en quien les dirige y en la grandeza de la misión que les incumbe. La moral de guerra, sólida y firme, necesaria para llevar las unidades a operaciones activas, se cuarteaba por las luchas políticas y divergencias entre unos y otros combatientes. Éstos constituyen hoy, a pesar de todo, el puntal más firme de la República, pero por los derrotos que están llevando a la opinión pública quienes no tienen la responsabilidad de Gobierno y de la dirección de la guerra, es posible, si no seguro, que esa fortaleza se quebrará si pronto no se pone remedio a un estado de cosas cuyo inmediato perjuicio va a ser, desde luego, el fracaso de cuantas operaciones militares puedan intentarse. — Barcelona, 23 de noviembre de 1938. El general jefe del EMC, VICENTE ROJO. Rubricado.

## Apéndice 2

# RESUMEN ORGÁNICO DEL GRUPO DE EJÉRCITOS DE LA REGIÓN ORIENTAL

### **CUARTEL GENERAL:**

General jefe del Grupo de Ejércitos (general Sarabia).

Estado Mayor (jefe: teniente coronel Matilla).

Comandancias generales de Artillería e Ingenieros.

Jefaturas de Intendencia, Sanidad, Transmisiones, Transportes y Correo en Campaña.

Intervención civil de Guerra.

Asesoría.

Una compañía de tropas del Cuartel General.

### **GRANDES UNIDADES DEPENDIENTES:**

Ejércitos del Este, Ebro y Reserva General, con sus respectivos cuarteles generales, tropas y servicios e integrados por las siguientes unidades:

*Ejército del Este.* — Jefe: coronel Perea; Jefe del EM: teniente coronel Carvajal.

*Brigadas X C. de E.* División 31 62-104-134 (Jover) División 34 68- 94-218 División 55 176-177-178 XI C. de E. División 26 119-120-121 (Galán) División 30 131-146-133 División 32 137-141-142 XVIII C. de E. División 27 122-123-124 (Barrio) División 60 82- 95-224 División 72 32- 93-213

Regimiento de Caballería n.º 7.

*Ejército del Ebro.* — Jefe: coronel Modesto; Jefe del EM: coronel S. Rodríguez

*Brigadas* V C. de E. División 11 1- 9-100 (Líster) División 42 12- 14-159 División 46 10- 37-101 XII C. de E. División 16 23- 24-149 (Vega) División 44 140-144-145 División 56 3- 56-179 XV C. de E. División 3 31- 33- 60 (Tagüeña) División 35 11- 13- 15 División 42 59-226-229

Brigada de Caballería n.º 2.

*Afecto al Ejército del Ebro:*

*Brigadas* XXIV C. de E. División 24 19-133-146 (Buzó) División 43 72-102-130

228 Brigada Mixta (en reorganización).

Unidades del Cuerpo de Ejército Especial (guerrilleros).

Defensa de Costas: agrupación a base de la Brigada 151.

### **TROPAS Y SERVICIOS DEL GRUPO DE EJÉRCITOS:**

Una brigada de Asalto.

Dos agrupaciones de Artillería y dos baterías independientes de la RGA.

Una división de Blindados (40 tanques y 80 blindados).

Un batallón de Puentes.

Un batallón de Pontoneros.

Dos batallones de Obras y Fortificación.

Tres compañías de Carreteras.

Una compañía obrera del Cuartel General afecta a la Comandancia General de Ingenieros.

Siete batallones de Trabajadores de, Ingenieros.

Cinco compañías de Explotación de Ferrocarriles.

Grupo de Transmisiones n.º 2.

Una compañía de Transporte automóvil.

Unidades de la Reserva General de Transporte (variables).

Una compañía de Comisión reguladora de carreteras.

Las unidades combatientes (brigadas mixtas) se hallaban todas con plantilla reducida. Las de los Cuerpos V y XV y de las Divisiones 16, 44, 27, 60 y 43, se hallaban reorganizándose como consecuencia del desgaste sufrido en el Ebro; especialmente los Cuerpos V y XV tenían muy mermados sus efectivos (algunas brigadas con el 50 por ciento del personal) debido a la causa apuntada y a la retirada de internacionales.

El armamento de Infantería de que se disponía, en ninguna unidad alcanzaba la plantilla mínima que era de 1850 fusiles, 32 ametralladoras y 48 fusiles ametralladoras por brigada, existiendo muchas de éstas con menos de mil fusiles y 20 armas automáticas (ametralladoras y fusiles ametralladoras).

En Artillería se disponía escasamente de 250 piezas de las cuales de 1/4 a 1/5 se mantuvieron en los frentes pasivos. Cada cuerpo de ejército disponía de 3 grupos (a 9 piezas el material ligero y 6 el pesado). Los ejércitos disponían de uno o dos grupos pesados y las agrupaciones (2) de la RGA quedaron afectos al Grupo de Ejércitos. La totalidad de nuestra Artillería resultaba inferior comparativamente a la que tenía el CTV (Cuerpo Italiano), el cual contaba con el material que después se indica.

Los servicios funcionaban en cuatro escalones: brigada mixta, cuerpo de ejército, ejército e interior.

La DCA se hallaba organizada en agrupaciones y baterías de posición que actuaban en la zona del interior y en la costa, y una brigada de maniobra formada por dos agrupaciones mixtas a base de grupos y baterías de 7, 62, de 40 Boffors y 40 Oérlikon. Esta brigada quedó afectada al Grupo de Ejércitos con un total de 27 piezas de 7, 62, 18 de 40 Boffors y 75 de Oérlikon.

## **AVIACIÓN**

Actuaba de jefe de las FA de la zona Norte el coronel Reyes y estaban desplegadas así:



Caza:

Grupo 26 (Y-15), 40 aparatos, en Valls, Vendrell y Pía de C.

Grupo 21 (Y-16), 40 aparatos, en Sabadell, Pacha y Monjos.

Bombardeo:

Grupo 30 (Nat.), una esc., 10 aparatos en La Garriga.

Grupo 28 (Gru.), una esc., 6 aparatos en Igualada.

Grupo 24 (Kat.), 18 aparatos, en Figueras-Celrá.

TOTAL: 80 de caza, 26 de bombardeo y 6 mixtos, más un Fokker y tres patrullas de vuelo de noche. Los demás aparatos anticuados de que se disponía no daban servicio.

## **EJÉRCITO ENEMIGO**

La información que de él se poseía acusaba los siguientes efectivos y organización:

En el frente: Cuerpos Marroquí, Aragón y Urgel, con las Divisiones: 105, 74, 50, 40, 53, 54, 51, 156, 62, 63 y 61.

Unidades de maniobra incorporadas al frente: Cuerpo Italiano con las Divisiones: Littorio, Flechas Negras, Flechas Azules y Flechas Verdes (¿Nueve de Mayo?).

Cuerpos Navarro, Maestrazgo y Cataluña (?) con las Divisiones: 1, 4, 5, 3, 2 (?), 82, 84, 12, 63, 13 y 58 de Caballería. Además una agrupación especial de Banderas del Tercio formada en Tremp, una brigada de la División 61 y la agrupación motorizada del Cuerpo Italiano. Se ignoraba el agrupamiento que se iba a hacer con tales fuerzas.

La composición de la división enemiga suponíamos que era de tres agrupaciones a cuatro batallones como mínimo, pues se sabía que las de maniobra solían estar reforzadas hasta 16 batallones. La dotación de Artillería Divisionaria no era rigurosamente conocida; se sabía que no era fija y que oscilaba entre uno y tres grupos.

En el Cuerpo Italiano había: cuatro grupos de 65; cuatro gru-

pos de 75 y cuatro grupos de 100, 17 como dotación orgánica de las divisiones y además, para afectarla a las unidades según las necesidades tácticas, dos grupos de cada uno de aquellos calibres, dos grupos 105,28; dos grupos de 149,12 y dos grupos de 149,35, así como otras unidades de mayores calibres; en total unas doscientas sesenta piezas.

En cuanto a Artillería antiaérea se desconocían los elementos que iban a desplegar para la ofensiva, como también se ignoraba el número de tanques y los elementos de la legión Cóndor incorporados para las operaciones.

Por lo que a Aviación se refiere, el despliegue adversario localizado por nuestro servicio de Información, arrojaba los siguientes datos de diversos aeródromos que hemos resumido según los modelos de aparatos: «Savoia 81», 44 aparatos; «Savoia 79», 78 aparatos; «CR 32», 110 aparatos; «CR 37», 12 aparatos; «Heinkel 111», 40 aparatos; «Heinkel» de otros tipos, 20 aparatos; «Breda 20», 15 aparatos; «Junkers», 20 aparatos; «Meicherssmith», 30 aparatos; otros tipos, 10 aparatos; es decir un total de 380 aparatos localizados.

Resumiendo los datos estadísticos precedentes podemos decir: que el Ejército republicano iba a iniciar las operaciones con un total efectivo de 220.000 hombres, de ellos solamente 140.000 en las Brigadas Mixtas; 250 piezas de Artillería, 40 tanques y 80 blindados, 46 piezas de artillería de la DCA, 80 aviones de caza y 26 aparatos de bombardeo.

En oposición calculábamos el ejército enemigo con un efectivo comprendido entre 320.000 y 340.000 hombres, 800 piezas de artillería, 200 a 300 tanques, 80 a 100 piezas de artillería de la DCA y un número de aviones comprendido entre 500 y 600.

## Apéndice 3

# DIRECTIVA AL GRUPO DE EJÉRCITOS DE LA REGIÓN ORIENTAL

En los momentos actuales es indispensable fijar claramente la idea de maniobra que de un modo general debe inspirar el empleo de nuestras fuerzas para poder obtener de ellas el mayor rendimiento. En tal sentido se tendrá en cuenta lo siguiente:

1.º Necesidad de extremar la resistencia en todo el frente y para ello ejercer una acción intensa de mandos y comisarios sobre la tropa.

2.º Contrarrestar la maniobra que el enemigo viene realizando, fundada en la velocidad y en la acción simultánea sobre muchos puntos del frente para impedir la reunión de nuestras fuerzas. Para ello actuar enérgicamente, aunque sea con pequeñas unidades, sobre los flancos de las bolsas que producen sus ataques, para crear una amenaza sobre su retaguardia y paralizar su progresión; prever diariamente las posibles direcciones de ataque para el siguiente día y asegurar sobre ellas una acción de fuego enérgica. No emplear solas tropas nuevas.

3.º Orientar la maniobra de repliegue, si éste fuese impuesto, de modo que quede fuertemente defendida la línea del Llobregat, evitando especialmente la ruptura hacia Barcelona y Tarrasa.

4.º Prever una respuesta ofensiva enérgica. Para ella contará el Ejército del Este con las reservas que pueda obtener al reorganizar y armar nuevamente sus unidades, con los batallones

nes de Ametralladoras (hasta 10) que serán armados en su frente y con dos o una de las tres brigadas de nueva formación que le serán asignadas según las circunstancias del momento en que se disponga la utilización de estas fuerzas (posible antes de 4 días). El Ejército del Ebro contará con las reservas que pueda obtener al reorganizar y armar nuevamente sus unidades, con los batallones de Ametralladoras que serán armados (hasta 10) en su frente y con una o dos de las tres brigadas de nueva formación. A los fines de la respuesta ofensiva que se indica en este apartado, se reunirán en principio las fuerzas en las zonas indicadas en la Instrucción reservada del día 23. Además, cada ejército acumulará en la dirección de ataque que se le señale la totalidad de los medios blindados.

5.º Adoptar toda clase de precauciones para la defensa de Barcelona. Para ello:

a) Prever una posible maniobra de envolvimiento de la plaza, siguiendo la dirección Tarrasa-Sabadell-Moncada.

b) Desde el frente Martorell-Garraf hasta el lindero de la plaza, prever la utilización de toda clase de accidentes, obras de fortificación y caseríos, para asegurar la detención o la defensa del terreno palmo a palmo.

c) Organizar fuertemente por la Comandancia Militar de la plaza<sup>28</sup> la defensa del lindero de la ciudad, realizando un sistema de barricadas y una red de fuegos profunda que obligue al enemigo a una intensa lucha de desgaste. La línea del lindero partirá de las estribaciones de Montjuich y seguirá el perímetro de las edificaciones de la zona sur, pasando al sistema montañoso jalonado por la Font del Lleó-Vallvidriera-Tibidabo.

---

<sup>28</sup> Las órdenes para la ejecución de obras defensivas en la región de Barcelona se habían dado ya antes de comenzar la ofensiva y se habían reiterado repetidas veces en el transcurso de ésta.

*d)* Preparar una red de destrucciones profunda entre la línea del Llobregat (incluidos los puentes) y el lindero de la plaza. La ejecución de las destrucciones correrá a cargo de equipos especiales del Ejército del Ebro expresamente destinados a este fin.

*e)* Se utilizarán en la defensa inicial del lindero las tropas procedentes del frente, las de la ciudad (exceptuando las de Seguridad e Interior) y las unidades de ametralladoras y blindados expresamente destinadas a este fin.

*f)* Se acumulará en las estribaciones del Tibidabo hacia el sur una fuerte masa de Artillería dotada de buena observación, que asegure tiros de detención potentes sobre los accesos a la plaza.

*g)* Aun cuando el enemigo lograra alguna infiltración hacia la ciudad, la arista montañosa del Tibidabo, y Montjuich, deberán conservarse a toda costa, como base de partida para los contraataques de las fuerzas que serán dirigidos en la dirección sur.

*h)* Corresponde la defensa del frente de combate al Ejército del Ebro. La organización de la defensa del lindero al comandante militar de la plaza. Caso de repliegue de la actual línea del frente, tan pronto las tropas que lo efectúen sobre la plaza se apoyen en las organizaciones del lindero, asumirá el mando de ellas y las de la plaza el comandante militar, quien asegurará la defensa desde el mar a la carretera de Esplugas incluida. La defensa de la arista montañosa correrá a cargo del Ejército del Ebro. El comandante militar de la plaza dedicará especial atención a la defensa de la ciudad en el lindero y a la seguridad interior. El Ejército del Ebro asegurará la maniobra sobre el flanco enemigo si la penetración sobre la plaza se hace en dirección sur-norte.

6.º El Ejército del Ebro tendrá prevista la posibilidad de que el enemigo, para evitar la reproducción del fracaso de su ata-

que sobre Madrid, trate de conquistar la plaza por envolvimiento. En tal sentido cabe esperar el esfuerzo principal en la dirección Martorell-Tarrasa-Sabadell-Moncada; en consecuencia deberán disponerse las tropas y especialmente las reservas en condiciones de contrarrestar dicha maniobra.

7.º Si, no obstante las medidas de previsión que se adopten y la ejemplar conducta que se espera de las tropas, la plaza cayese en poder del enemigo, bien por un ataque directo, bien por envolvimiento, se evitará a toda costa la producción de un pánico colectivo en las tropas o en la población civil y se reorganizará el frente en las líneas de detención previstas, siendo la más retrasada, donde deberá quedar restablecido el dispositivo de combate, la jalonada por Masnou-Montmeló-Caldas de Montbuy-San Llorens Savall y Navarcles, para seguir después, por la línea del Llobregat, a la que ocupe el Ejército del Este.

8.º Puede preverse que en tanto se libra en la región de Barcelona y noroeste de la plaza la batalla principal por los Cuerpos enemigos de Aragón, Italiano, Navarro y Marroquí, continúen los del Maestrazgo y Urgel las acciones secundarias para retener fuerzas en el frente Basella-Manresa. Interesa al conjunto de la maniobra, y de una manera indirecta a la defensa de Barcelona, que con el máximo de reservas que pueda reunir el Ejército del Este y partiendo de la región Manresa-Suria, se realice una fuerte contraofensiva para cortar las comunicaciones de Manresa, dirigiéndola sobre la retaguardia enemiga por el oeste del macizo de Montserrat. La seguridad de que el enemigo tiene desplegados sus seis cuerpos y carece de reservas profundas, consiente, si se logra la ruptura y se procede audazmente, la creación de una situación crítica en su retaguardia de tal modo que pueda paralizarse la maniobra de los cuerpos que operan más al sur. En tal aspecto, toda la actividad orgánica del Ejército del Este deberá encaminarse urgentemente a la preparación de la citada maniobra.

9.º Más que nunca, por el desgaste sufrido por nuestras unidades, por el esfuerzo físico a que vienen sometidas las tropas, por la larga batalla que están librando y por la reorganización demasiado rápida que ha sido preciso efectuar con ellas, se impone una acción paciente, persistente y enérgica sobre nuestros soldados y clases inferiores a cargo de los comisarios y jefes. De esta acción, como del comportamiento ejemplar de nuestros hombres, que saben superarse en trances difíciles, y finalmente, del entusiasmo y acierto de los jefes de gran unidad, espera el mando superior que la batalla que se viene librando tenga un favorable desenlace, no sólo conservando en nuestro poder la plaza de Barcelona, sino infligiendo una seria derrota al enemigo. — Barcelona, 24 de enero de 1939, a las 3 h. 30 minutos. De orden del ministro de Defensa Nacional, el general jefe del EMC (Fdo.): VICENTE ROJO.

NOTA: El cumplimiento de esta directiva tiene carácter de máxima urgencia, debiendo comenzarse los trabajos que se prescriben tan pronto llegue a poder de los mandos interesados en su cumplimiento.

## Apéndice 4

# PROPUESTA PARA LA EJECUCIÓN DE LA RETIRADA

Señor presidente del Consejo y ministro de Defensa Nacional:

Tengo el honor de someter, adjunto, a la aprobación de V. E. el plan de maniobra que en las actuales circunstancias estima pertinente poner en práctica el general que suscribe.

Para redactarlo, se ha tenido en cuenta principalmente la situación de desgaste y desmoralización en que se halla nuestro ejército y del cual, a pesar de los diarios e incesantes esfuerzos que se realizan por los mandos, no sólo no se logra sacar a nuestras tropas sino que parece acentuarse. Por ello, es absolutamente indispensable pensar que en la maniobra de repliegue que se está realizando se llegue hasta la frontera.

La gran probabilidad de que esto ocurra no excluye la idea de resistencia sobre la línea en que se previo podría efectuarse para cubrir la región de Figueras. En ella se están realizando trabajos de fortificación que no tienen la intensidad debida por la falta de colaboración de los elementos movilizados con este objeto, que han sido presa del pánico y que se están recuperando.

Cuando el enemigo llegue a alcanzar dicha línea, seguramente las obras no serán muchas ni buenas, pero constituirán, sin embargo, un punto de apoyo y una base de fuegos para poder realizar la resistencia nuestro ejército con mayor capacidad que actualmente puede verificarse. La resistencia, pues, si se logra una reacción moral de nuestras tropas y una rápida re-



organización de las fuerzas, será posible y deberá realizarse. Sin embargo, si el enemigo rompiese el frente en tal situación, inevitablemente el repliegue habría de efectuarse ya sobre la frontera.

Por ello, el general que suscribe ha estimado conveniente trazar un plan de conjunto que, de acuerdo con la orientación dada por V. E. a la dirección política de la guerra y a las previsiones hechas para la evacuación de material a la región Central, consienta recuperar el mayor número de efectivos y proporcione la posibilidad de poder llevar a aquella región, donde la guerra ha de continuar, por decisión del Gobierno, el mayor número de elementos militares, de recursos, cuadros de mando y tropas<sup>29</sup>.

Otra finalidad que ha inspirado este plan de maniobra, es la de reaccionar constantemente contra todos los síntomas de desorden, de descomposición, que por desgracia se acentúan en nuestras tropas y retaguardia. Diariamente es preciso esforzarse para que esto se logre, y por ello no es posible prever grandes repliegues ni maniobras amplias, sino procurar tener en la mano constantemente a las tropas y realizar repliegues muy limitados. Pero a medida que aquéllas se aproximan a la frontera, al reducirse nuestras posibilidades de maniobra y aumentar de modo extraordinario la densidad de ocupación, no sólo con las tropas sino con los organismos propios de la Administración Central, surge un problema pavoroso, que puede conducirnos al aplastamiento total de todos los órganos de acción con que contamos, si el paso a Francia no queda expedito.

Nuestra Aviación es, evidentemente, impotente para hacer

---

<sup>29</sup> Propósito más ficticio que real. Nada hizo el Gobierno, quizá porque no lo pudo hacer, para desarrollarlo, pues no se logró enviar ni una sola arma ni recursos de ninguna clase, y como refuerzo humano solamente pudieron ir utilizando los aviones Douglas 40 o 50 personas entre jefes, oficiales, comisarios y agentes políticos.

frente a esta nueva situación que va a plantearse, pues el número de campos es muy reducido, y corre el riesgo de ser completamente destruida.

De aquí que haya que pensar en que, si no se puede resistir en la línea preparada para la defensa en la región de Figueras, se lleve a efecto el repliegue al otro lado de la frontera.

Para asegurar esta maniobra de repliegue y hacerla ordenadamente dando la seguridad de que nuestros órganos de fuerza se mantienen bajo el control del Gobierno y del mando militar, se ha previsto la ejecución de una amplia red de destrucciones que, al interponerse entre nuestras tropas y el enemigo, consienta ganar una jornada para salvar libremente la frontera, con la sola presión de la Aviación, la cual podrá eludirse utilizando las noches de luna, para ganar espacio, y las destrucciones para impedir la acción de elementos motorizados.

La ejecución del plan que se propone, requiere lo siguiente:

**PRIMERO:** Seguridad de que nuestro ejército va a ser acogido al norte de la frontera ordenadamente (esta seguridad parece haberse logrado por la gestión diplomática<sup>30</sup>).

**SEGUNDO:** Envío a la otra zona, con arreglo a una selección y orden de urgencia que se establezcan, de todos los medios (material, víveres, armamento, cuadros y hombres), siguiendo la ruta Marsella-Orán-Cartagena, para asegurar la protección de la escuadra. Esta gestión es preciso realizarla con urgencia<sup>31</sup>.

Si V. E. aprueba esta propuesta, se cursarán las órdenes para la ejecución del plan trazado.

## PLAN DE MANIOBRA

---

<sup>30</sup> Efectivamente se logró, pero en muy distintas condiciones que se nos indicaron.

<sup>31</sup> Ignoramos si llegó a realizarse. En todo caso el resultado fue nulo.

*(Al Grupo de Ejércitos de la región Oriental)*

Las circunstancias actuales aconsejan tener prevista para nuestras tropas una conducta que asegure, en primer término, la posibilidad de resistir el ataque enemigo, mientras ello pueda efectuarse; el orden y la disciplina más perfectos en el repliegue, si éste fuera impuesto por la superioridad del adversario, y finalmente, la reconstrucción de nuestro ejército al amparo de la frontera francesa, con la idea de recuperar todo el personal y revalorizar su moral para incorporarse a la región Central, donde por decisión del Gobierno, ha de continuarse la lucha.

Para el desarrollo de lo expuesto, ese Grupo de Ejércitos atemperará su conducta a lo siguiente:

**PRIMERO:** El repliegue que están efectuando los Ejércitos del Este y del Ebro continuará sin romper el contacto con el enemigo y haciendo lenta su progresión, resistiendo en aquellos puntos que se presten a detener su avance, hasta la línea definida como principal de resistencia para cubrir la región de Figueras.

**SEGUNDO:** En tanto se verifica este repliegue, con las unidades que se hallan en organización, con los cuarteles generales que se repliegan del frente por la reducción operada en el mismo, y con tropas de confianza que puedan obtenerse de las grandes unidades combatientes, se organizará con urgencia la línea defensiva a que se refiere el párrafo anterior.

**TERCERO:** Al amparo de dicha línea se reconstituirán las unidades de los Ejércitos del Ebro y del Este, para realizar la defensa de la misma.

**CUARTO:** Si como consecuencia de la superioridad del enemigo o de la maniobra de ruptura que realice éste, la resistencia no fuese posible, las tropas se replugarán con todo or-

den y disciplina, siguiendo como ejes principales de repliegue, el Ejército del Ebro, que en la posición defensiva cubrirá el frente sur, siguiendo la dirección general de Port-Bou, y el Ejército del Este, que cubrirá el frente oeste, siguiendo la dirección general del Perthus.

QUINTO: Este repliegue se efectuará sobre líneas sucesivas, manteniendo constantemente dominada la línea de penetración para evitar que el enemigo pueda utilizar elementos motorizados, y se verificará en dos fases, la primera anterior a la zona de destrucciones, y la segunda entre esta zona de destrucciones y la frontera.

SEXTO: La zona de destrucciones comprenderá una faja de una anchura mínima de quince o veinte kilómetros en profundidad, a partir de la carretera general Rosas-Figueras-Olot. Su ejecución se tendrá rigurosamente preparada y con los materiales y hombres precisos para prepararla y efectuarla a partir de las 0 (cero) horas del día seis (6). Su ejecución correrá a cargo de las unidades de Zapadores de los ejércitos y de los guerrilleros, que quedarán afectos, con el objeto expresado, a las grandes unidades.

Una vez el ejército al amparo de la zona de destrucciones, si le hubiera sido preciso replegarse a retaguardia de ella, se reorganizarán las unidades y continuarán su marcha por la red de comunicaciones que conduce a la frontera, con todo orden y disciplina, para ponerse al amparo de ella, y siguiendo a tal efecto, el Ejército del Este, las comunicaciones que atraviesan la frontera desde el castillo de Recasens hacia el oeste, y el Ejército del Ebro, las que van desde Espolla hacia el este.

SÉPTIMO: Se tendrá prevista la acumulación y distribución de los medios de transporte para comenzar en la noche de hoy, utilizando todos los medios automóviles y ferroviarios, la evacuación del material excedente, así como los depósitos de municiones, dejando en la zona del interior exclusivamente los medios necesarios para garantizar la resistencia de la

línea defensiva que cubre el campo de Figueras. Tan pronto como las circunstancias obliguen a que esta última se repliegue, la maniobra se hará con todo orden, comenzando por los elementos pesados, y asegurando a toda costa que no queda en poder del enemigo ni una sola pieza de artillería ni material o depósitos de ninguna clase. Las destrucciones, al verificarse el repliegue, se efectuarán cuando lo dispongan los jefes de las divisiones que se repliegan por cada uno de los ejes que comprende la zona, los cuales darán la orden de ejecución a los equipos preparados al efecto.

OCTAVO: La Aviación se mantendrá en su totalidad, cualquiera que sea la intensidad con que actúe el adversario, dedicada a la protección del frente y de los objetivos vitales de la retaguardia, y una vez dispuesto el repliegue de las tropas, y previa orden, se desplazará a los aeródromos franceses, para incorporarse allí a las tropas en dicho territorio.

NOVENO: El Grupo de Ejércitos, una vez decidido el repliegue de la región de Figueras, si esto fuese necesario, establecerá con las tropas de defensa de costas y con fuerzas seleccionadas de los ejércitos, cabezas de puente, para cubrir los haces de comunicaciones que corresponden a Perthus y Port-Bou, para garantizar a toda costa la protección de las tropas que se repliegan y que éstas puedan efectuarlo con todo orden.

DÉCIMO: Por si en la maniobra de avance que realiza el enemigo en dirección de Ripoll en los actuales momentos, se produjese la ruptura en el sector del XI Cuerpo, quedando desligadas parte de las fuerzas de éste y del XVIII Cuerpo con las del X Cuerpo, resultando imposibles las comunicaciones laterales entre las tropas a ambos lados de la ruptura, el Ejército del Este tendrá prevista la subdivisión de las fuerzas en dos zonas de acción: una, de la que tomará el mando autónomo el jefe del Ejército del Este, que se replegará sobre la región de Seo de Urgel-Puigcerdá-Coll de Tossas, donde se

extremará la resistencia, en condiciones análogas a las indicadas para la región de Figueras, y el repliegue, si fuese preciso, también en condiciones análogas a las señaladas para las tropas de la región de Figueras.

La parte de las tropas que quede al lado oriental de la ruptura se mantendrán encuadradas en su totalidad en el Cuerpo XVIII que cubrirá las direcciones de ataque hacia Olot.

UNDÉCIMO: Tanto en el repliegue que se está efectuando como en la defensa y ulteriores maniobras que Se realicen en la región de Figueras, todos los mandos y la población civil, sobre la que se actuará enérgicamente imponiendo la disciplina y publicando bandos adecuados, tendrán presente que la eficacia de la actuación del ejército tanto en la defensa de las líneas que se le encomiendan, como en la resistencia y en el último repliegue, si éste fuese indispensable efectuarlo, se apoya en el sostenimiento de la moral y en que todos los componentes del ejército se mantengan en sus puestos, cualquiera que sea la gravedad de la situación, para poder dominar en todo momento ésta y asegurar al máximo la conservación de las fuerzas.

P. C., 4 de febrero de 1939

DE ORDEN DEL MINISTRO DE DEFENSA

El general jefe del EMC

Firmado: VICENTE ROJO

# GRABADOS

**GRABADO 1. Esquema del frente de combate en la península y de las operaciones realizadas durante el año 1938.**



1. Ofensiva propia sobre Teruel.
2. Contraofensiva enemiga y recuperación de la plaza.
- 3, 4 y 5. Primera, segunda y tercera fases de la maniobra enemiga en Aragón.
6. Maniobra enemiga del Maestrazgo y batalla de Levante.
7. Ataque a Balaguer.
8. Maniobra y batalla del Ebro.
9. Ofensiva enemiga de Extremadura
10. Contraataque propio.



GRABADO 2. Esquema del despliegue propio y enemigo en Cataluña antes de comenzar la maniobra enemiga.



GRABADO 3. Esquema del plan de conjunto para la región Central.



GRABADO 4. Fases sucesivas de la maniobra enemiga en Cataluña.



## Notas

[1] Un periódico disolvente, cuyo título no recuerdo, pero en el que los temas favoritos eran los ataques al Gobierno, al mando militar y a la autoridad, y la exaltación de la indisciplina. <<

[2] Estado Mayor Central. <<

[3] Servicio de Investigación Militar. <<

[4] Federación Anarquista Ibérica. <<

[5] Véase apéndice 1. <<

[6] El esquema de las operaciones realizadas durante el año 1938 puede verse en el grabado 1. <<

[7] Durante largos períodos algunas unidades de artillería (las de calibre 10,5) sólo podían disparar diariamente los proyectiles que se fabricaban en la jornada, los cuales eran esperados por los camiones a las puertas del taller para llevarlos desde la máquina a la pieza que debía dispararlos. <<

[8] Este fenómeno ya se venía produciendo con ocasión de los ataques enemigos en el Ebro. <<

[9] Véase grabado 3. <<

[10] El esquema orgánico del Grupo de Ejércitos de la región Oriental puede examinarse en el apéndice 2 de esta obra. <<

[11] Hacemos presente que no persiguiendo este libro una finalidad de orden puramente técnico, nos limitamos, en la exposición de los acontecimientos guerreros, a dar una idea general de los mismos, omitiendo todo género de detalles innecesarios. <<

[12] *Enseñanzas de la guerra de España.* <<

[13] Digamos, como ejemplo, que en la preparación del ataque a Vértice Montero el enemigo disparó más de 10.000 proyectiles de artillería después de varios bombardeos de aviación. <<

[14] Desde el comienzo del desgaste solíamos situar en el frente marítimo una o dos brigadas que se reorganizaban y volvían a ser relevadas; algunas lo fueron a los tres días. <<

[15] El día 11 de enero visité el frente del XV Cuerpo en Capafons y envié al ministro el siguiente informe: «La impresión general que día V. E. en mi última carta subsiste con los mismos caracteres de gravedad. Personalmente he comprobado hoy la extrema debilidad del frente. El sector que venía defendiendo el Cuerpo XV está defendido prácticamente por irnos dos mil hombres, es decir, menos de una brigada en un frente que debían guarnecer 3 divisiones; además, una brigada de moral baja y de escasa consistencia orgánica, debido a ser de las que sufrieron los efectos del pánico los primeros días de ofensiva y después de haber combatido desafortunadamente, se retiró a reorganizarse, lo que ha hecho en poco más de tres días sin lograr un encuadramiento medianamente sólido.

Pero la impresión profundamente desoladora de hoy es el lamentable estado en que han quedado las unidades del XV Cuerpo: las Divisiones 3 y 42 tienen escasamente unos 300 combatientes aptos cada una; están totalmente deshechas por efecto de esta larga batalla de 18 días en los que no han dejado de combatir uno sólo».

Tales unidades rehechas, eran las que cuatro días después tenían que defender Tarragona. <<

[16] Véase apéndice 3. <<

[17] Véase apéndice 3. <<

[18] Las tropas directamente puestas a disposición del comandante militar de la plaza, cuando el frente aún estaba al otro lado del Llobregat, fueron:

—5 grupos de fuerzas de Asalto (de efectivos equivalentes a Batallón).

—1 batallón de retaguardia.

—2 batallones de carabineros.

—1 batallón de defensa de costas.

—1 batallón de ametralladoras.

—1 sección de blindados y otra de tanques.

Las tropas que como mínimo se calculó que quedarían englobadas en la defensa de la plaza al replegarse, eran:

—La División 43, con los elementos en ella fundidos del Cuerpo XXIV.

—Una agrupación de defensa de costas formadas por 1 batallón de infantería y 1 de ametralladoras. <<

[19] P. C. 27 enero 1939 — del Jefe Estado Mayor Central al Jefe Grupo Ejércitos región Oriental. — Le comunico que como consecuencia de la información que llega del frente se le ha dado al Comandante Militar de Gerona la siguiente orden: «Ordene con urgencia que salgan cinco equipos de fuerzas de Asalto con un mínimo de veinte hombres y con buenos Jefes, que seleccionará el Jefe de Seguridad a sus órdenes, para que marchen a ocupar los siguientes puntos de Sur a Norte: Caldetas-San Vicente de Montalt-Villalba de Caserra-Villa Mayor-Cánovas. Tendrán por misión detener la gente que retrocede del frente y agruparla en las localidades inmediatas donde ha de reorganizarse urgentemente. Ordeno al Jefe del Ejército del Ebro que envíe a cada uno de los puntos citados un Jefe de Brigada o División para recoger la gente que se reúna, reorganizarla y asegurar la defensa de los puntos sensibles hasta que se logre la reorganización de las unidades que se repliegan. Deberán adoptarse toda clase de precauciones para que el repliegue de las tropas del frente no se realice más a retaguardia de la línea citada, a fin de poder reorganizar aquél apoyando la defensa, en el sector de la costa, en la Sierra de Montnegre. Para su conocimiento le comunico que análoga orden doy al comandante militar de Vich para que adopte las mismas precauciones sobre las comunicaciones que allí afluyen, siguiendo la línea Aiguafreda-San Martí de Centellas-Collspina-Moyá...». <<

[20] No asistieron el alcalde ni el gobernador por haberse marchado ya de la plaza. <<

[21] «Breve informe particular y muy reservado a...

No entraré en detallar nada de lo ocurrido hasta hoy en los frentes. Diré solamente lo que hay en este momento en el frente donde me encuentro. Durante todo el día el enemigo ha luchado en este frente de ... Ha con-

seguido cuantos objetivos ha deseado conquistar, aunque se le ha puesto alguna resistencia por nuestras fuerzas. Los batallones del enemigo avanzan perfectamente organizados y es la forma de desmoralizar a nuestra gente. El frente ha sido hoy completa y constantemente modificado. Desde las primeras horas del día se previó todo por el mando y desde ... fueron montándose líneas sucesivas hasta las inmediaciones de la población de ... donde a esta hora se encuentra la línea. Todos los hombres combatientes y los mandos están con visibles muestras de duro quebranto y cansancio moral. Esperan todos, y en ello confían, que venga la solución de parte del Gobierno. Nadie duda de que la "solución" no tarda y les parece mentira que ya no esté en práctica. Generalmente no hay muchos que piensen si no es así pues no les interesa nada más que el no ser cogidos por el enemigo. Mañana quedará el frente quizás muy de mañana sobre ..., donde ya me he establecido. ¿Qué pasará? Es una incógnita. Todo lo hemos preparado bien para resistir. No hemos parado un instante y el certificado que darían nuestros cuerpos es el de que hay que defender lo que se desea: el río. No dudo de que algo se hará. La gente no está mal de presencia de ánimo. Se han ido dos mayores de batallón y unos diez oficiales. ¿Causas? Que no tienen moral y que dicen que no hay nada que hacer, etc. En nuestra forma de obrar está el cortarlo y ya lo hacemos. Lo que motiva esto son varias razones de peso para ello, y que, entre otras, son: 1.º La gran carrera que ha dado el enemigo a nuestra gente y que tantos prisioneros ha tomado. 2.º La pérdida de Barcelona y la progresión del avance enemigo en todo el frente del ... 3.º La falta de noticias y la carencia de contacto con los hombres influyentes de sus respectivos partidos, que creen ya están todos en el extranjero o próximos estarlo y, 4.º que ya no ven razones de que la guerra continúe de esta forma tan rara y adversa para nosotros. Todo lo expuesto es el fiel extracto de lo que es la realidad, que corre de boca en boca y de sitio en sitio. La cosa es algo rara y no hay causas que motiven las muchas desercciones que hay en todas las unidades en general. Nadie se preocupa sino del mejor sitio para partir y así es que no hay espíritu de resistencia. También hay mucho que hablar de los pueblos estos. En todas partes esperan al enemigo y desde muchos días ya les tienen todo preparado. No sé cómo explicarme lo que pasa en muchos hombres antifascistas de

antes del 18 de julio del 36 y que ahora no les importa pasarse al enemigo. Muchos ya lo hacen y a Barcelona han ido. Resumen: *a*) que no se puede formar un frente de seguridad y que permita confiar en él. Faltan elementos para ello. Aquí actúa, el ... Cuerpo de Ejército y tiene unos mil hombres; *b*) que veremos qué pasa en ... mañana; *c*) que después del río ... será casi imposible formar una línea inmediata, por causa del terreno y por lo mal que va a estar la gente; *d*) que se impone hacer algo que dé ánimo y confianza a la gente y que moralmente los obligue a seguir luchando; *e*) que Cataluña como población civil ya deseaba a Franco, y *f*) que vamos siendo pocos para detener al enemigo aquí y que no todos piensan que si llega la hora hemos de darlo todo por la causa y morir como ya lo han hecho tantos. Es cuanto puedo decir al amigo, al Jefe y al hombre que sé no le cansaré el ánimo y que verá en todo lo dicho la expresión de la verdad y la palabra del que por encima de todo tiene su interés, su moral y su dignidad y que por todo ello no se hace al contagio catastrófico del mal y de la renuncia a ser ESPAÑOL y a ser hombre con libertad. Escrito en el km ... de la carretera ... a las 20.30 horas del día 31-1-39. Ampliación: Son las 2.15 horas del 1-II-39. Ya está la línea sobre ... y es posible que éste esté rebasado por algún sitio. No tengo idea de quién defiende la parte derecha de mi frente y por allí parece que ha sido, por donde el enemigo consiguió esto. Ahora que he visto, cómo la gente ha pasado para acá el ... y de la forma que vienen actuando, y después de haber hablado con oficiales de enlace del ... Cuerpo de Ejército no puedo nada más que ratificarle lo que ya le he escrito antes. La gente está muy mal y nadie quiere hacer nada, aunque poco se puede hacer. No quiero decirle nada más, sería no terminar. ¡Qué sea pronto ésta en sus manos y verá lo que hay aquí! Quiero recabar de Ud. la impresión que tiene de la cosa en su estado moral general y le ruego no dude en que porque sea malo me ha de parecer mal o fuerte. Nada me extraña y bien preparado estoy para duras pruebas. — Un abrazo». <<

[22] Podrán los técnicos militares, enemigos o amigos, hacer sus discriminaciones para investigar si pudo seguirse en el curso de la maniobra otra conducta militarmente más útil. Lo que no podrán apreciar jamás en sus

especulaciones es el ambiente en que se debatía nuestra actividad y nuestras determinaciones. Yo sólo añadiré a todo lo dicho, para ilustrar su juicio, que de los éxitos, pocos o muchos, que haya podido tener en mi gestión castrense, no como jefe nato, que nunca lo he sido, sino como jefe de EM, conservaré orgulloso el de haber podido vencer tres pánicos, restableciendo la calma y el orden, y sin que se contaminasen los hombres del frente y se derrumbase éste, para terminar viendo entrar en Francia los últimos soldados republicanos formados y con su bandera, la de la República, desplegada. <<

[23] Se hizo a los reunidos un informe similar al producido unos días antes ante el jefe del Estado y después ante el Gobierno, ampliado con los nuevos caracteres de la situación y con las disposiciones adoptadas los días anteriores para la ejecución del repliegue y el paso a Francia. <<

[24] «*Ciudadanos*: Las libertades del pueblo español están amenazadas. En Cataluña se defiende hoy la continuidad de la historia de España. Hemos sido arrollados, pero no vencidos. No importa que algunos bastantes dirigentes del pueblo, arrastrados por la ola de pánico que siguió a la caída de Barcelona, hayan faltado a su deber huyendo al extranjero; pero el Gobierno legal está en su puesto. Quedamos menos, pero mejores, porque no envenenan nuestro ambiente con su derrotismo, ni con su corrupción. *Las puertas de la frontera están abiertas para quienes quieran huir, porque no necesitamos cobardes a nuestro lado.* Es necesario trabajar y combatir; tenemos medios y entereza para sostener la lucha hasta el fin, y lo haremos porque no queremos vivir como esclavos. Ya están en Barcelona llenos de españoles los campos de concentración, donde la Gestapo y la Ovrá realizan su odiosa tarea. Queremos ser libres, queremos una España republicana e independiente. Queremos ser dueños de nuestra Patria, sin vergonzosas tutelas y, aunque nos acosen todos los pueblos totalitarios y nos abandonen vergonzosamente los que se llaman países democráticos, tenemos valor y dignidad bastantes para defender nuestro suelo y nuestro ideal. Vayan en buen hora al enemigo y al extranjero quienes no lleven a España en el corazón, y digan a nuestros adversarios y al mundo entero que España no se rinde. Quienes aquí quedan sepan que el mando se halla en una sola mano; que se ejercerá



con entereza y con rigor, imponiendo a todos estrictamente el cumplimiento del deber; un deber que ha de hacer de cada uno de nosotros un gigante ante la adversidad y un héroe ante el peligro. ¡Españoles!: la libertad de España está en peligro, pero la causa del pueblo español no está perdida. Que todo el mundo, desde su puesto, se disponga a cumplir con su deber hasta el triunfo o hasta la muerte. ¡Ciudadanos: Viva España!». — P. C., 2 de febrero de 1939. El presidente del Consejo de Ministros y ministro de Defensa Nacional, NEGRÍN. <<

[25] Consignemos que los dos bandos se han reprochado el mismo sistema le represalias. <<

[26] Consignemos, porque también es de justicia hacerlo, que ciertos ilustres provocadores de la situación no se conformaron con recluirse en sus casas; algunos hombres de ciencia, escritores, periodistas y militares encontraron su puesto de combate en el extranjero, para agredir desde él, inmunes, a los mismos que ellos habían alentado a la contienda. <<

[27] Si después ha terminado nuestra contienda con el borrón de haber muerto algunos de aquellos prisioneros, no es el hecho imputable al soldado; posiblemente quien dirigió esta cruel represalia, embarcó en una de las primeras expediciones que regresaron a España y con seguridad habrá reaparecido como una de las víctimas de los «rojos». <<

[28] Las órdenes para la ejecución de obras defensivas en la región de Barcelona se habían dado ya antes de comenzar la ofensiva y se habían reiterado repetidas veces en el transcurso de ésta. <<

[29] Propósito más ficticio que real. Nada hizo el Gobierno, quizá porque no lo pudo hacer, para desarrollarlo, pues no se logró enviar ni una sola arma ni recursos de ninguna clase, y como refuerzo humano solamente pudieron ir utilizando los aviones Douglas 40 o 50 personas entre jefes, oficiales, comisarios y agentes políticos. <<

[30] Efectivamente se logró, pero en muy distintas condiciones que se nos indicaron. <<

[31] Ignoramos si llegó a realizarse. En todo caso el resultado fue nulo. <<